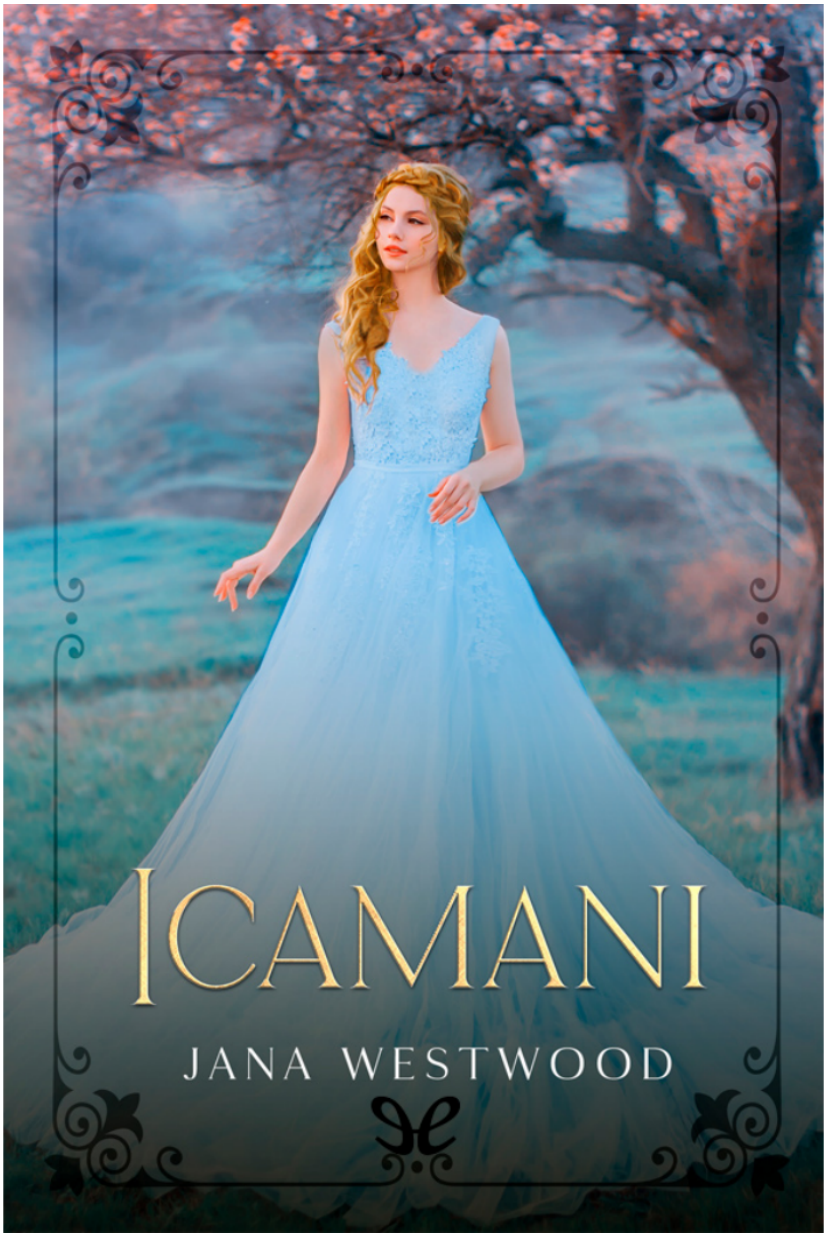
ICAMANI
JANA WESTWOOD

Icamani se siente un miembro más de su tribu, los titonwan. Atrás quedaron las preocupaciones por tener un color de piel y de pelo diferentes. O eso cree, pues las cadenas que lo atan al pasado se mantienen firmes alrededor de su cuello.

Rose es una joven que adora a su familia, pero que se siente cautiva al verse obligada a acudir a fiestas y a atender a todos los pretendientes que su madre busca para ella.

Los caminos de estos dos polos opuestos se cruzan, dispuestos a poner su mundo del revés. Tan parecidos y tan diferentes, ambos buscan la libertad sin saberlo.

Jana Westwood

Icamani

ePub r1.0
Titivillus 13.10.2024

Jana Westwood, 2022
Diseño/Retoque de cubierta: Diseñador

Editor digital: Titivillus
ePub base r3.0 (ePub 3)

Índice de contenido

Icamani
Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Epílogo
Nota de la autora
Sobre la autora

Prólogo

Londres, 1833

Hacía una apacible mañana. Los pájaros entonaban sus trinos mientras los londinenses paseaban ajenos al torbellino de emociones que embargaba el corazón de Robert Balshaw. Con manos temblorosas y la respiración agitada entró en el club dispuesto a enfrentar todos sus problemas de una vez.

Por fin había hablado con Felicia y esa conversación no le resultó más fácil que la que debería mantener de inmediato con Anthony Portrey, su socio y mejor amigo desde que podía recordar. Anthony y él habían crecido juntos y se querían como hermanos. Aun así, el temblor de sus manos seguía recordándole que le había fallado.

—¡Robert! —lo llamó Anthony en cuanto lo vio entrar en el salón—. Estos dos señores dicen que habían quedado contigo.

El recién llegado trató de no mostrar su disgusto al ver que no estaba solo.

—La cita era para dentro de media hora —dijo Robert con expresión seria.

—Hemos calculado mal el tiempo. Su amigo ha sido tan amable de invitarnos a una copa. Yo soy Rippin y este es Dermot.

Que se presentaran de un modo tan informal demostraba a las claras su condición, pero Robert no era un esnob y estrechó las manos que le ofrecían.

—Acaban de llegar de América y dicen que vienen de parte de lord Crowley. —Anthony miró a su amigo con curiosidad.

—Quería ponerte al día antes de la reunión, por eso quedé con ellos más tarde —respondió Robert.

—No se preocupen —intervino Rippin—. Nosotros les

explicaremos la oferta y después los dejaremos solos para que hablen tranquilamente de ello.

Tomaron asiento y Robert pidió que le trajeran un *whisky*, necesitaba un poco de ayuda para su ánimo.

—Verán —dijo Rippin—, hemos encontrado una veta de oro enorme, pero por desgracia no contamos con los recursos necesarios para poder extraerlo. Estamos buscando socios interesados en explotarla y con el capital suficiente para cubrir los gastos de dicha empresa. Vinimos a Londres y hablamos con varias personas hasta llegar al señor Crowley. Él nos dijo que ustedes podrían estar interesados. En concreto, nos mencionó al señor Balshaw y quedó en concertarnos una entrevista con él.

Andrew miró a su amigo con aquella expresión burlona a la que Robert estaba tan acostumbrado.

—¿Oro, Robert?

—Lord Crowley me habló de ello la otra noche en la cena de los Durham a la que no quisiste asistir. Me pareció que valía la pena escucharlos, pero no me comprometí a nada.

Anthony enarcó las cejas al ver la seriedad de su amigo. Desvió la mirada hasta Dermot.

—¿Dónde se encuentra esa mina?

—Está en territorio de los cuervo y es un yacimiento de los gordos.

—¿Y esos cuervos están de acuerdo en ceder ese oro?

Los dos hombres se miraron con una sonrisa un tanto perversa antes de asentir.

—Los indios son como las mujeres —dijo Rippin—, les encantan nuestras baratijas. Cuanto más coloridas y brillantes, mejor. Tendremos que gastar algo de dinero con ellos, pero se conforman con poco, eso no será un problema. El gasto importante será para la extracción en sí. Hacen falta hombres y herramientas.

—¿Lord Crowley va a participar? —preguntó Anthony.

Rippin asintió. Robert analizó el aspecto de aquellos dos hombres. Iban bien vestidos y era evidente que se codeaban con gente importante, Crowley no recibía a cualquiera. Miró a su socio con expresión interrogadora.

—Es un territorio salvaje, los periódicos…

—No es tan fiero el león como lo pintan —le cortó Rippin—.

Esos indios solo quieren que los dejemos en paz, no se meterán con nosotros si no les tocamos las narices. El oro no les interesa, ha estado ahí siempre. Para ellos es como los árboles o las piedras del camino. No entienden por qué nos provoca tanta emoción encontrarlo.

Robert tenía los ojos fijos en Dermot, desde el primer momento tuvo la impresión de que él era el que llevaba la voz cantante aunque dejase que el otro hablase como si importase lo que decía.

—Parece un buen negocio —comentó Anthony—. Y si lord Crowley está dispuesto a participar…

—¿Usted qué opina? —Robert interrumpió a su amigo sin dejar de mirar a Dermot.

—¿De qué exactamente?

—¿No es peligroso?

—¿Ha oído usted hablar de los indios, señor… Balshaw?

Robert asintió antes de responder.

—Por eso le pregunto. Escuchando a su amigo, pareciera que nos están proponiendo un paseo por el parque y debo decirles que a mí no me gusta mucho pasear, me parece una pérdida de tiempo.

—No, imagino que no es eso lo que a usted le gusta.

La sonrisa con la que acompañó su mirada perversa le reveló que sabía cuál era su situación respecto a Crowley. Andrew frunció el ceño con disgusto, había aguas subterráneas en aquel túnel.

—Miren —siguió Dermot—, no les voy a decir que no haya ningún peligro, los pieles rojas tienen sus manías y a veces se enfadan porque al pasar has roto una rama que consideraban sagrada. Pero les aseguro que los cuervo saben muy bien de lo que soy capaz y no se atreverían a hacerme enfadar. ¿Que podrían robar algún caballo o asustar a alguna mujer para quedarse con sus vasijas cuando levantemos el campamento? Es posible, pero no pasarán de ahí.

—Lo que les proponemos es una gran empresa que les hará muy ricos —intervino Rippin—. Pueden estar seguros.

—Deberíamos hablar de esto a solas —dijo Anthony.

Los dos visitantes se pusieron de pie.

—Esperaremos hasta mañana. Nos alojamos en el hotel que hay al final de la calle. —Rippin les estrechó la mano.

Dermot se acercó a Robert y lo miró fríamente a los ojos.

—Lord Crowley se alegrará si aceptan —dijo y después le tendió la mano.

—Estoy seguro —respondió Balshaw estrechándosela.

Los dos amigos volvieron a sentarse y la expresión en el rostro de Anthony no dejaba lugar a dudas.

—¿Qué pasa, Robert?

El mencionado se llevó la mano a la frente y la arrastró como si eso pudiera librarle del dolor de cabeza.

—He contraído una enorme deuda, Anthony.

Su amigo frunció el ceño y su rostro se fue tensando a medida que comprendía de qué se trataba.

—Te dije que Thompson no era de fiar.

—Lo sé y tienes derecho a recriminarme todo lo que quieras, he sido un estúpido. Me perdió la avaricia. Creí que con ese negocio nuestra empresa remontaría y llegaría a ser lo que siempre hemos soñado…

—¿Cuánto? —Anthony estaba furioso, pero siempre había sido un hombre pacífico y calmado que rara vez perdía los nervios, así que se mantuvo sereno a pesar de su enfado—. ¿Cuánto invertiste?

La palidez de su rostro hizo evidente lo grave que era la situación.

—Eso es la mitad de nuestro capital.

Robert asintió pesaroso.

—Lo solucionaré, Anthony, te lo juro.

Su amigo se llevó las manos a la cabeza con evidente angustia. Había invertido todo su dinero en cerveza, no podía creerlo. Lo habían discutido, él fue muy claro en sus opiniones.

—No tienes de qué preocuparte, es mi dinero el que puse en juego —aclaró Robert—. De haber tenido beneficios los habría invertido en nuestra empresa, pero las pérdidas serán solo mías. Disolveremos nuestra sociedad, no permitiré que mi quiebra te salpique.

—¿Tu dinero? ¿Qué dinero, Robert? Acordamos dedicar todos nuestros esfuerzos a esta empresa. Convertirla en la más importante de Inglaterra, ¿lo has olvidado? Nuestro capital personal era una salvaguarda para el negocio. ¡Dios! ¿Crees que esto se soluciona largándote? ¿Qué hago yo entonces? Tenemos contratos que cumplir, gente que espera un sueldo…

—Baja la voz, por favor —pidió Robert viendo que algunos socios los miraban con severidad.

Anthony soltó el aire de sus pulmones tratando de relajarse. Cuanta menos gente estuviese al tanto de sus problemas, mejor.

—Crowley se ofreció a ayudarme —dijo Robert.

—¿Crowley? ¿Arthur Crowley se ofreció a ayudarte?

Robert asintió consciente de la fría relación que había entre ellos. El padre de Anthony y lord Crowley habían tenido problemas mucho tiempo atrás y las relaciones entre ambas familias eran nulas por ello.

—Se enteró de la catástrofe de la empresa de Thompson y supo de mi participación en ella. Ya sabes que Crowley está al tanto de todo lo que pasa en Londres. Me envió una nota para que fuera a verlo hace dos días y me habló de la mina de oro. Él va a participar, Anthony. Ese hombre no arriesga nunca su dinero. Es una magnífica oportunidad, estoy seguro.

Su amigo lo miraba muy serio.

—¿Quieres que arriesgue mi dinero?

Robert sintió un escalofrío.

—Pensé que te interesaría comprar mi parte de la empresa y yo invertiría ese dinero en este negocio. Cuando obtenga los beneficios que se esperan volvería a entrar en…

—No digas tonterías —lo cortó—. No tengo suficiente dinero para comprar tu parte. Robert, somos amigos desde que puedo recordar, nuestros padres ya eran amigos antes de que tú y yo naciéramos, ¿de verdad crees que voy a darte la espalda?

—He sido un estúpido, es lo que merezco.

—Sí, lo has sido, pero tú estuviste siempre ahí cuando fui yo el que la cagó. No te voy a negar que me has disgustado mucho, creía que confiabas en mí.

—Y confío.

—Pero aun así, te aliaste con Thompson a pesar de nuestra larguísima charla sobre el tema.

—No sabes cuánto lo lamento.

Anthony torció una sonrisa.

—Porque has fracasado. Pero no es eso de lo que hablo. Somos socios y somos amigos, no podemos actuar a espaldas del otro. Eso es lo que más me duele. Estoy preparado para fracasar, Robert, es

algo que puede suceder, pero siempre he pensado que si eso sucedía no sería tan duro porque no estaría solo. Y que juntos podríamos empezar de cero y salir adelante con cualquier cosa que nos propusiéramos. Pero ahora resulta que tú pensabas otra cosa.

—¡No! —exclamó Balshaw apesadumbrado—. Te juro que pensaba lo mismo. Creí…

Movió la cabeza sin saber qué más decir. Se sentía hundido y al borde de un precipicio.

—Hablaré con lord Crowley y, dependiendo de lo que me diga, daré una respuesta. No entraré en ese negocio con dudas. Pero si acepto seré yo el que tomará las decisiones, Robert, solo yo.

Su amigo asintió sin decir nada.

—¿Felicia lo sabe? —preguntó Anthony.

—Sí.

—Bien. Debes decirle que no hable con Leslie de esto. Quiero ser yo el que se lo cuente, pero antes debo tener las ideas claras y para eso necesito un par de días. Lo solucionaremos y dentro de unos años hablaremos de ello como de un mal sueño.

Robert asintió y una punzada intensa le atravesó el costado como si de un afilado cuchillo se tratase.

Leslie Portrey, antes MacDonald, de los MacDonald de las Hébridas, en Escocia, miraba a su marido impertérrita. No lo había interrumpido ni una sola vez desde que empezó a hablar y no era muy común que Leslie callara durante tanto rato. Así que Anthony empezó a ponerse nervioso y se le trabó la lengua un par de veces antes de terminar su exposición.

—¿Y bien? —preguntó al ver que permanecía en silencio—. ¿No vas a decir nada?

La señora Portrey conocía bien a su marido. De hecho, solía decir que lo conocía tan bien como si lo hubiese parido. Su relación antes de casarse no había sido como la de la mayoría de sus congéneres. Al contrario que las demás jóvenes de su época, Leslie MacDonald no tenía el menor interés en casarse y había jurado y perjurado a todo aquel que quisiera escucharla que jamás

pertenecería a hombre alguno. Hasta que Anthony Portrey se presentó frente a ella y la llamó estúpida insolente en su cara y sin remilgos.

—¿Tengo algo que decir? Aunque está claro que ya lo has decidido tú todo sin contar conmigo.

—Por supuesto, querida, habla sin remilgos.

Ella asintió al tiempo que se mordía el labio y levantaba una ceja con disgusto, odiaba que la llamase querida porque solo lo hacía cuando pretendía marcar distancias entre ellos. Se puso de pie y avanzó los seis pasos que la separaban de él.

—De acuerdo, puedes ir a ese viaje, pero solo si nosotros te acompañamos.

Anthony abrió los ojos como platos.

—¿Te has vuelto loca?

—Es mi única condición y no es negociable.

Su marido comprendió que aquella no iba a ser una empresa fácil y cuadró sus hombros dispuesto a utilizar la baza de su condición masculina, cosa que no había hecho nunca hasta el momento.

—No puedes imponerme ninguna condición, soy tu esposo y me debes obediencia y respeto. —No se inmutó al ver la decepción en los ojos de su esposa—. Son negocios, querida, tú no tienes nada que decir al respecto.

Leslie se mantuvo inmóvil ante él.

—¿No vas a decir nada? —preguntó su marido cuando ya no pudo aguantar más aquel tenso silencio.

—¿Qué debo decir, querido? Ilumíname con tu sabiduría masculina y te serviré como la esclava que soy.

—Leslie…

—No puedes irte sin mí porque, si te marchas, te juro que no me encontrarás aquí cuando regreses.

Había fuego en sus ojos y Anthony sintió las llamas quemándole la piel.

—Has dicho hasta en tres ocasiones que no será un viaje peligroso —siguió su esposa—. No me casé contigo para que me protegieras, me casé porque eres el hombre que más admiro de este mundo y al que quiero con todo mi ser.

—Leslie, vamos, sé juiciosa, tienes que cuidar de nuestro hijo…

—Andrew tiene seis años, no es ningún bebé, y no tengo intención de dejarlo aquí. —Lo cogió de las solapas de su chaqueta mirándolo a los ojos con fijeza—. Si fuese un viaje peligroso tú no irías, porque sabes que si a ti te pasara algo para mí sería peor que la muerte. Así que, si tú vas a América, nosotros vamos contigo.

—Leslie…

—No voy a ceder y lo sabes —dijo sonriendo con seguridad—. Eres mi mundo, querido, y donde tú vayas yo iré.

Tiró de la chaqueta y lo besó en los labios con la intensidad necesaria para obligarlo a responder. Anthony Portrey amaba a su esposa por encima de todo y, desde el primer momento, separarse de ella había sido lo más difícil de emprender aquel viaje.

—¿Estás segura, amor mío? —preguntó cuando fue capaz de apartarse lo suficiente.

Leslie sonrió.

—Ya tuviste bastantes aventuras tú solo antes de casarnos. No vas a librarte de mí ahora. En cuanto a Andrew… —Sonrió—. Es como su padre, le entusiasmará la idea de hacer un viaje tan apasionante.

Anthony la estrechó contra su cuerpo y apartó un mechón de cabello sin desligarse de su mirada.

—No vuelvas a hacerlo —le advirtió ella.

Su esposo frunció el ceño sin comprender.

—Llamarme «querida». Sabes que lo detesto.

Anthony sonrió perverso.

—Pero yo te quiero, ¿por qué ha de molestarte?

—Te lo advierto —amenazó ella—. Si vuelves a irritarme así, dormirás en el vestidor una semana.

—Eres muy mala —dijo él aguantándose la risa.

—Pero me quieres. —Sin dejarlo responder, selló sus labios de nuevo.

Robert entró en el despacho de su amigo visiblemente alterado.

—¿Te has vuelto loco?

Anthony terminó de redactar el documento en el que trabajaba y

dejó la pluma en su sitio antes de mirar a su amigo.

—No vas a ir.

—Ahora mismo están comprando los pasajes.

Robert se sentó en la silla que había al otro lado de la mesa y miró a su amigo con temor.

—No es necesaria tu presencia, Rippin y Dermot ya se encargan de todo.

—No voy a invertir mi dinero en una empresa sin tener pleno conocimiento de dónde me meto. A lord Crowley le pareció muy buena idea.

—Anthony…

—Sabes que me gusta viajar y desde que me casé no he tenido oportunidad de hacerlo. Tú puedes encargarte del negocio mientras estamos fuera.

—¿Estamos? —Robert empalideció.

—Leslie insistió en acompañarme y ya sabes que no se separaría de nuestro hijo. Quita esa cara, Rob, esos dos hombres saben muy bien lo que hacen. Aquella es su tierra, donde está su familia. Si ellos pueden vivir allí, nosotros podremos pasar unas semanas. He estado en lugares mucho más peligrosos —le recordó sonriente—. No soy ningún necio, sé lo que hago.

Eso era cierto, Anthony había viajado a lugares inhóspitos antes, pero entonces él era su única responsabilidad.

—Quiero asegurarme de que los cuervo están de acuerdo en ceder parte de su terreno para que podamos extraer el mineral. Les explicaré que cuando hayamos sacado el oro nos marcharemos y recuperarán el territorio por completo, además de una justa recompensa por él. No pienso dejar que Rippin y Dermot los engañen vilmente, quiero dejarles claro que esto es un intercambio justo. No digo que vaya a pagarles lo mismo que pagaríamos aquí en una situación similar, no tendría sentido, pero te aseguro que será un trato rentable para ellos.

—Deja que vaya yo —pidió Robert—. Iré solo, hablaré con los cuervo y negociaré en tu nombre…

Anthony negó con la cabeza sin dejar de sonreír.

—¿Crees que te voy a dejar a ti la diversión? —Se levantó para dirigirse al mueble bar y sirvió un dedo de *whisky* en sendos vasos—. De eso nada. Rob, no tienes de qué preocuparte, si creyera

que hay peligro real no llevaría a mi familia conmigo. Lord Crowley envió a Walter Blake a tratar con los cuervo antes de aceptar el trato.

—¿Has hablado con Walter?

Anthony asintió.

—Me aseguró que es cierto lo que dice Dermot, esos indios le tienen miedo. Además, estuvieron de acuerdo en las condiciones que ellos les ofrecieron y yo pienso aumentar dicha oferta, así que todo irá bien.

—Tengo un mal presentimiento, Anthony, de verdad que preferiría que me dejases ir a mí.

—La próxima vez irás tú, pero en esta ocasión el viaje es mío. —Levantó su vaso a modo de brindis y dio por terminada la charla.

El pequeño Andrew se despidió de Robert y de su esposa Felicia con muy buenos modales. Era un niño apacible y muy bueno, lo que llenaba de orgullo a sus padres. La pequeña Rose lo miraba con una expresión de devota entrega cuando él se inclinó para que sus ojos quedaran a la misma altura.

—Cuida de *Toby* mientras no estoy —pidió Andrew sintiendo una punzada de tristeza al pensar que no iba a ver a su perro durante meses.

—Me gusta *Toby* —dijo la niña.

—Te traeré un regalo —afirmó él—, algo bonito y brillante.

El rostro de Rose se iluminó y sonrió al tiempo que asentía con entusiasmo. Le gustaban las cosas brillantes. Andrew sonrió satisfecho y subió al carruaje mientras sus padres se despedían de sus amigos.

—Cuida del barco mientras no estoy —pidió Anthony sonriente—, no dejes que se hunda.

Robert reconocía el entusiasmo en los ojos de su amigo, lo había visto antes. Cuando viajó a Oriente durante todo un año o a África justo antes de casarse. Sabía que aquel viaje insuflaba aire fresco a sus pulmones y le quitaba años de encima. Aunque eran años que caían sobre él haciéndolo sentir más viejo y cansado que nunca.

Sabía que no podía repetir lo que tantas veces le había dicho durante los últimos días, así que se limitó a desearles buen viaje y a despedirlos con un rostro serio y taciturno.

—Parece que Robert no está muy contento con la situación —musitó Leslie antes de subir al coche.

Anthony la ayudó a subir y después se volvió a mirar a su amigo. Felicia lo había cogido del brazo para darle apoyo y la pequeña Rose permanecía entre ambos con aquella mirada curiosa y atenta que la caracterizaba. Tenía solo dos años, pero era una niña muy especial, con una sorprendente perspicacia y gran sensibilidad. Hizo un gesto con la mano a modo de saludo y subió al carruaje después de advertir al cochero de que ya podían partir. Se sentó junto a su esposa y miró al pequeño Andrew con emoción. Siempre había viajado solo y la idea de compartir aquella experiencia con las dos personas que más quería en el mundo lo llenaba de satisfacción.

Robert Balshaw siguió observando el carruaje mientras se alejaba. Su mala cabeza había puesto en peligro la empresa que compartían. En su interior una voz, idéntica a la suya propia, repetía una y otra vez que era él quien debería ir en aquel carruaje y no Anthony.

—Vamos dentro, ya se han ido.

La voz de Felicia lo sacó de sus pensamientos y se esforzó en sonreír.

—Volverá pronto —musitó su esposa y él asintió al tiempo que dejaba escapar el aire de sus pulmones suavemente.

Entraron en la casa y la puerta se cerró tras ellos.

Capítulo 1

Territorio Lakota, 1848

En lo alto de la pared rocosa el joven titonwan observaba al grupo que se había detenido a dar de beber a los caballos. No le sorprendió que se atreviesen a cruzar su territorio, así era el *wasicun*, como los lakotas llamaban al hombre blanco, atrevido y estúpido. Se volvió hacia su padre y le hizo un gesto con la mano, a lo que el hombre respondió negativamente con un gesto de cabeza.

—Hay dos mujeres —dijo el joven como argumento.

Su padre volvió a negar con la cabeza y se giró para regresar. Una vez le dio la espalda, el viejo titonwan apretó los labios. Sabía por qué Icamani quería atacar a esos wasicun. Las dos mujeres que llevaban con ellos eran jóvenes y parecían sanas. Tenían largos cabellos rubios y hacía tiempo que su hijo sentía la llamada de la naturaleza.

—¿No hay mujer en nuestra tribu que pueda satisfacerte? De sobra sé que tienes a varias bien dispuestas.

Icamani miró a su padre con el ceño fruncido.

—Son mis hermanas, no puedo yacer con ellas.

Wiyaka miró a su hijo con expresión burlona.

—¿Y en las tribus amigas? ¿No hay ninguna a la que puedas no considerar «hermana»?

Icamani negó con la cabeza.

—Creía que te gustaba Wanapin y que por eso habías ido a la zaga de Tunkan.

—Ella lo eligió a él —respondió Icamani muy serio.

Su padre asintió. Frente a eso no había discusión posible.

—Esos hombres eran cuatro e iban bien armados.

Icamani suspiró. Los dos sabían que a Wiyaka no le gustaba la

violencia si no era necesaria y satisfacer los anhelos masculinos de su hijo no lo era.

—Encontrarás a la predilecta, ya lo verás, solo es cuestión de tiempo. Y de que rebajes tus exigencias —añadió con tono severo—. Hay mujeres lakota que podrían darte buenos hijos.

Icamani, que se había hartado de hablar del tema, azuzó a su caballo poniéndolo a la carrera. Wiyaka no tuvo más remedio que seguirlo.

—¿Qué le pasa a tu hijo? —preguntó Sinaska mientras raspaba una piel de bisonte con ahínco.

El padre de Icamani se quedó junto a ella pensativo. Hubo un tiempo, muchos inviernos atrás, en los que ansió tomar a Sinaska como esposa, pero igual que le pasara a su hijo con Wanapin ella eligió a Tatanka. A pesar de los años que habían pasado, él contaba ya cuarenta y siete inviernos, seguía sintiendo la comezón en el pecho que le atacaba cuando lo acariciaba con su suave voz y podía oler el aroma de su piel cercana.

—Mi hijo considera a todas las mujeres y hombres de nuestra tribu como parientes suyos. Cuando una muchacha se le acerca la trata como a su hermana y eso la ahuyenta.

Sinaska siguió raspando la piel con entusiasmo y durante un buen rato no se escuchó más que el ruido de su trabajo. Cuando hubo terminado suspiró y se puso de pie para mirar a Wiyaka con fijeza.

—¿Y ahora te das cuenta de eso? Has estado todos estos años tan interesado en que todos lo vean como uno más que te has olvidado de lo que tus palabras hacían en él. El muchacho ha crecido pensando que debía ganarse su sitio permanentemente y por eso ahora no tiene una mujer a su lado.

—Hay algo más. Siente una atracción instintiva por las *hinziwin* —dijo refiriéndose a las mujeres de pelo dorado—. Quería que atacásemos a un grupo de cuatro *wasicun* pertrechados con palos de fuego porque llevaban a dos de ellas.

—Es por ese sueño —dijo Sinaska—. Deberías hablar con

Tonweya, pedirle que realice una ceremonia sanadora para limpiar su espíritu.

—No quiere oír hablar de ello, ya se lo he dicho, pero no quiere dejar de soñar con ella.

—Pues cada vez hay más *hinziwin* por aquí y si le dejas acabará por asaltar a todos los *wasicun* que vea con ellas solo para comprobar si alguna es la mujer flor de su sueño. Nos traerá problemas. Cuando trajiste a Icamani te dije que habías dejado una puerta abierta por la que algún día entrarían nuestros enemigos y ahí la tienes.

Wiyaka la miró con severidad.

—Icamani es mi hijo.

Sinaska posó sus ojos en el joven cuya larga melena rubia brillaba con el sol mientras charlaba con Tatewin. Sabía de la predilección que tenía su hija menor por él y también que él la veía tan solo como una hermana. Todos en el poblado conocían el sueño repetitivo que tenía Icamani desde que cumplió diecisiete inviernos. Tatewin también, pero a ella no parecía importarle que su espíritu estuviese comprometido.

—Esa cabellera es un estandarte, Wiyaka. Los hombres blancos lo reconocerán como uno de los suyos y querrán llevárselo. Debes estar preparado para lo que vendrá. Todos debemos prepararnos.

El consejero titonwan adoptó una pose regia y cruzó los brazos frente al pecho con expresión severa.

—Cuando llegue el momento él será quien decida sobre su destino.

Tatewin lo guio hasta el río y se detuvo frente a sus aguas cristalinas en silencio. Desató la piel que cargaba desde el campamento y la dejó en el suelo. Icamani percibía la tensión en la muchacha y supo que iba a tener lugar una escena que rompería el vínculo que había entre ellos.

La joven hija de Sinaska se giró hacia él y soltó el cinturón de castidad. Después se despojó de sus ropas y se mostró completamente desnuda. Icamani sintió una punzada en su corazón,

sabía bien que aquella no era la manera correcta de proceder y también que aquel acto podría traer vergüenza a la casa de Tatanka, el jefe de la tribu.

—Hermana…

—No soy tu hermana y no deseo que me trates como tal. Soy una mujer y quiero entregarme a ti. Quiero que seas mi verdadero esposo y que me trates como a tu *wakanka*. Si me rechazas, me deslizaré por ese río y no volverás a verme jamás.

Icamani abrió los ojos como platos y miró las aguas que partían veloces sobre las piedras.

—¿Cómo te atreves a hablarme de ese modo? —la reprendió—. Deberías avergonzarte…

—¡No tienes esposa y ya has cumplido veinte inviernos! Eres un bravo guerrero, ¿es que acaso no deseas fundirte con una hembra? Yo estoy dispuesta y te daré hijos sanos y fuertes. ¿Tan repulsiva te resulto?

Icamani frunció el ceño y miró a Tatewin de arriba abajo. Cuando su cuerpo respondió a la llamada la joven sonrió con placer.

—Escucha a tu naturaleza, Icamani. No importa si no me amas, yo tengo suficiente amor por los dos y seré una buena esposa. Nunca te gritaré ni avergonzaré a tu familia. Cuidaré de ti y de nuestros hijos y prometo envejecer lentamente para poder satisfacerte durante mucho tiempo.

Se acercó a él, le cogió una mano y la colocó en uno de sus pechos, como había visto hacer a su madre en la intimidad con su padre. Icamani sintió que se agitaba su respiración y el deseo inundó sus sentidos.

—No he seguido las costumbres de nuestro pueblo. Debo cazar con tus hermanos y entregarle la caza a tu madre. Debo regalarle dos caballos a tu padre y adornos a tus hermanas…

Tatewin, consciente de su inminente triunfo, sonrió, lo tomó de la mano para llevarlo hasta la piel que había extendido y se tumbó sobre ella. Icamani pudo ver el amor que inundaba sus ojos y se sintió conmovido por la inocente entrega de la joven. Se colocó junto a ella y le sonrió al tiempo que acariciaba sus cabellos negros entre los dedos. Tatewin alzó la mano e hizo lo mismo con los mechones dorados de él.

—Tu pelo es como los rayos del sol. He soñado muchas veces

que acariciabas con él mi cuerpo desnudo. Hace muchas lunas que te amo, Icamani.

El joven guerrero se rindió al fin a los deseos de su cuerpo y a los anhelos de la joven. Acarició suavemente sus pechos y después bajó, pasando por su cintura, hasta detenerse en sus nalgas. Sin palabras llevó uno de sus dedos hasta la secreta hendidura que debía acogerlo y la acarició sin dejar de mirarla, buscando la humedad que necesitaba. La muchacha respondió como esperaba y eso lo satisfizo enormemente. Sonrió y se inclinó sobre ella musitando unas palabras profundas y firmes.

—Deberás obedecerme siempre en todo, jamás me pondrás en evidencia y mis deseos serán los tuyos. Solo así te convertirás en «la que está por encima de todo».

Ella asintió con decisión. Caminaría sobre ascuas ardiendo por él si se lo pedía con tal de ser su *wakanka*. Icamani se puso de pie y se desnudó frente a ella. Después se tumbó de nuevo y descendió hasta colocar la cabeza entre sus muslos. Tatewin se aferró con fuerza a la piel sobre la que yacían. El joven guerrero sabía bien en qué consistía el acto aunque aquella fuese su primera vez. Los organizadores de ceremonias le habían explicado lo que debía hacerse y cómo el hombre debía conseguir que su esposa se rindiera frente a él. Cómo la lengua del hombre debe conocerla y su aliento ha de acariciarla antes de penetrarla. Icamani persistió en sus caricias a pesar de los ruegos y quejas de ella, que no sabía lo que estaba sucediendo en su cuerpo. Lo único que Tatewin sabía era que quería algo más, algo que aun siendo desconocido ansiaba con frenesí.

Su tribu había ideado una ceremonia para crear los lazos que unirían al *wicahca* con su *mitawin*.

En esa ceremonia el hombre entregará a la mujer la semilla de generaciones pasadas para continuar con su legado y la mujer pondrá buen cuidado en no desperdiciar ningún resto de dicha semilla, manifestando así su deseo de preservar la vida.

—Mihigna, Mihigna —susurró ella completamente entregada.

Entonces Icamani la aceptó como suya y se unió a ella con pasión convirtiéndola en su esposa. Aunque en su mente fuese otra la que yacía bajo su peso.

—El hombre blanco solo trae enfermedad y muerte, debemos mantener a nuestro pueblo alejado de él —expresó Wiyaka con firmeza.

El consejero del jefe Tatanka era conocido por decir siempre lo que pensaba y en esa ocasión no había sido diferente. Los jóvenes guerreros lo miraron con desprecio mal disimulado y un murmullo se extendió por la rueda de ancianos de la tribu.

—Esos comerciantes solo quieren nuestras pieles —adujo uno de aquellos ancianos—. Y a cambio nos ofrecen sus palos de fuego.

—Nosotros queremos esos palos de fuego —intervino Oglesa, uno de los guerreros más audaces del poblado—. Con ellos puede matarse a un enemigo a mucha distancia.

—¿Y qué honor aportará eso a un guerrero? —dijo de nuevo Wiyaka—. ¿Qué mérito se otorgará al hombre que siegue la vida de otro con tan poca justicia? El hombre que hace una incursión en un asentamiento enemigo para robar sus caballos y lleva tan solo un cuchillo para defenderse, es un guerrero honorable. ¿Queréis convertir la guerra en una simple matanza? ¿No veis en qué convertirá eso a nuestro pueblo?

—Que las cosas hayan sido de un modo hasta ahora no significa que deban seguir siéndolo para siempre. El hombre blanco está aquí y no va a marcharse si no lo echamos. Si ellos mismos quieren ofrecernos la herramienta para lograr ese fin, que así sea. Hay que acabar con ellos de manera que ningún otro se atreva a venir después. —Sonrió con expresión burlona—. ¿No estás de acuerdo, Wiyaka? ¿O es que ya eres viejo y has perdido el fervor guerrero de antaño?

Icamani miró a su amigo con expresión furibunda, pero contuvo su lengua consciente de que sería una falta de respeto hacia su padre si intervenía.

—Oglesa, agradezco la sinceridad de tus palabras, pero debes saber que mi ardor guerrero no ha disminuido por mi edad. Nunca he sentido pasión por matar, lo que no ha menguado en absoluto mi resolución a participar en la lucha siempre que ha sido necesario. No creo que con tus palabras pretendas poner en duda mi valentía. —El joven guerrero hizo un gesto para confirmar que no pretendía

semejante ofensa en absoluto—. Esos comerciantes no buscan nuestro beneficio, sino el suyo y esa bebida que tanto gusta a nuestros hermanos los sicangu no nos traerá nada bueno. Como tampoco lo hará el palo de fuego. Es mi opinión y así la expongo, aunque respetaré la decisión de la mayoría como he hecho siempre.

—Wiyaka ha hablado bien —sentenció Tatanka, el jefe de la tribu.

El resto de los presentes asintió con murmullos de aceptación. Todos allí respetaban a Wiyaka, aunque también sentían la atracción que ejercían aquellos comerciantes con sus abalorios, vasijas y otros utensilios, además de los palos de fuego capaces de matar a un enemigo a distancia.

—Si les damos todas nuestras pieles, ¿con qué nos cubriremos en invierno? —Siguió Tatanka—. Si algo hemos aprendido del hombre blanco es que no importa cuánto les des, siempre quieren más. Debemos actuar con raciocinio, ver lo que ocurre con nuestros hermanos sicangu que tanto tratan con ellos. Observar y aprender, ese ha sido siempre nuestro modo de actuar. Los titón hemos vivido de la tierra durante siglos y no vamos a abandonar nuestras tradiciones y costumbres por el hombre blanco. —Hizo una pausa para que sus palabras encontraran sitio entre los pensamientos de su tribu—. Tampoco somos temerosos y no nos acobardaremos ante lo que viene. No digo que no comerciéis con ellos, si así lo deseáis, pero tened cuidado y no os dejéis deslumbrar por sus objetos llamativos. Las pieles nos proveen de calor, que lo que os den a cambio cumpla una misión equiparable. Wiyaka también tiene razón en cuanto a esa bebida que despoja al hombre de su inteligencia. No dejéis que os conviertan en seres sin alma.

Una vez terminado el consejo, Oglesa se acercó a Icamani y lo miró con rostro muy serio.

—No escuchan nada de lo que digo. Si no lo impedimos, seguirán viniendo y acabarán con nuestra tierra.

Icamani no dijo nada. Estaba molesto por cómo Oglesa había hablado a su padre.

—Hace dos lunas los oí hablar de ti.

El hijo de Wiyaka lo miró sorprendido.

—¿De mí?

Oglesa asintió con la cabeza una vez.

—Hay dos *wasicun* que te buscan. Uno de los comerciantes le dijo al otro que pagaban mucho dinero a quien les diese información sobre «el titón de pelo dorado».

Icamani miró a su amigo con sincera admiración, se había empeñado en que debían aprender la lengua del hombre blanco para saber así cuándo miente. Nadie había mostrado el menor interés, pero él había conseguido que Icamani recordase palabras de su antigua lengua y compartiese con él aquellos pocos recuerdos. Con eso y algo de imaginación aseguraba entender lo que decían.

—Así que ahí es adonde vas todas las noches.

Oglesa lo miró impertérrito.

—Debo proteger a nuestro pueblo.

—¿Tú solo?

—No. Contigo, hermano.

Icamani asintió pensativo. ¿Por qué lo buscaban? Él era un titonwan y no quería nada del hombre blanco. Esos hombres traerían problemas a la tribu, Oglesa tenía razón. Hablaría con su padre, lo más acertado sería levantar el campamento y alejarse. Al otro lado del río estaban los cuervo, con los que había tenido algún problema.

—Deberíamos dirigirnos a las Colinas Negras —apuntó Oglesa como si pudiera leerle el pensamiento—. Allí nos reuniremos con los mahto y los sicangu. Vas a tener un hijo, debes pensar en él.

Icamani volvió a asentir.

—Hablaré con mi padre —confirmó.

—No vamos a irnos, este es nuestro hogar. —Tatanka miraba a Wiyaka con expresión severa—. Ningún *wasicun* conseguirá echarnos de nuestra tierra.

El consejero asintió, estaba de acuerdo con él, aunque era consciente del peligro que eso entrañaba para su hijo y, por tanto,

para toda la tribu.

—Icamani deberá tener cuidado y evitar en lo posible el contacto con ellos. Falta poco para iniciar nuestra marcha hacia el este antes de que lleguen las lluvias. —El jefe titón colocó una mano sobre el hombro de su amigo y lo miró a los ojos—. Te he escuchado siempre y sé que crees que no debemos comerciar con ellos, pero hasta ahora no nos han dado ningún problema y algunos de los objetos que nos proporcionan son de gran utilidad para nuestras mujeres. Si las obligo a no comerciar, el ambiente en el campamento se deteriorará. Las mujeres descontentas alterarán a los hombres y ya sabemos lo que eso nos traerá. Si no me respetan, buscarán a otro jefe. Les pediré que no comercien con ellos hasta que regresemos en primavera y espero que me hagan caso.

Wiyaka asintió. Tatanka tenía razón, a las mujeres de la tribu les encantaban las vasijas y las mantas de vivos colores del hombre blanco. Y los titonwan no entendían el concepto de prohibición, ya que la libertad individual era un hecho no discutible. Podían marcharse cuando quisieran y eso harían si no estaban a gusto en el campamento.

Las mujeres aceptaron no comerciar hasta el regreso en primavera y todo se solucionó de manera natural. Los titones se reunieron con sus hermanos para pasar el invierno y la vida en el campamento fue tranquila durante esos meses.

La primavera llegó y volvieron a establecerse cerca del río. Tras ella, el verano llevaba la promesa de la pronta llegada de una nueva vida a la tipi de Icamani y Tatewin.

Tumbado sobre una manta, el hijo de Wiyaka observaba a su esposa mientras se bañaba en las cristalinas aguas del río. Su abultado vientre la hacía parecer aún más hermosa de lo que ya era. Saber que su hijo crecía allí dentro lo emocionaba y admiraba a partes iguales. Pero el sentimiento hacia su esposa no había cambiado. Podía cumplir sin esfuerzo con su deber de esposo, pero su corazón no latía por ella. Tatewin salió del agua y miró a su marido con deseo. Sin decir nada se sentó a horcajadas sobre él y durante unos minutos solo se escucharon sus gemidos en aquel tranquilo paraje. Después se acurrucó entre sus brazos, con el vientre apoyado en su cuerpo.

—¿Tomarás a otra esposa cuando este niño reclame mi

atención?

Icamani trató de buscar su rostro, pero su esposa lo mantenía oculto contra su pecho.

—¿Piensas desatenderme?

—Los bebés necesitan a sus madres —musitó ella con la voz ronca.

Icamani sonrió y después de unos segundos se sentó llevándola con él. Le cogió la cara con las manos y la obligó a mirarlo.

—Tomar otra esposa es un derecho y un deber para un titón.

—Lo sé.

—Debo procrear y una mujer necesita nueve meses para ello. Mi semilla no puede malgastarse.

Tatewin bajó la cabeza para ocultar las lágrimas de sus ojos. Sabía que no tenía derecho a llorar por ello, pero lo amaba tanto que la sola idea de que yaciese con otra mujer le dolía de un modo insoportable.

—Siempre tendrás un lugar prominente en mi casa —dijo él volviendo a tumbarse con ella en los brazos.

No pudo evitar las lágrimas y ocultó su rostro para no avergonzarlo. Icamani sentía la humedad deslizándose sobre su pecho, pero no dijo nada, pues nada había que decir. Se había casado porque era su deber y acogería a otra esposa por el mismo motivo. Así era la vida de los titonwan y él estaba de acuerdo con ello.

Tatewin tampoco dijo nada. De un modo infantil, había imaginado que al preguntarle él le diría que no, que jamás tomaría a otra esposa. Pero ella sabía que él no la amaba. Se había casado con ella únicamente para cumplir con sus deberes con la tribu y acallar las quejas de su padre. Trató de regocijarse pensando que a esas otras esposas tampoco las amaría porque no serían la *hinziwin* con la que soñaba. La primera vez que lo oyó llamarla «mi *wahcawin*» en sueños, se arrancó un mechón de pelo a tirones. Pero él no se compadeció de ella, al contrario, estuvo varios días sin tocarla como castigo por su comportamiento. Entonces decidió conservar su larga melena y taparse los oídos cuando su sueño la despertaba. Y en ese momento tomó la determinación de no volver a quejarse de su suerte y disfrutar todo lo que pudiese del placer que le ofrecía. Se secó las lágrimas y lo miró con una sonrisa.

El bebé llegó antes de lo esperado y hubo gran alegría en el campamento. Era un niño sano y fuerte y su nacimiento colmó el corazón de Tatewin de un modo que no había podido ni soñar. En un mes ese niño se convirtió en el centro absoluto de su vida y el amor que sentía por su esposo creció hasta tal punto que se volvió del todo generoso. Ya no ambicionaba que él se lo devolviese en igual medida, se sentía satisfecha con el regalo que había recibido por el inmenso amor que le profesaba. Pero según el bebé crecía, en la mente de la joven también comenzó a crecer el miedo a perderlo. Un miedo oscuro y amenazante que la hizo dar un paso arriesgado.

—¿Eres feliz? —preguntó a su marido mientras amamantaba a su hijo.

Icamani apartó la mirada del fuego y los observó satisfecho. Asintió ligeramente. Tenía una hermosa esposa y un hijo fuerte que lo llenaba de orgullo y al que llamarían Mahtola hasta que cumpliese la edad de adquirir su verdadero nombre.

—Los espíritus nos han bendecido —siguió ella al tiempo que acariciaba el rostro sonrosado de Mahtola—. Quisiera hacer un ritual de agradecimiento, si me das permiso.

Icamani volvió a asentir.

—También quiero pedir a los espíritus que protejan a nuestro hijo y que oscurezcan su pelo. —Suspiró aliviada una vez lo hubo dicho—. No te enfades conmigo, amor mío, temo por él y solo quiero protegerlo.

Su esposo hizo un gesto con la mano para indicarle que se acercase. Tatewin obedeció inmediatamente, como hacía siempre. Se arrodilló frente a él y agachó la cabeza dispuesta a escucharlo con respeto.

—Puedes realizar un ritual de agradecimiento, pero te prohíbo que prives a mi hijo de la herencia de su padre. Yo soy quien soy y mi hijo es el que es. Tú no puedes intervenir en su destino. Su pelo es dorado como el mío y así debe ser. Yo enseñaré a mi hijo a protegerse, como mi padre me enseñó a mí. No dejaré que lo conviertas en una débil niña asustadiza.

—Marido mío, perdóname, sé que es mi miedo el que habla. Pero no quiero que el hombre blanco se lo lleve. Déjame pedir

ayuda a los espíritus, por favor, apiádate de mí.

Icamani apretó los dientes con evidente enojo y Tatewin temió que le levantara la mano por primera vez. El esposo la miró dolido y después apartó la mirada clavando sus ojos en las llamas. «La que está por encima de todo» se deslizó hasta él y apoyó la cabeza en su hombro. Icamani no se movió hasta que percibió sus sollozos. Sin hablar los rodeó a ambos con su brazo y Tatewin se acurrucó, sentándose entre sus piernas, como una niña que necesita consuelo.

Los espíritus escuchan, pero rara vez explican sus decisiones. Tatewin realizó su ritual de agradecimiento, arrodillada sobre la manta que el comerciante le había regalado a Wanapin aquella misma mañana. Y, contraviniendo los deseos de su esposo, pidió también que oscurecieran el pelo de su hijo, lo que provocó el monumental enfado de Icamani. El marido la expulsó de su tipi y le prohibió acercarse a su hijo hasta que él lo autorizase, por lo que tuvo que trasladarse a la tienda de sus padres con la vergüenza y la tristeza que eso supuso para ella.

A la mañana siguiente Tatewin despertó con la piel cubierta de manchas rojas y con el cuerpo ardiendo. Sus ojos lloraban escocidos y su vientre se descompuso con dolorosos espasmos. No fue la única. El mal se extendió entre los miembros de la tribu, empezando por las mujeres y los niños y continuando hasta algunos de los hombres, los que más en contacto estuvieron con las enfermas. Tatanka ordenó que quemaran las mantas aconsejado por Tonweya, el sanador, que aseguró que todas las mujeres que habían enfermado recibieron como regalo del comerciante una de esas mantas. Cuando varios de los hombres acudieron a preguntar descubrieron que el hombre blanco se había marchado y eso les pareció prueba suficiente de que las mantas eran las culpables de la súbita desgracia.

Aquel mal desconocido para los *titonwan* arrasó el campamento de Tatanka y se llevó la vida de quince de los sesenta miembros. También la de Tatewin. El sexto día su espíritu abandonó el mundo de los vivos. Su esposo se quitó la ropa que llevaba y se vistió con

otras sucias, según la costumbre titonwan. Se pintó el rostro con pintura negra y salió de la tienda en la que permanecía el cuerpo de su esposa. Las mujeres la atendieron. La lavaron y la cubrieron con el ropón rojo de la muerte para su último viaje. Icamani se alejó solo y caminó hasta el río deteniéndose en el lugar en el que Tatewin se entregó a él por primera vez. Allí se arrodilló, sacó el cuchillo y, agarrando con fuerza su larga melena, la cortó. Durante unos minutos sostuvo aquellos cabellos rubios en su mano y dejó que las lágrimas cayeran de sus ojos. La quiso como a una hermana y, a pesar de saberlo, ella lo amó con toda la fuerza de su corazón. Con su entrega incondicional había despertado en él un cálido sentimiento que ahora se volvía árido e hiriente por no haber podido corresponderla. Levantó la mirada al cielo y gritó con fuerza salvaje. Un grito desgarrador que esperaba que ella escuchara. Segundos después lanzó las hebras doradas al río y las vio alejarse con la corriente.

—Esposa mía, no temas por Mahtola. Te prometo que cuidaré siempre de él y lo convertiré en un guerrero fuerte y poderoso —murmuró en la lengua de los titón.

Y con el mismo cuchillo que había sesgado sus cabellos se hizo una marca profunda en el pecho para no olvidar nunca su promesa.

Wiyaka se sentó frente a él y encendió su pipa. No era una pipa cualquiera, aquella contenía unas hierbas que nunca había utilizado con él. Después de lanzar varias bocanadas de humo se la pasó a Icamani con mano firme.

—Ya hemos despertado siete días desde la muerte de tu esposa. —Hizo una pausa mientras Icamani aspiraba el humo con los ojos cerrados—. Hace quince inviernos que eres mi hijo y ha llegado el momento de hablar del pasado.

Icamani le devolvió la pipa con expresión desconcertada. No sentía el menor deseo de hablar de eso. Wiyaka miró su cabello mal cortado con respeto y después fijó la vista en sus ojos azules y de mirada profunda.

—¿Qué recuerdas de tu otra vida? —preguntó.

—¿A qué viene recordar el pasado ahora, padre?

—Hay momentos en nuestro camino en los que es necesario detenerse y echar la vista atrás. Es el único modo de encontrar las respuestas que buscamos antes de que la pregunta no nos deje vivir. Tienes que saber qué le dirás a tu hijo cuando la haga.

—Le diré que nací el día que tú me encontraste. Que tú eres mi padre y él es mi hijo. Eso le diré —respondió con voz profunda.

Wiyaka recordaba muy bien aquel día. Un niño sin vida en la mirada, con expresión ausente, que caminaba de manera inconsciente. Lo tomó en brazos y lo llevó al campamento. Se dejaba alimentar y cuidar como si, en realidad, no estuviese allí. Wiyaka había visto los cadáveres mutilados de los que debían ser sus padres. La mujer fue torturada con ensañamiento y al hombre lo abrieron en canal. El titonwan comprendió entonces que el niño no sobreviviría si no le daba a fumar la pipa del olvido. Muy pocas veces se la habían ofrecido a un niño. Lo normal en esos casos era acabar con su vida, pero por algún motivo Wiyaka se sentía unido a él, a su espíritu, y optó por la hierba del olvido.

Después de fumar durante dos noches el dolor del niño se tornó en mutismo y las aterradoras imágenes de lo que había visto se ocultaron tras el velo que todo lo cubre. Wiyaka lo acogió en su tipi y lo trató como a un recién nacido que debía volver a aprender lo que había olvidado. Así nació su hijo, Icamani. Tardó un año en decir su primera palabra en la lengua de los titón. Y aquella fue la primera vez que Wiyaka escuchó su voz.

Capítulo 2

Londres, 1850

Rose entró en el despacho de su padre y se dejó caer en el sofá con una mano en la frente. Su gesto melodramático no provocó ninguna reacción en él, acostumbrado como estaba a la afición de su hija por el teatro. La joven lanzó un largo y sonoro suspiro buscando con ello alterarle los nervios y que se viese obligado a responder de algún modo, preferiblemente con una pregunta sobre su estado.

—¿Qué te ocurre, Rose? —se rindió ella en voz alta al ver que sus intentos no surtían el menor efecto. Se incorporó y miró a su padre con expresión furibunda—. ¿Te puedes creer que no me dejan participar en la subasta, papá? Dicen que no admiten mujeres porque somos demasiado… ¿Qué palabra ha utilizado ese estúpido e insoportable Stuart? ¡Emocionales! ¡Eso es! Dice que somos demasiado emocionales.

Su padre levantó la vista del documento que revisaba y la miró con ironía, a lo que ella respondió ignorándolo. Se dejó caer contra el respaldo del sofá y bufó con fiereza.

—Domino el lenguaje muchísimo mejor que él y lo sabe, por eso no me deja participar. Tiene miedo de que lo deje en evidencia, cosa que haría solo con ponerme a su lado…

—Rose…

—¿Qué? Es cierto. Mido por lo menos cinco centímetros más que él, no es mi culpa que sea bajito. Tampoco lo es suya, lo sé, pero de lo que sí tiene la culpa es de ser un estirado y un simple y un…

Robert dejó la pluma en su sitio y la miró con atención. Estaba claro que no iba a dejarlo trabajar hasta que se hubiese desahogado y a él no le quedaba otra que rendirse y aceptarlo. El tiempo en el que podía corregirla había pasado. Su hija iba a cumplir diecinueve

años, ya no era una niña a la que pudiese castigar sin postre. Atrás quedó la época en la que sus consejos y palabras severas tenían un efecto correctivo sobre su carácter.

—¿Quieres que te expulsen también de la asociación Mary Campbell?

Rose lo miró dolida al percibir cierta crítica en sus palabras.

—Lo dices como si fuese culpa mía que no me dejen participar en esas reuniones, papá. Sabes que en todas y cada una de esas ocasiones fui tan solo una víctima de la mediocridad y la simpleza de…

—Tu vocabulario ofensivo es cada día más prolijo, hija mía.

La joven no pudo disimular una sonrisa.

—Mamá me dijo ayer que mi lengua es como un afilado cuchillo.

—Estoy seguro de que no lo dijo como un halago —aclaró al verla sonreír con satisfacción.

Robert negó con la cabeza y se puso de pie para servirse un poco de *whisky* mientras su hija tamborileaba con los dedos sobre el brazo del sofá.

—¿Has pensado ya en la propuesta de tu madre? —Con el vaso en la mano, se sentó en su sillón orejero, que estaba colocado perpendicular al sofá.

Rose cambió su expresión borrando su sonrisa.

—No quiero un baile, papá, ya se lo he dicho, pero ella insiste e insiste e insiste. —Se recostó de nuevo y apoyó la cabeza en el respaldo.

—Es su método para derrotarnos —sonrió con cariño.

—Pues yo no quiero ceder. Odio los bailes, me aburren mortalmente.

—Quizá si bailaras…

—Me siento estúpida dando vueltas por un salón abarrotado de gente. —Se puso de pie y se arrodilló junto al sillón de su padre apoyando las manos en el reposabrazos—. ¿No puedo seguir siendo quién soy, papá? No quiero bailes y tampoco quiero casarme con ninguno de esos jóvenes que me propone mamá. Lo he intentado, de verdad que sí…

Robert torció una sonrisa mirándola con ironía.

—¿Qué? —Rose se puso de pie y lo miró con las manos en la

cintura—. Fui a pasear con Oscar Parnell.

—Y saliste corriendo afirmando que te estabas quedando ciega.

—¿Y qué me dices de Elliot Lamarck?

—Rose… Llevarlo contigo a ver a tu abuela no es darle una oportunidad. Los dos sabemos que ningún joven se atrevería a regresar después de conocer a esa santa mujer.

Su hija disimuló una sonrisa pícara y bajó la mirada con afectación.

—Acepté bailar con Jack Chesterton en la fiesta de Florence.

—Y le dijiste que tu prima estaba profundamente enamorada de él.

—¡Pero era cierto! —exclamó fingiendo sorpresa—. Aunque, en realidad, yo no lo supiera.

—Y aun así, no dudaste en decírselo y provocaste que Belinda dejara de hablarte durante un mes.

Se encogió de hombros mientras se movía con ligeros giros a izquierda y derecha.

—Debería haberme explicado que era un secreto.

—¡No lo habría sido de habértelo contado, hija! —exclamó con severidad.

Rose arrugó la boca con expresión de pesar, no le gustaba que su padre la regañara. Estaba acostumbrada a las quejas de su madre, pero él siempre había sido su aliado.

—Ven aquí. —Robert dio unos golpecitos en el reposabrazos y Rose se arrodilló de nuevo junto a él mirándolo con atención—. Escúchame, hija. Nunca voy a obligarte a hacer nada que no quieras. Si no quieres casarte, no te casarás, pero quiero que sepas que eso me haría muy infeliz. No quiero saber que vas a estar sola cuando tu madre y yo no estemos…

—Dentro de cien años —lo interrumpió.

Robert acarició su pelo con una sonrisa triste en los labios.

—Me gustaría que encontraras a un joven digno de ti, alguien que te haga reír, que te proteja y, sobre todo, que sea capaz de gobernarte.

Rose sonrió con malicia, a la vista de los acontecimientos estaba segura de que ese hombre no existía.

—Creo que prefiero «gobernarme» yo misma, gracias. —Se puso de pie—. No tendrás que preocuparte por mi futuro, papá, sé lo

bastante de la empresa como para poder dirigirla algún día. Siempre has dicho que no tendrías reparos en dejarme al frente a pesar de lo que diga la gente.

—Esa «gente» son tus conciudadanos, personas que te pondrán las cosas muy difíciles si no acatas sus normas, ya deberías saberlo. Una cosa es que te expulsen de una asociación femenina por ser irritante y otra muy distinta es que te den la espalda por contravenir sus normas. Ninguna mujer puede sobrevivir en nuestra sociedad si eso sucede. Ni siquiera tú, Rose.

—Me has educado bien, papá. Soy fuerte, inteligente y sé todo lo que hay que saber sobre los telares. No hay nadie mejor preparado para dirigir Portrey & Balshaw que yo.

Su padre asintió sin decir nada y después apuró el contenido de su vaso y lo depositó sobre la mesita que había a su derecha.

—Papá… —Rose sabía que aquel era un tema delicado—. ¿Por qué no le has cambiado el nombre? Han pasado diecisiete años.

Al ver que su expresión se entristecía, Rose se arrodilló de nuevo y apoyó la mejilla en su mano.

—No fue culpa tuya.

Robert cerró los ojos con pesar mientras su corazón se estremecía.

—El tío Anthony sabía lo que podía pasar y aun así, quiso ir. Mamá siempre dice que era un hombre muy testarudo y que no habrías podido impedírselo de ningún modo.

Su padre suspiró, pero no dijo nada. Recostó la cabeza en el respaldo del sillón mientras acariciaba el cabello de su hija como haría con uno de sus perros, a los que también adoraba.

—Rose, de verdad vas a acabar con mi paciencia. —Felicia miraba a su hija con expresión severa—. ¡Es el mejor vestido que tienes!

—Te empeñaste en que me lo pusiera hoy, ¿qué querías que hiciera? Tenía que ir a la fábrica, una de las máquinas se estropeó y…

—¡Oh! ¿Qué voy a hacer contigo?

Rose corrió hacia su madre y la abrazó con tanta fuerza que le

cortó la respiración y acto seguido la levantó del suelo.

—¡Niña, para! —exclamó Felicia sin poder contener la risa.

—Te quiero, mamá, te quiero cada segundo de cada día, pero por favor, por favor, por favor, no me obligues a ir a ese baile.

—Es el compromiso de Belinda —dijo su madre apartándola con suavidad—. Tú los emparejaste, ¿cómo le vas a hacer ese feo a tu prima?

—¿Y a quién le importa que yo no vaya? Se tienen el uno al otro —sonrió con inocencia.

Esa sonrisa era capaz de desarmar a cualquiera, también a su madre, pero esta vez no iba a ceder.

—Ve a cambiarte. Ponte el vestido celeste, el que te compré para cuando diésemos el baile por tu cumpleaños. Está claro que ese baile no se va a celebrar.

Rose entornó la mirada. Su madre era muy lista, le daba una de cal y otra de arena. ¿Si aceptaba ir al baile de Belinda, no tendría que ser la protagonista obligada del suyo propio?

—Vamos, ¿a qué esperas?

—Estoy decidiendo si te doy un abrazo y un beso o solo un beso.

Felicia sonrió satisfecha y abrió los brazos para acogerla en ellos.

—Deberíamos haber tenido más hijas —dijo después de besarla con ternura—. Si hubieras tenido hermanas no estarías tan mimada.

La joven la miró satisfecha y se dirigió a la puerta.

—Me encanta cómo son las cosas —dijo y antes de salir le guiñó un ojo a su madre.

—¡Rose! —exclamó reprobadora, pero su hija ya había salido del salón—. Esta niña no aprenderá nunca a comportarse como es debido.

Rose se puso frente al espejo y se miró con ojo crítico. El azul celeste iba bien con sus ojos, y sus rizos caían sobre el cuello de satén de un modo delicado. El corte realzaba su figura. Demasiado, se dijo marcando las curvas de sus senos y bajando hasta su cintura. El hecho de que no tuviese un gran escote no hacía que fuese menos

sensual, al contrario, y a ella eso no le gustaba nada. Odiaba sentir en su cuerpo la mirada de algunos hombres y sabía que eso era exactamente lo que iba a ocurrir en la fiesta de compromiso de Belinda. Sobe todo temía la mirada de Jack Chesterton, el prometido de su prima. Se sacudió la falda del vestido y sopesó la posibilidad de ponerse otro. Tendría que discutir con su madre, pero no creía que por culpa del vestido cambiase de opinión respecto a la fiesta de su cumpleaños. Bufó para tratar de descargar la tensión que sentía y se dirigió al ropero decidida. Sabía que todo sería mucho más fácil si le contase a su madre las insinuaciones y la persistencia de Jack Chesterton con respecto a sus sentimientos. En especial si le contaba lo sucedido en el camino de Beneitfield la semana anterior. Aún se le erizaba la piel al recordarlo y esperaba que él no olvidase el rodillazo que recibió como respuesta a sus perversas intenciones. Negó con la cabeza después de valorar la posibilidad de hablar con sus padres. Seguramente, eso no evitaría en absoluto la fijación de su madre por los bailes y sí provocaría un revuelo en la familia que, sin lugar a dudas, la convertiría de nuevo en el problema. Estaba segura de que, si la persecución de Chesterton llegaba a oídos de la tía Lucy, para la madre de Belinda solo habría una culpable: ella.

Optó por la decisión menos problemática y se cambió de vestido, eligiendo uno gris con abotonadura de perlas. Una opción de lo más recatada que podría ponerse hasta la abuela Isobel. Pensar en su abuela le arrancó una sonrisa en medio de aquella tensión. Sus palabras tras conocer a Chesterton resultaron ser casi proféticas. «Huye de ese muchacho en dirección contraria. Tiene la mirada más sucia que yo haya visto nunca».

—¿Ya estás…? —Felicia enmudeció al ver a su hija y se quedó petrificada con la mano sujetando el pomo de la puerta.

—No te sulfures, mamá. No me sentía cómoda con el vestido azul, es demasiado bonito y no quiero molestar a Belinda, ya sabes lo quisquillosa que es. Si aparezco con un vestido más bonito que el suyo, no me lo perdonará nunca.

Su madre entornó ligeramente los ojos. Sabía que su hija era tremendamente considerada con todo el mundo, pero por algún motivo le pareció que aquella excusa ocultaba algo más. Soltó la puerta y se acercó a ella para escrutar en sus ojos lo que pretendía

ocultarle.

—Creía que confiabas en mí —dijo colocándole un rizo—. No sabía que me ocultaras cosas.

—No te oculto nada, mamá. —Bajó la mirada sintiéndose muy incómoda.

—Así era antes, pero últimamente has cambiado conmigo. Algo debo haber hecho mal.

—Mamá… —Quería decir algo que la contradijese, pero su madre era demasiado inteligente como para dejarse engañar.

Felicia suspiró y después fijó su mirada en los ojos de su hija.

—Sé que debes tener tus motivos para no querer ir a la fiesta de compromiso de Belinda y también para haber elegido este vestido. Pero has de saber que siempre podrás confiar en mí. No hagas caso de mis regaños ni de mi empeño por llevarte por el buen camino —sonrió con cariño—, en el fondo sé que soy la madre más afortunada del mundo por tener a una hija como tú.

Rose estuvo a punto de caer en la trampa, pero se dio cuenta de la artimaña justo a tiempo.

—Te quiero, mamá —dijo abrazándola y a Felicia no le quedó otra que darse por vencida.

Cuando bajaron vieron que Robert hablaba con Stevens, el mayordomo, sobre una nota que acababa de entregarle.

—¿Y dice que acaban de traerla?

—¿De quién es, Robert?

Su esposo fruncía el ceño sin apartar la vista del papel.

—De lord Crowley. Me pide que vaya a verlo cuanto antes. Esta misma noche.

—¿Ha ocurrido algo?

—No lo sé. En la nota solo dice eso.

—Qué extraño.

—Iré a verle y después me reuniré con vosotras en casa de mi hermano.

—Pero…

—Ninguno de los dos va a dejar de pensar en esto, Felicia. Es

mejor que averigüe de qué se trata para que podamos disfrutar de la velada.

Su esposa asintió consciente de que tenía razón. Rose le dio un beso a su padre en la mejilla y las dos mujeres salieron de la casa sin decir nada más.

Capítulo 3

—Lord Crowley lo está esperando en el salón. Acompáñeme. —El mayordomo lo guio hasta el lugar y lo anunció tras abrir la puerta.

—Adelante, adelante —dijo el anfitrión apresurándose a recibirlo—. Wilkins, tráiganos un tentempié, me temo que he estropeado la cena al señor Balshaw.

—No es necesario…

—Insisto —ordenó Crowley mirando a Wilkins—. ¿Le apetece una copa de vino mientras esperamos? Siéntese, siéntese.

Robert aceptó el vino y tomó asiento en la butaca que le señaló. Empezaba a sentirse incómodo.

—Me gustaría saber cuál es la urgencia. Mi sobrina celebra hoy su compromiso…

—Lo sé, lo sé —interrumpió Crowley sentándose frente a él—, pero cuando le explique el motivo verá que era totalmente necesaria su presencia. Tengo una buena y una mala noticia que darle y es algo que no podía esperar, dado el carácter de dicha información.

Robert sintió que se le erizaba el pelo de la nuca y bebió un sorbo de vino tratando de calmar los nervios.

—¿De qué se trata?

—Es referente a… —Lord Crowley se detuvo, al parecer él también estaba nervioso—. Esta tarde he tenido una visita inesperada. ¿Recuerda a los señores Rippin y Dermot?

—¿Cómo olvidarles? —La sangre abandonó su rostro.

—Bien, bien. Pues han venido a verme y me han hecho una revelación sorprendente que, como comprenderá enseguida que sepa a qué me refiero, no era fácil de creer. Ante mis reticencias, me han llevado hasta el lugar en el que se halla el sujeto y debo decir que el parecido es asombroso a pesar de… todo.

—No entiendo nada de lo que dice, señor Crowley, ¿podría ser

más concreto?

La puerta se abrió y entraron dos doncellas portando sendas bandejas con sándwiches fríos, té y pastelitos.

—Déjenlo ahí —ordenó Crowley impaciente—. No hace falta que lo sirvan, váyanse.

Las doncellas se apresuraron a salir y cerraron la puerta procurando no hacer ruido. Lord Crowley dejó escapar el aire de golpe de sus pulmones y asintió con la cabeza como si mantuviese una conversación consigo mismo.

—No hay otra forma de decir esto que no sea haciéndolo sin más, veo. Los señores Rippin y Dermot han rescatado a Andrew Portrey, el hijo de su amigo Anthony.

La copa resbaló entre sus dedos y el líquido cayó sobre sus pantalones sin que Robert se inmutase. Lord Crowley se apresuró a recogerla del suelo y le entregó una servilleta para que se limpiase, pero Robert la miró como si no supiese qué hacer con ella.

—¿Andrew? —musitó.

—Sé que es una noticia asombrosa, pero hay algo más.

—¿Algo más?

Robert no conseguía asimilar la información. En su mente solo tenía cabida la imagen del pequeño de seis años que lo saludaba desde el carruaje antes de partir hacia el puerto donde les esperaba el barco que los llevaría a América.

—El muchacho ha estado viviendo con los salvajes todos estos años y su mente… —Crowley carraspeó, no sabía cómo decir aquello—. Él no es…

—¿Andrew? —repitió Robert.

De repente, se dio cuenta de que tenía los pantalones mojados y miró la mancha de vino con el ceño fruncido. Pasó la servilleta sobre ella, pero la mancha no desapareció. Se puso de pie y lord Crowley lo imitó.

—¿Dónde está? —preguntó recuperando la serenidad y la claridad de pensamiento.

—Lo tienen en una cabaña en el camino de Hartford… No pueden traerlo aquí, su comportamiento… Ya sabe lo que dicen de los indios.

—Vamos —ordenó Robert—. Quiero verlo ahora mismo.

—¿Está seguro? ¿No prefiere esperar a mañana? Vaya a la fiesta

de su sobrina y duerma esta noche. Mañana lo verá todo con más claridad y podrá tomar una decisión al respecto. Esos señores saben que usted ofrecía una recompensa por el muchacho y no han dejado de buscarlo durante estos años. Según ellos no ha resultado nada fácil traerlo, se había integrado por…

—Vamos ahora —ordenó de nuevo con firmeza—. Debo asegurarme de que es él.

Lord Crowley se dio por vencido y asintió.

—Está bien, lo llevaré hasta allí.

Los dos hombres salieron de la casa y subieron al coche que esperaba fuera.

Dermot, sentado en un taburete delante de su prisionero, volvió a llevarse el puro a la boca succionando con deleite. Después soltó el humo con parsimonia.

—Mañana tendrás visita —dijo en lengua lakota—. Vamos a tener una charla para que comprendas que debes comportarte como una persona y no como lo que eres.

Acercó el puro a su pie sin que el joven hiciese ademán de apartarlo. El olor a carne quemada estremeció el estómago de Rippin, pero Icamani no movió un músculo ni emitió el menor sonido.

—Vas a dejarlo marcado y te van a pedir explicaciones —dijo su compañero, visiblemente incómodo.

Dermot apartó el cigarro y se lo llevó de nuevo a la boca.

—¿Y quién va a saber que se lo he hecho yo?

—Tiene el cuerpo lleno de heridas, no sé ni cómo se aguanta sentado. Eres un sádico. ¡Pero si le arrancaste un pedazo de carne! Esos comanches te reventaron la cabeza, Dermot. No nos pagarán nada por un cadáver.

El otro miró al lakota y sonrió.

—¿Vas a morirte? Después de todo lo que hemos pasado juntos no me irás a hacer esa faena, ¿verdad?

—Tranquilo —dijo el titonwan—. Hasta que te mate pienso sobrevivir y después de eso no creo que a ti te importe lo que me

pase.

Dermot soltó una carcajada.

—Me caerías bien si no te hubieses unido a esos asquerosos indios. —Se encogió de hombros—. Puedo soportar a un salvaje, pero a uno como tú… —negó con la cabeza—. Hay que ser muy hijo de puta para hacerse amiguito de los que mataron a tus padres.

El titón lo miró fijamente y Dermot tuvo que reconocer que, si no lo tuviese encadenado, tendría serios problemas con él. De hecho, incluso con esas cadenas todos los de aquella casa corrían peligro.

—Se nos va a acabar la diversión, muchacho. Creo que ese Robert Balshaw no me va a dejar seguir jugando contigo. Lo hemos pasado en grande durante la travesía, ¿verdad? ¿Me echarás de menos?

Icamani torció una sonrisa con mirada asesina.

—Tranquilo, volveremos a encontrarnos y entonces seré yo el que se divierta.

Rippin puso los ojos en blanco. ¿No podía estarse calladito? Lo que fuese que le había dicho había puesto a Dermot de pie y ya tenía el madero en la mano.

—Déjalo estar, hostias, que nos vas a traer la ruina.

—No te preocupes —dijo el otro antes de asestarle el primer golpe de aquella tanda—. Mientras no le rompa los dientes no tendremos problemas.

Rippin trató de detenerlo y recibió su parte.

—Su aspecto no es muy bueno —advirtió Dermot antes de abrir la puerta del agujero en el que lo tenían encerrado—. Nos ha dado muchos problemas todo el trayecto en barco y no ha parado al llegar aquí.

—A mí me abrió la cabeza —mintió Rippin mostrando la brecha que aún sangraba en su frente y que había sido obra de Dermot. Quizá si corroboraba su versión, Balshaw les pagaría igual.

—Es muy fuerte y lucha como un auténtico guerrero lakota —advirtió Dermot—. No se deje embaucar por su pelo rubio y sus

ojos azules, ese cabrón es un auténtico salvaje.

Robert lo miró con severidad y sin escuchar nada más lo apartó para entrar en la estancia. Tuvo que taparse la nariz, el olor a excrementos y orín era insoportable. En un rincón había un hombre encadenado, de rodillas y sentado sobre sus pies, que lo miró con profundo odio. El dolor lo traspasó como un cuchillo cuando sus ojos se encontraron. Se quedó sin respiración y tuvo que buscar apoyo en la pared para no perder el equilibrio. La voz del joven sonó gutural y profunda. No entendió nada de lo que decía, pero a juzgar por su entonación parecía estar maldiciéndolo y amenazándolo al mismo tiempo.

—¿Andrew? —musitó Robert.

El salvaje respondió en el mismo tono que antes y de manera igual de ininteligible.

Robert se giró hacia Dermot, que había entrado tras él y se mantenía a cierta distancia.

—Se está acordando de todos sus muertos —explicó burlón—. Estos salvajes son muy creativos a la hora de matar y este en concreto no ha dejado de enumerar todas las formas en las que va a hacernos sufrir en cuanto consiga librarse de esas cadenas.

—¿No entiende nuestro idioma?

El otro se encogió de hombros antes de responder.

—Ni idea, conmigo habla en la lengua titón.

Robert hizo ademán de acercarse, pero Dermot se lo impidió.

—Ni se le ocurra. Es capaz de arrancarle la nariz de un mordisco y se lo digo porque ya lo ha hecho con uno de sus guardianes. No es nada bonito de ver, se lo aseguro. Manténgase a distancia.

—Andrew —repitió dirigiéndose al encadenado—. ¿No me recuerdas? Soy Robert. Robert Balshaw, el mejor amigo de tu padre.

La retahíla de palabras del titonwan se detuvo y sus ojos miraron al intruso con mayor atención. Robert descubrió el brillo de la razón en aquella mirada y librándose de Dermot se acercó peligrosamente.

—¿Recuerdas a tu padre? Anthony, Anthony.

—Anthony… —musitó el salvaje.

Robert sonrió entusiasmado.

—¡Sí! Anthony era tu padre y Leslie, tu madre. ¿Los recuerdas, Andrew? ¿Me recuerdas a mí? ¿Sabes quién soy?

Lord Crowley, que se había mantenido en un segundo plano todo el tiempo, dio un paso adelante con preocupación.

—Robert, no deberías…

Con un ágil movimiento Icamani se incorporó y rodeó el cuello del intruso con uno de sus brazos inmovilizándolo de espaldas a él, pero sin apretar. Robert no trató de soltarse, pero cuando vio a Dermot coger el madero para golpearlo levantó la mano para impedírselo.

—No le hagáis daño —ordenó con firmeza—. No le toquéis.

—¡Suéltalo! —gritó Dermot en el idioma de los titón sin dejar de amenazarlo. De ningún modo iba a permitir que se cargase al idiota ese sin haber cobrado—. Como le hagas daño te reviento la cabeza, maldito animal. Solo un salvaje atacaría al único hombre al que le importa lo que le pase.

—Agua —musitó Icamani.

Robert abrió mucho los ojos, emocionado al escucharlo utilizar su idioma.

—Ha dicho agua —ordenó de nuevo mirando a los dos hombres que se la habían negado durante dos días—. Traigan agua inmediatamente.

Rippin hizo lo que decía al ver que Dermot no se iba a mover.

Icamani soltó a Robert muy despacio y lo dejó ir. Balshaw lo vio beber con fruición, había desesperación en sus gestos y comprendió que lo habían matado de sed. Se fijó de nuevo en las múltiples heridas de su torso desnudo, por no hablar de las de su cara. El pelo se le pegaba a la cabeza por la sangre y le daba un aspecto siniestro y peligroso.

—Quiero que traigan a un médico para que lo examine. Y limpien esta pocilga. No se comportará como un humano si lo tratan como a un animal.

—¿Y qué pasará si mata al médico? —Sentenció Dermot—. Si usted se hace cargo de las consecuencias…

—Descuiden, todo lo referente a este hombre es cosa mía. Pagaré lo que estipulé con ustedes. Y me encargaré de sufragar todos los gastos en lo que a él se refiere. Pero no permitiré que lo traten de un modo tan inhumano. Está malherido y agotado. —Se puso de pie y lo miró con compasión—. Por segunda vez lo han apartado de los suyos y lo han torturado. ¡Apenas puede aguantar

su propio peso sentado! No creo que se den cuenta de lo mucho que se parecen ustedes a esos que llaman salvajes. En cuanto esté con personas que lo traten como a un ser humano, responderá como tal.

Rippin lo miró incrédulo.

—¿Se lo va a llevar a su casa? ¿Con su familia?

—Por supuesto —afirmó, rotundo—. Con paciencia y cuidados conseguiremos que recuerde quién es.

—El niño que usted conoció ya no existe —sentenció Dermot—. Ese joven de ahí es un guerrero lakota y ha hecho cosas que le pondrían los pelos de punta. No espere nada de él y así no se sentirá decepcionado. Con mano dura es posible que consigamos que deje de lanzarse contra nosotros, pero ni siquiera de eso estoy seguro.

Robert volvió a mirarlo con dureza.

—Por suerte para él esto no es asunto suyo, señor Dermot. Recibirán su dinero y podrán volver a sus negocios y olvidarse de nosotros para siempre. Envíen a alguien a buscar al doctor Pellico, estará en la fiesta de mi hermano. —Sacó de su bolsillo la invitación en la que constaba la dirección y se la entregó a Rippin—. Díganle que es muy urgente.

Rippin salió de la habitación y lord Crowley se acercó a Robert.

—Podrían llevarlo a Blunt Manor —dijo sin quitarle los ojos de encima—. Hace dos años que nadie va por allí. Mis hijos no quieren alejarse de Londres en verano y mi mujer no va a ninguna parte si no es con ellos, así que está vacía. Tan solo viven dos criados, el guardés y su esposa. Podrían llevarlo allí y con vigilancia y paciencia…

Robert lo miró pensativo. Él no tenía una segunda residencia y llevarlo a su casa atraería toda la atención de sus conciudadanos. Sortear la curiosidad de sus vecinos no iba a ser tarea fácil. Además, estaban Felicia y Rose. De ningún modo podía ponerlas en peligro. Blunt Manor estaba a cinco horas de Londres, una distancia prudencial, no demasiado lejos para poder visitarlo a menudo, pero sí lo bastante como para que nadie lo molestase durante su proceso de recuperación. Miró a Andrew que volvía a estar inmóvil con los ojos clavados en algún lugar invisible. Su lugar estaba en casa y allí es adonde lo llevaría. Encontraría el modo de protegerlos a todos, incluso a él.

—De momento vendrá conmigo a casa —dijo mirando a lord

Crowley—. Le agradezco el ofrecimiento y si mi idea no funciona le pediré su ayuda, por lo que le pido que no retire su oferta.

—Cuente con ello. Le ayudaré en todo lo que pueda. Anthony Portrey era un amigo, a mí también me importa su hijo. Daré orden de que lo tengan todo preparado en Blunt Manor por si surge la necesidad de su traslado.

—¿Hará que tapien las ventanas? —preguntó Dermot con una sonrisa despreciativa—. Porque saltará por una de ellas sin dudarlo con tal de escapar. Y también deberán quitar la cama o la convertirá en astillas y los atravesará con una de ellas para después sacarles las tripas y ponérselas de collar.

—¡Dios Santo, Dermot! —exclamó lord Crowley—. Habrá un modo de solucionar esto. Si hay que dejarlo en una estancia vacía, no será un problema. Ustedes podrían encargarse de vigilarlo mientras…

—No —lo cortó Robert—. No funcionaría. Han estado maltratándolo y su presencia sería contraproducente. Tiene que ser otra persona, alguien a quien no haya visto nunca y con quien pueda empezar de cero.

—Pero debe ser fuerte para poder neutralizarlo en caso de ser necesario —dijo lord Crowley con evidente preocupación.

—Conozco a alguien así —dijo Dermot—. Le llaman Capitán porque lo fue durante años. Es escocés. Vivió bastante tiempo en Nebraska. Conoce bien a los lakotas y habla su lengua.

—¿Está en Londres? —preguntó Robert confuso.

Dermot asintió.

—Se cansó de vivir entre salvajes. —No iba a explicarle la clase de problemas que lo habían hecho abandonar el continente—. De hecho, me dijo que regresaría a Escocia si no conseguía trabajo aquí. Quiere establecerse definitivamente y para eso hace falta dinero.

Robert no estaba convencido de aceptar la ayuda de ese desagradable hombre, pero debía reconocer que en su mundo no había nadie de las características necesarias para realizar esa tarea. Ningún criado se expondría a tratar con alguien en las peligrosas circunstancias de Andrew. Y debía pensar en su familia.

—Está bien. Contrataré a ese Capitán, pero deben dejarle bien claro mis condiciones. Nada de torturas.

—Será como usted quiera. —Dermot se encogió de hombros y después cruzó los brazos frente a su pecho—. Usted paga y puede hacer lo que le venga en gana. Pero si alguien acaba herido, no diga que no le advertí.

Lord Crowley y Robert se miraron sin poder disimular su preocupación.

Tuvieron que sujetarlo entre tres para que el doctor Pellico pudiera acercarse sin peligro para él. Después de unos minutos Icamani se tranquilizó al ver que no pretendía hacerle daño y dejó que el doctor lo examinara sin resistirse. Noah Pellico era un médico experimentado, llevaba veinte años de profesión y había visto de todo, pero cuando se apartó del titonwan su rostro tenía una expresión de lo más elocuente.

—Este joven ha recibido un trato inhumano —aseveró, mirando a Robert—. Tiene heridas mal curadas por todo el cuerpo, quemaduras que claramente buscaban la tortura y laceraciones por haber sido arrastrado. Lo han colgado del cuello y golpeado de manera salvaje. Está desnutrido y deshidratado. Necesita descanso y buena comida para recuperarse completamente. Lo único que lo ha mantenido vivo hasta ahora es la intensa furia que siente, sin eso no habría sobrevivido. Tienes que sacarlo de aquí inmediatamente, Robert.

Su amigo asintió repetidamente.

—Va a venir conmigo a casa.

—Voy a buscar a Capitán —dijo Rippin saliendo de aquel cuchitril.

Dermot miró a Robert con una sonrisa burlona.

—¿Quiere que acompañemos a Capitán mañana o prefiere que vaya él solo con el titón?

Robert miró al joven esforzándose en ver a Andrew.

—Mejor vayan los tres. Igualmente tenían que venir a casa para recibir sus emolumentos. Sus servicios no terminan hasta que Andrew esté conmigo. —Lo miró muy serio—. No le hagan daño. Y denle el agua y la comida que necesite.

—Claro, no se preocupe. Si se pone bravo le pediremos que se calme. Tranquilo —sonrió perverso.

Robert quería salir de allí cuanto antes y optó por ignorar su insolencia.

—¿Conoce la dirección de mi casa?

Dermot asintió.

—Bien, pues mañana por la mañana les veo allí. Buenas noches, Andrew. Pronto estarás en casa. Vamos, doctor Pellico, ya no tenemos nada más que hacer aquí. Lord Crowley…

Los tres hombres salieron de allí sin mirar atrás. Icamani permaneció de rodillas, sentado sobre sus pies con la cabeza baja. Apenas tenía fuerzas para sostenerla erguida y sentía una tristeza profunda que se extendía ya por todo su ser. Imágenes familiares llegaron a su mente y escuchó el sonido del campamento en plena ebullición. Las mujeres hablando y los niños riendo. En su mente podía ir adonde quisiera, así era como había soportado las torturas que aquel hombre le había infligido. Caminó hasta el río y casi pudo sentir el agua deslizándose sobre su piel. Las lágrimas afloraron a sus ojos cuando escuchó la voz de su padre llamándolo. Ni siquiera pudo despedirse de él. Su mundo desapareció ante sus ojos y despertó en aquella pesadilla oscura y siniestra. Así iba a ser ahora su vida, un agujero inmundo y pestilente. Rodeado de personas desconocidas y crueles que no tenían honor y atacaban por la espalda y sin motivo. Vivir encerrado entre paredes que le quitaban el aire y le privaban de ver el sol. Debía encontrar el modo de regresar, necesitaba ver que su padre estaba bien, que su familia estaba bien. Después moriría con gusto. Se reuniría con Tatewin y su hijo y juntos caminarían por la senda que no tiene fin.

Colocó las palmas de las manos sobre sus muslos y dejó caer los hombros en señal de rendición. Devolver los golpes no lo libraría de su tormento. Estaba claro que sus captores no querían matarlo, no si no era necesario, tan solo querían convertirlo en esclavo. Y un esclavo vivo puede escapar. Rendirse ahora era su única opción. Guardaría su hombría y su orgullo a buen recaudo y esperaría el momento de librarse de sus cadenas. Eso le aconsejaría Wiyaka, el hombre más sabio que jamás conoció. Su padre.

Capítulo 4

Las dos mujeres escucharon las explicaciones de Robert al regresar de la fiesta de compromiso de Belinda. Las reunió en el salón y les pidió que no lo interrumpieran hasta que acabase de contarles lo que había descubierto.

—¿Y estás seguro de que es Andrew? —preguntó su esposa cuando hubo acabado.

—Completamente —afirmó él.

—Pero ¡te ha atacado! —exclamó Rose perpleja—. ¿Cómo vas a traerlo aquí?

—Lo han tratado como a un animal. Ha pasado un auténtico calvario. Pobre muchacho.

Rose frunció el ceño, en ese momento no podía sentir ninguna simpatía por ese salvaje que había cogido a su padre del cuello. ¿Y si lo hubiese matado? Se estremeció al pensar en ello.

—¿Y por qué no enviarlo a Blunt Manor? —Felicia se retorcía las manos pensando en su amiga y madre de Andrew y sintiéndose culpable por ello—. ¿No será peligroso tenerlo aquí?

—Podría haberme hecho daño si hubiese querido. He visto su mirada, es Andrew, Felicia. Además, no es tonto, seguro que comprende que no le serviría de nada atacarnos. No tiene a dónde ir.

—Ha vivido durante muchos años con esos salvajes —insistió su hija—. Es todo lo que conoce. Y nosotros lo hemos traído contra su voluntad. No creo que nos mire con muy buenos ojos, papá.

—Por supuesto que no, pero cuando vea que lo cuidamos y nos preocupamos por él se dará cuenta de que no tiene nada que temer de nosotros. Es el hijo de mi mejor amigo, soy el albacea de su herencia, es mi obligación protegerlo.

—¿No sería mejor que lo hiciesen otros? —insistió Rose—. Tú puedes pagar lo que haga falta para que cuiden de él. Podrías

ingresarlo en una institución. De algún modo, es un enfermo mental, ¿no?

—Rose, estás hablando de Andrew —dijo su padre mirándola decepcionado—. Eras muy pequeña y no te acuerdas de él, pero solía jugar contigo y te dejó a *Toby*.

—Por lo que nos has contado ya no es él —negó rotunda.

Su padre suspiró con cansancio. Estaba agotado y necesitaba dormir un poco para enfrentar lo que le esperaba al día siguiente.

—La decisión está tomada y no hay más que hablar. —Felicia asintió y Rose apretó los labios consciente de que no esperaba que dijese nada más—. Vendrá un hombre a ocuparse de él, tranquilas, vosotras no tenéis que preocuparos de nada. Ahora vamos a dormir.

Rose caminó hasta la puerta, pero antes de salir regresó sobre sus pasos y abrazó a su padre con sentido afecto.

—Eres demasiado bueno, papá.

Robert acarició el cabello de su hija y luego la apartó con suavidad.

—Andrew es como un hijo para mí, Rose. ¿Crees que habría fuerza humana capaz de alejarme de ti? ¿Que sería capaz de abandonarte en una situación semejante?

—Papá, no…

—Anda, ve a la cama —dijo empujándola suavemente hacia su madre—. No quiero hablar más del tema.

—Ven, hija. —Felicia la cogió de los hombros y miró a su marido con una mezcla de ternura y admiración.

Cuando se quedó solo se dejó caer en la butaca, exhausto y con el corazón hecho pedazos.

Hizo vaciar un cuarto en la planta baja. Tan solo quería allí una cama, una mesilla y una butaca. Nada más. Pensó en tapiar la ventana, pero finalmente decidió que era absurdo. Si trataba de escapar, se encontraría en una ciudad repleta de desconocidos y un mundo que lo asustaría sin duda. Estaba seguro de que regresaría antes de doblar la esquina. Nada de cadenas ni cuerdas. Era un ser humano y como tal lo tratarían a partir de ese momento.

A la mañana siguiente Dermot y Rippin llegaron con Andrew y el enorme y musculoso hombre al que llamaban Capitán. El muchacho no podía mantenerse en pie y los dos secuaces lo sostenían por las axilas arrastrando sus pies.

—Supongo que ya le han dicho las condiciones de su trabajo —dijo Robert mirando al Capitán—. Deberá mantenerlo limpio, darle de comer y vigilar sus heridas. Nada de golpes ni torturas de ningún tipo. ¿Está claro?

El hombre asintió sin decir nada. Su mirada era fría y su rostro no tenía expresión. Dermot ya le había dicho que, si tenía que reducirlo, se asegurase de no dejarle marcas. Icamani había sentido el frío que emanaba de los hombres sin espíritu, exentos de compasión y de honor. Ese individuo era como Dermot, no había honor ni compasión en él. Si Robert hubiese tenido más opciones, no lo habría aceptado, pero en ese momento esa era su única baza para tener a Andrew en su casa y no poner en riesgo a su familia.

—Síganme —dijo Robert ante la desconfiada mirada de su mayordomo, que no habría dejado entrar a esos hombres ni aunque le dijesen que iban de parte de la mismísima reina Victoria.

Dermot y Rippin dejaron a Andrew en manos de Capitán y este lo tumbó en la cama como si se tratase de una pluma. Robert miró sus brazos y pensó que podría partirlo en dos solo con su propia fuerza.

—Usted dormirá ahí —dijo señalando una cama situada en la esquina de la habitación—. No debe dejarlo solo bajo ningún concepto si yo no lo ordeno. El médico vendrá más tarde y el servicio se encargará de traerles la comida a las horas convenidas. Asegúrese de que come bien y dele agua siempre que la pida. Yo vendré a verlo siempre que pueda.

—Muy bien —dijo Capitán al ver que Robert no se marcharía hasta que se asegurase de que lo había entendido.

Cuando se quedó solo con Andrew lo miró tendido en la cama, dormido o inconsciente, no estaba seguro. Después observó la habitación, no es que fuese un hotel de lujo, pero tampoco es que él hubiese dormido en ninguno. Sonrió mostrando unos dientes rotos y poco aseados. Caminó hasta la cama y se tumbó mirando al techo con las manos debajo de la cabeza. El catre crujió de mala manera y se preguntó si aguantaría su peso, pero no se movió. Nunca se

hubiese imaginado que le pagarían tanto por cuidar de un desgraciado que había vivido toda su vida entre salvajes. Un lakota blanco. ¿Quién lo diría?

La comida y el buen trato hicieron efecto y en pocos días Andrew estaba lo bastante fuerte como para levantarse de la cama y permanecer sentado en posición reflexiva durante horas. Capitán lo observaba con curiosidad y, de vez en cuando trataba de entablar conversación con él fruto del aburrimiento que le suponía pasarse el día encerrado en aquella habitación. Sus provocaciones no parecían hacerle ningún efecto y que el titonwan lo ignorase día tras día acabó por hacerlo enfadar. Empezó a comerse la comida de su bandeja, dejándole solo las sobras. Cuando consideraba que Andrew lo miraba mal por ello, escupía en su plato o se metía los dedos en la nariz y después se los lavaba en el agua de su vaso. Pero el titonwan seguía sin reaccionar y mantenía aquella postura firme e inamovible que le resultaba tan irritante.

—¿Sabes que yo fui comerciante? Intercambié muchas baratijas con los tuyos. —Se rio a carcajadas—. Hay que ver lo estúpidos que llegáis a ser. Nos dabais pieles que valen mucho dinero por cosas que no valen nada.

Icamani lo miró con frialdad.

—Me he cepillado a unas cuantas mujeres mahto, ¿sabes? Las sahielas son mejores haciéndolo con la boca, pero a mí me gustan las mahto porque se resisten más.

Icamani sabía lo que ese hombre pretendía y también intuía que no le convenía caer en su burda trampa. Capitán acercó la butaca a la cama y se sentó frente a él.

—Debes haberlo pasado muy mal —dijo exagerando una expresión compasiva—. ¿Cómo te dejaste coger? Aunque lo cierto es que ese cabrón de Dermot estuvo años con los comanches y se mueve como uno de ellos. ¿Mataron a los tuyos? ¿Se beneficiaron a tu mujer? Apuesto a que sí, no dejan pasar una oportunidad.

Icamani siguió sin decir nada.

—Parece que eres poco hablador. Te voy a contar un secreto, cuando me aburro se me ocurren muy malas ideas. Y estoy empezando a aburrirme mucho. En Nebraska salía a cazar cuando me aburría. A veces seguía a las mujeres que habían venido a comerciar y me divertía con ellas antes de cargármelas. Por eso tuve

que regresar a Londres, ¿sabes? Se me fue la mano y cometí un error. Esos mahto resultaron no ser tan tontos como creía y se dieron cuenta. Aquí tengo que pagar por lo mismo, ¿sabes? Estas zorras se llevan una buena pasta por dejarme usarlas un rato. Claro que a las de aquí no tengo que matarlas y esconder sus cadáveres. Así puedo volver al día siguiente. —Soltó una carcajada—. Vamos, cuéntame algo. Eres guapo, se nota que tus verdaderos padres sí eran humanos. ¿Te gustaría que te diese por detrás? Yo no le hago ascos a nada…

Icamani sintió que se le encogían las tripas, pero permaneció impertérrito.

—También me lo he hecho con algún *winkte* —siguió refiriéndose a los miembros varones de la tribu que quieren ser mujer—. Cuando la necesidad aprieta me tiro lo que sea.

Icamani había tensado sus músculos imperceptiblemente. Capitán comprendió que no iba a sacar nada por ahí y decidió cambiar de tema.

—Tu padre y el tipo que va a pagarme eran muy amigos.

—Mi padre es Wiyaka —dijo con orgullo.

—Me refiero a tu padre humano, no al animal, estúpido. ¿Ese Wiyaka estaba contigo el día que te cogieron? —Esperó a que Icamani asintiese—. Pues cuenta con que te has quedado huérfano otra vez.

El titonwan no pudo disimular el endurecimiento de su expresión y el otro sonrió satisfecho.

—Lo sé, muchacho, la vida es dura. En este mundo solo hay dos tipos de hombres: los que matan y los que mueren. No hay más. ¿Tú de cuáles eras? De los que matan, ¿verdad? No habrías sobrevivido entre salvajes si hubieses sido de los otros. —Se encogió de hombros—. Y no te ha ido del todo mal. Sí, ya sé que ahora estás encerrado en este cuarto conmigo, pero el tipo ese, Balshaw quiere ayudarte. Solo tienes que fingir que estás de acuerdo con él. Recuperar el dinero de tu padre y una vez ahí podrás hacer lo que te plazca con él. Hay muchas satisfacciones para los que pueden pagarlas.

Icamani entornó los ojos y lo miró con un brillo inteligente que pasó desapercibido para Capitán. Las palabras se repitieron en su cabeza una y otra vez: «una vez ahí podrás hacer lo que te plazca».

Sí había un modo de escapar. Tan solo tenía que ganarse la confianza del hombre de sienes plateadas. Parecía que era importante para él. Sonrió sin mover los labios, aquel *wasicun* acababa de darle la esperanza que necesitaba para sobrevivir.

—Mamá, por favor, ¿otra vez? El pobre Edward no se merece este maltrato. No le gusta mi compañía y a mí tampoco la suya. Su madre me mira mal y no me sorprende.

—Rose, no seas mala. Su madre sabe que eres un magnífico partido para él.

Su hija soltó una carcajada.

—Deja de engañarte, tu hija se quedará soltera y cuidará de ti cuando seas una viejecita gruñona como la abuela.

—No digas eso ni en broma, hija, me das un disgusto cada vez que hablas de ese modo. Lo último que quiero es saber que mi hija estará sola cuando me vaya.

—¿Y quién dice que estaré sola? —sonrió divertida.

—Rose, hija, tienes que cambiar de actitud. ¿No puedes darle una oportunidad al pobre muchacho?

—No, mamá, no puedo. De verdad que lo he intentado. Ya sé que crees que no, pero te equivocas.

—¿Adónde vas? —preguntó al ver que se levantaba y caminaba hacia la puerta—. No hemos terminado de hablar.

—Te dije que quería salir a montar, mamá. No voy a quedarme toda la mañana hablando de esto. Las dos perderemos el tiempo.

—Al menos ve a la cocina y avisa de que hoy no tendremos invitados, como había dicho. No es plan de tirar comida tontamente.

—Sí, mamá.

Felicia se quedó mirando la puerta cerrada con expresión desconcertada. ¿Qué iba a hacer con esa muchacha? No había modo de que entrase en razón.

Capitán era bastante soportable la mayor parte del tiempo, con sus absurdos juegos para provocarlo, pero a veces conseguía traspasar la barrera que había construido a su alrededor y en esos momentos Icamani tenía que hacer acopio de su inteligencia para no dejarse arrastrar por la fuerza. Esa mañana era uno de esos días y al titonwan le resultó insoportable escuchar su relato sin reaccionar.

—¿Qué pasa? ¿No lo sabías? —se rio el hombre mostrando sus sucios dientes—. Sois demasiado confiados. Y muy tontos. Se os engaña fácilmente. Como guerreros sois temibles, pero se os puede eliminar con chucherías de colores llamativos. Vuestras mujeres babean por esas mantas, ¿sabes? Les encantan. Y son tan estúpidas que cuando se las regalamos no se plantean siquiera el porqué. Un blanco nunca acepta un regalo si no hay un motivo claro tras él. Sabemos que nadie da nada por nada y sospechamos enseguida. Pero vuestras mujeres… ¡Son más tontas que las nuestras! Ja, ja, ja, ja, ja.

El cuerpo de Icamani se cubrió de sudor. La tensión que estaba soportando en ese momento le resultaba dolorosa. Capitán entornó los ojos mirándolo con atención. Cuando las señales de alarma se encendieron en su cabeza ya era demasiado tarde. Icamani lo atrapó con agilidad y con gran astucia puso el cordón de cuero alrededor de su cuello. Lo había cogido de unos zapatos y lo había guardado todo ese tiempo por si lo necesitaba. Enroscó las piernas sobre los brazos de su víctima inmovilizándolo y siguió tirando del cordón con todas sus fuerzas, dispuesto a arrancarle la cabeza si podía. Capitán trataba de respirar y se agitaba como un pez fuera del agua mientras el titonwan repetía una retahíla de maldiciones y clamaba a los espíritus para que cumpliesen su venganza.

Rose salió de la cocina con una sonrisa aliviada. Se había librado de un almuerzo incómodo y desagradable que no la llevaba a ninguna parte. Su madre acabaría aceptando que ella era la más perseverante de las dos. Se detuvo al escuchar sonidos extraños que provenían de la habitación de Andrew. Frunció el ceño. Su padre les había prohibido acercarse, ni siquiera lo habían visto desde que

llegó. El servicio se ocupaba de sus comidas y aquel hombre enorme que le resultaba tan desagradable se encargaba de vigilarlo todo el tiempo. Dio un paso para continuar su camino, pero entonces oyó un claro forcejeo y gemidos y se asustó. Pensó en buscar ayuda, pero ¿y si eran imaginaciones suyas y no pasaba nada? Mejor ir a comprobarlo antes de dar la voz de alarma. Con paso decidido fue hasta la puerta y agarró el pomo con mano temblorosa. Lo que vio al abrirla congeló la sangre en sus venas.

—¡Detente! —gritó horrorizada.

Cuando Andrew miró hacia la puerta perdió las fuerzas. Soltó a su víctima, que cayó hacia delante y se apoyó en el asiento de la butaca, tosiendo con desesperación. Rose había llegado hasta él y le quitó la cinta de cuero que se había quedado incrustada en su cuello. Miró a Andrew como si fuese un monstruo y el titonwan se arrastró en la cama hasta dar con la espalda en la pared con cara de estar viendo a un fantasma.

—*Wahcawin* —musitó con ojos extraviados—. *Wahcawin*.

Capitán siguió tosiendo un buen rato, pero según iba recuperando las fuerzas la furia iba extendiéndose por su cuerpo como un veneno para el que nunca había tenido antídoto. Apartó a Rose de un empujón que la hizo caer al suelo y se volvió hacia el titonwan con la muerte en los ojos.

—Ibas a matarme, desgraciado.

Lo agarró del pelo y lo arrastró fuera de la cama. Rose abrió los ojos aterrada y gritó con todas sus fuerzas cuando empezó a golpearlo con aquellos puños que parecían mazas. Miró a su alrededor, pero la habitación estaba tan vacía que no encontró nada con lo que pudiese detenerlo. Corrió hasta la puerta y pidió auxilio hasta que los criados acudieron. Pero Capitán no dejó de golpearlo hasta que llegó Stevens con la escopeta de caza de su padre.

Capitán huyó de la casa y Rose tomó las riendas de la situación pidiéndole a su madre que saliese de la habitación.

—Traigan paños limpios y agua caliente —ordenó a las criadas que temblaban asustadas—. Tom, ve a avisar a mi padre. Que traiga al doctor Pellico. ¡Corre! Stevens, llévese esa escopeta.

—Señorita, podría ser peligroso quedarse aquí con él…

—¿Es que no ve en qué estado se encuentra? No sé ni si recuperará el conocimiento —murmuró arrodillándose en el suelo

junto a él—. No me atrevo a moverlo por si tiene algún hueso roto, lo que no me extrañaría.

Dos doncellas llevaron el agua y los paños y se quedaron pasmadas mirando, mientras ella le limpiaba la sangre para ver con claridad el alcance de las heridas.

—No os quedéis ahí paradas. Id a hacer vuestras cosas. ¡Vamos! —ordenó.

Rose se mordió el labio cuando se quedó sola con el salvaje. Pensaba que la escena más horrible que había visto nunca era cuando entró en el cuarto y vio a Andrew asfixiando a ese hombre, pero lo que había pasado después había sido mucho peor. Nunca había visto golpear a nadie de ese modo. En realidad, jamás había visto una paliza de ningún tipo. Sentía deseos de llorar y de gritar y una rabia desconocida. Estaba indefenso en el suelo y ese gigante seguía golpeándolo sin compasión ni misericordia. ¿Qué clase de monstruos eran los dos?

Dio un respingo al ver los ojos que la miraban fijamente y trató de apartarse asustada. Andrew la agarró fuertemente por la muñeca sin dejar de mirarla.

—*Wahcawin*.

Rose enarcó las cejas. Otra vez aquella palabra. Se señaló a sí misma.

—¿*Wahcawin*? —preguntó.

El joven asintió una sola vez y después perdió de nuevo el conocimiento.

Robert llegó con el doctor Pellico y juntos subieron a Andrew a la cama, después de que el médico comprobase que no había huesos rotos.

—No sé si va a sobrevivir, Robert —dijo Pellico cuando hubo terminado de examinarlo—. Es un ser humano y su cuerpo no es inmortal.

El otro se llevó las manos a la cabeza abrumado por la tensión, la angustia y el miedo. Ver a Andrew en aquel estado lo sacudió por dentro. ¿Cómo había podido ocurrir algo así? ¡Qué estúpido había

sido al permitir que esos dos le proporcionaran ayuda! Viniendo de ellos ese Capitán solo podía ser un desgraciado.

—Debes buscarle una enfermera, Robert, no un matón. —El médico cerró su maletín y comenzó a desdoblarse las mangas de la camisa.

Su amigo dejó caer los hombros derrotado mientras contemplaba cómo el rostro de Andrew se iba hinchando cada vez más, completamente desfigurado. Si sobrevivía, tardaría en poder abrir los ojos siquiera.

—¿De verdad merece la pena retenerlo a toda costa? —preguntó el médico—. ¿Crees que así vas a ayudarlo?

Robert negó con la cabeza sin ocultar la vergüenza que sentía.

—Si de verdad vas a devolverle su vida, debes tratarlo como al hijo de Anthony. Si decide irse, es libre de hacerlo.

—Si lo he mantenido aquí encerrado es por temor a que hiciese algo irreparable que lo llevase al patíbulo, Noah.

—Si crees que es capaz de matar a alguien, no deberías haberlo traído a Londres. Deberías enviarlo con aquellos que lo convirtieron en lo que es. Pero por lo poco que pude ver de él el día que me llevaste hasta esa choza nauseabunda, no creo que sea un asesino.

Se giró para salir de la habitación y se topó con la mirada intensa de Rose. Su vestido y sus manos aún estaban manchados de sangre.

—¿Quieres que te dé algo para los nervios, Rose?

La joven negó con la cabeza y lo dejó pasar.

—Volveré a verlo mañana. Si sigue vivo.

Robert miró a su hija con los ojos llenos de lágrimas.

—¿Qué ha pasado, hija?

Ella se acercó a él y le relató lo sucedido.

—¿Lo soltó al verte?

Ella asintió.

—Me mira como si yo fuese un fantasma.

Robert frunció el ceño y miró a Andrew confuso, tenía tantos interrogantes que no podía responder…

—¿Por qué no se defendió? ¿Lo dejó inconsciente desde el primer momento?

Rose negó con la cabeza.

—No, papá. Tenía su vista clavada en mí mientras ese gigante lo

golpeaba una y otra vez. Vi cómo sus ojos perdían la vista lentamente —gimió—. Ha sido horrible.

Su padre la abrazó consolándola y Rose lloró contra su pecho dejando salir la tensión que había soportado.

Icamani podría haberse defendido, no le habría resultado difícil neutralizar a ese hombre y dejarlo tirado en el suelo como un pedazo de carne inerte. Pero desde el momento en el que ella entró en la habitación, comprendió que aquel viaje había sido obra de algún hechizo y que no podría regresar hasta que descubriese el motivo. Mientras Capitán lo golpeaba con saña él solo podía mirar a la mujer flor: *wahcawin*. En un lugar remoto, en el que no era más que un prisionero, había encontrado a la mujer de su sueño.

Capítulo 5

Rose se convirtió en su enfermera. No le costó trabajo convencer a su padre y su madre no puso objeciones al ver lo indefenso que se encontraba en su estado. Robert empezó a buscar a alguien que realizase las tareas que había encomendado a ese desgraciado que se hacía llamar Capitán y que debería haberse llamado rata de cloaca. Esa vez se aseguraría de conseguir una buena persona, no había prisa porque Andrew necesitaría varias semanas para recuperarse del todo.

—Estás agotada —dijo su madre durante la cena, una semana después del suceso—. Tienes ojeras y apenas comes nada.

Rose sonrió para tranquilizarla y se esforzó en coger el tenedor y comer un poco más.

—Estoy cansada, pero en cuanto mejore podré recuperarme. Esto no es nada, mamá. Ya has visto cómo está él.

—¿Ha dicho algo?

—No. Abre los ojos de vez en cuando y me mira, nada más. Al menos ya no lo hace como si viese un fantasma.

—Qué extraño, ¿verdad? —dijo Felicia mirando a su esposo—. ¿Por qué la miraría así?

—Quizá se acuerda de ella.

—¡Rose solo tenía dos años! —se rio su madre—. ¿Cómo va a recordarla?

—Al principio creo que le daba miedo —dijo su hija—. Pero sí pareció reconocerme. O quizá me parezco a alguien que conoce.

—Ya nos lo explicará cuando pueda hablar.

—No habla inglés, papá.

—Ya aprenderá.

Al día siguiente, mientras lavaba su cuerpo con una toalla, pensó en la conversación de la cena. Miró su rostro dormido y se preguntó qué había visto en ella para reaccionar de un modo tan irracional.

¿Por qué dejó que le golpearan sin resistirse?

Terminó la tarea y, una vez cambió los vendajes, se fijó en la cicatriz que tenía en su pecho. Sin pensar posó sus dedos en ella y la acarició muy concentrada. Parecía tener una forma concreta, como si alguien la hubiese trazado. La mano de Andrew se cerró sobre su muñeca y la retuvo cuando ella quiso apartarse bruscamente. Rose vio que tenía los ojos abiertos y la miraba muy serio.

—Lo siento —dijo y volvió a intentar que la soltara.

Él dijo algo en su lengua y Rose negó con la cabeza tratando de hacerle entender que debía soltarla. Andrew se rindió y dejó caer la mano sobre las sábanas. Con cierto temor lo cubrió con las sábanas y recogió todo lo que había utilizado para curarlo.

—¿Tienes hambre? —preguntó al verlo tan despierto.

Él la miró confuso. Rose asintió para demostrarle que sabía que no la entendía y escenificó un cuenco y una cuchara que luego utilizó con ademanes exagerados.

—Hambre —repitió para que relacionara ambos conceptos.

El titonwan asintió una vez.

—Hambre —dijo.

Rose sonrió satisfecha.

—Voy a traerte algo de comer.

Hizo gestos para demostrarle que podía estar tranquilo y lo dejó solo para ir a la cocina.

Icamani se quedó mirando a la puerta. Lo habían dejado solo. Al parecer le habían perdido el miedo. Torció una sonrisa. Quizá todo resultase más fácil de lo que había pensado en un principio. Se incorporó lo bastante para poder arrastrarse hasta que su espalda reposó en las almohadas. Tocó el colchón y las sábanas. Qué tela tan suave y agradable. Y qué sitio más extraño para dormir.

Cuando Rose regresó y lo encontró sentado habría querido aplaudir, pero tenía un cuenco de sopa en la mano, así que no pudo hacerlo.

—Veo que ya estás mejor. Papá se alegrará de saberlo. En cuanto acabes con esta sopa iré a contárselo. —Se sentó en la cama y se dispuso a darle de comer.

El titonwan enarcó las cejas, pero no se resistió. Nunca le habían dado de comer, pero no le desagradó la experiencia. Era cómodo y divertido. Además, así pudo mirarla tranquilamente sin que ella se

apartara asustada. Tenía una piel lisa y blanca que provocó un cosquilleo en la punta de sus dedos, aunque no se atrevió a tocarla. Sus ojos eran azules y grandes. Sus largas pestañas se movían con cada parpadeo y le hicieron sonreír. Pero lo que más atraía su mirada eran sus labios. Parecían suaves como pétalos de flor, jugosos como fruta madura y cálidos al contacto. La erección fue instantánea y cuando Rose siguió su mirada no pudo disimular la sorpresa. Él sonrió de un modo extraño, con una mirada que ella no supo interpretar, pero que erizó el vello de su nuca. Se puso de pie de manera instintiva, dispuesta a apartarse de lo que fuese aquello que se elevaba por debajo de las sábanas. Terminó de darle la sopa de pie y cuando acabó se apresuró a llevar el cuenco a la cocina.

—¿Ha ocurrido algo? —le preguntó la señora Allen, la cocinera, al verla tan sofocada.

—Nnnno.

La mujer frunció el ceño sin dejar de mirarla.

—¿Seguro?

—Ha ocurrido algo extraño…

—¿Qué? —preguntó al tiempo que cogía el recipiente en el que había dejado las patatas—. ¿Qué ha ocurrido?

—Estaba dándole de comer y de pronto… algo ha crecido.

—¿Cómo que algo ha crecido? —La miró sin comprender.

—Debajo de las sábanas… Una cosa puntiaguda se ha levantado.

—¡Válgame el Señor! —Se rio la cocinera a carcajadas—. ¡Señorita! ¿Es que no sabe lo que es eso?

Rose la miraba confusa y sintiéndose estúpida.

—No tengo ni idea.

—Pero ¿su madre no le ha hablado de esto? Pero si ya está en edad de casarse, debería habérselo explicado.

—¿El qué? Señora Allen, haga el favor de no tratarme como si fuese tonta y explíqueme qué era eso.

—No sé si debería ser yo la que se lo cuente. ¿No prefiere preguntarle a su madre?

—No. Cuéntemelo ya.

—Verá…

La cocinera se dio cuenta de que no sabía cómo le explicaban esas cosas a una señorita de buena familia. Ella no tuvo el menor problema al explicárselo a sus hijas, pero no quería que la señora la

regañase por meterse donde no debía.

Rose empezaba a ponerse de malhumor ante tantos remilgos.

—Estoy esperando.

—Pues verá, señorita. Los hombres no tienen ahí abajo lo mismo que nosotras.

—Eso ya lo sé.

—Pues verá, la cosita que ellos tienen funciona de un modo especial algunas veces.

—¿Eso que he visto era su… eso? —Se negaba a llamarlo «cosita».

La cocinera asintió.

—Se levanta así cuando está contenta.

—¿Contenta? ¿Qué significa eso?

—Pues que cuando un hombre tiene cerca a una mujer puede que su cosita se ponga contenta porque es su función.

—¿De qué función habla?

—Procrear, señorita.

Rose abrió mucho los ojos con cara de susto.

—¿Ha dicho procrear? ¿Andrew quiere procrear conmigo?

—Es una reacción involuntaria, señorita, no significa que tenga que pasar nada.

—¿Pasar? ¿Qué tendría que pasar? ¡Ay, Dios mío! ¿Cómo? No me lo cuente. O sí, cuéntemelo. Debería saberlo para poder evitarlo, ¿no? ¿Y si pasa sin que me entere?

—Oh, créame, señorita Rose, eso es imposible.

—¿Es imposible que pase?

—Es imposible que no se entere.

Rose la miró con aquella curiosidad que tantos problemas le había traído siempre.

—¿De verdad?

—Se lo aseguro. Cuando eso pasa nos enteramos muchísimo. De hecho, la primera vez es bastante angustiosa.

—Me está asustando.

—Lo entiendo. Todas las jovencitas se asustan. Yo misma, la noche de bodas pasé un miedo terrible. Dios Santo, la primera vez que vi aquella cosa y entendí lo que mi esposo quería hacerme con ella casi me desmayo.

Rose empalideció.

—¿Te hacen algo con ella?

—De eso se trata, señorita. —Al ver la cara de susto que tenía pensó que era mejor dejarlo ahí—. Pero no se preocupe, eso no va a pasar con el señorito Andrew. Tan solo ha sido una reacción involuntaria. No significa nada. Puede estar tranquila. Aun así, no debería quedarse a solas con él cuando eso pase. Siempre que vea que eso deja de ser una «cosita» márchese de su lado y deje que se le pase.

Rose salió de la cocina verdaderamente asustada. Cuando regresó a la habitación, asomó la cabeza y miró hacia la cama enfocando bien la vista para asegurarse de que todo estaba como tenía que estar. Soltó el aire que se había atascado en sus pulmones y sonrió aliviada. Quizá no volvería a suceder nunca más. Y, desde luego, no volvería a sentarse en la cama.

La abuela Isobel no estaba dispuesta a esperar a que Andrew se recuperase para visitarlo y se presentó una tarde sin avisar para no dar tiempo a su hija a encontrar una excusa que evitase su visita.

—¿Dónde está? —dijo después de entregar su abrigo y sus guantes a Stevens—. Quiero ver a ese muchacho. Vamos, llevadme con él.

Caminó hacia las escaleras y su nieta la cogió del brazo para guiarla hacia la cocina.

—¿Dónde lo habéis metido?

—Papá pensó que era mejor que estuviese en esta planta.

—Como si eso fuese a impedir que os rebanase el cuello mientras dormís. Mi yerno tan simple como siempre.

—Mamá… —pidió Felicia.

—Sabes que quiero mucho a Robert, pero no puedes discutirme que es un simple. No digo que eso importe, dado que tiene un corazón tan grande como el ego de *lady* Crowley, lo que me parece mucho más digno de destacarse.

Rose abrió la puerta de la habitación y pasó delante de su abuela para que Andrew no se asustase. El titonwan miró a las tres mujeres, una tras otra, con evidente descaro.

—Vaya, vaya —dijo la abuela Isobel acercándose sin temor a la cama—. ¿No vas a levantarte nunca de ahí, muchacho?

—Abuela, no entiende nuestro idioma aún —explicó Rose.

—Realmente se parece a Anthony y a Leslie. No puede negarse que es Andrew.

La expresión del rostro masculino varió al entender el nombre por el que todos allí lo llamaban. Andrew. ¿Quién era aquella anciana? ¿Y por qué estaba allí mirándolo con tanto interés? Las otras dos mujeres la trataban con sumo respeto, como si fuese alguien importante.

—Tiene muchas cicatrices. —Se giró hacia Rose—. ¿Por qué tiene tantas cicatrices y moretones? ¿Es que le han dado una paliza?

Rose miró a su madre sin saber qué responder. Le habían ocultado deliberadamente lo ocurrido para no preocuparla, pero no contaban con que su impaciencia la hiciese presentarse en la casa de improviso.

—Sufrió un accidente —dijo Felicia colocándose al lado de su madre.

—¿Ese accidente tenía herraduras? Porque parece que lo haya pateado un caballo enfurecido.

—El hombre que se ocupaba de su cuidado resultó ser un delincuente. Por suerte ya nos hemos librado de él.

—Por suerte para este muchacho, sobre todo. ¿Es que no pedís referencias de los empleados que contratáis? Yo no me conformo con menos de dos y deben ser de más de tres años. Acércame esa butaca, niña.

Rose se apresuró a obedecer y su abuela se sentó, apoyó las manos en su bastón y miró a Andrew sin el más mínimo pudor.

—Así que no entiende nada de lo que decimos. Qué oportuno sería eso en muchas ocasiones. Sería muy beneficioso poder hablar de la gente estúpida mirándola a la cara y sin que entendiesen una palabra. Aunque, bueno, eso ya ocurre en algunas ocasiones. Cada vez que asisto a una cena en casa de *lady* Graham tengo la impresión de que esa mujer no entiende una palabra de lo que digo. Siempre me mira con esa extraña expresión de sus ojos cuando le hago una pregunta y no entiendo por qué se ríe y no contesta.

—No ve muy bien —dijo Felicia tratando de quitarle hierro al asunto.

Su madre la miró como si hubiese dicho una tontería.

—Claro, eso que dices tiene mucha lógica, hija. ¿No te estarás volviendo tonta tú también?

—Mamá, qué afán tienes hoy con llamarnos tontos a todos.

—A todos, no. —Se giró hacia Rose y la miró con una sonrisa—. Esta niña no podría pasar por tonta ni aunque se lo propusiera.

Felicia sonrió también.

—¿Qué hay de tus pretendientes? ¿Alguno ha conseguido acercarse siquiera a la torre?

—Me temo que no, madre. Rose no quiere ni oírme hablar de ese tema.

—Sí, abuela, no empieces tú también.

Isobel arrugó el ceño mirándola con severidad.

—¿Piensas quedarte soltera, niña? Espero que no pienses que porque vas a contar con mi herencia cuando yo me muera tienes las espaldas cubiertas. Si hay algo más desagradable que una solterona, es una solterona con dinero. Esas suelen sentirse por encima de las demás, sin darse cuenta de que han venido a este mundo a estorbar nada más.

Rose tuvo que girar la cara para que no vieran su risa. Odiaba que los desagradables comentarios de su abuela la hicieran reír, pero no podía evitarlo, siempre le pasaba lo mismo. Isobel sonrió consciente de sus esfuerzos, aunque nadie lo vio, pues sus sonrisas no llegaban nunca a modificar la curvatura de sus labios.

—En fin —dijo volviendo a poner la atención en Andrew—. Ya veo que no voy a tener mucha colaboración por tu parte, joven, así que me iré a dar la lata a otra parte y dejaré que aprendas a hablar antes de volver a verte.

Se puso de pie y se inclinó hacia él.

—Yo soy Isobel —gritó—. La madre de Felicia.

—Abuela, no entiende nuestro idioma, pero oye perfectamente —se rio Rose.

—Ah, ¿sí? ¿Y eso cómo lo sabes? ¿Te lo ha dicho él?

Felicia cogió a su madre del brazo y la llevó hacia la puerta.

—Vamos, tomaremos el té y podrás despotricar un poco sobre el servicio.

—Oh, no me hables de ese tema que si empiezo a hablar no podré parar. ¿Sabes cuál ha sido la última ocurrencia de la

cocinera? ¡Se ha empeñado en que debo comer menos carne!

Rose esperó a que la puerta se cerrase antes de volverse hacia Andrew.

—Ella es mi abuela. A-bue-la —dijo sonriendo.

—Abuela.

Rose asintió. Señaló el lugar en el que había estado Felicia.

—Mi madre —dijo poniéndose la mano en el pecho—. Ma-dre.

—Madre.

Volvió a asentir. Señaló entonces la butaca en la que se había sentado Isobel.

—Isobel. —Se tocó el pecho—. Mi abuela.

Icamani asintió.

—Felicia. Mi madre.

Volvió a asentir.

—Yo, Rose.

—*Yorose*.

—Nooo —rio—. Rose.

—Rose.

Ella aplaudió riendo. Entonces se acercó y tocó su pecho con el dedo.

—Tú, Andrew.

Él negó con la cabeza una vez. Rose ya se había dado cuenta que solo afirmaba o negaba una vez con la cabeza, con rotundidad.

—Andrew —insistió.

Él agarró su muñeca y tiró de ella obligándola a poner la palma de la mano en su pecho.

—Icamani —dijo sin apartar la mirada de sus ojos.

—¿Icamani? —repitió ella.

Él asintió.

Lentamente apartó la mano de su pecho y se mordió el labio. Quería que lo llamase por su nombre indio. Icamani. De pronto comprendió lo solo que debía sentirse allí. Sin nadie a quien conociese o que le importase. En un lugar extraño donde era considerado un salvaje y sin poder hablar en su lengua.

—Icamani…

Un escalofrío recorrió su espalda al escucharla decir su nombre y se preguntó si esa mujer iba a ser su salvación o, por el contrario, la que acabaría con él.

Rose abrió los ojos y se sentó en la cama de golpe al escuchar el alboroto. Su expresión era confusa y somnolienta. ¿Quién gritaba? Bajó los pies al suelo y se asomó a la ventana. Su padre estaba en el jardín trasero y trataba de que Andrew volviese a entrar en la casa.

—Tenemos que entrar, hace frío para estar aquí fuera. Vamos, muchacho, ven conmigo.

Rose se apresuró a ponerse la bata y salió corriendo de su cuarto.

—¿Qué ocurre, papá?

—No lo sé, hija. Andrew estaba aquí tumbado en el suelo con el frío que hace y no consigo que entre.

Él la miraba visiblemente enfadado. Estaba claro que le molestaba que no lo dejasen hacer lo que quería, fuese lo que fuese.

—Icamani —lo llamó. Se abrazó y tembló para hacerle entender que tenía frío—. Frío.

—No frío —dijo él.

Rose tosió varias veces y luego le señaló el pecho.

—Frío, malo. Enfermo.

Él entendió esas palabras y negó con la cabeza.

—Yo bien. —Señaló el cielo—. Ver.

Ella miró hacia arriba y luego miró a Icamani.

—¿Las estrellas? —preguntó señalándolas—. ¿Querías ver las estrellas?

—Ver estrellas —asintió una vez.

La joven extendió la mano y esperó hasta que él se la cogió. Entraron en la casa y subió las escaleras sin soltarlo. Ya en la buhardilla se tumbó en el suelo y dio golpecitos a su lado para que se tumbase junto a ella. Señaló la ventana que había en el techo y que mostraba parte del cielo y las estrellas.

—Ver las estrellas —dijo.

Icamani miró aquel pequeño trozo de la inmensidad que era el firmamento y sintió tristeza por ella. Pero no dijo nada porque le gustó estar allí, los dos solos mirando aquella minúscula ventana.

—Todo el mundo quiere verlo. —Felicia miraba a su esposo con preocupación—. No dejan de invitarse a tomar el té. Ayer fue la señora Puck y anteayer Alice Bond. Andrew ya está bien y no podemos tenerlo encerrado en ese cuarto para siempre. Tiene que salir y relacionarse.

—No está preparado, mamá. —Rose la miró asustada—. No podéis exponerlo ante esas personas. Lo abrumarán. No entiende nuestro idioma.

—Tú te comunicas bastante bien con él.

—No es cierto, apenas podemos compartir conceptos básicos. ¿Cómo va a soportar una reunión social?

—¿Y si lo presentamos poco a poco? Invitamos a una o dos personas cada vez…

—Papá, di algo, por favor.

—Opino como Rose. No está preparado. Hay que darle más tiempo.

—No puedo dárselo, ¿no lo entendéis? No puedo impedir que nuestros amigos nos visiten.

Rose miró a sus padres pensativa y en silencio. Intentaba encontrar un modo de hacer las cosas bien sin que nadie saliese perjudicado.

—Papá, dijiste que lord Crowley te ofreció Blunt Manor para Andrew.

Su padre asintió con expresión desconcertada.

—Sí, ¿qué estás pensando?

—Podríamos irnos allí. Andrew y yo.

—¿Andrew y tú? —Su madre la miró con ojos extraviados—. ¿Te has vuelto loca?

—Pensadlo, sería la mejor forma de continuar avanzando sin interrupciones. Es verdad que aquí no nos lo van a permitir y Andrew mantiene un equilibrio muy frágil. Allí no habría interferencias y sus «rarezas» no afectarían a nadie. Podría pulirlo y convertirlo en quien debería ser.

—¿Tú?

—Sí, yo, mamá. Él confía en mí, lo habéis visto. —Se movió nerviosa, como siempre que quería hacer algo para lo que necesitaba su aprobación—. No estaríamos solos, Clarence vendrá con nosotros. Y papá está buscando a alguien…

—Ya lo he encontrado.

Las dos mujeres lo miraron sorprendidas.

—¿Ya lo has encontrado? —preguntó Rose—. ¿Quién es?

—Se llama Eric Berry y trabajó diez años para el viejo Chandler hasta que murió el verano pasado. Está sin trabajo y ya he hablado con él. Iba a contároslo hoy.

—¿Ves? Todo es perfecto. En Blunt Manor no tendremos que preocuparnos de nadie y Andrew…

—Tienes razón —la cortó su padre pensativo—. Es una buena idea. Blunt Manor es perfecto para esto y ahora que ya estoy seguro de que Andrew no escapará, no importa que esté a cinco horas de aquí. Yo podría ir una vez por semana o cada dos semanas. Es perfecto. Hablaré con Berry para ver si tiene inconveniente, aunque estoy seguro de que no.

—¿Vas a dejar que nuestra hija vaya a Blunt Manor con Andrew?

—Yo no he dicho eso —la corrigió su esposo—. No pienso darle mi consentimiento hasta que tú le des el tuyo. A mí no me parece mala idea, pero si tú no opinas lo mismo, no irá.

—Papá…

—Lo siento, hija, pero esto es innegociable. Tendrás que convencer a tu madre.

Felicia miró a su hija y negó con la cabeza.

—No hace falta que te esfuerces. La respuesta seguirá siendo no.

Capítulo 6

Eric Berry era un hombre apacible y tranquilo de cuarenta años. Padre de cinco hijos, esposo fiel y muy apreciado en la pequeña aldea en la que vivía con su familia. Robert quería asegurarse de que era un hombre decente en quien se podía confiar, de manera que fue personalmente a hablar con el párroco y con algunos de sus vecinos antes de visitarlo en su casa para ofrecerle el trabajo.

Berry estuvo de acuerdo en trasladarse a Blunt Manor y Rose fue la encargada de explicarle a Andrew lo que iba a pasar intentando que comprendiera los motivos. Cuando él le preguntó si ella iría le costó mucho encontrar las palabras que lo expresaran sin provocar su disgusto. No quería que eso lo hiciese oponerse de algún modo al viaje, ya que estaba convencida de que era la mejor solución. Pero al titonwan no pareció importarle lo más mínimo y Rose tuvo que tragarse su orgullo y fingir que eso no la afectaba delante de sus padres.

Los guardeses de Blunt Manor no los recibieron con excesiva alegría. El matrimonio había vivido los últimos años con poco trabajo y mucha libertad. Tener que habilitar habitaciones para los invitados de sus señores, ocuparse de hacerles la comida y de atenderlos en todo aquello que pudiesen necesitar era un trabajo que a ninguno de los dos apetecía. Pero ambos sabían que aquella buena vida no podía durar para siempre y se resignaron a su suerte.

La primera noche en Blunt Manor Berry sacó el colchón de su cuarto y lo arrastró hasta colocarlo cerca de la cama de Andrew. El joven titonwan lo miró con indiferencia suponiendo que quería vigilarlo de cerca por si intentaba escapar. Como no podía decirle

que no iba a hacerlo y, además, él tampoco le habría creído, decidió no interferir en su trabajo. Ese *wasicun* le caía bien y no le molestaba su presencia.

Por las mañanas Berry bajaba a buscar el desayuno mientras Icamani se aseaba en el baño. El señor Balshaw le dijo a Berry que sería el ayuda de cámara de Andrew y que estaría siempre con él, si se llevaban bien. De manera que estaba por encima de los guardeses, Joshua Hartsell y su esposa, Lucy, y así se lo hizo saber en cuanto llegaron. Mejor dejar las cosas claras desde el principio, eso ahorraría muchos malentendidos.

Al día siguiente Berry pidió ayuda a Joshua para subir una mesa y dos sillas, después de ver que a Lucy no le apetecía nada abrir el comedor para ellos. Y es que una cosa era que él estuviese por encima en la escala del servicio y otra muy distinta era actuar con prepotencia y despotismo. Vamos, que a Eric Berry no se le daba bien eso de estar por encima. Le gustaba cantar y su voz era agradable. Muchas tardes, cuando el sol descendía en el horizonte entonaba una cancioncilla infantil que solía cantarle a sus pequeños. Al titonwan le gustaba escucharla y pronto fue capaz de repetirla en su cabeza asimilando las palabras, pero sin saber su significado.

A Icamani algunas noches se le hacían eternas. Le daba pavor olvidar el rostro de su hijo, imaginar qué peligros lo acecharían sin que él estuviese a su lado para protegerlo. Y, a veces, ese pavor derivaba en un ansia feroz por regresar a casa y tenía que hacer acopio de toda su fuerza y resistencia para no perder la cabeza.

Berry podía permanecer inmóvil durante horas sin inmutarse, pero necesitaba el aire exterior para respirar. Icamani empezó a sentir curiosidad por el enorme ser humano que lo acompañaba paciente. Lo observaba con atención y disimulo, aunque podría haberlo mirado fijamente, pues a Berry no le incomodaba.

Robert los visitó la semana siguiente y fue testigo de la buena sintonía que había entre ambos. Los dos se trataban con respeto y no parecía haber temor hacia el otro por ninguna de las partes. Aunque Berry no había conseguido que llevase puesta la camisa más de una hora, en todo lo demás había tenido un rotundo éxito. Le enseñó a afeitarse y le cortó el pelo respetando la largura que Andrew indicó.

—¿Cómo ha ido todo esta semana? —preguntó Robert a Berry mirando a Andrew—. Parece que está totalmente restablecido. Me ha parecido que apenas cojea.

—Está bien.

—¿Algún problema?

—No le gusta el pollo.

Robert contuvo una sonrisa y trató de mantenerse serio mientras asentía. Ya lo sabía.

—Pues nada de pollo entonces. ¿Ha hablado algo?

—No. Tan solo escucha y aprende. Es muy listo.

—¿Cree que entiende algo de lo que decimos?

—Ya le he dicho que es listo. Estoy seguro de que aún no todo, pero algo sí.

Robert asintió complacido.

—Con seis años hablaba mejor que muchachos mayores que él. Era un niño muy inteligente y le gustaba mucho leer. —Berry escuchaba pensativo—. ¿Usted sabe leer, Berry?

—Me temo que no, señor.

—Había pensado que sería bueno que alguien le leyera. Hay unos libros que a él… —se interrumpió al pensar que Rose habría sido perfecta para eso—. Es igual, ya se me ocurrirá otra solución.

—Le dejo a solas con él. Es bueno que le hable.

—Gracias, Berry. Vaya a dar un paseo si quiere. Estaré por aquí un rato.

Robert señaló las sillas que había junto a la mesa, pero Andrew se sentó en la cama con las piernas dobladas rechazando el ofrecimiento. Robert cogió una y se sentó frente a él.

Comenzó preguntándole cómo estaba, pero el titonwan no respondió a sus preguntas, tal y como esperaba. Así que decidió hablar él y no se le ocurrió un tema mejor que sus padres. Las anécdotas fluyeron sin buscarlas y Robert habló y habló como si Andrew pudiese entender lo que decía y la expresión de su rostro no fuese de total indiferencia.

Icamani entendía algunas palabras, pero no podía seguir el ritmo del que hablaba. Lo hacían demasiado rápido, con demasiada emoción a veces y eso le dificultaba enormemente la tarea. Así que se limitaba a escucharlos, como cuando Berry cantaba, sin esperar entender, tan solo dejando que sus palabras encontraran lugar en su

cerebro. Pero una luz se encendió cuando escuchó su nombre: Rose. Y se sintió molesto e irritado por no saber qué le estaba diciendo sobre ella.

Después de llevar un rato hablando solo, Robert enmudeció. Era absurdo contarle todo aquello a alguien que no solo no podía entenderle, sino que, además, tenía problemas mucho más graves que los suyos.

—Siento lo que pasó con ese, ese… monstruo que te golpeó —dijo Robert tratando de descargar un poco del peso de la culpa—. Sé que no puedes entenderme, pero quiero decírtelo igualmente. Lo siento. Al igual que siento haber dejado que tus padres fuesen a ese viaje. Echo muchísimo de menos a mi amigo, mi hermano, y no hay un solo día en que no me acuerde de él. Voy a hacer todo lo que esté en mi mano para traerte de vuelta, no importa lo que tarde, no cejaré en mi empeño mientras viva. También te pido perdón por arrancarte del que ha sido tu hogar durante años. Lo único que pretendo es que Andrew regrese y recupere todo lo que es suyo. Pero si, llegado ese momento, quisiera renunciar a todo y marcharse con esos… titonwan… —Icamani entornó ligeramente los ojos—. ¿Andrew?

—Yo, Icamani —dijo señalándose a sí mismo.

Robert asintió con tristeza.

—Lo sé, perdona. Icamani —dijo, tal y como le había dicho Rose.

El titonwan asintió.

—Tú, Robert. Amigo.

Balshaw sonrió abiertamente sin disimular su emoción.

Aquella noche Icamani se asomó a la ventana cuando Berry dormía y bajo el cielo estrellado dejó escapar su tristeza. Lágrimas ardientes que arañaban sus mejillas al pensar en su padre y en su hijo. El dolor era una emoción intensa, tan intensa como el odio que sentía hacia el hombre que había propiciado su desgracia. Él era el culpable de todo. Él pagó a aquellos dos hombres, a los que pensaba matar del modo más atroz posible, para que lo metieran a golpes en

aquel sucio barco. Por su culpa lo humillaron y vejaron de formas que no quería recordar para que la locura no anegase su cerebro arrastrándolo al desastre más absoluto. La parte más difícil de su plan iba a ser esconder en lo más profundo de su alma su deseo de arrancarle la cabeza para lanzársela a los lobos. Robert. Amigo. Apretó los dientes hasta notar que le sangraban las encías. Por eso se alegraba de haberse alejado de la *wahcawin*. Ella era el punto débil en su plan.

Su única posibilidad de volver a ver a su hijo radicaba en su capacidad para engañarlos a todos. Hacerles creer que estaban consiguiendo su propósito. Y para ello necesitaba estar lejos de ella. Lejos de sus cabellos brillantes, de sus ojos curiosos y, sobre todo, de aquellos labios que deseaba besar con ansia. Dominarse había sido su mayor proeza, sin duda alguna, y para salir victorioso no debería tener cerca una tentación tan poderosa. Sonrió perverso. El momento de su venganza llegaría. Solo debía respirar hondo y esperar.

—Alguien debería hablar con tu padre, era muy arriesgado y nos ha puesto a todos en peligro teniéndolo en vuestra casa.

Rose observaba a Emily Ellison con expresión serena, lo cual era bastante sorprendente dado que era capaz de alterarle los nervios con su sola presencia. Había acudido a tomar el té a casa de Olivia Gregory para contentar a su madre, pero ya llevaba un buen rato arrepintiéndose. Si Anna Puck no hubiese sacado el tema de Andrew, quizá habría podido soportar la reunión hasta su final, pero escuchar sus opiniones sobre algo de lo que no tenían la menor idea le estaba revolviendo el estómago. Y cualquiera que la conociese sabía el peligro que eso conllevaba.

—Pero se trata de Andrew Portrey —insistió Anna—. ¿No lo recuerdas, Emily?

—¿Cómo quieres que lo recuerde? Yo era casi un bebé entonces. Y aunque lo recordase, ¿eso qué tiene que ver? Ahora no es Andrew, es un salvaje. Mi madre me dijo el otro día que comen carne humana. ¿Os imagináis lo que sería tener a alguien así entre

nosotros? —Se estremeció de repugnancia.

—Eso no es cierto —dijo Rose—. Los titonwan no son caníbales.

Emily la miró con suficiencia.

—¿Y tú cómo lo sabes? ¿Acaso has comido con ellos? —se burló provocando las sonrisas de sus otras invitadas.

—No, no he comido con ellos, pero leo el periódico y he leído el libro de Walter Dawson, algo que te recomiendo que hagas.

—¿Quién es Walter Dawson? —preguntó Anna.

—Es un escritor que murió poco después de publicar su único libro —explicó Olivia que lo conocía, no porque hubiese leído nada suyo, sino porque había escuchado a su padre hablar de él con bastante desafecto.

—¿Y vamos a fiarnos de lo que diga un escritor muerto? —preguntó Emily con el mismo tono burlón—. Todos sabemos lo mucho que les gusta inventarse cosas para que sus libros resulten más atractivos. Me da igual lo que dijera ese Dawson, tu padre se ha hecho cargo de un salvaje cuando lo que debería hacer es entregárselo a las autoridades para que lo encierren. Quién sabe lo que será capaz de hacer alguien que no tiene valores éticos de ninguna clase. Seguro que no ha tenido ningún reparo en asesinar a mujeres y niños —insistió Emily.

—Y cosas peores —musitó Olivia.

—¿Sabes si esos *titon… wan* arrancan las cabelleras de sus víctimas? —Anna la miraba con morbosa curiosidad y provocó que su estómago se revolviese aún más.

—Mi padre nos dijo que atacó a tu padre —añadió Olivia—. Que casi lo estrangula. No entiendo cómo ha sido capaz de meterlo en vuestra casa. Ahora al menos está en Blunt Manor, aunque tampoco es que esté muy lejos, la verdad. No me siento nada segura.

Rose soltó el aire de golpe de sus pulmones y apretó los puños en señal de contención. Aquello era lo último que necesitaba oír. La conversación que había escuchado tras la puerta del despacho de su padre, entre su madre y él, volvió a su mente como un látigo sacudiéndola por dentro.

—Estoy muy preocupada, Robert, no me gusta el cariz que está tomando la personalidad de nuestra hija. Siempre fue una niña especial, pero ya no tienen gracia sus salidas de tono. Todo el mundo habla de los desplantes que da a diestro y siniestro. Ya no tiene ni amigas y cada vez

recibe menos invitaciones de jóvenes para asistir a eventos. Tendremos que ver cómo la arrinconan como un mueble viejo que nadie quiere. Parece que se cree superior, pero yo sé que no es así y sufro muchísimo. Antes, al menos, la gente disimulaba, pero ahora ya la critican tan abiertamente que tengo que esforzarme en no escuchar, porque si respondo…

—No debes hacerlo. Eso solo empeoraría las cosas.

—¿Tú también los has oído? ¡Oh, Robert! ¿Qué vamos a hacer?

—Debemos seguir a su lado y tratar de enmendarla con cariño.

—¿Y qué pasará cuando ya no estemos? Podría ser mañana. Ella vive como si siempre fuese a tenernos, pero los dos sabemos lo frágil que es la vida y lo rápido que se apaga. Mira a Anthony y a Leslie. Mira cómo ha vivido su hijo.

—Eso es diferente.

—Lo sé. Ay, Robert, no sé ni lo que me digo.

—Nuestra hija no es desconsiderada ni egoísta, como dicen algunos. Si no ha aceptado a ningún pretendiente es porque no se ha enamorado y no es de las que se casaría sin amor.

Los sollozos de su madre le habían hecho mucho daño y había requerido de un gran esfuerzo para no echarse ella a llorar aquella noche durante la cena. Se vio a sí misma tal y como él la había descrito. Siempre había pensado que era diferente a sus amigas, más profunda, más inteligente… Solo porque no le interesaba casarse y había aprendido todo lo referente a los negocios de su padre. Pero ahora sabía que era igual de superficial y mezquina que cualquiera de ellas. Una malcriada egoísta que lo había tenido todo en la vida, que había hecho siempre lo que había querido y que creía que el mundo era un lugar justo porque a ella le había ido bien. Por eso había despreciado a todos sus pretendientes. A cada uno le había puesto una etiqueta y se había comportado con relación a ese prejuicio. Como aquellas tres sanguijuelas acababan de hacer con Icamani sin concederle la menor oportunidad.

Su voz sonó muy triste cuando les habló de nuevo.

—Andrew fue testigo de cómo mataban a sus padres de un modo salvaje y cruel y después tuvo que aguantar que lo arrastraran a una vida desconocida, lejos de su mundo y sus amigos. Durante diecisiete años ha convivido con ellos y Dios sabe qué cosas le harían para convertirlo en lo que hoy es. Pero ¿dónde está nuestra

caridad cristiana si no nos compadecemos de él? ¿No querríais compasión si hubieseis pasado por una experiencia como esa?

—¿Qué dices, Rose? —exclamó Emily a voz en grito—. ¿Cómo puedes pensar que nosotras…? Yo jamás haría las cosas que hacen esos salvajes por muy sola y asustada que estuviese. ¿Qué te has creído? Soy una persona muy…

—¿Eso crees? —Rose se sujetó las manos para disimular el temblor que la sacudía—. No tienes ni idea de lo débiles que somos, siempre protegidas entre algodones. Si alguien nos arrancase de la calidez de nuestros hogares, si nos golpeasen, nos trataran con crueldad, abusaran de…

—¡Oh! —Emily se puso de pie—. ¡Rose, basta! ¿Cómo puedes hablar así?

Rose también se levantó y sus ojos lanzaban chispas.

—Andrew necesita ayuda y mi padre es un ser humano maravilloso, compasivo y justo, capaz de verlo. No se tira la toalla ante las dificultades, hay que luchar por aquellos a los que queremos, ayudarles en los momentos duros. Estar ahí cuando todo va bien no tiene el menor valor, Emily, eso es muy fácil. Y juzgar a los demás según nuestra vida es estúpido y desconsiderado.

Sus tres amigas la miraban como si hubiese perdido la razón.

—Cuando le ocurra una desgracia a alguien por vuestra culpa vendrás llorando a pedirnos perdón y entonces tendré que recordarte esta conversación.

—Será mejor que me marche. —Se dio por vencida.

—Rose… —Olivia debería haberle pedido que se quedara y haber calmado la situación, pero deseaba tanto que se marchase que no fue capaz de decir nada para detenerla.

Le dijo a su cochero que regresara a casa sin ella, que prefería ir caminando. No quería llegar ofuscada y hecha un saco de nervios, su madre querría saber y ella no podía hablar hasta haber pensado bien en ello. Sabía que lo ocurrido era fruto de su angustia por haber decepcionado a sus padres tan profundamente. Con quien estaba enfadada era con ella misma. Al escuchar las palabras de su madre, escondida tras la puerta del despacho, un boquete se abrió en su pecho y un dolor desconocido e intenso inundó su corazón. Si había algo de lo que siempre había estado segura era del amor incondicional que su madre le profesaba. Y en ese amor, había dado

por hecho, iban incluidos la admiración y el orgullo que creía que merecía. Verse a sí misma a través de sus ojos, escuchar aquellas duras palabras que describían a un ser mezquino, cruel e injusto rebajó su autoestima a un nivel tan nimio que apenas podía mirarse al espejo. Desde ese instante había comenzado a analizar cada uno de sus actos. El modo en que le hablaba al servicio, su forma de pedir la sal en la mesa, los libros que leía, la ropa que se ponía, todo la hacía parecer superficial ante sus ojos. Había perdido la seguridad, y la elevada opinión que tenía de sí misma se resquebrajó hasta hacerse pedazos.

Había ido a tomar el té con aquellas a las que su madre llamaba «sus amigas» para intentar darle la vuelta a la situación, pero al escucharlas hablar, se había dado cuenta de lo injusta que había sido consigo misma. Ella sí se había puesto en el lugar de Andrew, sí sentía compasión por él, por lo tanto, no era mezquina, cruel e injusta. Había comprendido por qué no podían ser sus amigas y la causa no era que se sintiese superior. La caridad y la generosidad no debían estar supeditadas a la familiaridad de quién las recibía ni de quién las daba. Son valores universales y hay que ofrecérselos a aquellos que los necesitan, no a quienes nos resulta cómodo otorgárselos. Y no debemos protegernos de ello, sino arriesgarnos y ser valientes aunque con ello alguien acabe herido. No volvería a despreciar a nadie por sus prejuicios, permitiría que se acercasen a la torre, incluso acabaría con las ramas entrelazadas de los árboles espada en mano. Pero una vez allí, el elegido tendría que demostrarle que tenía un corazón generoso, un espíritu fuerte y una mente inquieta.

El corazón le latía acelerado y las lágrimas pugnaban por salir de sus ojos. Lágrimas de alivio. Su madre se sentía decepcionada con ella, pero iba a demostrarle lo equivocada que estaba.

Capítulo 7

—Ya sabes lo que piensa tu madre y me temo que no vas a hacerla cambiar de opinión —dijo rotundo.

—Tú podrías. Ese hombre que has contratado parece buena persona, pero no puede hacer el trabajo que Andrew necesita. No se trata solo de vigilarlo, papá. Lo verdaderamente importante es darle las herramientas para poder enfrentarse a un mundo que desconoce y que le es hostil. Ya viste lo bien que me fue con él. Estaba progresando.

—Tienes razón y por eso contrataré un profesor.

—¡Papá! ¿En serio? Un profesor no está preparado para entender la idiosincrasia de Icamani. Quiero decir, de Andrew.

—Puedes llamarlo Icamani, sé que él lo considera su nombre.

—Dejó que yo me acercara. Estábamos avanzando. ¿Por qué empezar de nuevo con otra persona?

—He dicho…

—Tenía pensado leerle los libros que tanto le gustaban de niño. Aquellas historias que tú me leías a mí, ¿te acuerdas? Iba a hablarle de *Toby*. ¿Qué profesor sabría esas cosas? Papá, ayúdame con mamá, por favor.

Robert no pudo disimular la duda en sus ojos y eso fue suficiente para que Rose intensase usar su ariete para romper la puerta.

—Te prometo que tendré mucho cuidado. Está Berry. Y me llevaré a Clarence. Por favor, por favor.

Su padre puso aquella cara que ella conocía tan bien y Rose contuvo una sonrisa. Había entrado.

—Siempre te gustó ese lugar. Recuerdo que cuando eras niña me pedías que se lo comprara a lord Crowley. Incluso hablaste con él para que me lo vendiera —se rio al recordarlo—. De acuerdo, hablaré con tu madre para que al menos te dé la oportunidad de

explicarte. Y le diré que yo estoy de acuerdo.

Rose abrazó a su padre agradecida. Ahora venía lo más difícil, aunque tenía un as en la manga.

Felicia miraba a su hija muy seria después de haber escuchado su plan con mucha atención.

—Sigo pensando lo mismo.

—Escucha, mamá. —La cogió de las manos sin dejar de mirarla a los ojos—. Lo que les pasó a los Portrey nos podría haber pasado a nosotros. Sé que papá quiso ir a América en su lugar y que tú le habrías acompañado.

—¿Cómo sabes eso? —Felicia sintió un nudo en el pecho. Ahí estaba de nuevo la culpa.

—Ellos eran vuestros amigos. Sé lo mucho que querías a Leslie. Te he visto llorar cada vez que volvías de visitar su casa porque no tienes una tumba a la que ir.

—Eso no significa que permita que te expongas a las habladurías de la gente. No necesitas esto, Rose.

—Sí lo necesito, lo necesito mucho. Quiero ser esta persona, mamá, déjame serlo, por favor. He pensado mucho estos días y me he dado cuenta de que mi vida cómoda y tranquila me estaba convirtiendo en alguien que no quiero ser.

—¿De qué estás hablando, hija? Tú no…

—He ridiculizado, humillado y despreciado a todos los candidatos que me has propuesto, ni siquiera he valorado la posibilidad de que tuviesen algo que aportarme. Me he comportado como si yo fuese superior a ellos. Incluso he sido insensible con Belinda, que siempre ha querido mi bien.

—Eres muy joven, Rose, no seas tan dura contigo misma.

—Voy a cumplir diecinueve años, no soy ninguna niña y, aunque lo fuese, eso no me da derecho a aprovecharme de vuestra situación económica como si eso no pudiese cambiar. Cuando Andrew se recupere papá le devolverá su herencia y él podría no querer seguir con la empresa familiar. Estoy segura de que eso afectará a nuestra situación económica, pero nunca me he

preocupado por ello. Ahora entiendo por qué te has empeñado en encontrar un marido para mí, alguien que sirva de apoyo en caso de que…

—Hija, yo no busco eso —la interrumpió su madre, consciente de que estaba emocionalmente abrumada—. Mi intención siempre ha sido asegurarme de que seas feliz. El dinero no ha tenido nada que ver.

—No lo critico, mamá, eso es lo que hace una madre, procurar el bien de sus hijos. Y para que veas que estoy dispuesta a cambiar y que esto no es un juego para mí, te doy mi palabra de que si me dejas ayudar a Andrew en esto no volveré a rechazar a ninguno de tus candidatos. Seré honesta con ellos y les daré la oportunidad de acercarse a mí y darse a conocer con una total colaboración por mi parte. Asistiré a todas las fiestas que tú me digas y permitiré las visitas de todos aquellos que tú elijas. Los miraré con buenos ojos, como siempre me pediste. No me cerraré a nada, lo prometo.

Felicia no daba crédito a lo que oía. ¿De verdad estaba dispuesta a hacer todo eso? Ni en sus mejores sueños había imaginado conseguir una renuncia total y absoluta por parte de su hija.

—No quiero que actúes de manera impulsiva, hija. Podrías arrepentirte…

—No lo estoy haciendo. Hace una semana que hablé con papá y he tardado todo este tiempo en decidir lo que quiero. Y es esto. Quiero ayudar a Andrew, devolverle su vida y que recupere todo lo que es suyo. Por papá, por ti y por él. No podemos devolverle a sus padres, eso por desgracia no está en nuestra mano, pero sí una vida digna, estabilidad económica y tranquilidad. Una vez él esté en pleno uso de su vida dedicaré cada nuevo día a lograr tu objetivo, mamá. Aceptaré todas tus sugerencias y deseos. Solo espero que no me obligues a casarme contra mi voluntad, aunque incluso en esas circunstancias acataré tu decisión.

—Yo jamás haría eso, hija —dijo Felicia apretando sus manos con cariño—. Mi prioridad siempre ha sido y será tu completa felicidad. Pero ¿no hay otro modo? Quizá podrías encargarte de buscar a alguien…

—No, mamá. Tengo que hacerlo yo. Debo demostrarme que soy la persona que creo ser y no la que… otros ven. —Desvió ligeramente la mirada con disimulo, no quería que leyera en sus

ojos que ella estaba incluida.

Tardó en responder. No dejaba de mirar a su hija con atención, consciente de que había mucho más de lo que había dicho. Hubiese querido que le dejase ver su corazón, pero en la relación de las hijas con sus madres siempre hay un momento en el que se abre una grieta. En su mano estaba que la sima fuese más o menos profunda.

—¿Me das tu permiso, mamá? —preguntó sin poder aguantar más.

Felicia dudó aún un momento, pero finalmente asintió.

Robert miraba a su esposa con una sonrisa.

—Se ha propuesto hacer una buena obra.

—No has sido un gran aliado que digamos. —Dejó el cepillo sobre el tocador mirándolo con reproche.

—No estará sola. Clarence va a ir con ella.

—Nuestra hija es muy lista. —Se metió en la cama junto a su esposo y se quedó sentada con la espalda apoyada en el cabecero mientras miraba fijamente el dosel a sus pies.

—Está decidida —apuntó Robert—. Debo reconocer que me sorprendió su determinación. ¿Sabes a qué se debe?

Felicia negó con la cabeza y los dos se quedaron pensativos durante unos segundos más.

—Andrew no es peligroso para ella, ¿verdad? —Miró a su esposo con una expresión que lo hizo fruncir el ceño.

—Ya lo viste. Con el único que perdió los nervios fue con ese Capitán.

—No me lo recuerdes —dijo estremecida—. Aquello fue espantoso. ¡Podrían haberse matado!

—Y nuestra hija estuvo ahí. Ya ves que el peligro puede darse donde menos lo esperas.

Felicia lo miró severa.

—¿Estás intentando tranquilizarme? Porque eso no funciona.

—Solo quiero que pienses con inteligencia y dejes a un lado tus miedos de madre. Si por ti fuera, nuestra hija no habría salido nunca de casa y trato de que entiendas que no por eso está exenta

de peligro.

—¿Confías en ese Berry?

—Es un buen hombre, lo investigué bien. Su mujer es encantadora y sus hijos lo adoran. Los niños son el mejor termómetro para estas cosas. —La miró, consciente de que estaría de acuerdo con esa afirmación. La había aprendido de ella—. Me gusta Berry y está claro que a Andrew también. Está siendo una buena influencia para él.

Felicia se deslizó bajo las sábanas y apoyó la cabeza en el pecho de su marido mientras seguía dándole vueltas al asunto. Robert le acarició el cabello tratando de gestionar sus propias dudas.

—¿Por qué has aceptado? —preguntó él con curiosidad.

—Ha prometido aceptar casarse cuando Andrew esté de vuelta.

Su marido dio un respingo y ella se incorporó para mirarlo.

—¿Casarse con quién?

—Con quien yo decida.

—¿Y tienes a algún candidato?

—Tengo muchos, pero aún no me he decantado por ninguno en concreto. Tengo tiempo para estudiarlos a todos con calma. —Se tumbó bocarriba y se tapó mirando al techo—. Voy a esforzarme mucho en encontrar al hombre perfecto para nuestra hija, como hizo mi madre conmigo. —Lo miró con una sonrisa—. Alguien que esté a su altura.

—Y que la meta en cintura —añadió él.

—Nuestra hija es muy especial y no se casará con alguien a quien no admire. —De pronto se dio cuenta de algo y se le escapó una risita—. Creía que no había nada que hacer, no me puedo creer que vaya a pasar. Tengo que hacerlo muy bien. Ay, Robert, temía que se marchitase en esta casa. Que se volviese una mujer triste el día que comprendiese que había perdido algo muy valioso.

—Solo tiene dieciocho años.

—Diecinueve en una semana. Recuerda que yo tenía esa edad cuando nos casamos.

—Rose es diferente.

—Sí, lo es, y sus «diferencias» me han quitado el sueño durante muchas noches. —Sonrió levantando las manos hacia el techo—. ¡Bendito Andrew! Ese muchacho ha obrado un milagro sin saberlo. Creo que esta noche dormiré como los ángeles.

Robert, en cambio, permaneció despierto toda la noche. Al contrario que su mujer, el compromiso que había establecido su hija con ella le había quitado el sueño. Por más que pensó no pudo encontrar a nadie lo bastante bueno para ella y eso le produjo una gran intranquilidad.

—¿Lo tienes todo, niña? —Clarence entró en el cuarto de Rose y se encontró con la cama repleta de libros mientras que los vestidos seguían colgados en sus perchas—. Pero ¿qué es todo esto?

—Es todo lo que necesito llevarme, pero no encuentro el modo de meterlos en el baúl para que quepa mi ropa. Había pensado llevarme un par de vestidos de día y uno elegante por si tenemos alguna visita inesperada, pero creo que no me va a caber. —Miró a su nana convencida—. Así que lo dejaré aquí.

—¡De ningún modo! —La vieja criada la miró con severa expresión mientras negaba con la cabeza—. En Blunt Manor hay biblioteca, pero no hay vestidos. No vas a llevarte solo dos de diario y uno de vestir a no ser que pienses quedarte solo una semana.

Rose abrió los ojos como platos y volvió a mirar los libros esparcidos en su cama.

—En tu baúl irá tan solo tu ropa, nada de libros. ¿Dónde se ha visto semejante tontería?

—Clarence…

—Venga, empieza a hacer el equipaje o tendré que hacerlo yo y ya tengo demasiado trabajo. —La mujer caminó hacia la puerta, segura de que sus órdenes serían cumplidas.

Rose se puso inmediatamente con la tarea sin poder evitar que de vez en cuando se le fuesen los ojos hacia la cama en la que había dejado los libros. Cuando el baúl estaba a la mitad se rindió a la tentación y cogió los dos cuentos infantiles que su padre le leía de niña. Las historias favoritas de Andrew. Un libro sobre piratas y otro que contaba la historia de un joven príncipe convertido en una bestia por una bruja disfrazada de mendiga. Rápidamente, los escondió entre las ropas y continuó llenando el baúl antes de que Clarence regresara y la descubriese.

—Prométeme que tendrás cuidado. —Felicia acariciaba el rostro de su hija con evidente preocupación—. ¿De verdad quieres ir? Puedes echarte atrás, no…

—Mamá, estaré bien, no tienes que preocuparte por nada. Además, papá vendrá todas las semanas.

—Sin falta —apuntó su padre.

Su hija sonrió cómplice. Después los besó a ambos y subió al carruaje donde la esperaba Clarence. Se alejaron de la atenta y preocupada mirada de Felicia.

—Todo irá bien —dijo Robert. Y juntos entraron en la casa.

Rose contempló el paisaje a través de la ventanilla con un extraño y reconfortante sentimiento latiendo en su pecho. Se sentía llena de energía, con la certeza de acometer una empresa digna de ser realizada y que le traería un sinfín de recompensas. Frunció el ceño al plantearse en lo que pensaría Icamani cuando la viese. Esperaba que no creyera que hacía eso porque tuviese algún interés personal en él. Haría lo mismo por cualquiera. No se trataba de él, se trataba de emprender un objetivo con la vista puesta en su resolución. Sonrió satisfecha con su diatriba mental y llenó de aire sus pulmones. Le demostraría a su madre que era digna de admiración y capaz de conseguir todo aquello que se propusiera.

Clarence, en cambio, no se sentía tan optimista. En sus más de cincuenta años había vivido las suficientes experiencias como para saber que las cosas no suelen salir como uno las planea. Aquella niña era todo fuego, ilusión y ganas. Siempre acometía sus propósitos con la fuerza de un torbellino y esa misma fuerza era un peligro que la acompañaba allí donde fuese. Pensó también en Andrew, en el muchacho dulce y cariñoso que trataba a todo el mundo con respeto y quería a Rose como a una hermana pequeña. Pero ni Rose era aquella niña de dos años ni él era ya Andrew. Se había convertido en un ser primitivo y salvaje, incapaz de entender unas normas que le eran ajenas y que, sin duda, debía esconder oscuros sentimientos hacia aquellos que lo habían arrancado de su hogar y su familia. No, la vieja Clarence no se engañaba, para él

Rose era el enemigo y no entendía cómo le permitían meterse en la boca del lobo.

La joven se giró a mirarla al sentir que le cogía la mano.

—¿Estás preocupada? —preguntó Rose con una dulce sonrisa.

Clarence negó con la cabeza, pero siguió apretando su mano un rato más.

Blunt Manor era una mole de piedra blanca, alta y cuadrada. Con grandes columnas jónicas y profusión de decoraciones de estilo botánico. A Rose siempre le había gustado ese lugar. Claro que cuando había ido por allí estaba repleto de vida. Cuando era niña los Crowley organizaban una fiesta en verano que duraba varios días y a la que asistían un gran número de amigos. Sus padres se quedaban siempre a dormir y para Rose era lo mejor del verano. Había actividades de todo tipo, mucha comida, risas y música. Los hijos de lord Crowley siempre habían sido amables con ella. Richard era tan solo cuatro años mayor que Rose, pero siempre se comportaba como si le doblase la edad. Jeffrey era el más revoltoso de los tres y alguna vez se habían metido en problemas juntos. A los dos les gustaba hacer travesuras y eran buenos aliados a la hora de protegerse de los mayores y sus normas.

Cuando bajó del carruaje vio que las hojas secas cubrían con su manto todo el jardín delantero y el camino hasta la casa. Hacía ya un mes que habían dejado el otoño atrás, por lo que era evidente que nadie se ocupaba de limpiarlo.

—Me parece que el servicio está bajo mínimos —dijo en voz alta.

—Eso se soluciona fácilmente. —Clarence ya se dirigía a la entrada con ánimo resuelto.

—Lleva a descansar a los caballos y encárgate del equipaje, Alfie —ordenó al mozo de cuadras que las había acompañado—. Luego ve a la cocina para que te den algo de comer.

—Sí, señorita.

El joven condujo el carruaje hasta un lugar resguardado. Cuando Rose levantó la vista se topó con Icamani, que la observaba desde

una de las ventanas. La única que estaba abierta. El joven no llevaba camisa y sus cabellos rubios ondeaban al viento.

Por primera vez sintió miedo. Toda la seguridad y la confianza en sí misma de la que había estado alardeando esos últimos días desapareció como por ensalmo. Su corazón se aceleró y gotas de sudor perlaron su frente. No pudo evitar hacerse aquellas dos perturbadoras preguntas. *¿Qué estoy haciendo aquí? ¿Qué es esto que siento?* Respiró hondo y se irguió. Recordó una frase que decía siempre su abuela: «Convence a los demás de que eres quien quieres ser y acabarás por creértelo tú». Podía hacerlo. Se cogió el vestido y caminó resuelta hacia la entrada.

—¿Entonces querrá que abramos el comedor? —La guardesa la miraba sin la más mínima satisfacción por su presencia allí—. Eso nos dará mucho más trabajo. ¿No podrían comer en el saloncito? Ellos comen en la habitación.

Rose trató de no mostrar su desagrado al oírla. Cierto era que en la casa tan solo había dos criados y que su inesperada llegada aumentaría el trabajo considerablemente, pero viendo cómo estaba todo en aquel lugar se preguntaba qué habían estado haciendo durante el tiempo que llevaban viviendo allí como únicos inquilinos.

—Ya no tendrá que ocuparse de las comidas del señor Portrey y el señor Berry, como tampoco de las nuestras. Clarence se encargará de ello, al igual que de todo lo que se refiera a mí. Usted y su esposo solo tienen que cuidar de la casa como deberían haber estado haciendo hasta ahora.

—Pero quiere que abramos el comedor solo para usted —dijo la mujer con tono de burla—. Tendré que limpiarlo a menudo.

—¿Es que no lo limpian aunque esté cerrado? —Clarence miraba a la guardesa con expresión de desagrado—. Está claro que han dejado el exterior abandonado, no había visto un jardín peor cuidado en mi vida, pero ya veo que tampoco limpian dentro de la casa. Esto es inadmisible.

Lucy la miró molesta.

—Soy la única criada aquí, ¿cómo voy a poder hacerlo todo yo sola?

—Si hace falta que se lo explique es que no está preparada para el trabajo que le han encomendado. Además, no está sola, no me ha parecido que su marido estuviese manco. Bien puede coger un trapo.

—Clarence, por favor, déjame a mí —pidió Rose.

La guardesa apretó los labios para contener el río de palabras que pugnaban por salir de su boca. Rose no esperaba tanta hostilidad por parte de la sirvienta, pero estaba claro que con su actitud amigable y cercana no conseguiría el efecto que buscaba.

—Señora Hartsell, lord Crowley le habrá informado de que mientras estemos aquí debe tenernos la misma consideración que le tienen a él. Corríjame si me equivoco. —La criada asintió con desagrado—. Bien, pues a partir de ahora se desayunará, almorzará y cenará en el comedor, como le he dicho. Si en algún momento considera que no está capacitada para llevar a cabo su trabajo, hágamelo saber y buscaré a alguien que pueda realizarlo. Clarence se encargará de las comidas, como ya le he dicho, también de servirlas, así que eso no afectará a sus ocupaciones. Me instalaré en la habitación situada al final del pasillo.

—Le había preparado la que está junto a las escaleras por si…

—Clarence puede instalarse en esa.

La señora Hartsell abrió los ojos como platos.

—¿Una criada en la primera planta? ¿Qué dirá el señor si se entera? Ya le había preparado un cuarto aquí abajo…

—Pues ya tiene una habitación menos que limpiar —dijo mirándola sin acritud—. En Londres, Clarence se aloja en la primera planta con la familia, y aquí será igual.

—Como usted quiera.

—Bien, creo que por ahora eso es todo, señora Hartsell. Si me indica cuál es la habitación del señor Portrey, por favor. —Se giró hacia Clarence—. ¿Te encargas del equipaje?

La nana asintió con una sonrisa que pretendía darle un poco de calor.

—¿No prefieres que te acompañe?

Rose negó con la cabeza y siguió a la guardesa.

Capítulo 8

Icamani estaba de pie frente a la ventana, tal y como ella lo había visto al llegar. Cuando la oyó entrar se volvió despacio y la miró con fijeza. El cabello rubio le caía sobre los hombros y enmarcaba un rostro hermoso y sereno. Aquellos impresionantes músculos seguían atrayendo su mirada, pero el tiempo que estuvo cuidando de él la entrenaron para disimularlo. Desvió la mirada hacia Berry cuando este entró en la habitación.

—Señorita Rose, ya ha llegado…

—Hola, Berry —lo saludó afable—. Me he entretenido hablando con la señora Hartsell. Aún no nos hemos instalado, quería saludarlos primero.

—Hola, Icamani —dijo mirándolo de frente.

Él la miraba con fijeza y sin expresión alguna en su rostro. Observó sus delicados rasgos y percibió la tensión que trataba de disimular. ¿Le tenía miedo o era otra cosa? Inclinó la cabeza ligeramente para observarla desde otro ángulo y ella se mordió el labio forzándose a sonreír después. ¿*Por qué sonríes*? La miró de arriba abajo y volvió a subir la mirada hasta su pecho. Respiraba agitada. Estaba nerviosa. Sus mejillas se fueron coloreando mientras sus manos se tocaban inquietas.

Rose apartó la mirada y se dirigió a Berry.

—¿Cree que ha aprendido algo en estas semanas?

El hombre se encogió de hombros.

—¿Y cómo saberlo?

—¿Cómo se comunica con él?

—Como lo hacía con mis hijos cuando eran demasiado pequeños para comprender el lenguaje de los adultos. Es fácil cuando se tiene práctica.

Rose notó un roce en su pelo y el recogido que se había hecho se

deslizó dejando su melena suelta. Se volvió hacia Icamani y vio que sostenía el lazo y las dos horquillas entre las manos.

—¿Qué haces?

—Suelto —dijo el titonwan.

Rose lo miraba sin decir nada.

—Creo que le gusta que lleve el pelo suelto —apuntó Berry como si no lo hubiese entendido.

—Ya. —Cogió las horquillas y volvió a ponérselas sin dejar de mirarlo. Después colocó el lazo en su sitio. Sonrió provocadora—. Así está mejor.

Icamani endureció su expresión y Rose se dio por satisfecha.

—¿Sabe mucho sobre indios, Berry?

—No mucho, señorita.

—Pues entonces tendremos que aprender juntos —dijo ella sonriendo—. Voy a quedarme el tiempo que sea necesario, pero vengo dispuesta a traer a Andrew de vuelta a casa.

Icamani frunció el ceño sin variar su expresión. Rose estaba convencida de que, de algún modo, entendía el mensaje que proyectaban sus palabras.

—Es un muchacho muy listo, pero le gusta mantener ocultos sus avances —sonrió Berry—. Supongo que quiere controlar la información que conseguimos de él.

Una chispa brilló en los ojos de Icamani y Berry sonrió cómplice.

—¿Han hecho alguna excursión?

—De momento, no. Su padre nos dijo que era mejor que por ahora nos limitásemos al jardín y la casa.

Rose analizó entonces el cuarto. Austero y sin apenas muebles.

—¿Dónde está su ropa?

—Compartimos eso. —Berry señaló un pequeño baúl.

—Ahora entiendo por qué no lleva camisa —dijo sonriendo.

—Ja, ja, ja, no es por eso, es que no le gustan. Tampoco parece tener nunca frío, ya ha visto que tenemos la ventana abierta. Odia los espacios cerrados.

—La señora Hartsell me ha contado que comen aquí —dijo señalando la mesa.

—No quería abrir el comedor.

—Pues eso va a cambiar. —Volvió a centrar su atención en Icamani. Analizó su torso y sus brazos—. ¿Cómo está de sus

heridas? ¿Alguna molestia?

—Nunca se queja y tampoco cojea ya.

Rose asintió satisfecha y se dirigió hacia la puerta.

—He de ver si mi equipaje está deshecho y planificar algunas cosas con Clarence para la cena de esta noche. Desde hoy ella se encargará de las comidas y le aseguro que se van a alegrar. No sé cómo cocina la señora Hartsell, pero nana es la mejor cocinera que conozco, aunque esa nunca haya sido su principal tarea. ¿Conoce a Clarence, Berry? Es como una segunda madre para mí.

—¿Y a su madre no le importaba compartir a su hija con otra mujer? Mi esposa no dejaría que otra mujer se ocupase de sus hijos. Se moriría de celos… —Sonrió.

—Adoro a mi madre, la quiero con todo mi corazón, pero siempre ha sido una mujer con muchas inquietudes, aparte de la maternidad. No me malinterprete, no quiero decir que no quisiera ser madre, pero es una mujer inteligente y muy culta, siempre está haciendo cosas o planeando hacerlas. —Agarró el pomo de la puerta y sonrió con mirada cómplice—. Le advierto, Berry, que suelo hablar mucho. Mi padre decía cuando era niña que me gustaba escuchar mi propia voz.

—Tiene una voz muy bonita.

Rose rio divertida.

—Si alguna vez lo abrumo con mi charla puede decirlo con total honestidad. No soy nada susceptible.

—Lo tendré en cuenta.

—Nos veremos a la hora de la cena. Adiós, Icamani.

—Allí estará —dijo Berry inclinando la cabeza.

El joven la siguió con la mirada hasta que salió de la habitación. Después se giró hacia la ventana y observó el paisaje en silencio para que Berry no pudiese ver su perversa sonrisa. Así que quería jugar con él. Una dulce gacela entrando en la cueva del oso. ¿Qué mayor sufrimiento hay para un padre que ver sufrir a su hija? Respiró hondo y dejó escapar el aire lentamente relajando sus músculos. Sabía que era un arma de doble filo, esa hechicera tenía un gran poder. Había entrado en sus sueños y lo había torturado durante tres años. La había buscado sin descanso en cada *hinziwin* que encontraba en su camino y ahora la tenía al alcance de la mano. Sus entrañas ardían y el deseo lo atormentaba siempre que

estaba cerca. Debía aplacarlo y dominarlo o acabaría por perder el control y entonces sería ella la que lo tendría en sus manos. Rose era el arma que necesitaba para cumplir su venganza y por todos los espíritus ancestrales que iba a utilizarla.

Lo esperaba inquieta, había bajado antes de la hora porque no quería que se le adelantase y se encontrase solo en un lugar extraño. Berry se despidió de ellos y cerró la puerta tras de sí. Icamani la miraba con mucha intensidad y eso la hizo dudar sobre su elección. Se había puesto un vestido sencillo, en un color blanco empolvado y con pocos adornos. En la parte superior la tela se ceñía a su cuerpo dándole un aspecto más etéreo a su figura, mientras que el escote mostraba apenas la delicada piel de sus senos y la falda se ahuecaba sobre la crinolina.

No había dado ninguna indicación respecto al atuendo que él debía vestir, pero percibió la intención de Berry al ver que se había puesto un chaleco sobre la camisa y que llevaba zapatos.

—Estás muy guapo —dijo intentando sonar relajada, aunque los nervios latían en su cuello casi imperceptiblemente.

Icamani frunció el ceño y se pasó las manos por el pecho, arrastrándolas por la suave tela de damasco. Con gusto se la quitaría. Y aquellos horribles e incómodos zapatos que no dejaban a sus dedos moverse con libertad.

—¿Nos sentamos? —preguntó Rose señalándole el sitio que había preparado para él.

El titonwan esperó a que ella lo hiciera para imitarla. Apartó la silla con cierta torpeza y se sentó demasiado lejos de la mesa. Rose se había propuesto no sorprenderse con nada que hiciese, en su deseo de no molestarlo. Ya habría tiempo de enseñarle protocolo y explicarle que un caballero no debía sentarse antes de que lo hubiese hecho la dama que lo acompañaba.

—Cubiertos —dijo señalándolos. Ella misma había vestido la mesa y había puesto solo un juego para no complicar más la tarea aquella primera vez.

Icamani enarcó las cejas y observó aquellos objetos relucientes

que descansaban a los lados de su plato. Ya los conocía, había visto a Berry utilizarlos, pero él se había negado a comer con ellos. Excepto con la cuchara, que no se diferenciaba en exceso a la de madera que utilizaban los titonwan. El resto le parecía totalmente innecesario. Resultaba mucho más eficiente usar las manos. Miró a Rose con desagrado, ¿iba a obligarlo a utilizarlos?

—Cuchara —explicó Rose cogiendo la suya y haciendo el gesto de comer de su plato vacío—. Para la sopa.

Icamani levantó una ceja con suficiencia, pero enseguida la cogió y la giró entre sus dedos tocándola con ambas manos. Era más hermosa que las que llevaba Berry para sus comidas y muchísimo más que las rudimentarias de su tribu. Cuando la puso delante de su cara se vio deformado en la parte abombada y sonrió. Después le dio la vuelta y la cuchara mostró su reflejo cabeza abajo, lo que hizo que su sonrisa se ensanchase. Al ver la complacencia en el rostro de Rose soltó el cubierto sobre la mesa y lo miró con desprecio. Inmediatamente pasó a coger el tenedor. Lo analizó con atención girándolo entre sus dedos como había hecho antes con la cuchara. Se parecía a los peines que usaban los titonwan y desde luego tendría más utilidad si lo usaran para ese menester en lugar de usarlo para pinchar la carne antes de llevársela a la boca. Berry comía muchas veces con las manos como él, pero otras utilizaba aquellas herramientas estúpidas y entonces él se burlaba.

—Tenedor —dijo Rose. Y acto seguido fingió utilizarlo para pinchar algo invisible en su plato y después se lo acercó a los labios.

Icamani volvió a levantar una ceja con una expresión que mostraba cierta arrogancia. Aquella mujer pensaba que él era estúpido, estaba claro. Pero eso no lo molestó, al contrario, era bueno que lo pensara. Cuanto más estúpido lo creyese más difícil sería que se diese cuenta de sus intenciones.

—Ya lo habías visto, claro —dijo Rose al descifrar su mirada. Debía haber visto a Berry utilizarlos.

—Bien. ¿Sabes cómo se llama esto? —preguntó.

Icamani dijo una palabra en su lengua.

—Cuchillo —dijo Rose muy despacio y lo repitió dos veces más.

—Cuchillo. —Imitó él con una extraña sonrisa.

Podría rebanarte el cuello con él sin esfuerzo, pensó al cogerlo. Lo movió en su mano con maestría durante unos segundos y, de

pronto, con gesto rápido y brusco lo clavó en bollo de pan que descansaba sobre un platito. Aquel movimiento hizo que Rose diese un bote en su asiento y el vello en la nuca se le erizó. En ese momento llegó Clarence portando una sopera que depositó sobre la mesa entre ambos.

—¿Ocurre algo? —preguntó al percibir la tensión.

Icamani recuperó el cuchillo y lo dejó en su lugar ante la atenta mirada de la criada.

—¿Rose?

—No pasa nada. Le estaba enseñando los nombres de los cubiertos. —Cogió el cazo—. Yo sirvo la sopa, nana.

—¿Nana? —interrogó Icamani.

Rose lo miró mientras buscaba las palabras que explicasen ese concepto.

—Me ha cuidado desde que era una niña —dijo soltando el cazo dentro de la sopera y escenificando a una mujer sosteniendo un bebé.

—Madre —dijo él.

—No, yo no soy su madre —intervino Clarence—, pero la quiero como si lo fuese. Y le partiré el cráneo a cualquiera que le haga daño.

—¡Clarence! —Rose la miró sorprendida, pero al girarse hacia Andrew vio que él no había entendido una palabra.

—En quince minutos os traeré el segundo plato —dijo la nana caminando hacia la puerta con evidente malhumor.

No le gustaba nada aquella situación y se había manifestado en contra con bastante vehemencia. Pero no había conseguido convencerla de que desistiese en su empeño.

Rose sirvió la sopa y comenzó a comer ante la atenta mirada de Andrew.

—Ella. —Icamani señaló hacia la puerta y después puso cara de enfado.

—¿Si está enfadada?

—Enfadada —repitió él al tiempo que asentía.

Rose acercó el dedo índice al pulgar, ambos de su mano derecha.

—Un poco —dijo sonriendo.

Icamani volvió a imitarla.

—Un poco —repitió él juntando también los dedos.

Rose le cogió la mano y se los separó, pero al mirarlo a los ojos se sintió cohibida por el contacto y lo soltó de golpe.

Él dijo algo en su lengua que Rose no entendió, pero lo que alteró los latidos de su corazón fue el tono profundo y áspero de su voz que sintió como una caricia. Tratando de retomar el motivo de aquella cena, Rose sirvió los platos y le mostró cómo coger la cuchara del modo correcto. Se la llevó a los labios varias veces y luego esperó a que él la imitara.

Icamani sonrió burlón cogiendo la cuchara, se la mostró y después la dejó de nuevo en la mesa. Tomó el cuenco con las dos manos y se lo llevó a la boca, bebiendo directamente de él. Rose siguió mirándolo hasta que lo dejó vacío sobre la mesa.

¿Por qué ha hecho eso? ¿Trata de decirme algo? ¿Me está retando? Pensó ella.

Dejó la cuchara junto al plato con mucha delicadeza y cogió el cuenco con ambas manos sin apartar la mirada. Después lo llevó hasta sus labios y bebió tal y como había hecho él.

¿Por qué ha hecho eso? ¿Se está burlando? Pensó Icamani observándola con atención.

Cuando llegó el segundo plato Rose trató de explicarle que se trataba de su comida favorita cuando era niño y esta vez Icamani intentó utilizar el tenedor y el cuchillo tal y como ella le mostraba. Sus gestos eran bruscos y el tenedor resbaló en el plato varias veces haciendo que su gesto se fuese agriando. Rose no pudo evitar alguna que otra sonrisa escondida y eso lo molestó aún más.

—No me estoy riendo de ti, es que…

El titonwan soltó los cubiertos y apartó el plato con brusquedad derribando la copa con él. Rose la levantó rápidamente y secó el agua con su servilleta.

—No debería haberme reído, lo siento —dijo, aunque no creía que él pudiese entenderla.

Pero Icamani la entendió, no todas las palabras, pero sí la idea que pretendía transmitirle. Se sintió más fuerte y comprendió algo que no había visto hasta ese momento: a ella le importaba Andrew. Y Andrew era su prisionero. Él lo dominaba. Solo él. Miró la comida de su plato. Estaba deliciosa a pesar de todo.

Levantó la mirada y posó sus ojos en ella con una expresión indescifrable en ellos. Rose se sintió intimidada, pero no había

violencia en su gesto. Lo vio coger de nuevo el cubierto y volver a intentarlo esta vez con mayor cuidado y acierto. Icamani le señaló el plato con el cuchillo indicándole que comiese y Rose obedeció sin decir nada. Se sentía extrañamente alegre, como si hubiese conseguido un logro con esa cena.

Lo mismo sentía Icamani. Habían entrado en otra fase del juego y cada avance le mostraba que tenía nuevas armas en su poder. Sonrió con un gesto que demostraba el placer que le proporcionaba aquella deliciosa comida y ella se mordió el labio satisfecha.

A la mañana siguiente Rose entró en la habitación de Icamani con desmesurado entusiasmo. Demasiado temprano. Y sin llamar. El joven titonwan estaba completamente desnudo frente a la ventana abierta y hacía gestos extraños con los brazos, como si de un ritual se tratase.

—¡Oh! —La joven se tapó la boca para ahogar una exclamación y quedó paralizada en medio del cuarto.

Icamani se giró a mirarla mostrándose sin pudor, tal y como Dios lo había traído al mundo.

—¡Señorita Rose! —exclamó Berry que acababa de llegar—. Dese la vuelta, por favor.

Como si necesitara indicaciones para saber qué hacer, la joven obedeció y el ayuda de cámara aprovechó para darle los pantalones al titonwan y apremiarlo a que se los pusiera.

—Ya puede volverse —dijo Berry y contuvo una sonrisa divertida. El rostro de la joven era un poema—. No debería entrar así en el cuarto de un hombre. Mejor llame a la puerta antes.

—Sí, sí… tiene razón. Yo… no pensé… Creí…

Decidió fingir que no había pasado nada y quedarse su sonrojo para cuando estuviese sola y pudiera morirse.

—¿Qué estaba… haciendo? —preguntó cuando la situación fue casi normal.

—Es un ritual que realiza por las mañanas para recibir al sol. Cosas de indios.

Rose asintió. Debería empezar a familiarizarse con esas «cosas

de indios» de las que hablaba Berry.

—El desayuno ya está servido en el comedor —anunció—. Quería enseñarle un libro a Icamani antes de bajar.

Se acercó a él y se lo ofreció.

—Quizá te ayude a recordar, era uno de tus cuentos favoritos, según papá. Y se convirtió en el mío.

Icamani miró el objeto que sostenía con la misma indiferencia con la que solía mirar todos los objetos del hombre blanco.

Rose no recordaba apenas al Andrew que se marchó años atrás, ella tan solo tenía dos años y nunca estuvo segura de si los pocos recuerdos que tenía eran reales o fruto de las muchas veces que su madre se los había relatado. A pesar de ello, al mirarlo con aquel libro en las manos, creyó reconocerlo vagamente.

—Cuidé bien de *Toby* —dijo de pronto—. Lo quise muchísimo y fui muy desgraciada cuando murió. Él nunca se olvidó de ti. Se escapaba y ladraba frente a la puerta de vuestra casa siempre que estábamos cerca.

Para escenificar de lo que estaba hablando ladró varias veces y repitió el nombre del perro. Icamani no reaccionó y Rose posó la mirada en el libro decepcionada. Que no recordase a *Toby* la llenó de tristeza.

El titonwan no estaba siendo sincero. Algo se había agitado en su corazón al oír ese nombre, pero ahogó ese sentimiento antes de que emergiera y mantuvo así su indiferente expresión.

Rose volvió a coger el libro de sus manos y lo abrió por la primera página. Comenzó a leer con voz pausada. La entonación de su voz y la suavidad de sus movimientos lo hipnotizaban, pero en lugar de provocarle una sensación placentera sus nervios se iban alterando sin que él pudiera impedirlo. Soportarla durante la cena ya había sido una dura prueba. No necesitaba su amabilidad y odiaba que sonriera cada vez que lo miraba. ¿Por qué era dulce con él? ¿Qué clase de estúpida era que no se daba cuenta de que no estaba a salvo a su lado? Le estaría bien merecido todo lo que iba a pasarle. Ella se lo había buscado.

—Icamani —dijo golpeándose el pecho con el puño.

Rose levantó la mirada de la página que leía y lo miró confusa.

—Lo sé —dijo ella—. Eres Icamani.

—Soy el que camina al lado de mi padre, Wiyaka, pluma de la

cola del águila —dijo en la lengua titón—. Soy un guerrero titonwan y no conseguirás vencerme. Regresaré con mi pueblo o moriré. No vas a detenerme con esa mirada que me retuerce las entrañas. No voy a compadecerme de ti.

Rose lo miraba embelesada, sin poder disimular la fascinación que le provocaba escuchar su voz hablando en aquella extraña e incomprensible lengua. Pero el tono denotaba enfado y miró el libro sin comprender qué era lo que lo había molestado. Aquel fragmento narraba la muerte del padre de William, el protagonista, a manos de los piratas que lo capturaron. Miró de nuevo a Andrew con expresión interrogadora.

—Robert, mi padre —dijo señalándose.

Él asintió una vez.

—Wiyaka, ¿padre de Icamani?

El titonwan la miró sorprendido y después de unos segundos asintió de nuevo.

—Wiyaka —repitió Rose pensativa.

—Águila —dijo él en inglés y después hizo gestos como si se señalara una cola invisible.

—Wiyaka, ¿significa «cola del águila»?

Icamani hizo como si arrancase una pluma de la cola.

—¡Pluma de la cola del águila! —Rose rio entusiasmada—. Wiyaka significa «pluma de la cola del águila», Berry. ¿Lo has oído?

—Sí, señorita, lo he oído.

Rose tenía una sonrisa luminosa de esas capaces de llevar el sol hasta una habitación cerrada, pero Berry estaba muy serio. No le gustaba nada cómo la había mirado el titonwan.

—¿Qué significa Icamani? —preguntó ella ajena a las tribulaciones del criado.

La cogió del brazo y la hizo caminar a su lado. Se señaló a sí mismo.

—¿Caminar? —Escenificó el significado ella sola y él asintió.

—Caminar —repitió antes de seguir.

Entonces caminó él solo y luego volvió a hacerlo junto a ella.

—¿El que camina con otro? —dijo señalándolos a ambos.

Icamani no estaba seguro de si eran las palabras correctas, pero había captado la idea y eso lo hizo feliz.

Rose tenía aquella mirada curiosa y después de reflexionar unos

segundos cambió su versión.

—El que camina a mi lado —murmuró. Después miró a Berry visiblemente emocionada.

—No tardará en enseñarlo a hablar —dijo el criado.

Rose volvió a abrir el libro para leerle un poco más antes de bajar y del rostro de Icamani desapareció toda alegría. Berry volvió a ver la mirada de antes y frunció el ceño. ¿Era por el libro o por ella?

—Debería dejar eso para más tarde —dijo el criado.

—¿Por qué? —sonrió—. Estoy segura de que el fragmento que le he leído ha despertado algo en su mente. Lo he visto en sus ojos.

—Eso es lo que no me gusta, señorita. Lo pone nervioso.

Rose lo miró interrogadoramente y se sorprendió al ver la frialdad de su mirada. Quizá Berry tenía razón, pero estaba segura de que el motivo de que lo alterara era porque despertaba sus recuerdos y seguía siendo reacio a ello. Aun así, decidió hacer caso al criado y dejó el libro en la mesa con sumo cuidado.

—Después de desayunar volveré a leértelo —dijo acercándose de nuevo a él.

Teatralizó la escena para que la entendiese y entonces Icamani bufó con irritación, fue hasta la mesa, cogió el libro y lo hizo pedazos. Después tiró lo que quedaba de él a los pies de Rose mirándola con fuego en los ojos.

Había esperado miedo, que huyera despavorida de la habitación y no regresara. Pero se encontró con un total desconcierto y confusión en sus ojos llenos de lágrimas. La joven se agachó a recoger cada uno de los pedazos del libro y los abrazó como si de un tesoro se tratase.

Berry contemplaba la escena dispuesto a intervenir en caso de ser necesario, pero en el fondo creía que era bueno que ambos descubriesen dónde estaban y evitar así males mayores.

—Será mejor que bajemos a desayunar —dijo Rose limpiándose las lágrimas, avergonzada y dolida—. Les espero en el comedor.

Salió de la habitación con el libro apretado contra su pecho.

—Eso ha sido una estupidez, muchacho. —Berry negó con la cabeza mostrando su descontento—. Esa joven solo quiere ayudarte.

El titonwan se cruzó de brazos retándolo con la mirada, pero Berry no era un adversario fácil. Sonrió al tiempo que se encogía de

hombros.

—Tú sabrás lo que haces, pero si tu plan es ganarte su confianza, no has escogido un buen camino para ello. Vamos a desayunar. Me muero de hambre.

Icamani lo siguió con la cabeza llena de preguntas que no podía ni quería formular aún. Pero entendía lo bastante como para haber captado el mensaje que escondían sus palabras y se preguntó si conocería Berry sus intenciones. De ser así, tendría que ser más cuidadoso. Le caía bien, pero sabía que no había nadie allí a quien pudiese llamar amigo. La flecha no siempre acertaba en el blanco la primera vez. La constancia sí. Solo era cuestión de seguir disparando.

Capítulo 9

Rose se paseaba arriba y abajo del salón en un estado de nervios. De vez en cuando miraba el libro destrozado que había extendido en el sofá y le daban ganas de gritar. ¿Por qué había hecho eso? Estaba claro que no tenía ni idea de cómo tratarlo. Era paciente con él y andaba con pies de plomo por temor a molestarlo, pero era evidente que no estaba consiguiendo ganarse su confianza. ¿No le quedó claro cuando se marchó? A Icamani no le importó en absoluto que no la dejaran acompañarlo. Después de haber cuidado sus heridas y haberle enseñado que podía ver las estrellas sin salir de casa, a él le dio igual irse sin ella. ¿Qué esperaba? ¿Que diera saltos de alegría al verla?

Para Icamani ella, el libro de Andrew y cualquier cosa que pudiese ofrecerle no tenían el menor valor. Se dejó caer en una butaca y apoyó la cabeza en el respaldo con la vista clavada en el techo. Debía ponerse en su lugar, si quería ayudarlo, debía ponerse en su lugar. Pero ¿cómo hacer eso? Ni siquiera el libro de Walter Dawson la había ayudado a entenderlo. Él hablaba de los indios desde la observación, no como si fuese uno de ellos. ¿Tenía que darse por vencida? ¿Regresar a casa y cumplir la promesa que le hizo a su madre sin haberse ganado su respeto y su consideración?

—¿Qué ha pasado? —Clarence entró en el salón y se sentó junto a ella.

Rose señaló el libro.

—¡Dios Santo! ¿Qué ha pasado? —repitió la nana.

—No tengo la menor idea. No lo entiendo, de verdad. No hay ni una pizca de simpatía en su mirada, nana. Creo que me odia.

—¿Y por qué iba a odiarte?

—¡No lo sé! Solo quiero ayudarle a recordar.

—¿Y no has pensado que quizá no quiera hacerlo?

Rose la miró confusa.

—¿Por qué no iba a querer?

La nana acarició su mano con ternura mientras ordenaba sus pensamientos.

—Ese muchacho ha sufrido mucho. No sabemos si vio lo que les hicieron a sus padres, pero si fue testigo, cosa probable, debió de ser una experiencia espantosa. ¿No has pensado en ello?

La confusión agrandó su espacio en el cerebro de Rose.

—Andrew tenía solo seis años. Los niños de seis años aún no tienen bien afianzados sus recuerdos. Quizá para él era más fácil olvidarlo todo.

Rose lo pensó un momento.

—Tienes razón —musitó.

—Este va a ser un proceso muy doloroso, Rose, no estoy segura de que tú seas la más adecuada para llevarlo a cabo. Podría ser peligroso.

Lo era, Rose no pensaba engañarse al respecto. Había visto lo que era capaz de hacer. La imagen de Icamani estrangulando a Capitán la hizo estremecer.

—Encontraré el modo —afirmó para sí—. Conseguiré atravesar su coraza y traerlo de vuelta. Pero para ello debo conocerlo, entender quién es ahora. Así será como llegue hasta Andrew.

Clarence asintió.

—No intentes convencerlo. Deja los libros para cuando te entienda. Empieza por cosas más sencillas. Sal a pasear con él, llévalo a montar a caballo. Haz cosas con las que pueda sentirse cómodo.

—Deberías ser tú la que lo ayudase y no yo —dijo agradecida.

—Anda, no digas tonterías. —Clarence se levantó y caminó hacia la puerta—. Bastante tengo con esa Hartsell y sus quejiqueos. Esa mujer me va a volver loca, lo estoy viendo desde que llegué. Yo voy a esforzarme, pero no sé cuánto aguantaré, porque…

La voz de la vieja criada se fue perdiendo según se alejaba por el pasillo y Rose sonrió consciente de que seguía hablando con ella como si tuviera el poder de escuchar a través de las paredes. Un plan mejor, eso necesitaba. Había ido a Blunt Manor llevando solo su buena voluntad y su soberbia. Convencida de que con su sola presencia las cosas cambiarían. Ahora sabía que ella no importaba en aquella ecuación y que debía entender cómo se sentía él para

conseguir establecer una mínima comunicación entre ambos.

En lugar de ir al comedor se dirigió a la biblioteca. Era mucho más pequeña de lo que recordaba, claro que entonces era ella la que no medía más de cuatro pies de altura. Aun así, encontró lo que buscaba y estuvo hojeando el libro de dibujo un buen rato, hasta que escuchó la voz de la señora Hartsell hablando con otra mujer fuera de la casa, muy cerca de la ventana. Al principio le costó entender lo que decían, pero la criada fue subiendo la voz hasta que oyó el llanto de una niña. Se acercó a la ventana para mirar a hurtadillas a través de las cortinas y vio a una mujer joven que llevaba en brazos a la niña que había oído llorar. Sus ojos se abrieron como platos y al ver que la madre pretendía marcharse corrió hacia la entrada para alcanzarla.

—¡Espere! —gritó cuando estuvo fuera.

La señora Hartsell la miró con cara de susto.

—No se preocupe, señorita Balshaw, Celeste ya se iba.

La joven se había detenido y la miraba con timidez.

—No se vaya —pidió bajando los dos escalones de la entrada—. Necesito hablar con usted.

—¿Conmigo? —La joven parecía asustada.

—¿Qué quiere hablar con mi hija? Ella no trabaja para…

—¿Es su hija? Oh, encantada de conocerla —dijo saludando a la joven que devolvió el gesto con timidez.

—Celeste, para servirla.

—Soy Rose Balshaw. ¿Podría entrar un momento? Me gustaría que charlásemos, si no está muy ocupada.

—¿Ocupada? —se burló Lucy—. Ya me gustaría a mí que estuviese ocupada en algo que no fuese esa criatura y en el haragán de su padre.

Las dos jóvenes se miraron incómodas, pero Rose consiguió que la siguiese al interior de la casa.

—Señora Hartsell, vaya a hacer sus cosas tranquila. Yo hablaré con Celeste en la biblioteca.

—Me llevaré a Mary a la cocina.

—No, por favor. —La detuvo—. Deje a la niña también, es de ella de quien quiero que hablemos.

—¿Qué quiere hablar de la niña? —preguntó la abuela de un modo un poco agresivo.

Rose se dio cuenta de que estaba llevando el tema muy mal y suspiró.

—Discúlpenme, últimamente parece que tengo algunos problemas para explicarme —sonrió, pero las otras no entendieron su humor—. Verán, necesito que me ayude a comprender cómo se comunica con la niña. ¿Ya habla?

—Apenas, es muy pequeña —respondió Celeste aliviada—. Dice algunas palabras y de manera muy graciosa, pero no muchas.

—¡Perfecto! —Rose dio una palmada sin pensar y las dos mujeres volvieron a mirarla desconcertadas—. ¿Me acompañáis?

Una vez en la biblioteca cerró la puerta y miró a Celeste con una enorme sonrisa.

—Adelante, Celeste, háblame de Mary. No te calles nada. Quiero que me cuentes todo lo que hablas con ella y cómo consigues que te entienda. ¿Le lees cuentos? ¿Le haces dibujos?

La hija de la criada respiró hondo, se sentía un poco abrumada por aquel inesperado interés, pero ¿a qué madre no le gustaba hablar de sus hijos? Cuando empezó ya no fue capaz de parar.

—¿Qué trae esta vez?

Berry la recibió con una sonrisa y Andrew detuvo su paseo por la desangelada habitación. Rose sonrió al ver que llevaba puesta una camisa y se lo agradeció a Berry con un gesto de cabeza. Después miró al titonwan y le indicó que se acercase a la mesa. Dejó en ella todo lo que llevaba y se sentó. Berry amplió su sonrisa al ver los pliegos de papel y los lapiceros.

—¿Le va a hacer un retrato?

—Quizá —respondió ella sin apartar la mirada de Andrew.

Le señaló la silla que había junto a ella para que se sentara. Icamani puso mala cara, pero obedeció. Rose cogió uno de los lapiceros y lo apoyó en la primera hoja. Recitó en voz alta lo que escribía.

—I-c-a-m-a-n-i.

El titonwan abrió los ojos como platos y se inclinó sobre el papel para verlo bien. Rose volvió a recitar el nombre pasando el dedo

sobre cada una de las letras. A continuación hizo lo mismo con su nombre.

—R-o-s-e.

—Icamani —dijo él pasando su dedo tal y como ella lo había hecho.

Estaba tan cerca que Rose podía sentir su calor.

—Rose.

—Sí —respondió ella rápidamente para romper el clima y disimular su sonrojo.

A Icamani no le pasó desapercibida su turbación, pero en ese momento estaba más interesado en lo que sujetaba entre sus dedos. Aquel objeto capaz de manchar el papel le resultaba familiar. Sin pedir permiso, se lo quitó de la mano con brusquedad. Berry hizo ademán de intervenir, pero Rose lo detuvo con un gesto. Icamani movía el lápiz entre sus dedos buscando el modo más cómodo de sujetarlo. Su expresión era idéntica a la de la pequeña Mary, una mezcla de sorpresa y curiosidad. Lo apoyó en el papel y comenzó a trazar líneas, primero rectas y después onduladas, tal y como haría un niño con un palo en un suelo de tierra. Poco a poco, esas líneas formaron un dibujo, basto y sin detalle, pero lo suficientemente claro para que Rose supiese que se trataba de una de esas tiendas que había visto en el libro de Walter Dawson.

—Tipi —dijo la joven señalándola.

Icamani la miró y, por primera vez desde que estaba allí, había una expresión de sincera satisfacción en su rostro.

—Tipi —repitió él al tiempo que asentía.

—Espera un momento. —La joven se puso de pie y salió corriendo de la habitación ante la confusa mirada de Icamani.

Cogió el libro de Dawson de su mesilla de noche y regresó con él para enseñárselo. Cuando Icamani lo vio en sus manos sintió un instintivo rechazo, pero Rose ignoró su expresión, lo abrió y pasó las páginas con rapidez buscando algo.

—Tipi —dijo deteniéndose en un dibujo de Dawson mucho más detallado y con decoraciones de colores.

Icamani se puso rígido y un escalofrío recorrió su espalda.

—Tatanka —dijo emocionado—. Tipi de Tatanka.

Rose lo miró confusa, después volvió a mirar el dibujo y leyó lo que Dawson había escrito debajo: Tipi del jefe Tatanka, de la tribu

de los titonwan.

—Tatanka —musitó al tiempo que miraba a Berry con asombro—. Este libro habla de su tribu.

El hombre se inclinó sobre la mesa y observó también el dibujo. Después miró a Icamani que tenía los ojos brillantes y una expresión feroz en su rostro. Rose también vio el cambio que se había producido en él y su cerebro trabajaba a gran velocidad tratando de averiguar qué estaba pensando que lo turbaba tanto. Miró de nuevo el dibujo.

—¿Te pone triste? —preguntó señalando la tipi.

Acto seguido escenificó con gestos ese sentimiento. Icamani frunció el ceño y comenzó a hablar en su lengua y Rose solo entendió Tatanka y tipi, lo que la hizo sentir muy frustrada. Cada vez entendía mejor cómo debía sentirse él cuando ella trataba de explicarle algo. Se acordó de pronto de que el editor había incluido un autorretrato del escritor en la edición publicada tras su muerte, que era la que ella tenía. Pasó las páginas del libro con rapidez hasta llegar al dibujo y se lo mostró a Icamani.

—*Pahaha* —dijo él asombrado.

Después señaló con el dedo el rostro de Dawson y repitió esa palabra varias veces.

—¿*Pahaha*? ¿Lo conoces?

—*Pahaha*. Visita. Pelo… —Movió un dedo haciendo círculos junto a su cabeza.

—¿Rizado? ¿Pelo rizado? ¡*Pahaha* es pelo rizado!

Icamani asintió.

—Parece que ese escritor estuvo en su poblado —dijo Berry muy serio. Aquello estaba siendo todo un espectáculo para un mero observador como él.

Rose miraba el libro con expresión reflexiva.

—*Pahaha* es Dawson —dijo en voz alta—. Está claro que conoció a Andrew. ¿Por qué no habló de él en su libro? Lo he leído varias veces y no menciona a ningún niño rubio. ¿Cómo pudo dejarlo allí sabiendo que lo habían secuestrado? Entiendo que no se lo llevara él mismo, pero ¿por qué no dio parte a las autoridades?

—Quizá la historia que le contaron lo convenció de que era mejor no decir nada —dijo Berry pensativo.

Rose no se mostró nada convencida. ¿Qué persona en sus

cabales haría algo así?

Icamani pasó las páginas observando los dibujos.

—Mahtos, Oglalahca… —El titonwan fue enumerando las tribus que reconocía y su entusiasmo al ver aquellas imágenes le hizo olvidar por unos segundos dónde estaba.

Cuando Rose se levantó de la silla para marcharse Icamani le pidió que le dejase el libro. Ella se lo entregó con cierto temor, no quería que lo hiciese pedazos como el otro, pero él lo apretó contra su pecho y fue a sentarse sobre la alfombra. Lo vio abrirlo con sumo cuidado y pasar sus páginas como si se tratase de un libro sagrado. La emoción que emanaba de sus gestos la traspasó y por primera vez pudo ver al auténtico Icamani.

—Hoy ya no le molestaré más —dijo al despedirse de Berry.

—Señorita Balshaw —la llamó él cuando ya estaba en el pasillo—. Eso ha estado muy bien.

Rose asintió agradecida y recorrió el pasillo hasta su habitación. Una vez dentro se apoyó en la puerta cerrada y se deslizó hasta el suelo presa de una congoja inesperada. Escondió el rostro entre las manos y lloró.

Al día siguiente se despertó con un ánimo excelente y muchas ganas de encarar una nueva jornada.

—Buenos días, Clarence —dijo al entrar en el comedor—. ¿Cómo has dormido?

—Muy bien —dijo la nana poniendo un servicio en la mesa—. Veo que tú has descansado, a juzgar por esa sonrisa.

—Siéntate conmigo, anda, solo hoy. No quiero desayunar sola.

—Berry traerá a Andrew enseguida y nosotros desayunaremos en la cocina, como corresponde, niña.

—Nanaaa…

Clarence la miró con severidad y Rose bajó la cabeza como cuando era niña y la reprendía por hacer alguna travesura. La mujer terminó de servirle y sin decir nada se sentó a la mesa y la miró expectante.

—Cuéntame lo que quieras, pero no pienso comer nada. Y me

iré en cuanto lleguen.

—Me sentía muy triste por Icamani, pero he decidido que lo mejor que puedo hacer por él es ayudarle, no compadecerle.

La nana enarcó las cejas.

—¿Qué tienes en esa cabecita?

—No tiene por qué dejar de ser Icamani para recordar a Andrew. Puede ser ambas cosas. Aquellos titonwan también son su familia y no tiene por qué renegar de ellos. Voy a averiguar todo sobre su vida, sobre sus padres, si tiene hermanos, si está casado…

Clarence apretó los labios y negó con la cabeza.

—¿Qué ocurre?

—Descubrirás cosas horribles. ¿Has pensado en ello?

—Sabemos solo lo que cuentan algunos, pero él ha vivido con ellos. Quizá esos que los pintan como unos salvajes crueles y desalmados exageran. O mienten. Dawson dice en su…

—Dawson era un escritor que quería vender su libro, hija, no puedes fiarte de lo que él dijese. Escúchame, niña. Entiendo que quieras ayudarlo, yo también quiero, pero debes tener cuidado. Tú mejor que nadie sabes de lo que es capaz, lo viste con tus propios ojos. Si no hubieses entrado en aquella habitación ese hombre estaría muerto y a Andrew lo habrían condenado por asesinato.

—No lo sabemos —dijo reacia—. Se detuvo porque quiso, yo no podía hacer nada para detenerlo.

—Rose…

—Necesita ayuda para recuperar lo que le quitaron, pero no podemos obviar estos años y pretender que deje de sentir lo que siente. Él ama a esas personas, sean como sean sus costumbres.

—¿Y qué harás cuando empecéis a comunicaros y descubras que esas costumbres te repugnan? ¿Crees que podrás separar esa parte de él y continuar como si nada?

—Soy más fuerte de lo que crees. Y te lo demostraré. Os lo demostraré a las dos —dijo pensando en su madre—. No voy a derrumbarme como una niña mimada y tonta que no sabe lo que pasa más allá de la puerta de su casa. Yo también tengo cosas que aprender y si son dolorosas las afrontaré con madurez. Al fin y al cabo, para eso estamos aquí, para aprender de nuestros errores, ¿no es eso lo que siempre me has dicho, nana?

La criada miró disconforme y preocupada. Quería a esa

muchacha como si fuese su hija y lo último que deseaba para ella era un camino de espinas. Pero era lo bastante vieja para ver el brillo en sus ojos e interpretar las señales. Las rosas florecerían pronto y no creía que estuviese preparada para cosecharlas sin acabar herida por sus espinas.

Colocó el lápiz sobre el papel y comenzó a dibujar. Al terminar se apartó para que Icamani pudiese verlo con claridad. Había dibujado a un niño despidiéndose de una niña más pequeña frente a un carruaje.

—Andrew y Rose —dijo señalándolos.

Él observó la imagen con atención.

—Somos tú y yo. —Lo señaló con el dedo—. Andrew.

—Icamani —negó mirándola muy serio.

—Sí —afirmó ella con rotundidad—. Tú, Icamani. Antes, Andrew.

El titonwan apretó los dientes, pero ella puso la palma de la mano en su pecho y lo miró a los ojos desde muy cerca.

—Tú, Icamani —repitió muy despacio—. Antes, Andrew.

El rostro de él se fue suavizando, percibía el aroma de su pelo y lo hipnotizaron sus ojos tan azules. Asintió una vez.

—Antes, Andrew —dijo.

Rose sonrió agradecida.

—Estoy muy contenta. Contenta. —Señaló su sonrisa. Después se puso seria y sonrió alternativamente para que lo entendiera.

—Contenta —repitió él.

Rose se puso de pie.

—Salgamos —dijo mirando a Berry—. Demos un paseo.

—Su padre…

—Vamos, Berry, mi padre estaría de acuerdo. Hace un día precioso. Hace frío, pero está despejado, aprovechémoslo. Demos un paseo hasta el bosque de hayas. No son más de dos millas. Nos sentará bien a los tres.

—Yo salir —dijo Icamani poniéndose también de pie—. Pasear.

—¡Oh! —exclamó ella riendo—. ¿Lo has oído, Berry? ¡Quiere

salir a pasear!

Los dos hombres sonrieron al ver su entusiasmo.

Icamani aceptó ponerse una chaqueta encima de la camisa y también cedió a los zapatos, aunque le resultaban de lo más incómodos. Habían desaparecido todas las hojas secas de la entrada y la casa tenía mucho mejor aspecto. Durante la primera parte del trayecto Rose no dejó de hablar, era como si estar en el exterior hubiese quitado el tapón de la botella y sus palabras fluían sin freno ni medida. Sabía que le hablaba a él y también que era consciente de que no la entendía, pero por algún motivo eso le provocó cierta ternura. Entre toda aquella verborrea reconoció el nombre del escritor y, además, ella añadió *Pahaha* a ese nombre. Lo recordaba bien, el hombre de pelo rizado que llegó al campamento una primavera y se quedó con ellos hasta el otoño. Tenía un propósito y no le costó ningún esfuerzo amoldarse a sus costumbres. Eso le enseñó una lección: si quieres ganarte su confianza, debes actuar como ellos. Él podía hacerlo. Ya lo estaba haciendo. Observó a Rose. Se sentía orgullosa y satisfecha porque había conseguido que reconociera que un día fue Andrew. Y su expresión de satisfacción era como un cuchillo clavado en su pecho hasta la empuñadura. ¿De qué estaba tan orgullosa? ¿De tenerlo sometido? Ninguna mujer había mandado jamás sobre él y ahora tenía que obedecerla como si no fuese más que un esclavo. Si ella le ordenase arrodillarse a sus pies ¿lo haría? ¿Berry lo obligaría? Claro que lo haría, no podía engañarse. Que fuesen aparentemente amables con él no significaba que no fuese su esclavo. Cuando ella lo miró Icamani intentó sonreír, pero el peso de su corazón no le dejó resquicio para fingir.

Me odia, se dijo Rose, *me odia sin remedio. No puede evitarlo. Veo cómo se esfuerza. ¿Por qué me odia? No le he hecho ningún daño y solo me preocupo por su bienestar. ¿No debería preocuparme? ¿Debería marcharme y dejarlo a su suerte o en manos de Berry? Quizá todo sea más sencillo de lo que lo hacemos. Quizá solo habría que subirlo a un barco y enviarlo de vuelta con los suyos. Los titonwan. Ellos son su familia. Ni siquiera sé si está casado. Quizá hay una mujer esperándolo. Llorando por su ausencia mientras yo estoy aquí empeñada en que aprenda su antiguo nombre*.

El ánimo de los dos fue decayendo hasta que se hizo el silencio y solo se escuchaban sus pasos. No llegaron hasta el bosque de hayas, dieron la vuelta mucho antes y la alegría con la que salieron de la casa se esfumó en un suspiro.

A pesar de sus dudas, Rose continuó con sus esfuerzos por enseñarle más y más palabras y conceptos, al tiempo que ella aprendía la lengua de los lakotas. Muchas veces Berry los dejaba para dar un paseo o charlar con Clarence de algo más animado e interesante que el nombre de los objetos que Rose dibujaba en su cuaderno. Las clases se trasladaron a la biblioteca y de ese modo ella pudo utilizar los libros para mostrarle palabras y dibujos sobre los que hablar. Sabía que lo primordial era la comunicación y por eso centró toda su atención en ese tema, hasta lograr una calidad suficiente como para avanzar hacia otras tareas. Durante ese periodo surgieron algunos problemas, pues el titonwan no tenía ningún pudor y ponía a Rose en situaciones delicadas.

Icamani señalaba el dibujo en el que se veía a una niña dándole un beso en la mejilla a un niño.

—Beso —dijo ella un poco cohibida.

—Beso —repitió él.

Ella asintió sin mirarlo, como si estuviese muy ocupada descifrando el texto al pie del dibujo.

Icamani se inclinó y la besó en la mejilla.

—Yo beso Rose.

—Doy un beso a Rose —corrigió ella con timidez.

—Doy un beso a Rose —repitió.

Entonces cogió su barbilla y le giró la cara hasta tenerla de frente, inclinó ligeramente la cabeza hacia el lado izquierdo y la besó en los labios. Fue un beso suave y tan casto como el que le había dado en la mejilla, pero el corazón de Rose se aceleró de un modo extraordinario.

—Doy un beso a Rose —repitió de nuevo sin soltar su barbilla y tan cerca que ella sentía su aliento haciéndole cosquillas en la nariz.

Lo apartó suavemente y se libró de su mano.

—No debes hacer eso nunca más —dijo casi sin voz.

—¿No gustarte?

Ella negó con la cabeza.

—Sí gustarte.

Rose lo miró a los ojos y su respiración era tan superficial que su pecho se movía a demasiada velocidad.

—No puedes besarme así.

Icamani enarcó las cejas.

—¿Tú tienes hombre? Yo no verlo en tu casa.

—¡Nooo! —Se puso de pie tan roja que le ardía la cara—. No hay ningún hombre, pero no está bien besar a quién tú quieras. Tienes que pedir permiso primero.

Icamani se acercó a ella y Rose tuvo que reprimir el impulso de salir corriendo. Sabía que él no veía nada malo en lo que estaba haciendo, así que se convenció de que podría encauzar la situación si se lo hacía entender.

—¿Qué pedir permiso?

—¿Qué es pedir permiso? —lo corrigió de nuevo.

Icamani se quedó esperando la respuesta.

—Antes de besar a una dama se debe hablar con su padre para poder cortejarla.

—¿Cortejarla? Icamani no conocer esa palabra.

—Significa… —Reflexionó un momento—. Salir a pasear con ella, visitarla en su casa. Y mucho después de todo eso podrás besarla…

—Yo ya pasear con Rose. Y vivir en la misma casa. Ahora besar.

—¡No! —exclamó asustada—. Claro que no puedes besarme.

—¿Por qué?

—Porque no está bien.

—A ti gustar. A mí gustar. ¿Por qué no disfrutar? —preguntó desconcertado.

Su lógica era aplastante.

—Hay unas reglas que debo enseñarte, pero antes hemos de poder comunicarnos con mayor fluidez. —Trató de escabullirse—. Son conceptos muy complejos.

—¿Complejos?

—Difíciles —explicó nerviosa.

—¿Reglas dicen no besar a Rose?

Ella asintió.

—¿Por eso tú sola? Yo entiendo. Nadie besa Rose. Rose triste.

Aquella lógica la dejó sin argumentos. Después de ese suceso decidió vigilar muy bien los dibujos que le enseñaba durante sus clases.

Capítulo 10

Salían a pasear todos los días y a Rose se le ocurrió que quizá le gustaría montar a caballo. Cuando se lo propuso Icamani no fue capaz de disimular su alegría.

—¿Qué hace? —preguntó el titonwan al ver que Alfie ponía la silla sobre el lomo del animal.

—Está colocando la montura —explicó Berry.

—Icamani no quiere montura.

Frunció el ceño al ver que el mozo de cuadras ataba las correas sin hacerle caso.

—Le hace daño —insistió.

—No, no le hace daño, está acostumbrado —dijo Berry con tono amable.

—Acostumbrado a que hagan daño.

Berry negó con la cabeza.

—En realidad, la silla lo protege. La fricción de la ropa que llevas le causaría rozaduras y, a la larga, heridas.

—Estos caballos no han sido montados nunca a pelo —dijo Rose consciente de su incomodidad—. Sería desagradable para ellos.

El titonwan no estaba de acuerdo, pero aceptó lo inevitable y montó sobre aquella incómoda silla. Lo único que quería era sentir el aire en su cara y poder galopar y ejercitar sus músculos.

—¿Tú no venir? —preguntó al ver que solo había dos caballos.

—Yo no monto —dijo Berry—. Iréis los dos solos, así que cuida bien a Rose.

Icamani sonrió y asintió una vez, pero la sonrisa se congeló en su boca al verla montar a mujeriegas.

—¿Qué haces? —preguntó.

—Las damas montamos así —explicó sin darle importancia.

Icamani se mostró perplejo, cada vez entendía menos a esos blancos. Se puso en movimiento sin esperarla. Rose estuvo a punto

de protestar porque él tomase la delantera, pero se mordió el labio antes de que las palabras salieran de su boca. Era consciente de que estaba muy contento y no quería estropearlo.

—Hoy demos un paseo tranquilo —pidió ella colocándose a su lado—. No te alejes de mí. No conoces bien la zona y podrías sufrir un accidente. —*O provocarlo*, pensó.

Icamani no respondió. Era un magnífico explorador, podría galopar por ese camino con los ojos cerrados, pero no estaba seguro de que le interesara que ella lo supiese. Cada vez que lo trataba como un niño o como si fuese estúpido, le daba ventaja.

Poco a poco, con el pasar de los días, Rose se fue relajando y soltando la cuerda invisible que había atado a su cuello. La primera vez que le permitió alejarse al galope el titonwan gritó de alegría y su cuerpo reaccionó con entusiasmo al ejercicio.

Cada vez tenía más soltura en cuanto al lenguaje y ya había muy pocos conceptos que no entendiese. Podía responder con facilidad y las propias conversaciones fueron limando las imperfecciones en su pronunciación.

En sus visitas, Robert fue testigo de los enormes logros que estaba consiguiendo su hija. Se comportaba de modo adecuado en la mesa, se vestía correctamente y sus charlas resultaban cada vez más provechosas. Por ello, el padre de Rose regresaba a casa cada vez más convencido de que no tardarían mucho en tener a Andrew de vuelta. Y Felicia hacía planes para el regreso de su hija.

Aquel día de mediados de enero amaneció con un frío intenso que no mejoró al avanzar la mañana. Rose propuso no salir, pero Icamani demostró que podía ser mucho más persistente que ella, alabando los beneficios de resistir las bajas temperaturas y asegurando que eso fortalecería su espíritu. En realidad, necesitaba salir a montar. Aquel era el único momento en el que podía recordar quién era y su mente se llenaba de los momentos felices vividos con los suyos.

Aquella mañana se sentía melancólico y triste, pero también asustado. Necesitaba aferrarse a sus recuerdos y, en un intento

desesperado por no olvidar, pensó en Oglesa y en las batallas en las que habían combatido juntos, arco en mano. Recordó cómo Wiyaka lo había enseñado a usarlo sobre el caballo. Casi podía sentirlo en su mano igual que sentía la presión en los muslos antes de disparar mientras se sujetaba solo con las piernas. Wiyaka… ¿Estaría a salvo? ¿Mahtola estaría a salvo?

La miró a ella de soslayo y una rabia intensa hizo presa de él. Rose, con su paciencia, su buen carácter y su perseverancia, estaba consiguiendo doblegar su voluntad. Le gustaba escucharla leer y le maravillaban aquellas historias que leía. Esperaba ansioso que llegase el momento de ir a la biblioteca y utilizar el lápiz para escribir o dibujar. Había descubierto que le gustaba dibujar y que tenía una sorprendente facilidad para ello. Pero lo que más lo asustaba era sentirse tan bien a su lado. Se descubría a sí mismo estudiando cada rasgo de su rostro, deleitándose al oírla reír. Y había empezado a fantasear con tenerla en sus brazos, preguntándose a qué sabría su boca, deseando rozar la suave piel de su cuello con los dedos.

Rose lo pilló desprevenido y sus ojos se encontraron sin que pudiera mudar de expresión. Icamani apartó la vista rápidamente, consciente de que no había podido esconderle sus pensamientos. Ella se estremeció y apretó las manos alrededor de las riendas. ¿Qué era aquello que había en sus ojos? No sabía qué clase de sentimiento podía provocar aquella mirada tan intensa, ni el fuego que ardía en ella.

—¿En qué estabas pensando? —preguntó atrevida.

Icamani la miró de nuevo ya recuperado el control de sus emociones.

—Puedes hablarme de ello. Me gusta cuando me hablas de los titonwan.

—¿Te gusta? —Entornó los ojos para mirarla con atención—. ¿Qué significa que te gusta?

—Sabes lo que significa. Que me resulta agradable escuchar tus historias. Cómo era tu vida…

—¿Crees que mi vida es como uno de esos libros que lees?

Rose asintió sincera y a él pareció molestarle. Endureció la mandíbula y miró hacia otro lado.

—¿Estás enfadado conmigo? ¿Por qué? ¿Qué he hecho? Querías

salir y hemos salido a pesar de que hace un frío espantoso.

Icamani sentía que volvía a perder el control. De nuevo esa dulzura hacia él, como si le importara. ¿Por qué no se limitaba a tratar de dominarlo? ¿A demostrar que ella tenía un poder sobre él? ¡Era su prisionero! Sin una palabra apretó los muslos y arreó a su caballo. Rose frunció el ceño y fue tras él.

—¡No vuelvas a hacerlo! —gritó y desmontó junto a él—. Ese caballo no está acostumbrado a correr tanto. Podrías matarlo.

—Es un caballo, han nacido para correr —dijo él con la frente perlada de sudor—. Y yo soy un titonwan y nací para ser libre.

—Eres libre.

La miró enfadado.

—¿Libre? ¿Esto es ser libre? —dijo señalándola con desprecio—. ¿Tenerte siempre pegada a mí es ser libre?

—¿Tanto te desagrada mi presencia? —preguntó dolida—. Creí que éramos amigos.

—¿Amigos? Los amigos van donde quieren. A los amigos no se les dice cómo cabalgar ni hasta dónde pueden ir. —Dio un paso hacia ella y se inclinó ligeramente—. A los amigos no se los captura contra su voluntad, se los aparta de su familia y se los encierra.

—Icamani… Aquí no eres un prisionero y te lo he demostrado. Si te doy indicaciones es porque me preocupo por ti.

—¡Deja de preocuparte por mí! —gritó furioso—. Deja de cuidarme, de tratarme con tanta… tanta…

—¿Qué? —preguntó ella temblando—. ¿Qué es lo que te molesta tanto de mí? Dímelo para que pueda dejar de hacerlo.

Icamani no respondió, en lugar de eso la agarró por la nuca y la atrajo hacia sí para besarla. Para su sorpresa, Rose no se apartó y dejó que su lengua atravesara la barrera de los labios sin oponer resistencia. El titonwan sintió cómo su enfado desaparecía al tiempo que su deseo aumentaba y la rodeó con sus brazos para apretarla contra su cuerpo. La curiosidad de Rose la estaba llevando por una senda peligrosa, lo intuía, aunque no sabía muy bien lo que le estaba pasando. ¿De dónde procedía aquella ansia desconocida que la empujaba hacia él? Gimió presa de un gran desconcierto y se le doblaron las rodillas, pero Icamani la sostuvo sin inmutarse. Hasta que de repente recuperó la razón y abrió los ojos asustada. ¿Qué estaba haciendo? Se apartó de su boca y lo empujó.

—¡No! —exclamó.

Él sonrió burlón.

—¿No qué?

—Esto no está bien.

—¿No está bien que te guste?

Rose se puso completamente roja.

—No vuelvas a hacerlo.

Él siguió sonriendo y ella dio un golpe en el suelo con el pie.

—Eres odioso.

—¿Dejaré de ser odioso si no vuelvo a besarte?

Ella apretó los labios sin decir nada y regresó al caballo. Una vez montada esperó a que él hiciese lo mismo, pero Icamani se quedó un momento contemplando el paisaje sin decir nada. De ese modo, Rose pudo calmarse y recuperó la compostura. Sin darse cuenta se llevó los dedos de la mano hasta los labios y los acarició. Icamani subió al caballo con semblante tranquilo y juntos regresaron en silencio.

Los días posteriores a ese suceso Rose estuvo inquieta en su presencia y le costaba enormemente mantener la atención en sus clases. Constantemente, aparecían los labios del titonwan en su campo de visión o le llegaba su olor provocándole un estremecimiento.

—Hagamos algo especial —dijo de pronto, obligándolo a apartar los ojos del libro que leía—. Una cena formal. Nos vestiremos elegantes y le pediré a Clarence que nos haga platos un poco más elaborados que sorprendan a tu paladar. Y postres, también varios postres a elegir. Después podemos pasar al salón y tocaré el piano para ti. Y te enseñaré a jugar a las cartas.

Icamani la vio ponerse de pie y caminar de un lado a otro. Miró el libro de nuevo, le estaba gustando la historia, pero ella parecía querer seguir hablando.

—Cuando estemos en Londres asistirás a muchos eventos. Bailes, cenas de gala… Tendrás que saber manejarte en esos lares. Cuanto antes empecemos, mejor. Tampoco falta tanto para el verano. —Lo

miró un instante, pero enseguida continuó con su paseo—. En verano es cuando se organizan más bailes. El de los Crowley es muy sonado. Antes se organizaba aquí, en Blunt Manor. A mí me gustaba muchísimo venir. Nos quedábamos a dormir y eran varios días de celebraciones y juegos. Me encantaba. Ahora no me gusta tanto, pero tendrás que asistir. Todo el mundo querrá conocerte. Y habrá muchas jovencitas casaderas. Mamá hará planes para ti, al igual que los hace para mí, estoy segura. De hecho, no me sorprendería nada que ya tuviese alguna candidata.

—¿Candidata? —Frunció el ceño.

—Para ser tu esposa.

El titonwan no sabía si echarse a reír o enfadarse, así que optó por mantenerse impertérrito.

—Tienes que aprender a bailar —dijo como si acabase de darse cuenta—. No sé cómo no lo había pensado, pero es imprescindible. Le pediré a Berry y a Clarence que nos ayuden.

Icamani vio como caminaba hasta la puerta y salía de la biblioteca. Durante unos segundos se quedó esperando que volviese al darse cuenta de que lo había dejado plantado. Pero después de un rato comprendió que la clase de aquella tarde había finalizado. Cerró el libro y lo colocó en su lugar en la estantería. Después se dio la vuelta con las manos en la cintura y sin poder contenerse rompió a reír a carcajadas.

El titonwan miraba las prendas extendidas sobre el colchón con expresión abrumada.

—¿Tengo que ponerme todo eso?

—Tranquilo, yo te ayudaré —dijo Berry—. La señorita Rose ha tenido que explicarme para qué sirve cada cosa, porque yo no soy un caballero y tampoco había sido nunca ayuda de cámara.

A Icamani empezó a picarle todo el cuerpo solo de pensarlo. Se agachó y tocó algunas de esas telas. Las había suaves, pero también recias y no le apetecía nada ponérselas.

—Me parece que es mejor que te lo pongas todo. Las que están en contacto con la piel son más suaves y evitarán que las otras te

hagan… rozaduras.

—Como la silla al caballo.

—Eso es, muchacho.

El titonwan dejó escapar el aire de sus pulmones de un soplido y se tumbó bocarriba en el colchón mirando al techo. Aquella *hinziwin* no iba a ponérselo nada fácil.

Cuando estuvo completamente vestido, Berry hizo que se mirase en el espejo y la imagen que vio lo desconcertó. No se reconocía a sí mismo, pero tampoco le desagradaba del todo. Ahí estaba otra vez esa parte de sí mismo que detestaba y, de nuevo, Rose era la culpable.

—Estás muy elegante, muchacho —sonrió Berry—. Todo un *gentleman*, sí señor. Compórtate como es debido y sé amable con la señorita Balshaw. Yo estaré en la cocina con Clarence, los Hartsell y Alfie, el mozo de cuadras. Nosotros también vamos a disfrutar de una cena especial.

Icamani ya estaba en el comedor cuando Rose llegó y no pudo disimular lo impactado que quedó ante su aparición. Nunca la había visto tan hermosa y delicada. El color azul del vestido hacía juego con sus ojos y daba a su piel un tono suave y aterciopelado. Sus mejillas rosadas y su sonrisa sincera fueron el remate que necesitaba, pero Icamani no pudo evitar fijarse en la cinta de raso de su cuello y Rose llevó su mano hasta ella de manera instintiva.

Ella también se sintió impresionada por su aspecto. Se había atado el pelo en una coleta y su rostro le pareció el más perfecto que había visto nunca. Su mandíbula era contundente y su nariz dotaba a su rostro de una firmeza corroborada por aquella mirada intensa y carente de pudor.

—Señorita Balshaw —la saludó besándole la mano.

—Señor Portrey —respondió ella.

Andrew la acompañó hasta la mesa y retiró la silla para que se sentara. Después fue a su lugar y desdobló la servilleta para colocarla convenientemente y sirvió el vino en las copas.

Clarence necesitó la ayuda de la señora Hartsell para servir los

platos, pues eran muchos, pero la guardesa parecía encantada a pesar de ello y Rose supuso que la suculenta cena de la que iban a disfrutar tenía algo que ver con ello.

—¿Te gusta el pato? —preguntó al ver que mojaba un poco de pan en la salsa.

—Está delicioso —dijo él.

A Rose le pareció que estaba un poco decaído y quiso preguntarle el motivo, pero temió que lo pondría en su contra si lo hacía, así que se contuvo y trató de animarlo con su charla.

Icamani sentía un nudo en la garganta. Aquellos platos eran exquisitos, pero habría preferido un pedazo de bisonte quemado, sentado en el suelo junto a Wiyaka. Cada vez que disfrutaba de algo lo atacaba aquel sentimiento de culpa que le corroía las entrañas.

Miraba aquella cosa de un verde brillante que temblaba en su plato y su expresión mostraba a las claras lo poco apetecible que le parecía.

—Es gelatina de menta —dijo Rose divertida—. Pruébala. Está muy rica. Nadie la prepara como Clarence. Va, pruébala, no seas cobarde.

Icamani cogió una porción con la cuchara y antes de llevársela a la boca se le cayó. Volvió a intentarlo y esa vez poniendo mucho cuidado llegó a su destino. Los ojos del titonwan se abrieron sorprendidos y antes de decir nada probó otra vez.

—Te gusta —afirmó Rose satisfecha.

Icamani volvió a coger otro pedazo y después asintió una vez con la cabeza.

—Desde hoy este es mi postre favorito sin duda.

—¿De verdad? —Ahora la sorprendida fue ella.

—¡Mmmm! —Se deleitó y acabó lo que le quedaba—. ¿Puedo servirme más?

Rose se rio a carcajadas al tiempo que cogía su plato para ponerle otra porción.

Mientras disfrutaban del postre aprovechó para explicarle de qué temas podía hablarse durante la cena y de qué temas no. Cómo debía dirigirse a los anfitriones y cómo atender a los comensales que tuviese sentados a uno y otro lado y a los de enfrente. Andrew escuchó atentamente, pero lo cierto es que se sintió aliviado cuando pasaron al salón y Rose le ofreció un oporto.

—¿Quieres quitarme el alma? —preguntó él muy serio.

—¿Quitarte el alma? No te entiendo —dijo sosteniendo la copa en el aire a la espera de que él la cogiera.

—Esa bebida roba la inteligencia y convierte a un guerrero en un niño.

Rose miró el vino y comprendió a lo que se refería.

—¿Te refieres a un borracho? Pero eso no pasa si solo bebes una copa. Tomándolo en su justa medida produce un efecto beneficioso y agradable.

Icamani sonrió divertido.

—¿Te estás riendo de mí? —preguntó ella moviendo la cabeza en señal de reproche.

—Me gusta mucho —dijo él y Rose no supo si le gustaba el oporto o reírse de ella.

Se sentaron uno frente a otro en sendos sofás. Debían esperar a que los demás cenasen antes de proceder con la clase de baile.

—No sé si los titonwan celebráis vuestro cumpleaños. Me explicaste que vosotros contáis los inviernos.

Icamani negó una vez con la cabeza.

—No celebramos cumpleaños.

—Para nosotros el día en que nacemos es muy importante —explicó Rose—. Cada año lo celebramos haciendo una fiesta o recibiendo regalos. Hoy es mi cumpleaños y cumplo diecinueve años.

—Yo tengo veintidós inviernos —dijo él—. No sé día que nací, pero mi padre calculó que tenía cinco inviernos cuando llegué a la tribu.

Rose negó con la cabeza.

—Naciste en primavera —explicó poniéndose seria—. Y tenías seis años cuando hiciste ese viaje con tus padres. En realidad, tienes veintitrés años y la próxima primavera cumplirás veinticuatro.

Icamani miró su copa y se removió incómodo en el sofá. Empezó a molestarle la ropa y estar allí sentado con aquella copa en la mano. Tiró del pañuelo del cuello para aflojárselo, pero el nudo se atascó.

—Déjame a mí —dijo Rose poniéndose de pie.

Dejó la copa en una mesita y se sentó junto a él en el sofá. Desanudó el pañuelo y lo aflojó, apartándolo de su cuello.

—¿Mejor así?

Estaba tan cerca de él que Icamani pudo ver las chispas oscuras de sus ojos. Su olor, fresco y suave, despertó sus sentidos. Hacía mucho que no tomaba a una mujer y en ese momento deseó hacerla suya. Quizá eso habría ayudado a levantar su ánimo.

Rose sintió aquella electrizante sensación y posó la mirada en su boca mordiéndose el labio inferior.

—¿Por qué no estás casada? —preguntó muy serio.

Rose apartó la mirada, incómoda y se encogió de hombros.

—¿No quieres un hombre?

—Bueno, yo… —No sabía cómo salir de aquello—. Es que no…

—¿Hay algo malo en ti? —La señaló de arriba abajo—. ¿Todo funciona bien?

Rose abrió la boca sorprendida y ofendida a partes iguales. Le costó un momento recordar con quién estaba hablando.

—Claro que funciona todo bien. Solo tengo diecinueve años, ¿por qué habría de tener prisa en casarme? ¿Con cuántos años se casan las mujeres titonwan?

—Depende. Algunas con catorce inviernos, otras con dieciséis…

Rose abrió los ojos como platos. ¿Catorce años? Ella con catorce años no pensaba en esas cosas. ¡Dios Santo! Pero si casi no lo pensaba ni con los diecinueve que acababa de cumplir.

—Serás vieja cuando tengas hijos.

La expresión del titonwan era de tal naturalidad que resultaba evidente que no pretendía ofenderla, tan solo mostraba su desconcierto por unas costumbres que no entendía. Y Rose se lo repitió una y otra vez en su cabeza, aunque le estaba costando aceptarlo.

—Mi madre estaría de acuerdo contigo —murmuró.

—Tu madre es una mujer sabia.

Rose no se esforzó más en disimular que la estaba molestando.

—Estás siendo desagradable conmigo. Este no es el trato que una dama espera recibir de un caballero.

Icamani le sostuvo la mirada.

—¿Por qué soy desagradable?

—Porque me haces sentir incómoda.

—¿Qué es exactamente lo que te hace sentir incómoda? ¿Que te hable de matrimonio?

—Un hombre no debe hablarle de estos temas a una señorita —insistió—. No es nada galante.

—¿Qué ser galante?

—Ser delicado, amable. Hacer que tu pareja se sienta cómoda. Hablarle de temas triviales que no la hagan sentir que está siendo juzgada.

—Muéstramelo —pidió él poniéndose de pie.

Rose lo miró confusa.

—Vamos, será divertido. —La animó—. Yo haré de ti y tú de mí.

Rose se puso de pie dudosa, pero finalmente sonrió nerviosa y asintió.

—Está bien. Pongamos que acabamos de encontrarnos en una fiesta —aclaró—. Qué alegría verla, señorita Rose, está usted espléndida esta noche. ¿Me concederá el placer de bailar conmigo? Si no es que ya tiene completo su carné para esta noche, claro.

—¿Y tú qué le dirías? —preguntó él.

—Pues… Señor Rimfomflem, es usted un adulador —sonrió coqueta—. Sí, por supuesto, bailaré con usted. ¡Oh! —exclamó cambiando de personaje—. Acaba usted de alegrarme la noche, señorita Rose. ¿Le apetece que vayamos a buscar un pastelito de guirlache? Están deliciosos.

Hizo como si caminase junto a alguien y Andrew rompió a reír a carcajadas.

—¿De verdad pretendes que haga eso? —preguntó sin dejar de reír—. ¿Pastelito de guirlache?

Las carcajadas resonaron por toda la habitación y acabaron por contagiar a Rose.

Cuando dejaron de reír Icamani la miró burlón.

—¿Nunca te habían besado antes? —afirmó rotundo.

—¡Andrew! —exclamó anonadada—. ¿Es que no has entendido nada?

El titonwan no dejó de mirarla con aquella insistencia tan molesta que hacía que no pudiese ignorarlo.

—Responde a mi pregunta —ordenó.

Ella levantó el mentón con arrogancia.

—Por supuesto que sí.

—¿Quién? —preguntó él rápidamente.

—Jack Chesterton.

—¿Jack Chesterton era tu *cortejador*?

Rose sonrió ante aquella palabra inventada.

—No.

—¿Por qué te besó?

Ella se encogió de hombros y trató de volver al sofá, pero él la sujetó del brazo y se lo impidió.

—¿Por qué?

—Porque quiso —dijo librándose de él.

Icamani frunció el ceño.

—¿Qué más hizo Jack Chesterton porque quiso?

Rose volvió a intentar darse la vuelta y esa vez él la sujetó por ambos brazos obligándola a mirarlo.

—Rose…

—No hizo nada. Solo… No quiero hablar de eso, fue muy desagradable.

Él apretó los labios sin dejar de mirarla.

—Está bien. —Sacudió los brazos para que la soltara—. Me arrinconó contra la pared y no… dejaba que me apartara.

Sus mejillas rojas resaltaban la mirada furiosa que trataba de ocultar.

—¿Él te obligó?

—Me obligó a quedarme allí hasta que me soltó, sí.

Icamani la soltó con los ojos muy abiertos y dijo una ristra de palabras en la lengua lakota con tono iracundo.

—¿Está muerto? —preguntó de nuevo, visiblemente nervioso—. ¿Sufrió antes de morir?

—¿Qué? ¡No!

—¿Tu padre no lo mató después de que él te tomara por la fuerza?

Rose empalideció horrorizada.

—¿De qué estás hablando? No me… tomó… Yo no…

El titonwan se detuvo en su irritado vaivén y la miró desconcertado.

—Has dicho que te obligó.

—Me obligó a quedarme allí mientras me besaba, pero no pasó nada más. ¡Dios mío, no! —dijo con un escalofrío de repugnancia—. Chesterton es despreciable, pero no creo que fuese capaz de llegar a eso.

Icamani se apartó el pelo de la cara. Se le había deshecho la coleta.

—¿Por eso no te gusta ningún hombre? ¿Por culpa de ese Chesterton?

—La mayoría de las veces eso no importa. Quiero decir que en nuestra sociedad no es importante si a una señorita le gusta o no le gusta su pretendiente. Nosotras no elegimos con quién nos casamos, son nuestros padres los que buscan un candidato. Parece ser que ellos saben mejor lo que nos conviene y lo único que debemos hacer nosotras es esforzarnos en complacerlos.

Desvío la mirada de aquellos ojos que la escrutaban como si pudiesen entrar en su cerebro y ver todas las palabras que se callaba. Aun así, siguió sintiendo su escrutinio y el calor volvió a sus mejillas poniéndola en evidencia.

—¿A tus padres les gusta ese Chesterton? ¿Por eso él te besó a la fuerza?

Rose negó con la cabeza.

—Jack Chesterton es el prometido de mi prima Belinda.

De nuevo el ceño del titonwan mostró su confusión y Rose suspiró deseando terminar con aquel tema que le resultaba tan desagradable.

—Pidió su mano después de aquello.

—¿Por qué querría solo su mano? —preguntó él incrédulo.

—Es una forma de hablar. Cuando un caballero pide la mano de una joven lo que está pidiendo es permiso para casarse con ella.

El titonwan asintió una vez en señal de que por fin lo había comprendido.

—Entonces si un hombre quiere yacer con una mujer debe pedir su mano.

Rose se sonrojó de nuevo y desvió la mirada mientras se preguntaba mentalmente cómo habían llegado hasta allí sin detenerse.

—Yo quiero yacer con Rose —dijo él con expresión calmada—. ¿Tú lo deseas?

—Dios mío —musitó ella sin dar crédito a lo que acababa de escuchar.

Miró a su alrededor como si quisiera asegurarse de que nadie más lo había oído por accidente y respiró aliviada al ver que

Clarence o Berry no habían aparecido de repente sin que ella se percatase. Respiró hondo y lo miró severa.

—Escúchame, Icamani. Nunca, jamás debes decirle algo así a ninguna mujer. Si alguien te oyese hablarme de este modo, no me permitirían estar a solas contigo nunca más. Eso es del todo inaceptable, ¿me oyes? Una mujer solo yace con su esposo y tú no eres mi esposo.

—¿Esposa es *wakanka*?

Ella lo miró sin saber qué responder.

—*Wakanka*, la que está por encima de todo —explicó él.

Rose sintió un temblor en el corazón. Era un modo precioso de decirlo. Asintió repetidamente.

—A veces la mujer titonwan elige esposo. A veces eligen sus padres por ella.

Rose sonrió al tiempo que asentía.

—Veo que la vida de vuestras mujeres no se diferencia tanto de la nuestra. —Era el momento de preguntarlo—. ¿Tú tienes esposa?

Icamani negó una vez y su expresión se endureció.

—Ya no. Tatewin murió.

Un dolor punzante e incomprensible atravesó el pecho de Rose.

—Lo siento —dijo sincera.

—Un *wasicun* regaló a nuestras mujeres mantas con el espíritu de la muerte. Las que utilizaron esas mantas enfermaron y en pocos días murieron. La luz de los ojos de Tatewin se apagó y me dejó solo… —Iba a mencionar a Mahtola, pero se detuvo en el último momento.

—¿El hombre que os dio las mantas se llamaba *wasicun*?

Icamani negó brevemente con la cabeza.

—*Wasicun*. Hombre blanco. Un comerciante al que le vendíamos nuestras pieles.

Rose ahogó una exclamación.

—¿Por qué hizo eso?

—Mal año. Pocas pieles.

—Dios mío… ¿Y mató a esas mujeres solo por eso?

—El hombre blanco es codicioso, siempre quiere más.

—¿Qué significa Tatewin? —preguntó Rose esforzándose en contener las lágrimas.

—Mujer del viento.

Capítulo 11

—¿Estáis listos?

Berry y Andrew estaban en el centro del salón y en posición de inicio. Habían retirado todos los muebles que estorbaban mientras Rose se sentaba al piano. Andrew miraba a su oponente con expresión confusa.

—¿Entonces yo soy la mujer? —preguntó Berry con el ceño fruncido—. Pero si soy el más grande de los dos. ¿No tendría que ser el hombre?

—Andrew será el hombre en el baile, Berry, debe aprenderse su papel.

—Espero que vuestras mujeres sean más agraciadas que este *pte* —dijo usando el nombre que los titonwan daban al bisonte.

Rose escondió una sonrisa y comenzó a tocar un vals.

—Un, dos, tres. Un, dos, tres. —Contaba Berry.

—No os miréis los pies. Cabeza erguida.

—¿Cómo no voy a mirármelos? Si Berry me pisa me aplastará un dedo.

—No voy a pisarte, por eso vigilo.

—Vamos, vamos, poned atención en la música.

Andrew cerró los ojos para intentar imaginarse que bailaba con una mujer y poder así centrarse en escuchar la melodía.

—¡Me has pisado! —exclamó Berry soltándolo—. Menudo zoquete, bailar con los ojos cerrados…

—¿Yo zoquete? Estoy intentando no verte la cara.

La puerta del salón se abrió y apareció Clarence. Se paró en seco al ver la escena y rompió a reír a carcajadas.

—¿Qué se supone que estáis haciendo?

—Rose quiere enseñar a bailar a Andrew —explicó Berry.

—¿Y tú eres su dama? —La mujer no pudo contener la risa y los

dos hombres se separaron enfurruñados—. ¿Cómo se te ha ocurrido, niña? ¿A quién sacará a bailar? ¿A la tía de Chesterton?

Escuchar ese nombre atrajo la atención de Icamani.

—Anda, levanta —dijo la nana acercándose al piano—. Yo tocaré y tú bailarás con él.

Rose obedeció y Berry se apartó con una enorme sonrisa de alivio.

—Tú puedes servirte una copita de oporto, Berry —dijo la mujer antes de ponerse manos a la obra.

Los bailarines se situaron correctamente y la música empezó a sonar. Andrew fijó la mirada en ella y sonrió al ver cómo se esforzaba en evitar que sus ojos se cruzaran. También percibía la resistencia que ofrecían sus brazos para evitar un acercamiento por su parte. Eso lo divirtió porque ese gesto decía más de lo que ella hubiese querido. La atracción que sentía hacia él era tan evidente que el titonwan comprendió que se le entregaría sin apenas esfuerzo por su parte. Arrastró suavemente la mano por su cintura hasta acariciarle la espalda cuando Clarence no podía verlo. Rose miró a Berry y a su nana con preocupación, pero la mujer tenía la vista fija en la partitura y Berry contemplaba el cielo a través de la ventana. Miró a Andrew furibunda y le dijo que se estuviese quieto sin emitir sonido. El titonwan leyó sus labios y sonrió satisfecho. Lejos de obedecer, siguió jugando con los dedos en su espalda.

—Perfecto, nana —dijo cuando ya no pudo aguantar más y se separó de él con cierta brusquedad—. El vals lo domina lo suficientemente bien. Ahora deberíamos practicar bailes de pasillo, que requieren algo más de esfuerzo.

—Para eso hacen falta más bailarines —dijo Clarence pensativa—. Por lo menos dos. Iré a buscar a Lucy.

Cuando se quedaron los tres solos, Berry miró su copa de oporto y arrugó la expresión con disgusto. Entonces se le ocurrió la solución a sus cuitas.

—Creo que lo más adecuado sería que el señor Hartsell baile con su esposa —dijo al tiempo que dejaba la copa sobre un mueble—. Iré a ver si lo convenzo. No tardaré.

Salió del salón dejándolos solos y Rose aprovechó para mirar a Andrew con severidad.

—No vuelvas a hacer eso.

Él sonrió con expresión burlona.

—¿Tanto te gusta?

Ella lo miró fingiendo sorpresa.

—¿Gustarme? No sé de dónde sacas eso, pero estás muy equivocado. Bailar un vals es un a…

Se acercó peligrosamente a ella y Rose dio un paso atrás sin poder contenerse.

—Estoy deseando bailar contigo delante de todos. Será muy divertido ver cómo tratas de escapar de mis brazos.

—Cuando eso ocurra tendrás muchas jóvenes con las que bailar y no tendrás ganas de jugar conmigo.

—Me parece que sí voy a tener ganas de jugar contigo, Rose.

Se le secó la garganta y sintió que le faltaba el aire.

—Hace mucho calor en este salón. Esa chimenea tiene unos troncos demasiado grandes —dijo fingiendo que se alejaba de ella y no de él.

—Si fueses una titonwan ya te habría convertido en mi esposa.

Se giró hacia él con mirada hostil.

—Pues es una suerte que no lo sea.

Andrew dio un paso hacia ella y Rose retrocedió chocando con el banco del piano y perdiendo el equilibrio. Él evitó que se cayera sujetándola con firmeza entre sus brazos. Aspiró el aroma que desprendían sus cabellos y se inclinó peligrosamente. Rose lo empujó con determinación apartándolo y se alejó caminando presurosa hasta la ventana. El corazón le latía desbocado y se sentía mareada. Cuando escuchó voces tras la puerta se puso a dar pasos de baile ante la burlona mirada del titonwan.

—¿Ves? Este es el segundo paso que se re… ¡Oh, por fin! Creí que tendría que bailar sola todo el rato.

—Descansa un poco, niña, pareces sofocada —dijo Clarence moviendo la cabeza.

Rose se abanicó con la mano y Andrew rompió a reír a carcajadas.

Rose apenas pudo dormir esa noche. Al principio estaba enfadada,

después asustada y finalmente triste. Pasó por todos esos estados de ánimo saltando de uno a otro durante horas. Pero el que se quedó en su corazón hasta que amaneció fue la tristeza y un extraño e incomprensible sentimiento de culpa. Al pensar en Tatewin lloró y se compadeció profundamente de ella. Pero también de sí misma. Estando sola no podía negar sus propios sentimientos y saber que él había pertenecido a otra hacía que le doliese el corazón.

—Eres ridícula, Rose. Completamente ridícula. ¿Qué creías que iba a pasar? Solo siente un interés físico por ti. Como el que sentía Chesterton. ¿Crees que le interesas lo más mínimo? Es un titonwan y en cuanto tenga oportunidad se irá de aquí y no se acordará ni de que existes. ¿No lo viste cuando se marchó de Londres? No le importó en absoluto que tú no estuvieras a su lado. ¿Crees que ha cambiado algo porque te besó?

Se tocó los labios con los dedos y los apretó contra ellos tratando de recordar lo que sintió. Pero aquellos dedos no eran su boca, cálida y dulce. Sacudió los puños enfadada y se acercó a la ventana abriéndola de par en par. El intenso frío la dejó helada en pocos segundos y tuvo que cerrar de nuevo temblando.

—Es Icamani, no debes olvidarlo. No importa que se vista como un caballero ni que sepa con qué tenedor se come el pescado. Sigue siendo un titonwan. Un salvaje —dijo con rabia—. Capaz de matarte y de arrancarte la cabellera si considera que eres su enemiga.

Las lágrimas la cogieron por sorpresa y trató de detenerlas sin éxito. Se metió en la cama y escondió la cara en la almohada para ahogar los sollozos. Se sintió tan insignificante como una hoja seca flotando en las frías aguas del lago.

Clarence la observaba mientras colocaba unas flores en el jarrón del salón. Rose canturreaba al tiempo que movía los pies. En un momento estaba eufórica y al siguiente languidecía en un sillón con la mirada perdida en quién sabe qué pensamientos. Hacía días que la nana se había dado cuenta de lo que ocurría y había estado a punto de hablarlo con Robert en su última visita. Si no lo había

hecho era por una cuestión de confianza. Rose se sentiría traicionada.

—Niña, ven, siéntate un momento conmigo —pidió la mujer desde el sofá en el que arreglaba la costura de un guante que se había descosido.

La joven dejó las flores sobre la mesa y fue a sentarse con ella. Vio la preocupación en sus ojos y frunció el ceño.

—¿Qué ocurre, nana? ¿Problemas con la señora Hartsell? Pensé que al contratar a su hija se había calmado.

—No es por Lucy. Es por ti por quién estoy preocupada.

—¿Por mí?

—Escúchame, Rose. —La cogió de las manos—. Ese muchacho no es para ti.

La sonrisa se congeló en sus labios y la alegría de sus ojos se apagó de golpe. Apartó las manos con suavidad.

—No sé de qué hablas, nana.

—Sí lo sabes. He visto cómo brillan tus ojos cuando le miras. Y cómo se llenan de lágrimas de repente.

Rose respiró hondo y centró la atención en sus dedos.

—No quiero que sufras.

Miró a la mujer con tristeza.

—¿Por qué no, nana? Al menos así siento algo.

—No digas eso. Eres muy joven.

—Cuando regresemos a Londres tendré que aceptar las atenciones de los jóvenes que mamá elija para mí. ¿Crees que eso me hará más feliz?

—Andrew no es un caballero. Ha vivido…

—¡Lo sé! —La interrumpió enrabiada—. Y sé que, igual que tú, los demás tampoco dejarán que lo olvide.

—¿Crees que él quiere olvidarlo? Rose, se siente orgulloso de ser quien es. No va a renegar de ello. Finge ser como tú, pero nunca lo será realmente. Tú lo viste aquel día, sé que no lo has olvidado.

Rose se levantó de golpe y se apartó de ella con nerviosismo.

—Escúchame, sabes que solo hablo por tu bien —insistió Clarence—. ¿Te ha contado lo que hacen para demostrar su hombría? ¡Tienen que matar a otro ser humano! ¿Crees que le importarían tus creencias? ¿Que respetará los valores cristianos después de eso? Esas cosas no se pueden olvidar porque aprendas a

usar los cubiertos o cómo se debe hablar en una reunión. Ha torturado a personas y disfrutado con ello.

—¡Basta! —pidió Rose conteniendo las lágrimas.

—Estoy segura de que hay una parte buena en él —afirmó la mujer—. La he visto. Pero ¿cómo estar seguras de que será lo bastante fuerte como para hacerle olvidar todo lo que ha vivido? ¿Qué pasará si un día hace daño a alguien? ¿Si ese alguien eres tú?

Rose la miró horrorizada al escuchar en su boca lo que ella misma había pensado. Se había sentido fatal consigo misma por habérselo cuestionado. *Jamás me haría daño*, dijo para sí, *él no es así.*

—Nuestros valores cristianos no valen nada si no somos capaces de creer en la redención.

—¿De verdad crees que Andrew volverá? Dime la verdad, niña.

Rose se limpió una lágrima furtiva con rabia.

—No lo sé —dijo sincera—. Pero voy a intentarlo con todas mis fuerzas.

Salió del salón sin esperar respuesta. Clarence se levantó del sofá y se dispuso a terminar de arreglar las flores que habían quedado esparcidas sobre la mesa. Suspiró con tristeza, estaba claro que Rose no iba a cejar en su empeño y también que sus mayores temores se habían confirmado. Estaba enamorada y no comprendía lo peligroso que era eso para ella. Lo vulnerable que era frente a él. Un cordero tratando de dominar a un lobo.

Mientras escuchaba a Berry hablar de sus hijos Icamani sintió un pellizco en el corazón. Hacía muchas lunas que no veía a Mahtola, pero su hijo seguía presente en su pecho como una losa que apenas lo dejaba respirar. Cuando lo separaron de él sus ojos tenían ya el brillo de la curiosidad y pronto empezaría a querer saber el porqué de todo lo que le rodeaba. Se le retorcían las entrañas al pensar que él no estaba allí para responder a sus preguntas. Sabía que todo el poblado estaría cuidando de él y su padre se encargaría de que no lo olvidase… Si Wiyaka estaba vivo. Otra duda que reconcomía su corazón sin que nadie pudiese calmarla.

—Casarme con Lena fue la mejor cosa que hice en mi vida. Y podía haberlo estropeado todo porque yo era un tarambana de mucho cuidado. —Vio la expresión confusa en el rostro del titonwan—. Un mujeriego, que me gustaban mucho las mujeres, vaya. Al principio no tenía intención de casarme, Lena me gustaba más que las otras, pero renunciar a todas para quedarme solo con una… Cuando la dejé preñada tuve que tomar una decisión. Si no me casaba con ella los condenaba a los dos a una mala vida. Ninguna casa decente la contrataría y todos le darían la espalda. Y mi hijo sería un bastardo que iría por el mal camino. Así que me casé. Y fue la mejor cosa que he hecho en mi vida —repitió.

Icamani lo miraba con el ceño fruncido y expresión interrogadora. Berry suspiró, a veces se le olvidaba quién era.

—En todos los países civilizados, las mujeres que se entregan a un hombre sin estar casadas son unas furcias. Putas. Mujeres de mala vida.

Icamani asintió una vez. Un titonwan podía tener varias mujeres, pero ellas solo podían disfrutar de un marido. Si una esposa era repudiada, quedaba marcada de por vida. Solo la viuda podía volver a casarse sin problemas siempre que hubiese un hombre que la aceptase.

—¿Y qué les pasa a esas furcias?

—Se convierten en unas apestadas. Y en esto no hay diferencia entre clases, da igual si es una señorita de familia bien o una pobre sin dinero. Si se deja manosear por un hombre que no es su marido, la despreciarán. En el caso de la gente de postín también la familia de la joven se verá mancillada por la culpa y les harán el vacío.

Icamani entornó los ojos pensativo. Berry siguió hablando durante un buen rato mientras la mente del titonwan trazaba líneas claras y muy marcadas en su plan maestro. Sin saberlo, su amigo acababa de darle una nueva arma que sería su decisión utilizar o no.

El titonwan era un excelente jinete. La primera vez que lo vio cabalgar a gran velocidad se quedó sin palabras. Era capaz de

descolgarse de su caballo por un lado, incluso de ponerse de pie en plena carrera sin que el animal lo desmontara. Sus acrobacias la hicieron aplaudir como una niña en un espectáculo de circo. Era muy emocionante verlo y para él resultaba vigorizante y lo ayudaba a calmar su nostalgia.

Aquella mañana salieron a montar como todos los días, pero Rose estaba seria y meditabunda. Icamani sonrió y sus ojos la miraron como un tigre mira a su presa valorando si era el momento de atacar. *Vulnerable*, se dijo satisfecho. La charla con Berry había despertado en él un instinto salvaje y primitivo. Por un lado, el deseo que contenía entre sus piernas era cada vez más difícil de dominar y, por otro, saber que si daba salida a sus anhelos podría degustar el dulce sabor de la venganza.

Cuando llegaron frente al lago propuso bajar del caballo y contemplar las vistas. Rose aceptó, ajena por completo a las elucubraciones del titonwan.

—¿Te ocurre algo? —preguntó jugando con las riendas.

Rose soltó el aire de golpe, pero no dijo nada.

—Entonces es por mi culpa, ya que no quieres hablar de ello conmigo —dijo Icamani después de un minuto en silencio.

—He discutido con Clarence esta mañana. —Se giró hacia él—. Y sí, ha sido por ti aunque no sea culpa tuya.

—¿He hecho algo malo?

¿Ser un indio salvaje te parece algo malo?

—¿Cómo demuestran su hombría los titonwan?

—¿Qué? —preguntó desconcertado—. ¿Esa es la causa de vuestra discusión? No entiendo qué interés puede tener tu nana en…

—¿No quieres responderme? —lo cortó seca—. Yo quiero saberlo. Quiero saber todo de tu vida con los…

—¿Salvajes?

Rose se encogió de hombros.

—Iba a decir titonwan. Tienes tantos prejuicios como nosotros —masculló bajando el tono.

—Hay muchas formas. —Decidió responder a su pregunta—. La primera vez que matamos un *pte*, vosotros lo llamáis bisonte. La primera vez que hacemos una incursión contra un enemigo. Cuando tomamos a una mujer…

—¿Cuándo dices incursión te refieres a matarlo?

Él asintió una vez.

—Si es necesario.

—¿Alguna vez no lo es? —preguntó con rabia.

Volvió a asentir de igual forma.

—Cuando atacamos a cazadores esperamos a que hayan abatido a sus presas y cuando se disponen a prepararlas para el traslado al campamento hacemos la incursión. La mayoría de las veces eligen perder la comida y salvar la vida.

—¿Has matado a muchas personas?

Icamani notaba su hostilidad creciente.

—No las he contado.

—¿Disfrutabas al hacerlo?

Por fin comprendió a dónde quería llegar.

—Eso es lo que hacemos los salvajes. —Entornó los ojos con mirada gélida—. Matamos y disfrutamos descuartizando a nuestros enemigos. Es un deporte, como vuestro críquet, chapotear en su sangre mientras su espíritu se pierde en la nada. ¿No quieres preguntar si nos comemos su corazón después de arrancarlo con nuestras propias manos?

Ella no pudo disimular el horror y el asco que esa imagen le produjo.

—No puedes bromear sobre algo así. Ni siquiera tú puedes ser tan cruel —musitó.

—¿Bromear? —Había dureza en su mirada y su cuerpo tenía una posición agresiva—. ¿Quién está bromeando? Nunca he hecho nada de lo que deba avergonzarme. Cuando un titonwan mata no es por placer, sino por necesidad. Que eso aporte honor al guerrero no significa que disfrutemos con ello. No sentimos compasión por un enemigo abatido. Si lo merece tiene nuestro respeto y si no nuestro desprecio.

—¿Por qué no matarlos y ya está? ¿Por qué tenéis que arrancarles la cabellera o…? No puedo decirlo en voz alta… —musitó aterrada.

—Las cabelleras son para demostrar que hemos cumplido una venganza —explicó con voz áspera—. Las presentamos ante nuestro pueblo para que sepan que ya podemos vivir en paz. Los *wasicun* no arrancan cabelleras, pero son tan crueles como pueda serlo

cualquier tribu. La única diferencia es que a ti no te importa lo que hagan con nosotros.

—Eso no es cierto —dijo molesta—. Te he demostrado que…

—¿Qué me has demostrado? —la cortó y se acercó tanto a ella que pudo sentir su aliento en la cara—. No me has demostrado nada. Estás aquí para domesticarme, para convertirme en la persona que todos queréis que sea. No te importa cómo me siento ni lo que deseo, tan solo quieres cumplir tu misión y recuperar a ese Andrew al que tanto añoráis todos.

Rose dio un paso atrás inconscientemente. Icamani apretó los puños al ver temor en sus ojos. Por algún motivo que no se paró a analizar aquella reacción lo desbordó sin remedio. Toda su contención y resistencia se evaporaron como por ensalmo y una furia primitiva se apoderó de él.

—Desde que me capturasteis no he escuchado otra cosa que la palabra salvaje, pero ¿quién es de verdad el salvaje? Los sicangu mataron a los que vosotros llamáis mis padres, pero no vinieron aquí a buscarlos, defendían a los suyos. Querríais poseer la tierra, el agua y el cielo, queréis todo lo que veis como si estuviese ahí solo para vosotros. Los árboles son vuestros, el río que fluye sin que nadie lo gobierne es vuestro. Todo es vuestro. Y si no os lo dan, lo robáis. Matáis para coger la piedra dorada que siempre había estado ahí sin causar daño alguno. Un titón mata para comer, para salvar a su pueblo, para defenderlo y protegerlo.

Rose lo miraba con el corazón estremecido. Icamani tenía los ojos en llamas y todo su cuerpo desprendía una energía abrasadora que contagió su espíritu.

—Los titonwan me acogieron. Wiyaka se convirtió en mi padre, mi protector. Me enseñó todo lo que sé y me amó como se ama a un hijo. Mi pueblo me aceptó a pesar de que mi pelo contuviese los rayos del sol y en nada se pareciese mi rostro a los suyos. Me trataron como uno más, con respeto, dándome siempre la oportunidad de demostrar mi valía. Vosotros me arrancasteis de mi hogar, me tratasteis como a un perro. Me golpeasteis y humillasteis tratando de doblegar mi espíritu. ¿Salvaje? —gritó con voz profunda—. Un titonwan jamás mataría a una mujer con las malas artes que usaron los *wasicun* para matar a las nuestras. Sois mezquinos y cobardes.

—Tú también eres un *wasicun* —dijo ella temblando—. Eres Andrew por más que te empeñes en negarlo, hijo de Anthony Portrey y Leslie MacDonald. Tus padres no querían robarle la tierra a nadie y jamás habían hecho daño a ningún ser vivo. Si fueron allí fue para evitar que engañaran a esos indios a los que tanto defiendes. Es verdad, ellos cuidaron de ti, pero lo hicieron después de matar a tu familia. Y seguro que lo hicieron de un modo cruel y salvaje. Sí, salvaje, ¡salvaje! —gritó—. Solo por el color de su piel y de su pelo, ese que dices que aceptaron en ti.

El cuerpo de Icamani estaba tenso como la cuerda de un arco antes de disparar la flecha. Rose vio paralizada cómo empezaba a hablar al tiempo que se despojaba de su ropa, como si con ello se librase de todo lo que no le pertenecía. Todo lo que no quería de ellos.

—Soy Icamani, hijo de Wiyaka. De la tribu de los titonwan. Hermano de los lakotas. Guerrero de mi pueblo. Y, tú, mujer, no podrás doblegar mi espíritu por mucho que lo intentes.

Extendió la mano y la agarró del pelo atrayéndola hacia sí. La besó con furia, sin contención. Debía dominarla, someterla hasta aniquilar su fuego para que no pudiese consumirlo en él.

Rose sintió que caía desde muy alto y se agarró a él como su única salvación. Dejó que la arrastrara hasta el bosque sin apartar su boca. La estaba devorando, su lengua se movía ávida y exigente reclamándola por entero. La tumbó en el suelo y sintió su mano bajo la falda, no podía reaccionar, estaba completamente paralizada. Icamani consiguió librarse de todo aquello que no le permitía tocarla y llegó hasta donde quería. La miró cuando la penetró con sus dedos, quería verla derrotada, quería ver miedo en sus ojos. Pero en ellos solo encontró confusión, angustia y una profunda tristeza. Cuando las lágrimas se deslizaron por sus mejillas su mano se detuvo.

—Tú deseas esto tanto como yo —dijo dolido—. He visto cómo me miras y sé que has soñado con tenerme dentro de ti.

—Pero yo te amo —dijo ella casi sin voz—. Y tú solo quieres destruirme.

Porque ahora sabía lo que él pretendía y comprendió que ese era su plan desde el principio. Lo había visto en sus ojos mientras hablaba. El odio rancio y espeso que destilaba su mirada. Lo único

que buscaba al aceptar sus esfuerzos era convencer a todos de que era Andrew para poder así vengarse de los que lo capturaron con violencia y regresar después con los suyos. Ella no era más que una herramienta para conseguir ese fin y el dolor que sintió al comprenderlo la partió de arriba abajo. Porque no pudo odiarlo, por más que lo intentase. Había otro sentimiento latiendo en su corazón y su veneno se extendía ya por sus venas sin que nada ni nadie pudiese pararlo. Clarence intentó advertirla, pero no había servido de nada.

Icamani respiraba con dificultad, sus ojos vidriosos decían que no pararía, que iba a hacerla suya aunque tuviese que forzarla, pero continuó inmóvil y con aquella mirada desesperada. Estaba sobre su piel, rozando la delicada hendidura, pero inmóvil. Su sexo en plenitud le pedía aliviarse y sentía el dolor en los testículos tras tan larga espera. Quiso gritar y despojarse de aquella extraña conciencia que le impedía lograr su anhelo. Pero no pudo, se levantó con brusquedad mientras de su boca salía una retahíla imparable de palabras en su lengua.

Rose se arregló la ropa en silencio antes de ponerse de pie. Se limpió las lágrimas y respiró hondo varias veces para recuperar la compostura. Su voz salió ronca de su garganta cuando habló.

—Icamani. Hijo de Wiyaka. De la tribu de los titonwan. Hermano de los lakotas. Guerrero de tu pueblo. Yo jamás he deseado doblegar tu espíritu. Solo he querido que fueses libre y que tuvieses una vida plena. Te respeto y sufro por el modo en que fuiste obligado a venir. Pero debes saber que mi padre solo pensaba en tu bien y nunca quiso que te hicieran daño. Eres el hijo de su mejor amigo, amaba a tu padre como a un hermano y tan solo ha pretendido que tuvieses opción de elegir tu destino. —Tomó aire tratando de relajar sus músculos en tensión—. No puedes saber a lo que renuncias si antes no te lo muestran, así que queríamos mostrártelo. Por Andrew. Él tampoco eligió que lo arrancasen de los brazos de sus padres, no eligió ser testigo de sus muertes y tener que vivir lejos de todo lo que le era familiar. Anthony y Leslie eran dos buenas personas que jamás le hicieron daño a nadie y no se merecen que su hijo reniegue de ellos. Puedes ser Icamani, si es tu deseo, volver con aquellos a los que consideras tuyos, pero no tienes por qué ser cruel e injusto con las personas que te dieron la vida.

Estoy segura de que eso no está bien, tampoco para un titonwan.

Él la miraba como si no entendiese las palabras y el ruido creció en su cabeza hasta convertirse en un estruendo. Había borrado todo rastro de Andrew y eso le había permitido vivir una vida plena. Era lo que Wiyaka quería al darle la hierba del olvido. Era lo que los *titonwan* pretendían al permitirle tener una ceremonia de nacimiento. Pero las palabras de Rose atravesaron la bruma del tiempo y resquebrajaron el velo, peligrosamente. Era una hechicera y estaba dispuesta a derrumbar todas sus defensas. Quería dominarlo, doblegar su espíritu con buenas palabras. Y lo estaba consiguiendo, ya la sentía dentro, palpitando en su pecho, corriendo por sus venas el mismo veneno que ella tenía.

—¿Me golpeasteis y encadenasteis para convertirme en un hombre libre? —Había dolor en su mirada aunque no quisiera mostrarlo—. Atacaron a los míos quizá incluso mataron a mi padre… ¿En qué os diferencia eso de lo que hicieron los sicangu?

Rose soltó el aire por la nariz con un sentimiento de insoportable impotencia, no conseguía que la entendiera porque no quería entenderla. La quería como enemiga y no iba a dejar caer el muro que había construido a su alrededor para hacerlo posible.

—Se lo debes a Andrew —dijo con firmeza—. Puedes odiarme, puedes hacer lo que quieras después, pero ahora se lo debes. Paga tu deuda y vete, si es lo que quieres. Me da igual.

Tenía el pelo revuelto, la ropa arrugada y una mirada fiera que despertó el respeto del *titonwan*.

—Si cumplo con lo que deseas y finjo ser ese Andrew al que tanto ansías recuperar, ¿me ayudarás a regresar?

—Te doy mi palabra.

—No volveré a tratarte como lo he hecho —dijo sin apartar la mirada—. Desde ahora solo te daré lo que me pidas.

Recogió sus ropas para volver a ponérselas y subieron a sus caballos.

—Los titonwan no comemos carne humana —aclaró solemne antes de emprender el regreso—. Eso va contra nuestras creencias.

Capítulo 12

—¿Va todo bien? —Su padre la miraba con preocupación—. ¿A qué se deben esas profundas ojeras?

Rose se recriminó por no haberlas ocultado con algo de polvos. Aunque eso también habría desconcertado a su padre ya que no solía utilizarlos nunca.

—La cena de anoche tenía coles y no me sentaron bien. Apenas he dormido, pero ya me encuentro mejor, no te preocupes.

—Creía que no las comías nunca.

Rose se encogió de hombros evitando decir más mentiras.

—¿Qué tal esos paseos a caballo con Andrew? Tengo entendido que los indios son excelentes jinetes.

—Deberías verlo —dijo esforzándose en imprimir normalidad a su tono de voz—. Es capaz de hacer auténticas proezas sobre el caballo.

Robert asintió, había leído un artículo en el que hablaban de los comanches y contaban cosas como esa. Para un londinense como él los comanches y los titonwan eran primos hermanos.

—Debes saber que tu madre está haciendo planes para el verano —la avisó, cambiando de tema—. Sabe que para entonces Andrew ya estará de regreso y que tú podrás asistir a los bailes y fiestas que suelen producirse en esas fechas.

Su padre la miró con atención y no percibió el más mínimo rechazo en ella.

—¿De verdad vas a aceptar sus decisiones en este tema?

Rose asintió sosteniéndole la mirada con tranquilidad.

—Es mi deber como hija honrar a mis padres. —Sonrió—. Yo no tengo buen criterio y tampoco la mejor disposición, así que mejor que sea mamá quien decida. Acataré su elección con sumo gusto.

Su padre la miró atentamente y levantó una ceja con suspicacia.

—¿No tienes buen criterio? ¿Hay algo que no me hayáis contado

tu madre y tú? ¿Algún pretendiente que desconozco?

—No, papá, no temas, no hay nada que contar. Dejemos a mamá estos asuntos y centrémonos en el que tú y yo tenemos entre manos ahora mismo.

—¡Hombre, muchacho!

Rose se giró sobresaltada y vio que Andrew había entrado en el salón sin que ella se diese cuenta.

—¿Cómo estás, muchacho? —saludó Robert acercándose a él—. Te veo estupendo. Está claro que las comidas que prepara Clarence te sientan fenomenal. Pero ven, siéntate con nosotros. Tenía muchas ganas de verte. Te he traído el libro del que estuvimos hablando la última vez que vine. Te he conseguido una muy buena edición. Ventajas de conocer a los editores. ¿Te apetece una copita de vino?

—¿No es un poco temprano, papá?

—Un día es un día, hija. Ya sabes que nunca bebo antes de las cinco de la tarde, pero no puedo quedarme hasta esa hora, así que, hagamos una excepción. ¿Verdad, muchacho?

Sin esperar respuesta fue directamente hasta el mueble bar para servirlas.

—Os dejo solos —dijo Rose poniéndose de pie—. Tendréis cosas de las que hablar y yo tengo algo que hacer. Nos veremos en el almuerzo.

Andrew se quedó de pie hasta que ella salió del salón y antes de volver a sentarse cogió la copa que le ofrecía Robert.

—¿Todo bien por aquí, muchacho? Parece que mi hija es una buena maestra.

—Es muy paciente conmigo.

—No sabes lo que me sorprende oír eso. Si de algo nos hemos quejado de ella su madre y yo, es de lo poco paciente que es. No sabes lo difícil que se pone a veces, sobre todo cuando cree que algo es injusto. La han echado de varias asociaciones por no callarse su opinión cuando nadie se la pedía. —Sonrió orgulloso—. Entre tú y yo, no se lo digas a ella, pero en el fondo siempre me ha gustado que fuese tan atrevida. Pero su madre tiene razón en que eso no le conviene en absoluto. Felicia no era así cuando tenía su edad y menos mal, no sé qué habría sido de mí. —Se rio a carcajadas.

—Tiene mucho carácter, es cierto.

—¿Ya te has dado cuenta? —Volvió a reír—. Me imagino que te

habrá dado alguna de sus reprimendas o la habrás oído despotricar sobre las injusticias que tienen que sufrir las mujeres, los pobres, los criados o cualquier alma que despierte su compasión. Tiene un corazón enorme, pero no sabe gestionar sus emociones. Yo diría que se parece a su abuela. Realmente es a la única que mi suegra soporta, así que algo debe ver en ella.

Andrew bebía de su copa y fingía interés en su charla, sabía que con algún asentimiento y comentario al azar Robert tendría suficiente. Y mientras él podía pensar en lo que lo preocupaba de verdad.

—¿Adónde vas, niña? —Clarence la abordó en la entrada.

—Necesito dar un paseo, nana, estaré de vuelta para el almuerzo.

La mujer frunció el ceño con preocupación.

—Anoche no cenaste y te has levantado con muy mala cara. ¿Pasó algo que no me has contado?

—No ocurre nada. Tengo cosas en las que pensar y para eso necesito tranquilidad. Me paso el día ocupándome de los demás y ahora necesito estar sola. Por favor, nana, no me interrogues más. —Se dio la vuelta sin esperar respuesta y salió de la casa dando un portazo.

Clarence movió la cabeza con pesar, no era que no estuviese acostumbrada a esos cambios de humor repentinos, y la había visto dar muchos portazos en su vida, pero tenía el convencimiento de que aquello tenía que ver con el indio y movió la cabeza, descontenta.

Aceleró el paso como si la persiguiese el mismo diablo. Necesitaba alejarse de la casa. Alejarse de todos. Que la dejasen en paz. No podía disimular más su estado de ánimo o le explotaría la cabeza. Pensaba que podría seguir adelante como si nada hubiese pasado, como si lo sucedido el día anterior pudiese relegarse a una mera anécdota sin importancia, pero al verlo tuvo deseos de gritarle por hacerla sentir como se sentía. No había pegado ojo en toda la noche recordando cómo la había tocado de un modo tan impúdico y

tan íntimo.

Lo odiaba, lo odiaba profundamente por hacer que sintiera esa opresión en su pecho y esa ansia que la devoraba por dentro. Y al mismo tiempo estaba aterrada porque le había mostrado lo que tendría que permitirle al hombre que su madre eligiese para que fuera su esposo. Ese hombre podría hacer lo que quisiera con ella, eso que Andrew le había hecho y lo que estuvo a punto de hacerle. No podía sacárselo de la cabeza y la sola idea le revolvía las tripas llenándola de terror. También pensó en Chesterton. ¿Era eso lo que buscaba cuando la aplastó contra la pared? Sintió tal rabia que de haberlo tenido delante lo habría golpeado.

Lanzó un grito sordo y contenido al tiempo que apretaba los puños con rabia. No lo haría, no se casaría jamás. Su madre tendría que comprenderlo. ¿Cómo podía querer ella que se entregase a un hombre de ese modo? Sus ojos se llenaron de lágrimas, pero no eran lágrimas de tristeza, sino de furia. No podía faltar a su palabra. Ella sola se había metido en ese lío y nadie iba a sacarla de él. Si no cumplía, sus padres jamás volverían a confiar en ella.

—¡Oh, maldita sea! —exclamó.

Detuvo su frenética caminata y respiró hondo varias veces para tratar de calmarse. Estaba perdiendo la cabeza y eso no la llevaría a ninguna parte. Debía pensar con serenidad, aclarar sus ideas y tomar decisiones. Para eso había salido de la casa, para estar sola y recuperar la cordura que Icamani le había quitado. Siguió caminando ahora más tranquila y después de unos minutos empezó a serenarse.

Habían hecho un trato y estaba segura de que él cumpliría su parte. Nada de venganza y nada de… lo otro. A partir de ahora la dejaría en paz, podía relajarse.

—Si papá descubriese cuáles eran sus intenciones lo destrozaría. No puedo permitir que lo sepa de ningún modo. No voy a rendirme —dijo deteniéndose de nuevo—. Cumpliré lo que me propuse, debo demostrarme a mí misma que puedo superar cualquier obstáculo que el destino ponga en mi camino. No dejaré que sean los demás los que dirijan mi vida más allá de lo inevitable.

Icamani entró en el salón y la encontró de pie esperándolo. Su expresión era fría, pero ya no tenía aquella mirada dura y cortante con la que lo había mirado esa mañana.

—Ahora que mi padre acaba de irse me gustaría que hablásemos de lo ocurrido. ¿Nos sentamos?

Él asintió sin decir nada, primero quería saber qué tenía que decir ella. Se sentaron frente a frente, manteniendo las distancias.

—Le he estado dando muchas vueltas a la situación —dijo Rose—. En primer lugar, quiero decirte que comprendo tus sentimientos y reitero mis disculpas por lo que te ha sucedido. También insisto en dejar claro que nunca fue nuestra intención…

—¿Vamos a repetir todo lo que dijimos ayer? —la cortó con dureza—. Di lo que sea. Sin adornos.

—Está bien, como quieras. He tomado una decisión y no es negociable. Tienes dos opciones: me prometes por lo más sagrado que tengas que no harás daño a mi familia en modo alguno y yo te ayudo a conseguir tu deseo, o…

—¿Mi deseo? —El titonwan sonrió perverso.

—Me refiero a tu intención de regresar con los tuyos.

—Claro. —Mantuvo la sonrisa.

Rose soltó el aire por la nariz recordándose que no debía caer en sus provocaciones.

—Si no me lo prometes le contaré tus intenciones a mi padre, incluido lo que sucedió ayer. Eso complicará mucho tus planes.

—Creí que eran dos opciones, pero yo solo he oído una amenaza. —Inclinó la cabeza y la miró burlón—. Pondré yo la segunda opción: Satisfago mis deseos contigo y después os mato a todos. ¿Qué me dices?

Rose empalideció.

—Eso es lo que haría un salvaje, ¿verdad? —Siguió Icamani—. ¿Te fiarías de mí si accediera a prometértelo? ¿Podrías dormir tranquila en tu cama sabiendo que estoy a pocos metros de ti? ¿Y si entrase en tu alcoba una noche y te rebanase el cuello mientras duermes?

—Eres un monstruo —dijo casi sin voz.

Él endureció su mirada.

—Si intentas acorralarme, lo seré, te lo aseguro. No vas a imponerme condición alguna porque yo no tengo nada que perder y

tú sí. Soy yo el que dirá cómo van a ser las cosas de ahora en adelante… Rose —dijo su nombre de un modo extraño, como si se deleitara en ello.

Se levantó del sofá para acercarse y ella se apresuró a colocarse detrás del respaldo.

—No te acerques a mí —ordenó sin convicción.

—No voy a tomarte hasta que tú me lo pidas, siempre cumplo lo que digo. Y tampoco voy a degollarte mientras duermes, pero podría hacerlo y es bueno que no lo olvides. Me ayudarás a convertirme en la persona que todos quieren que sea. Seré Andrew porque de ese modo conseguiré el poder que necesito en vuestro mundo. Y después me vengaré, dalo por hecho. *Hu ihpeya wicayapo*.

Rose lo miraba interrogadora, pero él no respondió a su curiosidad.

—No dejaré que le hagas daño a mi padre. Antes sería capaz de…

Al ver que se acercaba de nuevo trató de huir, pero él la alcanzó sin dificultad y la agarró del pelo haciendo que se soltara su recogido.

—¿De qué? —dijo hablándole al oído—. ¿De matarme? Sé que serías muy capaz en las circunstancias adecuadas. Como todos.

—No te quepa duda. —Lo miraba a los ojos con intensidad y a pesar del miedo consiguió imprimir la suficiente convicción en ellos.

—¿Y cómo lo harías? ¿Con esas pequeñas manos?

—Con un cuchillo. —Temblaba como una hoja.

—¿Y dónde me lo clavarías? No mata si no lo haces bien. Tengo pruebas en mi cuerpo que lo demuestran.

—Te lo clavaría en el corazón, aunque para ello tendrías que tener uno.

—Oh, lo tengo, puedes estar segura. Y está en el mismo sitio que el tuyo —dijo esto poniendo una mano sobre su seno—. Lo siento latir con fuerza debajo de esta tibia carne. ¿Es por miedo o porque me deseas?

—Suéltame o me pondré a gritar. Berry…

—Berry es un buen hombre. El mejor que he conocido aquí, pero no es rival para mí, te lo aseguro. ¿Le harías eso a su familia?

¿Dejar sola a esa pobre mujer con tantos niños?

Rose sintió que las lágrimas afloraban imparables, no podía fingir más una seguridad que no sentía. Tenía miedo y estaba en sus manos. Icamani la soltó.

—Nunca vuelvas a amenazarme —dijo con dureza—. Jamás atentes contra mi hombría o pagarás un alto precio por ello. Además, no tienes nada que temer, no voy a hacer daño a tu padre ni a nadie que te importe.

—¿Cómo voy a confiar en ti? —Se limpió las lágrimas que no dejaban de resbalar por sus mejillas.

—No tienes más opciones. Como ves, yo también te he dado solo una.

A partir de aquella conversación Rose se concentró en su tarea evitando poner atención a la persona con quién debía realizarla. Establecía un objetivo diario y se evaluaba al acabar el día para asegurarse de haberlo conseguido. Para ella dejó de ser Icamani y se convirtió en Andrew. No volvió a llamarlo por su nombre titonwan y, aunque ese era el plan, él lo vivió como una pérdida dolorosa difícil de asumir.

Ya conocía las reglas del protocolo, hablaba con propiedad, sabía cómo debía comportarse ante una dama o quiénes eran las personas más importantes de Londres. Mantenían conversaciones triviales sobre temas impersonales y de ese modo aprendió a socializar. Eso, unido a que conocía los bailes del momento a la perfección dio prácticamente por terminado su aprendizaje. Y solo estaban en primavera.

Lo miraba de soslayo, apenas había tocado la comida y la paseaba por el plato con desgana. Había estado muy raro todo el día y no se atrevía a preguntarle el motivo. Se sirvió otra copa de vino.

—Es la tercera —dijo sin poder contenerse—. Y apenas has comido.

Él la miró muy serio, se llevó el vino a los labios y se bebió hasta la última gota.

—Muy bonito. —Había decepción en su voz—. Ahora quieres emborracharte.

—¿Te importa? —Rellenó su copa—. ¿Algo de lo que me pasa te importa?

Ella lo miró confusa.

—¿Lo preguntas en serio?

—Sí.

—Creo que lo he demostrado con creces.

—¿Eso crees? ¿Por qué? ¿Porque me has enseñado a hablar, a bailar y a vestirme como un fantoche?

—¿Quién te ha enseñado esa palabra?

—No solo hablo contigo, ¿sabes? Aquí hay más personas.

—No eres ningún fantoche.

—¿Seguro? ¿No puedes ver los hilos con los que me manejas?

—¿Qué te ocurre, Andrew?

Él desvió la mirada irritado y se levantó de la mesa dispuesto a marcharse del comedor. Pero cuando llegó a la puerta se dio la vuelta, fue hasta ella, la cogió de la mano y la arrastró hasta el salón contiguo cerrando la puerta tras de sí.

—¿No podemos ser amigos, al menos? —preguntó encarándola.

Rose no disimuló su sorpresa. No sabía si reírse o llorar. ¿Y a qué venía aquella expresión desvalida, como si ella fuese la que hubiese estropeado su relación?

—¿A qué viene todo esto? ¿Qué ha pasado para que de repente te importe que seamos amigos?

—¡Tú! ¡Tú has pasado! —Se apartó el pelo de la cara nervioso.

—¿Yo?

—Sí, tú y ese modo de comportarte cuando estás conmigo. ¿Sabes que no te he visto reír ni una sola vez en el último mes? ¡Ni una sola!

—No digas tonterías.

—Ni una sola —masculló.

Rose caminó distraída hasta el piano y acarició la madera de espaldas a él para que no viera su turbación.

—He cumplido con lo que acordamos —dijo sin volverse—. Con lo que ordenaste.

Andrew se dejó caer en el sofá y escondió la cara entre las manos inclinado sobre sus rodillas. Ahora sí lo miró y le sorprendió

su actitud. Parecía profundamente decaído. Se acercó con precaución.

—¿Qué te ocurre, Andrew?

Él levantó la mirada y sus ojos estaban llenos de agua.

—¿No podrías llamarme Icamani? Solo esta noche, por favor.

Rose sintió que su corazón se estremecía y sin pensarlo se sentó junto a él.

—Dime lo que te ocurre, Icamani.

Él hizo un sonido extraño y dejó caer la cabeza como si le pesara.

—Hoy me he sentido más solo que nunca.

Ella se conmovió ante aquella confesión y puso una mano en su hombro para tratar de darle consuelo.

—Habla conmigo —pidió—. Háblame de lo que quieras. Yo estoy aquí.

Él la miró con el ánimo tembloroso y el corazón encogido.

—Nunca te habría hecho daño —dijo de pronto—. A ti no, Rose.

Ella respiró hondo y asintió.

—Lo sé —sonrió. Se apoyó en el respaldo del sillón sin dejar de mirarlo—. Cuéntame cosas, Icamani.

Capítulo 13

—No tengas miedo, el animal es capaz de sentirlo. Déjate llevar, sé parte de él.

Rose estaba sentada a horcajadas sobre su caballo. Le habían quitado la silla y sentía el contacto firme y musculoso entre sus piernas. Nunca antes había montado de ese modo, como un hombre y sin silla. Estaba tensa y excitada, como cuando era niña y hacía alguna trastada que debía ocultar a sus padres.

Icamani montaba el otro caballo y la miraba sonriente, se notaba que estaba disfrutando.

—¿Lo sientes? ¿Sientes su fuerza?

Rose asintió repetidamente.

—Bien, pues ahora piensa que esa fuerza es tuya y galopa. Vamos, sin miedo y sin freno. Galopa lo más rápido que puedas.

Sin esperar reacción por su parte, apretó las piernas contra los lomos de su montura y su caballo se puso en marcha alejándose de ella. Rose se mordió el labio y respiró hondo antes de seguirlo. El viento cálido y primaveral la acarició y los ojos se le llenaron de vida. Una emoción desconocida se apoderó de su pecho y empezó a emitir los sonidos que le había escuchado gritar a Icamani siempre que montaba de aquel modo. Cuando llegó hasta donde él estaba y detuvo su carrera empezó a reír a carcajadas. No podía parar de reír y tampoco entendía el motivo de su risa. El titonwan la miraba embelesado, con una expresión de sereno bienestar.

—Ha sido… —No tenía palabras para expresar lo que sentía—. Nunca volveré a montar como una mujer. Jamás. ¡Qué injusto es que nos obliguen a ello! Eso sí, prefiero una silla, los huesos y músculos del caballo son demasiado duros y me…

Icamani sonrió abiertamente, consciente de que aquella zona sensible se había resentido y no era capaz de decirlo en voz alta.

—Me alegra verte disfrutar. Tu rostro se ha iluminado como el

amanecer.

Rose desvió la mirada, no estaba acostumbrada a escucharle hablar con dulzura, siempre tan distante y rudo con ella. Iniciaron un paseo tranquilo de regreso hacia Blunt Manor.

—Anoche terminé el libro —dijo él mirándola orgulloso.

—¿Y te gustó?

—Sí. Esos bandidos eran un poco estúpidos, pero en general no se diferenciaban mucho de algunas tribus que conozco.

Rose lo miró de soslayo, hacía mucho tiempo que tenía ganas de preguntarle algunas cosas, pero no se decidía a hacerlo. Temía su reacción y que recordar lo transformase de nuevo en ese ser cruel e insensible que le había mostrado semanas atrás.

—Siempre hablas de Wiyaka como tu padre —dijo al fin sin poder contenerse—, pero nunca mencionas a… una madre titonwan.

—Wiyaka no tomó nunca esposa.

Rose lo miró interesada y vio su perfil regio y perfecto. Hablar de los titonwan provocaba en él un orgullo inmediato que hacía que se irguiese y adelantase el mentón, como si retase al destino.

—Es el consejero principal del jefe Tatanka y es muy respetado en nuestra tribu. Pero todos lamentan que no tomara esposa cuando era joven. Una vez me confesó que Sinaska era para él «la que está por encima de todo», su *wakanka*.

—¿Por qué no se casaron?

—Ella eligió a Tatanka.

—Sigue asombrándome que las mujeres titonwan puedan elegir libremente a sus esposos.

—Casi siempre —puntualizó él—. Oí la conversación que tuviste con tu padre aquel día, cuando estabas enfadada conmigo.

Rose asintió tratando de mostrar orgullo aunque pensar en ello la alterase enormemente.

—¿Por qué hiciste ese trato con tu *ina*?

Rose recordó que *ina* significaba madre.

—Fue mi decisión.

—A cambio de que te dejara venir aquí.

Ella se encogió de hombros quitándole importancia.

—Mi madre lleva mucho tiempo queriendo que acepte pretendientes y siempre me he librado de sus elegidos de mala

manera.

—¿Mala manera?

—No les he hecho ningún daño —dijo riendo al ver su expresión—. Utilizaba otra clase de artes. Llevarlos a conocer a mi abuela era mi preferida. La abuela Isobel es un hueso duro de roer.

Icamani sonrió, le seguían haciendo gracia aquellas frases tan descriptivas que tenían tan poco que ver con la realidad. Al principio las tomaba como literales y eso dio lugar a más de una carcajada de Berry o de la propia Rose. Ahora ya sabía que «hueso duro de roer» no significaba que la abuela Isobel careciese de carne sobre su osamenta.

—La recuerdo. Vino a verme cuando estaba en casa de tus padres. No entendí nada de lo que dijo, pero sí me di cuenta de que era «un hueso duro de roer». —Sonrió divertido—. Lo que no entiendo es que espantase a tus pretendientes. ¿Por qué?

—Mi abuela es muy observadora y no tiene buen carácter. Cuando alguien no le gusta averigua su punto débil y le ataca sin compasión —explicó sin dejar de sonreír—. No lo hace con maldad, pero te aseguro que más de uno se ha ido de su casa sin ánimos para regresar.

—Supongo que antes se aseguraba de que no te interesaban.

—¡Oh, no! A ella no le importa mi opinión. Siempre dice que soy una cabeza hueca y que, si de mí depende, me casaré con un botarate que me meterá en problemas y no sabrá atarme en corto.

Otra de esas expresiones, se dijo Icamani.

—Tatewin —dijo Rose con timidez—. ¿Ella te eligió o fue una imposición de su *ina*?

—Me eligió.

La mente de Icamani voló lejos y su expresión se suavizó hasta mostrar cierta ternura.

—Mi padre me había regañado por no tomar esposa. No había ninguna a la que quisiera como mi *wakanka*. Pero Tatewin era decidida y persistente. Hacía tiempo que me había confesado sus sentimientos esperando que yo diese el paso, pero para mí era una hermana, como las otras. Escogió el momento adecuado y me arrastró hasta el río. Allí se me entregó. Yo la deseaba y la tomé. Después le hice saber cuáles serían mis exigencias y cuando las aceptó me convertí en su *wicahca*.

—¿Cómo era? —Rose tenía la mirada fija en el camino y su corazón latía muy deprisa.

—Tenía el cuerpo de una niña y gritaba como ellas —sonrió—. Las demás mujeres la apreciaban sinceramente porque siempre se portaba bien con todas ellas. Era dulce con los niños y severa con los hombres que bebían. Tenía el cabello negro como la crin de este caballo y una sonrisa brillante. Era sumisa y se desvivía por hacerme feliz. Su dependencia a veces me irritaba. No quería que tomase otra esposa, aun sabiendo que era mi deber…

—¿Otra esposa? —lo cortó sorprendida.

Icamani asintió.

—Los titonwan somos muy fogosos y nuestra semilla es poderosa. Debemos procrear y una sola mujer es demasiado poco para nosotros.

—¿Demasiado poco? —Lo miraba con aquella expresión tan suya que indicaba colisión inminente.

Él torció una sonrisa con expresión burlona.

—Vosotras necesitáis nueve meses para gestar a un bebé. ¿Sabes cuánta simiente se malgastaría en ese tiempo?

Se ruborizó, pero eso no la detuvo.

—Hablas como si las mujeres solo estuviésemos en el mundo para… eso.

—¿Qué hay más importante que crear nueva vida?

—Somos personas y tenemos otras inquietudes. No podemos estar siempre teniendo hijos como animales.

—¿Qué tiene de malo traer hijos al mundo?

—No he dicho que tenga nada de malo. Pero creo que merecemos ser consideradas como algo más que meras gestantes. ¿Es que no querías a Tatewin? ¿Cómo pudiste decirle que tomarías a otra esposa? Eso debió hacerle mucho daño si te amaba.

—Me amaba y sí, le hizo daño, pero sigo sin ver qué tiene eso que ver. Un titonwan debe…

—¡Oh, déjate de monsergas! —lo interrumpió—. Si de verdad amases a tu esposa no habrías pensado en hacer hijos con otra. ¿O es que acaso los titonwan no tienen sentimientos? Si amas de verdad a alguien no puedes entregarte a otra persona. Eso sería como compartir tu alma. No puede haber más que uno.

—¿Cómo lo sabes? ¿Acaso has amado alguna vez?

Rose enrojeció y sus labios se cerraron.

—Un hombre puede desear a muchas mujeres y su deber es esparcir su simiente para que dé fruto. Las mujeres de una tipi deben acomodarse las unas a las otras. Tatewin era mi primera esposa y como tal deberían respetarla las demás, pero envejecería y…

—¡Será posible! —volvió a interrumpirlo—. ¡Tú también envejecerás!

—Pero el hombre es fuerte y capaz durante más tiempo. Y debe mantener su deseo, para ello es mejor que la mujer sea joven.

—No puedo creer lo que escucho. Era lo que me faltaba por oír.

Icamani no entendía qué era lo que la escandalizaba tanto. ¿Es que no tenía lógica lo que él decía? Durante siglos así había sido y estaba seguro de que seguiría siendo igual mientras los titonwan existiesen.

—¿Crees que a tu marido no le gustaría yacer con una mujer más joven cuando tú envejezcas? ¿Que no querrá engendrar nueva vida cuando tú estés gestando?

Lo miró horrorizada.

—Jamás me casaré con un hombre que desee a otra mujer.

Icamani frunció el ceño.

—¿Por qué?

—Porque no.

—¿Porque no? ¿Esa es tu respuesta?

Rose se sentía abrumada y confusa. No sabía lo que era amar y ser amada y tampoco tenía muy claro lo que ocurría en la intimidad de la alcoba de un matrimonio exactamente. Aun así, de lo que sí estaba segura era de que no soportaría que su marido tuviese más esposas. Le parecía humillante y denigrante, una declaración expresa de su falta de importancia. De que puedes ser sustituida como mero receptáculo. Como si lo único que uniese a un hombre con una mujer fuese… aquello.

—Será mejor que dejemos de hablar de esto —dijo visiblemente incómoda—. Está claro que no vamos a entendernos nunca.

—Tú has preguntado.

—Cierto. Y ya no quiero saber nada más.

Continuaron con el paseo en silencio y con un ánimo nada jocoso.

Las noches del sábado Rose y Andrew jugaban a juegos de mesa, normalmente de cartas, y el titonwan no tardó en superar a su maestra.

—Otra vez me has ganado —dijo ella levantándose para desentumecer los músculos.

—No entiendo por qué perdéis vuestro tiempo en algo tan absurdo.

Rose lo miró sorprendida.

—¿No te gusta jugar?

—¿Gustarme? ¿Estar incómodamente sentado en esta silla durante horas lanzando pedazos de papel dibujado sobre la mesa? Se me ocurren un millón de cosas que desearía más. Incluso desmontar la tipi con las mujeres me parece más placentero.

Rose frunció el ceño, pero optó por no preguntar.

—Los *wasicun* tenéis costumbres muy curiosas —dijo cogiendo el libro que Rose había estado leyendo aquella tarde y que descansaba sobre una mesita auxiliar.

—No nos llames así o empezaré a llamarte piel roja —pidió ella.

Icamani sonrió burlón.

—Tú me has enseñado muchas cosas —dijo soltando el libro con delicadeza—. Quizá debería enseñarte yo algo a ti.

—Me has enseñado a montar como un hombre y a no utilizar silla…

—Hace una noche preciosa —dijo él ignorándola—. ¿Por qué no nos tumbamos a mirar las estrellas?

—¿Tumbarnos dónde?

—Fuera. Sobre la tierra.

—¿En el suelo?

—Os afanáis en cubrirlo con piedra pulida, pero ese suelo ya os sustenta sin adornos. Y ¿no es más hermoso el cielo estrellado que cualquier artesonado que el hombre haya construido?

La cogió de la mano y la llevó hasta una de las puertas que daban al jardín. Salieron al frescor de la noche sin que Rose se resistiese. Echaron a correr dejando la casa atrás y, llegado a un punto, Andrew se detuvo y se tumbó en el suelo.

—Ven, *wahcawin* —pidió extendiendo la mano.

Rose se preguntaría más tarde por qué lo había hecho, pero en ese momento le pareció lo más lógico del mundo tumbarse junto a él.

—El ancho cielo anuncia la llegada de las lunas cálidas.

Rose contempló el manto estrellado y sintió una dulce paz extendiéndose por su cuerpo.

—Cuando era niña me gustaba contar las estrellas. Me levantaba de la cama cuando mamá salía de mi cuarto y las contaba empezando por las más brillantes.

—Las ancianas titonwan no dejan que los niños cuenten las estrellas. —Giró la cabeza para mirarla—. ¿Sabes por qué?

Rose negó levemente.

—Porque dicen que eso sería como esperar la muerte. —Señaló hacia el cielo—. Esas cuatro muestran a una familia y esa es una mujer con su hijo a la espalda. El camino hacia el gran espíritu cruza el cielo y se pueden ver las almas recorriendo el sendero. Wiyaka me dijo que mis padres blancos brillaban entre ellas y que siempre que las mirase ellos me verían a mí. Durante un año no dije una palabra. Lo necesitaba para olvidar todo lo que había vivido y poder así nacer de nuevo.

Rose miró el firmamento como si lo viese por primera vez. La voz de Icamani era profunda y suave y tenía una calidez que le resultó desconocida. Imaginó que aquel momento lo había llevado de vuelta a su hogar, con los suyos, y eso lo hacía vulnerable y auténtico. Volvió a mirarlo y sus ojos se llenaron de lágrimas. No quería pensar en las cosas terribles que había vivido porque eso la debilitaba frente a él, pero en ese instante le fue imposible resistirse a ello.

—Los oglalas se ponen una pluma en el pelo cada vez que realizan un acto valeroso —siguió contándole cosas de su vida—. Es una manera de señalar a los mejores guerreros de la tribu. Ha de ser de un águila, un halcón, un ave que vuele alto, para así recordarle que porta algo que una vez tocó las nubes. Los oglalas son mis hermanos.

—Lo siento —musitó Rose sin poder contenerse ya.

El titonwan giró la cabeza y la miró confuso.

—No es culpa tuya —dijo en el mismo tono.

Rose se mordió el labio y una lágrima se deslizó por la comisura de su ojo. Apartó la mirada y volvió a ponerla en el cielo estrellado.

—¿Cómo me has llamado antes? —preguntó después de unos minutos en silencio.

—*Wahcawin*. Significa mujer flor.

—*Wahcawin* —repitió ella suavemente—. Me llamaste así la primera vez que me viste.

Icamani asintió una vez.

—Llevaba tres años soñando contigo.

Ella lo miró sorprendida y él continuó con la mirada en las estrellas.

—Cuando Berry me dijo lo que significaba tu nombre me sentí… conmovido. En mis sueños yo te llamaba «mujer flor» y fue como si de repente todo tuviera sentido.

Rose se removió incómoda.

—Será mejor que entremos en la casa o nos enfriaremos —dijo poniéndose de pie nerviosa.

—¿De qué tienes miedo? —preguntó él cortándole el paso.

Ella lo miró con sus ojos grandes e inocentes y el titonwan deseó besarla.

—Tengo miedo de ti —dijo sincera—. De que me nubles la mente con tus palabras y me hagas hacer cosas que no quiero hacer.

—Querrás decir cosas que sí quieres hacer.

—No, Icamani, no quiero porque eso haría daño a mis padres y jamás podría perdonarme por ello.

La cogió por los hombros mirándola fijamente a los ojos.

—Escúchame bien, *wahcawin*, no debes temerme. Antes de hacerte daño me cortaría las manos. Te deseo más de lo que he deseado jamás a otra mujer, pero no te tomaré por la fuerza.

Rose supo que le decía la verdad, pero eso no la tranquilizaba en absoluto. En realidad, tenía miedo de sí misma y de lo que sentía, pero no iba a repetírselo.

—No hablemos más de esto —pidió.

Él hizo un gesto de aceptación y después la dejó pasar delante como un buen caballero. Regresaron a casa en silencio.

—Un titonwan no se arrodilla.

—No es arrodillarse, Icamani, tan solo una reverencia un poco más acusada. —Rose volvió a escenificarla por enésima vez.

—¿De verdad cree que lo va a recibir la reina, señorita? —Berry no estaba nada convencido de que eso fuese buena idea.

—Nunca se sabe y mi obligación es prepararlo para cualquier eventualidad. Vamos, Icamani, por favor.

El titonwan hizo lo que pudo, que de ningún modo fue suficiente, y Rose acabó dándose por vencida.

—Esperemos que no tengas ocasión de poner esta lección en práctica. Me dejarías en muy mal lugar.

—Dijiste que hoy es mi cumpleaños y que en ese día yo soy el rey.

Rose abrió los ojos sorprendida y temerosa de lo que pensaba pedirle.

—¿Podemos comer un poco de gelatina? —La expresión de enfado se borró por completo del rostro masculino y en su lugar mostró una enorme sonrisa.

—Son las cinco y media, acabamos de tomar el té hace… —Rose soltó una carcajada al ver su mueca de disgusto.

—Está bien. Berry, por favor, trae la gelatina de menta para este niño insaciable.

El *titonwan* frunció el ceño, pero no dijo nada hasta que el empleado regresó con el esperado manjar. Se sentó sobre la alfombra, de nuevo sonriente.

—He traído para todos —dijo Berry sentándose con él.

Miraron a Rose de manera elocuente y ella se encogió de hombros y los imitó.

—Si entra Clarence le diréis que me habéis obligado a hacerlo.

—¿A hacer qué? —preguntó Icamani—. ¿A sentarte en la alfombra o a comer gelatina a deshoras?

—Las dos cosas —dijo llevándose la cuchara a la boca—. ¿Por qué será que así sabe mejor?

Berry asintió con mirada reflexiva.

—Eso es lo que les pasa a los niños. Basta que les digas que no deben hacer algo para que disfruten más haciéndolo. Lena siempre dice que hay que ser más listo que ellos si quieres conseguir lo que quieres y utilizar eso en su contra.

—Tu mujer debe echarte mucho de menos —dijo Rose con pesar—. Siento que tengáis que estar alejados tanto tiempo.

—Lena es una mujer fuerte y está contenta de la suerte que hemos tenido con este trabajo.

—¿Quieres más gelatina? Aprovecha ahora que puedes —dijo Rose mirando a Andrew como a un niño.

Una sonrisa iluminó el rostro del titonwan como si lo único importante allí fuese la temblorosa gelatina verde.

—Claro que quiero más —dijo colocando el plato para que ella le sirviera—. Nunca me cansaré de comerla.

—¿Alguna vez ha visto a la reina Victoria, señorita Rose? —preguntó Berry interesado.

—Una vez, cuando era niña. Ella aún no era reina. No lo recuerdo apenas, me pareció una joven muy normal. Quien sí me produjo gran impresión fue su tío, el rey Guillermo. Pensé que era muy viejo.

Berry soltó una carcajada.

—A los niños todos los adultos les parecen viejos.

—Cierto.

Rose se quedó un momento con la cucharilla suspendida en el aire. Se dio cuenta de lo bien que se sentía sentada en la alfombra con ellos dos charlando tranquilamente. Pensó en su madre y en lo que diría si los viese. En sus amigas, en cómo mirarían a Andrew…

—Me apena decir que cuando estemos en Londres esto no podrá repetirse —dijo de pronto. Los dos hombres la miraron confusos—. No me refiero solo a que no podremos sentarnos en la alfombra. De hecho, si Clarence entrase ahora en el salón correría a avisar a mi padre de que he perdido la cabeza y me he vuelto una salvaje.

—¿Tan terrible es comer a deshora? —se burló Icamani.

—No es solo eso. Tampoco podremos hablar así como lo hacemos… los tres juntos.

—Por supuesto, señorita. —Berry hizo ademán de levantarse—. Yo no debería estar aquí.

Rose puso una mano en su antebrazo para frenarlo.

—No, Berry, no te vayas. En Blunt Manor nosotros ponemos las reglas y ahora somos tres amigos celebrando un cumpleaños. No importa de dónde venimos ni quiénes son nuestras familias, solo charlamos mientras comemos gelatina de menta a deshoras. Lo que

lo hace más divertido, como diría tu mujer. Además, Andrew es el rey y no te ha dado permiso para marcharte. —Sonrió con complicidad.

—Me habéis contado que vuestro jefe, al que llamáis «rey o reina», lo es porque su padre lo fue —dijo Icamani—. Para un lakota eso sería ridículo. Tatanka es nuestro jefe porque así lo hemos decidido y si un día dejamos de confiar en él y en sus decisiones, lo abandonaremos sin más. Tampoco entiendo por qué Berry no puede sentarse a la mesa con nosotros a la hora de la cena o por qué hay personas que os sirven y os tratan con deferencia, como si fueseis distintos a ellos. No son esclavos, no han sido capturados después de una batalla. Les pagáis un sueldo por lo que hacen, pero aun así, los tratáis como a inferiores. Me va a resultar muy difícil asimilar estos conocimientos y ponerlos en práctica cuando nos marchemos de aquí.

—Berry podría ayudarte con eso —dijo Rose mirándolos a ambos—. Cuando regresemos a Londres podrías llevarlo contigo. Podría seguir siendo tu ayuda de cámara. Y su mujer podría ser tu ama de llaves. De ese modo toda su familia viviría contigo. Ahora mismo la casa de tus padres no tiene servicio. Mi padre se encarga de que la mantengan limpia y cuidada, pero nadie vive allí desde que… Bueno, desde hace años. Cuando viajemos a Londres te instalarás en ella y necesitarás criados que te atiendan.

Andrew miró a Berry casi suplicante.

—¿Vendrías conmigo?

El empleado mostró una enorme sonrisa y asintió.

—¡Trato hecho!

Los dos hombres rieron mientras se estrechaban la mano de manera fraternal. Rose sonrió con cierta tristeza.

Andrew miraba el objeto, delicadamente envuelto, que Rose sostenía en la palma de sus manos.

—El día de tu cumpleaños es habitual recibir regalos —explicó ella—. Es una tontería y no tienes que usarlo si no quieres.

El titonwan se deshizo del envoltorio y sacó el pañuelo que

contenía. Al desplegarlo vio que habían bordado su nombre en la punta.

—¿Lo has hecho tú?

Rose asintió con las mejillas coloreadas mientras él acariciaba cada una de las letras con la yema de sus dedos.

—¿Por qué has puesto Icamani y no Andrew? —dijo con la mirada fija en el precioso y delicado trabajo que había realizado con hilo de seda.

—Porque es el nombre que llevas en tu corazón.

La miró a los ojos y por un instante todas sus barreras de protección se vinieron abajo dejándolo expuesto ante ella.

Capítulo 14

Dejaron los caballos pastando y emprendieron el paseo. Rose tenía los ojos fijos en los tallos que florecían a sus pies y meditaba silenciosa mientras que Icamani la miraba de soslayo consciente de que algo pasaba.

—Mañana cuando venga mi padre voy a decirle que ya estás preparado.

El titonwan se detuvo y esperó a que ella levantase la cabeza para capturar su mirada.

—¿Lo crees de verdad o solo pretendes librarte de mí?

—Lo creo de verdad. Eres mejor caballero que muchos jóvenes que conozco. Te sabrás desenvolver a la perfección.

—Solo hace una semana que me regañaste por estrechar la mano de Berry.

—No te regañé, solo te dije que cuando estuvieses en Londres no podías tener esa familiaridad con él ni con nadie del servicio en presencia de otros.

—Y tampoco podrá tutearme —añadió él, a lo que Rose respondió negando con la cabeza—. ¿Estarás conmigo?

A Rose se le aceleró el corazón.

—Debo volver a casa.

—¿Y qué pasará si me equivoco? ¿Si me olvido de fingir que soy Andrew?

—Eres Andrew —dijo ella con desánimo y retomó el paseo—. Todo irá bien.

—¿Estás segura? —Su mirada se congeló y el frío llegó hasta ella, cortante y veloz.

Al ver que no se detenía la alcanzó y la sujetó del brazo obligándola a mirarlo. Lo que le dijeron sus ojos lo dejó desarmado y sin fuerzas.

—Todo saldrá bien —repitió Rose esforzándose en sonreír—.

Todos te aceptarán, estoy segura. Y pasado un tiempo prudencial podrás regresar con los tuyos. ¿No es eso lo que quieres?

Percibía la tristeza en ella, casi podía verla emanando de su cuerpo como un halo gris y apagado. Llevaba así todo el día. Apenas había hablado durante el desayuno y la habitual energía que la dominaba cuando salían a montar no había hecho acto de presencia en ningún momento.

—Anoche soñé que caminaba por el cerro del oso pardo —dijo mirándola fijamente—. Mis pies pisaban su hierba muelle y las flores de mil colores. Escuché el sonido del agua del río y me dirigí hacia él para refrescarme. Los árboles que crecen junto al río tienen buena madera para hacer arcos y recordé cuando mi padre me enseñó a hacer uno. Se reía de mí porque tenía demasiado entusiasmo y poca traza. —Sonrió y el corazón de Rose se estremeció—. De pronto estaba de nuevo en el cerro y las viejas piedras me miraron con desprecio. *¿Qué haces tú aquí*? Me preguntaron sin boca. Soy Icamani, hijo de Wiyaka. He vuelto. *¿Un titón con el sol en el pelo? Tú no eres de aquí. Márchate por donde has venido*. Me gritaron.

Rose se mordió el labio al comprender lo que trataba de decirle.

—Eso no va a pasar. Todos se alegrarán de verte. Tu padre…

—Temo estar perdiendo mi alma, *wahcawin*.

—¿Tan fácil es perder el alma para los titonwan?

—Hace muchas lunas que me alejasteis de ellos. He aprendido vuestra lengua, vuestras costumbres. Me pongo ropas que acomodan mi cuerpo, duermo en un altar de madera, dentro de una caja de madera con ventanas por las que apenas puedo ver el cielo. —Dejó escapar el aire lentamente entre sus labios, como si expulsara el humo de una pipa—. Me gusta el vino que antes detestaba. Me gusta montar a caballo sobre una silla. Me gusta vuestra comida. Y los libros, me gustan mucho los libros, aunque leo tan despacio que jamás podré leer los que me has mostrado. Me gusta vuestra música, es lo más bello que he escuchado nunca…

Rose vio lágrimas en sus ojos y sintió humedecerse los suyos.

—Pero sobre todo, me gustas tú, *wahcawin*, mi mujer flor. Me gusta cómo sonríes, cómo caminas. Me fascina el modo en el que hablan tus ojos aunque tú no quieras. Mi corazón se desboca cuando apareces en una habitación y mi deseo es un caballo

bajando contenido por una empinada pendiente.

—Andrew…

El titonwan negó con la cabeza.

—Lo siento, Rose, lo siento, pero nunca voy a ser Andrew. Andrew murió aquel día con sus padres. Decidió irse porque no podía entender lo que le había pasado. No podía entenderlo y mucho menos soportarlo. Se marchó para siempre y no va a volver. Yo no quiero que vuelva.

Rose extendió la mano y la posó en su mejilla con suavidad.

—No me importa quién seas, Icamani o Andrew, porque ahora sé que eres tú. Eres al que he estado esperando. Por eso yo no podía aceptar a nadie más.

Se puso de puntillas y lo besó. Fue un beso dulce y tierno, un beso inocente e inexperto que revolvió las entrañas del lakota y endureció su corazón. La apartó sujetándola de los hombros para mirarla a los ojos.

—Vendrás conmigo —afirmó rotundo—. *Mitawin*, mi esposa.

Rose se apartó sin darse cuenta.

—Dejarás a tus padres —continuó él sin permitir que desviase la mirada—. Te desprenderás de todas tus cosas. Vivirás en mi mundo. Aprenderás mi lengua y mis costumbres. Dormirás sobre pieles en lugar de hacerlo en una cama. Y, cuando llegue el momento, aprenderás a compartirme con otras *mitawin*.

Rose empalideció y sus labios temblaron.

—Tú no me amas.

Icamani dejó escapar el aire de su boca en un largo y sonoro suspiro. Durante unos interminables segundos no dijo nada. Rose sentía cómo el corazón le golpeaba en el pecho y contuvo la respiración temerosa de que su respuesta la hiciese pedazos.

—Sí, te amo. Y es un sentimiento que desconozco y que no sé cómo dominar. Pero no voy a quedarme. No me convertiré en esto —señaló su indumentaria—. No adoptaré vuestras costumbres estúpidas, vuestra forma de vivir artificial y absurda.

El mazo calló sobre su cabeza haciéndola añicos. Asintió lentamente mientras se retorcía las manos en un intento de mantener el control de sus emociones.

—Ni siquiera por mí.

Se acercó tanto a ella que podía ver las chispas grises de sus

pupilas tras el velo acuoso.

—No, ni siquiera por ti —dijo golpeándose el pecho—. Aunque me ates una cadena y me cuelgues de tu cuello.

—Yo no haría eso.

—Sí lo harías. Yo quiero que lo hagas. Lo has hecho durante el tiempo que hemos estado juntos. Me has dirigido, dominado y doblegado. Has hecho que piense en ti antes de dormir y que tu imagen sea lo primero que recuerdo al despertarme. Que te desee como no he deseado jamás a otra mujer. Que caigan lágrimas de mis ojos por no poder tenerte.

—Eso no es un hechizo. Es amor. Es lo mismo que siento yo, ¿no lo ves? Te amo con todo mi corazón y desearía…

—Lo sé y sé que no lo había sentido antes. Pero no voy a quedarme. No puedo hacerlo.

—¿Por qué? ¿Por qué no puedes quedarte? Tú naciste aquí, perteneces a este lugar. Con el tiempo…

—Jamás abandonaré a Mahtola.

—¿Mahtola?

—Mi hijo.

Rose empalideció.

—No me habías dicho que…

—No quería que tuvieses un arma tan poderosa contra mí.

Lo miró dolida.

—¿Qué crees que iba a hacer con esa información?

—Te recuerdo que mi intención era vengarme de tu padre antes de regresar. ¿Te habrías quedado quieta mirando cómo lo destruía? ¿O habrías utilizado cualquier medio para detenerme?

Rose se mordió el labio conteniendo su impotencia. Ahora entendía que no había nada que ella pudiese hacer para que se quedase.

—¿Vendrías conmigo si te prometo no tomar otra esposa jamás?

Los labios de Rose temblaron mientras lo pensaba. Las lágrimas resbalaron por sus mejillas. No podía hacerlo. Vivir de ese modo, soportar sus costumbres…

—No. Yo pertenezco a este mundo —dijo casi sin voz.

Icamani se irguió y la miró con frialdad.

—Entonces separémonos cuanto antes.

—¿Estás segura de esto? —Robert miraba a su hija con preocupación—. He visto sus avances, es cierto que sabe comportarse perfectamente, pero ¿crees que está lo bastante tranquilo? Quiero decir, aquí está aislado, solo tiene que relacionarse contigo y con Berry. En Londres recibirá toda clase de estímulos, algunos no serán agradables. ¿Crees que podrá enfrentarse a ello, hija? No sé si es demasiado pronto aún. Dijimos para el verano y aún faltan más de dos meses.

—Estoy segura, papá. Hemos practicado mucho. Icamani… quiero decir, Andrew, resiste perfectamente las provocaciones y tiene un gran aplomo. Tanto Berry como yo, e incluso Clarence —sonrió al mencionarla—, no hemos escatimado esfuerzos en ponerlo de los nervios.

Robert sabía del carácter de la criada y si había superado sus inquinas y ataques, realmente estaba preparado para cualquier cosa. Sonrió también.

—De acuerdo, hablaré con él y si está de acuerdo haré los preparativos para su regreso a casa.

—Lo estará, papá, ya hablamos de ello.

—Estoy muy orgulloso de ti, Rose. Tu persistencia y tus cuidados han dado sus frutos. No sabes lo feliz que me hace.

Su hija desvió la mirada y la posó en la ventana con aire pensativo. Estaba distinta, más seria y comedida. Ya hacía semanas que percibía ese cambio en ella, pero ese día lo notó más acusado y no pudo evitar preocuparse.

—Será mejor que vaya a hablar con Andrew ahora mismo. Cuanto antes emprenda el regreso a Londres antes lo tendré todo listo para vuestra llegada.

—¿No te quedarás a comer como siempre? —preguntó Rose regresando de sus pensamientos.

—Es mejor que no me entretenga. La casa de Anthony ha estado deshabitada durante años y necesitará un buen lavado de cara. He procurado que estuviese en buen estado, pero ya sabes cómo son estas cosas, nunca es suficiente.

—Está bien, papá, como tú quieras. Nosotros estaremos listos para cuando tú nos avises. Iré a hablar con Lucy para decirle que no

comerás con nosotros.

Robert miraba a Andrew con expresión inquisitiva y el titonwan se mantuvo impertérrito ante su escrutinio.

—¿Lo has pensado bien? No quisiera que el bullicio de Londres te abrumase. Si es demasiado pronto podemos esperar al verano, como habíamos pensado.

—Rose cree que estoy listo y confío en su criterio.

—Ya veo —asintió—. Debo decir que mi hija se ha entregado en cuerpo y alma a esta tarea. Cuando me lo propuso no las tenía todas conmigo. Creí que en unos pocos días regresaría a casa suplicándole a su madre que la liberase del pacto que habían establecido.

Icamani sintió un pellizco en su corazón y tuvo que hacer acopio de su contención para no mostrar su desagrado.

—Como comprenderás, la que estará más contenta con tu regreso a Londres será mi esposa. Felicia lleva mucho tiempo intentando dominar a esa muchacha y llegas tú y le pones la solución en bandeja. —Robert sonreía anticipándose al buen humor de su mujer sin percatarse de la tensión que sus palabras provocaban en su protegido—. Tiene una larga lista de candidatos para proponerle y otra de todos los eventos sociales y bailes a los que Rose deberá asistir con cada uno de ellos. Auguro un verano muy agitado para los Balshaw.

El titonwan respiró hondo por la nariz y se obligó a serenarse. Nada de aquello tenía que ver con él. Su plan era cumplir con los esfuerzos que Rose había hecho y dar una imagen impecable en Londres. Buscaría a Dermot y Rippin y se encargaría de ellos. Y después regresaría a casa con su hijo y se olvidaría de toda aquella pesadilla. Pero de ella no podría olvidarse.

—Haré todo lo posible para no decepcionarlo, señor Balshaw.

—No me llames señor, muchacho. —Se acercó a él y le dio unas palmaditas en la espalda—. Para ti soy Robert nada más. No sabes lo mucho que quería a tu padre, éramos como dos hermanos. Tengo muchas anécdotas que contarte de él. Estoy seguro de que cuando regreses a la que fue tu casa recordarás todo lo que allí viviste.

Anthony y Leslie deben estar viéndote desde el cielo y estoy seguro de que se sentirán orgullosos de que hayas sido capaz de dejar atrás todo lo que has pasado estos años. —Lo cogió del hombro y caminó con él hasta la ventana—. Esta tierra es maravillosa y tiene mucho que ofrecerte. Se acabó lo de vivir como un zarrapastroso, sin propiedades ni futuro alguno. Ahora te convertirás en un hombre de provecho. Recuperarás tu herencia, por supuesto, y tu parte de la empresa. Y vete haciendo a la idea de que mi santa mujer no parará hasta encontrarte una buena esposa. Ya verás, muchacho, vas a tener una vida magnífica.

Cuando Robert se marchó Rose salió de la casa sin decir nada a nadie y se fue directamente a las caballerizas. Salió de allí al galope, montando como un hombre y sin mirar atrás. Icamani la vio desde la ventana del salón y dejó a Berry con la palabra en la boca para ir tras ella. Cuando Rose escuchó los cascos del otro caballo supo que era él, pero no quería que la alcanzara por eso apretó las piernas y azuzó a su montura para que volara. Icamani hizo lo mismo y masculló palabras en su idioma solo aptas para el caballo. Rose iba demasiado rápido y no era lo bastante buena amazona para ello. En pocos minutos el titonwan llegó a su altura. Con gran presteza, y ante la mirada furiosa de su presa, cambió de caballo sentándose detrás de ella. Le arrebató las riendas y con firmeza hizo que el animal se detuviera. A continuación, bajó del caballo y tiró de Rose sin miramientos haciéndola caer al suelo.

—¿Cómo te atreves? —le espetó enfadada.

Él sostuvo su mirada sin responder.

—No tienes derecho a tratarme así.

—¿Adónde ibas tan rápido? —preguntó tranquilo viendo cómo se levantaba.

—A ninguna parte. —Se sacudió la tierra de la falda—. Solo quería airearme.

—La próxima vez usa un abanico.

Rose entornó los ojos. ¿Se estaba riendo de ella?

—¿Te burlas de mí?

Icamani levantó una ceja y sonrió levemente.

—Me lo pones muy fácil.

—Serás…

Él cruzó los brazos delante del pecho y colocó las piernas ligeramente abiertas en una pose relajada. Los músculos de sus brazos se marcaban bajo las mangas de la camisa y el sol provocaba destellos dorados en su pelo.

—¿Estás disgustada porque nos vamos de aquí?

Rose frunció el ceño y levantó la barbilla con orgullo.

—¿Disgustada? ¡Lo estoy deseando! He sido yo la que se lo ha dicho a mi padre.

—Pues no pareces muy contenta.

Apretó los labios, consciente de que le ganaría la batalla si no se andaba con cuidado.

—¿Qué te preocupa?

—No es algo que tenga que hablar contigo.

—¿Es por la promesa que le hiciste a tu madre?

Rose no fue capaz de esconder su sorpresa.

—Por lo que me has contado de tu madre, no te obligará a casarte contra tu voluntad.

—Eso es exactamente lo que hará —musitó ella y se acercó a su caballo para acariciarlo con suavidad—. Lo siento, bonito, no quería apretarte tanto.

Icamani torció una sonrisa. Solo ella podía llamar «bonito» a un animal poderoso como aquel.

—A los caballos les gusta correr.

Rose dejó escapar un suspiro y se rindió.

—Está bien, lo reconozco, estoy asustada. Temo los planes de mamá, sé que habrá estado estos meses organizándolo todo para… mí. ¿Y si ninguno de ellos me gusta? Hasta ahora nunca me han gustado, ¿por qué habría de cambiar eso? Ya sé que dije que me esforzaría y que dedicaría toda mi atención a esto, pero… —bufó por no poder acabar la frase—. ¡Soy estúpida! Nunca debí comprometerme a algo así. ¿En qué estaba pensando? Podía haber conseguido que me dejaran venir de otra manera. ¡Qué rabia! La culpa de todo la tienen esas estúpidas de Emily Ellison y Anna Puck. Ellas me azuzaron con sus comentarios injustos e hirientes sobre ti. Soy una bocazas y una…

—Vaya, así que tengo la culpa otra vez —la cortó divertido—. ¿Es por lo que sientes por mí?

Rose se mordió el labio sintiéndose avergonzada. ¿Cómo se le ocurría hablar de aquello con él? ¡Precisamente con él!

—Por supuesto que no. Lo que ha pasado entre nosotros fue una infantilidad fruto de mi inexperiencia. Es absurdo… —Se echó a reír—. No sé ni cómo se me pudo pasar por la cabeza. Tú eres un… un…

—¿Salvaje? —Su expresión volvía a ser burlona.

—Desconocido —puntualizó—. No tenemos nada en común y pertenecemos a mundos distintos. Está claro que mi corazón se confundió. Pero lo he pensado bien y estoy segura de que exageré mucho mis sentimientos.

Icamani no dijo nada y siguió mirándola con fijeza, aunque ya no había ni pizca de humor en sus ojos.

—Nunca he sido enamoradiza, supongo que me afectó el hecho de que fueras tan distinto a todos los… las personas que he conocido en mi vida. —Forzó una sonrisa nerviosa—. Espero que olvides todo lo que hice y dije. Y, por favor, no me lo recuerdes nunca. Me muero de vergüenza solo de pensar en ello. Está claro que en cuanto regresemos a Londres este episodio quedará completamente olvidado. ¿Ya has pensado cuánto tiempo te quedarás? —Desvió la mirada y la posó de nuevo en el caballo—. No será necesario que esperes mucho para disponer de tus bienes y hacer con ellos lo que quieras. Comprar un pasaje a América no te costará mucho. Si quieres yo misma te ayudaré a hacerlo cuanto antes. Papá lo entenderá. ¿Regresamos?

Subió al caballo y lo miró desde su montura. La brisa movía los cabellos del titonwan y su perfil se veía hermoso. Rose sintió una punzada en el pecho, pero se había prometido ignorar cualquier emoción al respecto e iba a cumplir con su propósito y a demostrarse que podía gobernar su corazón. Realmente pensaba lo que había dicho, que todo había sido fruto de su ingenuidad e inexperiencia. Y creía que, tal como había llegado, aquel sentimiento se evaporaría al regresar a casa y alejarse de él.

—Empezaré a prepararlo todo para el viaje. Pronto estarás en casa. Icamani.

La vio alejarse impertérrito y después de unos segundos asintió.

Así debían ser las cosas. A fin de cuentas, solo era una mujer.

Capítulo 15

Andrew y Berry se instalaron en la casa de los Portrey. La familia del que había sido contratado como mayordomo y ayuda de cámara lo abrumó con su insistente agradecimiento y las exageradas muestras de afecto que le dedicaron durante días. Tuvieron que pasar dos semanas para que la vida de Andrew empezase a vislumbrar cierta calma.

Todo el mundo quería conocerlo y tuvo que aceptar invitaciones a tomar el té, a cenar y alguna que otra partida de cartas. En esos momentos Rose siempre estaba a su lado y eso hacía que se sintiese seguro y calmado.

—¿Cenará en casa esta noche? —preguntó Berry entrando en el salón—. Grace, ¿qué haces?

Andrew estaba sentado en la alfombra y la pequeña de los Berry tenía las manos en su cabeza mientras cantaba una de sus canciones infantiles.

—Estoy peinándole, papá. ¿Has visto que pelo tan bonito tiene? Y es suave como el terciopelo. Ven, tócalo, ya verás.

—Lo siento mucho —se excusó cogiendo a su hija y tirando de ella con suavidad.

—Papá, déjame…

—Berry, no te preocupes, me gusta. —Andrew sonrió divertido—. Grace tiene unas manos de oro. Me alivia el dolor de cabeza. Y es muy divertida. Me estaba contando la historia de la señora pato y el engreído cisne.

Su padre puso los ojos en blanco.

—¿Desde cuándo pasa esto? No me había dado cuenta de que mis hijos lo molestasen. Le pido disculpas.

—Yo no le molesto, papá, ya te lo ha dicho. Además, cuando sea mayor me casaré con él y seré la señora de esta casa. Pero no te

preocupes que no te despediré, seguirás siendo el *mejordomo* de todo Londres.

—Mayordomo —rectificó Andrew sin poder contener la risa—. Pensaba que me dejarías decírselo a mí.

—Es mejor que lo sepa ya, así no me castigará por estar aquí. ¿Verdad, papá? —Lo miró haciendo muecas con la boca.

—¿De verdad tiene cuatro años? —preguntó el titonwan incrédulo.

—Doy fe de ello —afirmó Berry—. Vamos, mocosa, tu madre te va a dar una azotaina como se entere de esto.

—No se lo digas, papá —dijo la pequeña abrazándose a sus piernas—. No volveré a peinarle si tú no quieres, pero no se lo digas a mamá.

Los dos hombres se miraron cómplices.

—Dile a Lena que cenaré en casa, Berry. Gracias.

El mayordomo salió con su hija en brazos y Andrew se levantó de la alfombra. Volvió a recogerse el pelo en una coleta y se estiró cuan largo era. Realmente las manos de Grace obraban milagros, el dolor de cabeza había desaparecido, así que ya podía continuar revisando la ingente cantidad de papeles que había sobre su escritorio.

El mes de abril llegó a su fin y mayo apareció luminoso y repleto de promesas. Mientras Rose aceptaba los designios de su madre y recibía las atenciones de sus pretendientes con el mejor ánimo posible, Andrew se zambulló en su propia empresa. Tras una larga y clarificadora conversación con Robert comprendió que para que le traspasase la herencia, que según sus leyes le correspondía, debía demostrar que había dejado atrás por completo su vida de los últimos diecisiete años. Para Balshaw sería muy fácil conseguir que lo declarasen mentalmente inepto y perder toda posibilidad de regresar a casa. Así que debía someterse a su voluntad aunque el padre de Rose no lo hubiese expresado de ese modo.

Robert quiso que visitara la empresa, que conociese el funcionamiento de los almacenes y le mostró los contratos que

tenían con lord Crowley y su naviera. A través de sus barcos traían la mercancía que luego distribuían en suelo inglés. Al principio, le provocaban dolor de cabeza todos aquellos datos, números y asientos contables, pero poco a poco, y según iba avanzando en el estudio sobre el funcionamiento de la empresa, empezó a resultarle incluso interesante. Le parecía increíble cómo habían conseguido organizar tanta información, creando procesos tan bien estructurados como para ser capaces de gestionar la enorme cantidad de productos que viajaban de una parte a otra del mundo.

El mundo. Ahora sabía lo grande que era y los millones de personas que habitaban en él. Rose le había mostrado dibujos de un sinfín de lugares extraños en los que vivían personas con muy distintas costumbres. Pero no fue hasta llegar a Londres y caminar por sus calles que empezó a comprender el alcance de sus explicaciones. Saber que la empresa que creó su padre junto a Robert era capaz de traer productos de la China, un lugar situado a miles de kilómetros de allí, le parecía asombroso y excitante. Pero pensar en viajar él mismo y descubrir los secretos que aquel lugar escondía le provocó un ansia desconocida.

La abuela Isobel lo miraba con expresión escrutadora. El titonwan aguantó estoico sin mover una pestaña y con una actitud de serena elegancia.

—Así que ya entiendes lo que digo e incluso puedes mantener una conversación más o menos inteligente.

—Si por conversación inteligente quiere decir que sé utilizar palabras complejas de significado dudoso e interpretarlas a mi conveniencia, sí, creo que puedo hacerlo casi tan bien como usted.

La abuela de Rose frunció el ceño.

—Vaya, muy orgulloso y arrogante para haber vivido entre salvajes. Ven aquí a mi lado, Rose, y háblame de él —dijo extendiendo la mano hacia ella, pero sin apartar la mirada de Andrew—. Tú, siéntate ahí y espera tu turno.

—¿Qué quieres que te diga, abuela? Tú conociste a los Portrey y sabes lo que les sucedió hace años. Andrew ha estado todo este

tiempo viviendo con los titonwan, una tribu perteneciente a los lakota. Pero ya ha vuelto a casa y todos estamos muy contentos por ello.

La anciana mujer seguía con la mirada clavada en él y el ceño fruncido en señal de desaprobación.

—¿No podías haberte escapado? Han pasado muchos años desde que mataron a tus padres y te capturaron. ¿Quién querría vivir con los salvajes que asesinaron a su familia?

—¡Abuela! —Rose la miró horrorizada—. No de…

—Los titonwan no mataron a mis padres —la cortó Andrew—. Fueron los sicangu.

—¿Y qué más da qué salvaje fuera? La cuestión es que no deberías haberte quedado con ellos.

—Tenía seis años cuando me capturaron. Estaba asustado y solo, no creo que pudiese llegar muy lejos en mis circunstancias.

Isobel levantó una ceja con una expresión crítica.

—Y ahora estás aquí —afirmó—. Y por lo que yo sé no es que vinieras por tu voluntad.

—Me capturaron y me trajeron atado a unas cadenas. Como ve, tampoco preguntaron mi opinión.

Rose vio una chispa de humor en la mirada de su abuela y frunció el ceño. ¿Se estaba divirtiendo? De ella podía esperarse cualquier cosa, pero aquello le parecía demasiado.

—¿Y debo creerme que ahora estás tan contento? ¿Qué pasa con los salvajes que dejaste allí?

—Pienso regresar en cuanto me sea posible.

Rose ya no pudo negar su asombro. Abrió la boca y los ojos como si hubiese visto al mismísimo Lucifer entrar por la puerta. Isobel, en cambio, asintió con la cabeza aprobatoriamente.

—Ya veo. Has aceptado todo este tinglado para salirte con la tuya. ¿Y ya lo sabe esa alma de cántaro que tengo por yerno?

—No quiero disgustarlo, así que no.

—¿Tienes esposa?

—La mataron los blancos regalándole una manta infectada de sarampión.

—Qué manera más estúpida de morir. —Isobel negó con la cabeza sin mostrar la más mínima compasión.

Extrañamente a Icamani no le importó su falta de sensibilidad.

Su franqueza y la falta de subterfugios al hablar hacían que se sintiese cómodo frente a ella. Miró a Rose a su lado y pudo entrever el parecido al que se refirió su padre.

—¿Y por qué querrías volver? ¿Es que no has visto lo bien que se vive aquí cuando tienes dinero? Y tú lo tienes, muchacho.

—Debo volver.

—Si tu mujer está muerta, nada te ata a ese lugar. Puedes olvidarte de ellos y…

—Tengo un hijo —la cortó.

—¿Un hijo? —Arrugó el ceño—. Eso lo cambia todo.

—Se llama Mahtola, abuela —intervino Rose.

—¿Qué clase de nombre es ese? Deberías llamarlo Anthony, como tu padre. Siempre me gustó tu padre, ¿sabes? Y tu madre. Eran dos personas auténticas, buenos amigos de Robert y de mi hija. Te pareces a él. Y a tu madre, tienes sus ojos. ¿Has pensado en traer a tu hijo aquí? ¿No crees que tendría mejor vida siendo un Portrey en lugar de un tito… lo que sea?

—Titonwan, abuela.

—No pienso aprenderme ese nombre. Es ridículo.

—Puede llamarlos lakota, si le gusta más —sonrió Andrew.

—Lakota —repitió la anciana con expresión pensativa—. ¿Arrancáis cabelleras?

Icamani asintió.

—Algunas veces.

—Qué costumbre más desagradable. Aunque imagino que lo de regalar mantas con sarampión tampoco es muy bondadoso que digamos. ¿Cuántos años tenía tu esposa?

—Dieciséis.

Rose lo miró sorprendida. Con dieciséis años Tatewin ya se había casado y tenido un hijo. Debía de ser casi una niña cuando Icamani la tomó. El rubor tiñó sus mejillas y bajó la mirada tratando de esconderlo.

—Yo me casé a los diecisiete —dijo Isobel—. Era tonta e inmadura, no sé cómo mi marido me soportaba. ¿Tu mujer era estúpida? Debía serlo si aceptó alegremente el regalo de un enemigo.

—No sabía que era un enemigo. —La expresión de Andrew se endureció—. Y, no, no era estúpida. Las mujeres titonwan maduran

muy rápido. No crecen entre algodones.

—Eso lo dice por ti, querida —dijo mirando a su nieta—. Que yo sepa eres la única joven que conoce. Pues debes saber que esta niña es mucho más madura que ninguna de las jóvenes que vas a conocer en Londres. Harás bien en hacerle caso en todo lo que te diga si quieres salir airoso de tu propósito.

—Estoy de acuerdo —afirmó él.

—El mejor modo de saber las cosas es abrir los ojos y los oídos. Si lees los periódicos te darás cuenta de lo mucho que puedes aprender estando aquí. Imagino que eso es lo que quieres, aprender de nosotros para que no volvamos a pillarte desprevenido. —Isobel lo miró a los ojos con fijeza—. Me caes bien, muchacho, obviando eso de que le arranques la cabellera a la gente, no me pareces más salvaje que cualquier londinense. Pero quiero mucho al inocente de Robert, y esta muchacha… —La cogió de la mano—. Es la niña de mis ojos. Así que te advierto que no dejaré piedra sin remover si les haces el menor daño a cualquiera de ellos. Robert no fue quien te trajo encadenado, él sería incapaz de hacerle eso a otro ser humano, por muy salvaje que sea. Cuando ofreció dinero por tu rescate solo pretendía darte una oportunidad. Estás en tu derecho de comportarte como un estúpido y desaprovecharla, pero ni se te ocurra hacerles daño.

—No tengo intención de hacer daño a su familia, señora Ross. El señor Balshaw no me ha hecho ningún daño y su hija tampoco.

La abuela Isobel entornó los ojos con mirada astuta. No le había pasado desapercibida la puntualización que había hecho. No había dicho que no tuviese intención de hacer daño a nadie. Así que sí había un enemigo para él y sospechaba quién podía ser. Apretó los labios con firmeza. Si pretendía vengarse, acabaría haciendo daño a su familia de algún modo y si no sabía eso es que era más estúpido de lo que pensaba.

—Mira, muchacho, voy a darte un consejo y espero que, al menos, reflexiones sobre lo que te digo. La venganza no acepta nunca una victoria. Siempre pierden ambas partes por mucha razón que uno tenga. Tenemos un dicho para eso: si vas a vengarte, cava dos tumbas. En este mundo en el que ahora estás las cosas no se arreglan arrancando cabelleras, aquí todo se paga con dinero. Si lo que quieres es regresar a tu… bueno, a donde sea que quieres

volver, ocúpate de no dejar un rastro que seguir. Vive silenciosamente, acata las costumbres del lugar en el que estás y después márchate sin dejar cadáveres. Así evitarás que el ciclo de venganza se eternice y, sobre todo, protegerás a tu hijo. Te aseguro que con dinero uno es capaz de conseguir lo que quiera. Eso vale para ti y también para tus enemigos. —Dio unas palmaditas en la mano de su nieta y la miró con intención—. En cuanto a ti, ya me ha contado tu madre que te estás comportando como una buena hija, obediente y sumisa. ¿Eso es lo que te he enseñado? ¿Vas a casarte con cualquier botarate que ella elija?

Rose se movió incómoda en su asiento. Sentía los ojos de Icamani clavados en ella.

—Lo prometí.

—¿Para ayudar a este salvaje? Mira que te dije que era una estupidez, pero eres tan cabezota como lo era mi santo marido. En fin, si vas a casarte, al menos que no sea estúpido, por favor. Puedes elegir a un hombre feo o pobre, soportaré que tengas hijos poco agraciados y que necesites mi dinero, pero no podría tolerar verte languidecer junto a un hombre poco inteligente. ¿Ese Willis es tonto?

—No, abuela, es muy culto.

—Sabes que no es lo mismo, pero puedo tolerarlo si es lo que tú quieres. ¿Es lo que tú quieres o vas a hacer todo lo que diga mi hija como si fuese lo único que importa?

—Se lo prometí —repitió ella con tono bajo.

—Las promesas hay que cumplirlas, es cierto. No somos nada si no tenemos palabra. —Se giró a mirar a Andrew que seguía con los ojos clavados en Rose—. ¿Qué opinas, muchacho? ¿Tú tienes palabra?

Asintió una vez.

—Abuela, deberíamos irnos ya.

Isobel miró a su nieta y después al titonwan con la misma perspicacia.

—Lo que sea que ha pasado entre vosotros, debéis olvidarlo. La gente podría llegar a perdonar que hayas vivido entre salvajes, pero de ningún modo aceptarán a un niño medio indio.

—Abuela, por favor… —La interrumpió Rose y después se mordió el labio angustiada.

Isobel miró a Andrew con dureza.

—Lo siento, muchacho, pero no me caracterizo por poner paños calientes. Las cosas no son como uno quiere que sean, son como son. Tu hijo es un salvaje, sobre eso no hay duda. Si no estás dispuesto a renunciar a él, debes marcharte y vivir con esos… ¿lakotas? —Icamani asintió muy serio—. Así que apártate de mi nieta y arregla tus cosas lo antes posible para que ella pueda continuar con su vida.

Rose lo miró mortificada y con una muda petición de perdón en los ojos.

—Y tú, niña, quítate esas ideas de la cabeza. Tu madre jamás consentiría semejante relación.

—Yo no…

—Ni se te ocurra intentar engañarme —la cortó con firmeza—. Todavía puedo darte un cachete sin que me tiemble la mano. Sé muy bien lo que tratas de ocultar, pero debes saber que finges muy mal. Sacúdete esos sentimientos y acepta la propuesta del joven Willis. Al final va a resultar que sería mejor que fuese estúpido. Cuanto antes te cases, antes apagarás ese fuego que este inconsciente ha encendido. —Se volvió hacia él—. Y tú, escúchame bien, si le pones un dedo encima a mi nieta, te juro por Dios que no descansaré hasta acabar contigo.

Andrew asintió otra vez.

—Bien. —Isobel respiró hondo y dejó escapar el aire de golpe—. Todo aclarado. Antes del baile de lord Crowley debéis aprender a fingir o todo el mundo verá lo que he visto yo. No entiendo cómo tus padres… En fin, esos dos viven en la inopia, no sé de qué me sorprendo. Sondra, la madre de ese Willis, es muy astuta y va a mirarte con su lupa, te lo aseguro. No dejará que su hijo más querido se case con cualquiera. Es una Chesterton, como el inminente esposo de tu prima Belinda. Y ya sabes lo estirados que son. Lo cierto es que el hijo de los Willis es un buen partido, su padre…

El resto del tiempo de la visita la abuela Isobel se explayó en cantar las alabanzas de los Willis y de su abultado capital. Rose la miraba y fingía escucharla mientras su corazón se encogía hasta volverse casi invisible. Icamani, en cambio, miraba a las dos mujeres imaginando cómo sería Rose a la edad de su abuela. Él no

viviría tanto, la mayoría de los guerreros titonwan no llegan a viejos y la amenaza del hombre blanco lo hacía aún más difícil. Rose se casaría con ese Willis del que hablaba su abuela sin parar, tendría hijos y envejecería. Quizá alguna noche al mirar las estrellas se acordaría de él y se alegraría de que hubiese decidido marcharse. Su presencia allí solo le traería problemas.

De pronto pensó en Wiyaka, en el día en el que le habló de sus sentimientos por Sinaska. Hubo un tiempo en el que pensó que lo que él sentía por Wanapin era parecido a lo que sentía su padre, pero aun así, pudo casarse con Tatewin y engendrar un hijo en ella sin problema. Llegó a pensar que los sentimientos de Wiyaka eran algo desconocido para él. Hasta ese momento. Al mirar a Rose mientras escuchaba a su abuela con las manos enlazadas y tensas se preguntó si no sería eso que latía en su pecho de lo que le había hablado su padre. Rose desvió levemente la mirada y sus ojos se cruzaron un instante. Y aquel segundo fue suficiente para que la tristeza inundara su espíritu.

Lord Crowley vertió un dedo de *whisky* en cada vaso y después le ofreció uno a Robert con una sonrisa.

—Qué maravilloso trabajo han hecho con ese muchacho. —Se sentó frente a su invitado, que no disimulaba su orgullosa satisfacción—. No parece la misma persona. Lo que han hecho no tiene precio, amigo Balshaw.

—Era lo menos que podíamos hacer por él. Andrew es el hijo de Anthony y era una deuda pendiente para mí.

—Puede estar satisfecho. No queda vestigio del salvaje que vi en aquella cabaña. ¿Y qué planes tiene para él? Imagino que se incorporará a la empresa familiar.

—Por supuesto. Ya he hablado con los abogados para que reviertan la herencia de sus padres a su verdadero destinatario. Yo solo he sido un mero albacea a la espera de su regreso.

—Eso le honra, amigo mío, otro en su lugar no estaría tan contento de desprenderse de tanto dinero.

—Es suyo, no podría ser de otro modo. Además, ese joven me es

muy querido. Ojalá cuente conmigo como con un padre. Pienso ayudarlo en todo lo que me sea posible.

—Estoy seguro de ello. Es usted un buen amigo, sin duda, y Portrey estará orgulloso de ello allí donde esté.

Robert clavó la mirada en su vaso con tristeza.

—Pero no nos pongamos melancólicos —dijo lord Crowley soltando una carcajada—. Parecemos dos viejos hablando de su juventud. Lo importante es que Andrew ha regresado y a partir de ahora podrá tener una vida plena.

—Gracias por organizar un baile en su honor, eso facilitará su entrada en sociedad. Agradézcaselo también a su esposa. Ha sido todo un detalle teniendo en cuenta que no falta mucho para la gran celebración de los Crowley.

—A mi mujer le encantan estas cosas. En realidad, ella le está agradecida por darle la oportunidad de entretenerse. Y en mi caso, es lo menos que podía hacer.

—Bueno, teniendo en cuenta que fue usted el que lo trajo de vuelta…

—Eso no fue nada. Pura casualidad. Ya sabe que Dermot y Rippin han seguido trabajando para mí todos estos años. No pudimos emprender la explotación de la mina en aquel entonces, pero nunca hemos dejado el proyecto definitivamente. Tan solo esperábamos el momento idóneo. Y gracias a que ese momento llegó, ellos encontraron a Andrew.

Robert frunció el ceño.

—¿Van a volver a intentarlo?

—Sí, amigo mío. Las circunstancias son distintas ahora. El gobierno ha colocado un destacamento militar en la zona y pronto los indios cuervo dejarán de ser un problema para nosotros. No ponga esa cara, hombre, no van a eliminarlos, tan solo harán que se muevan un poco. Hay mucho territorio, suficiente para todos. Esa mina de oro no les sirve para nada, no hacen nada con ella, así que no les importará poner sus tiendas en otro sitio. ¡Hay tierra suficiente para todos ellos!

Se rio de nuevo a carcajadas, aunque Robert no le veía la gracia.

—Mi amigo, el señor Willis, ya se ha unido al proyecto y estoy seguro de que no será el único. Si quiere participar, usted siempre tendrá las puertas abiertas. De hecho, pensaba proponérselo

también a Andrew. Sería un buen activo en esta empresa porque conoce muy bien el terreno.

—No sé si es buena idea…

—Dejaremos que el muchacho decida, ¿qué le parece? Si va a ser uno de los nuestros, tendrá que tomar sus propias decisiones. La cuestión es que vamos a ganar mucho dinero, Robert, no querría que se perdiera tan grandiosa oportunidad.

Una grandiosa oportunidad que le costó la vida a mis mejores amigos y provocó que Andrew se pasara diecisiete años entre salvajes, se dijo Robert. Aunque a él no le vendría mal una inyección de capital, le repugnaba la idea de participar en ese negocio.

—Pensaré en ello —dijo por compromiso—. Tengo que hablar con mi mujer.

—Claro, claro. Tómese su tiempo. Hasta el mes que viene no empezaremos los trámites para comprar las tierras. Háblelo con quien quiera y deme una respuesta cuando la tenga. Aquí estaré. —Levantó su vaso a modo de brindis y después bebió.

Capítulo 16

—Siento lo de mi abuela.

Regresaron a casa caminando.

—Es una mujer sincera y ha dicho lo que piensa, no hay nada por lo que debas disculparte.

Ella lo miró y sonrió.

—Has aguantado muy bien. Debo decir que me has sorprendido.

Andrew también sonrió.

—He practicado mucho.

—Con Clarence —rio Rose.

—Las dos son «un hueso duro de roer» —citó él.

—Cierto. Solo Clarence puede competir con ella. Mi abuela se quedó viuda después de tener a mi madre. Podría haberse vuelto a casar, pero no lo hizo. Eso provocó que tuviese que encargarse de todo ella sola y la endureció por fuera. Pero en el fondo tiene un gran corazón.

—Te pareces un poco a ella. Aunque también tienes cosas de tu padre y de tu madre.

—Mi madre es mucho más dulce que yo. Ya lo viste. Te recibió como al hijo pródigo, solo le faltó sacrificar un cordero para la cena.

Andrew asintió. Lo había sorprendido su efusividad y había reaccionado como un niño asustado.

—¡Rose! ¡Qué alegría verte!

Olivia Gregory estaba frente a ellos con una enorme sonrisa. Acababa de salir de su modista y su lacayo sostenía un montón de paquetes con expresión indiferente.

—Puedes dejarlos en el coche, Tom. Pero qué alegría que nos hayamos encontrado. Te hemos echado mucho de menos.

—Andrew, te presentó a Olivia Gregory, una amiga. Olivia, este es Andrew Portrey.

Él tomó su mano y se la llevó a los labios con elegancia.

—Encantado de conocerla, señorita Gregory.

—¡Oh! —La joven no esperaba que el salvaje del que todos habían estado hablando fuese un joven tan increíblemente guapo, elegante y educado—. Igualmente.

—No queremos entretenerte —dijo Rose con expresión amable—. Tu lacayo ha terminado de colocar todos tus paquetes en el landó.

—He comprado mucho, sí —se rio con afectación—. Entre otras cosas un precioso vestido de terciopelo para el baile que los Crowley van a dar en honor del señor Portrey. En realidad, ya lo había encargado antes en previsión del inicio de la temporada, pero he decidido estrenarlo para tan memorable ocasión. Supongo que tú tendrás que hacértelo aún. Has pasado tanto tiempo lejos de Londres. —Los miró a ambos con malsana curiosidad—. Debe haber sido muy aburrido estar los dos solos en Blunt Manor todo este tiempo.

—No hemos tenido tiempo de aburrirnos —dijo Rose con maldad—. Y no estuvimos solos, Clarence vino conmigo.

Su amiga la miró sorprendida de que considerase a una criada como alguien digno de ser tenido en cuenta en ese caso, pero no hizo ningún comentario al respecto.

—¿Qué le ha parecido Londres? —preguntó mirando a Andrew—. Imagino que no recordará nada de su infancia.

—Apenas nada, pero estoy seguro de que pronto me sentiré como en casa.

Tenía unos dientes perfectos y una boca que hipnotizaba. Olivia no podía dejar de mirarlo como una boba.

—Espero que me conceda el honor de hacerme un hueco en su carné de baile, señorita Gregory. No conozco a casi nadie y sería un atrevimiento pasarme la noche bailando con la señorita Balshaw.

—Oh, desde luego —respondió horrorizada ante semejante imagen—. Una señorita no puede bailar más de dos veces con un joven soltero. Por supuesto que le reservaré un baile y estoy segura de que nuestras amigas, las señoritas Puck y Ellison, harán lo mismo.

—Me siento muy afortunado. —Sonrió seductor—. Será un enorme placer conocerlas si son tan amables y encantadoras como

usted.

—¡Oh! —Olivia se rio sin disimular su turbación—. Tú irás con David Willis, ¿verdad, Rose? Ya me han dicho que os han visto paseando juntos un par de veces. Qué callado te lo tenías, pillina.

Rose no dijo nada a pesar de la mirada inquisitiva de su amiga.

—Bueno, les dejo seguir con su paseo, pues tengo mucho que hacer. Me he alegrado de conocerlo, señor Portrey. Rose, ven a verme pronto. Tienes que contarme esas novedades que has llevado tan en secreto.

Las dos jóvenes se besaron ligeramente y se despidieron con amabilidad.

—La familia de Berry parecía muy contenta —dijo Rose, cuando retomaron el paseo, intentando sonar trivial.

—Así es. A la pequeña Grace le gusta tanto vivir en mi casa que me pidió que no me casara hasta que ella fuese lo bastante mayor para ser mi esposa. —Sonrió—. Lo más divertido fue ver la cara de Berry al escucharla. Casi le da un síncope.

Rose sonrió divertida.

—Tuviste una gran idea —continuó él—. Es mucho más agradable vivir allí con ellos. No me siento tan solo.

—No será mucho tiempo —musitó ella.

—Echo de menos nuestras charlas y los paseos a caballo. Londres no es un lugar para cabalgar y, de momento, no quiero aventurarme a investigar por los alrededores. Quizá quieras acompañarme algún día y mostrarme…

—Estoy muy ocupada —se apresuró a interrumpirlo—. Mamá no deja de organizarme reuniones. Apenas me queda tiempo para leer o pasear.

—Lo entiendo.

Se detuvieron frente a la puerta.

—¿Quieres entrar? Mamá se alegrará de verte.

—No. Mejor me voy a casa. Tengo muchos papeles que me dio tu padre para que los revisara. Está empeñado en que conozca bien el negocio y no quiero desanimarlo.

—Ya no nos veremos hasta el baile de lord Crowley —dijo ella subiendo los peldaños de las escaleras hasta la entrada.

—¿Me concederás al menos un baile? —preguntó él jugueteando con el sombrero en la mano—. Aunque supongo que ese David

Willis te querrá para él solo.

Rose se volvió a mirarlo y había tal intimidad en sus ojos que él se estremeció.

—Te concederé un baile.

—Me conformaré con eso, *wahcawin*.

Rose sintió que su corazón temblaba al escuchar esa palabra de nuevo. Era como si ese nombre fuese un conjuro mágico que la ponía a su merced. Se apresuró a entrar en la casa rogando mentalmente que él no se hubiese percatado de ello. Pero sus ruegos no fueron escuchados.

El salón de baile de los Crowley era un espacio magnífico. Enormes lámparas de araña, adornos dorados y maceteros con orquídeas situados entre los altos ventanales. Por no mencionar la tela de damasco que cubría las paredes. Andrew observaba la rica ostentación de los anfitriones al tiempo que estudiaba con detenimiento a sus invitados. Se hallaba abrumado y confuso ante tal profusión de colores y ruido. Muchas voces que trataban de hacerse oír por encima de la música. Copas que campanilleaban al chocar en las bandejas que portaban los criados de un sitio a otro de la sala, risas estridentes y el humo de los cigarros de algunos caballeros. Las mujeres iban ataviadas con metros y metros de diferentes telas con texturas densas o delicadas superpuestas. Icamani recordaba haber aprendido los nombres de algunas de ellas, pero en ese momento esas palabras se atascaron en su cerebro sin poder salir.

—Querido Andrew —lo saludó lord Crowley acercándose a él—. Déjame que te presente a mi socio y amigo, el señor Matthew Willis.

—Señor Portrey. —El otro le estrechó la mano con expresión afable—. Me alegro mucho de conocerlo al fin. Se parece usted a su padre, Dios lo tenga en su gloria.

Así que este es el padre.

—Encantado, señor Willis.

—Matthew y yo nos conocemos desde hace años y somos tanto amigos como socios. En este mundo nuestro las amistades y el

trabajo van muchas veces de la mano, ¿verdad, Matthew?

—Así es. Si uno tiene algo bueno entre manos, ¿qué mejor que compartirlo con los amigos? De hecho, la nueva empresa que estamos acometiendo es una gran oportunidad y…

—Pero Willis —lo cortó Crowley—, ya habrá tiempo para hablar de trabajo en otro momento con el joven Andrew. Ahora estamos aquí para divertirnos. ¿Has podido ya bailar con alguna joven, muchacho? Ven, te presentaré a algunos de mis invitados, pero luego tú tendrás que hacer el resto.

Después de recorrer la sala escuchando nombres y más nombres, Andrew se encontró frente a una joven que lo miraba como si acabase de descender de una de las peanas que sostenían las estatuas que adornaban las esquinas. Una mezcla de admiración y temor que daban a su expresión un tinte infantil.

—¿Me concede este baile, señorita Ellison? —Solicitó después de ser debidamente presentados.

—Encantada, señor Portrey.

Emily Ellison era una de las jovencitas más hermosas de Londres. Por desgracia, ahí radicaba todo su encanto, como Andrew pudo comprobar enseguida. Su conversación se limitaba a unos pocos monosílabos y algún que otro suspiro mientras se deslizaba por la pista de baile con bastante gracia. Y los temas elegidos para dicha profusión de contenido carecían por completo de interés para el titonwan. Saber lo mucho que le había costado a su modista entender sus indicaciones para colocar el lazo de seda, no era precisamente una de sus preocupaciones. Después bailó con la señorita Anna Puck y con Olivia Gregory. Las tres amigas de Rose. Ese concepto de amistad no fue fácil de asimilar para Icamani. Para un titonwan un amigo es capaz de sacrificar su vida para salvarte, pero en Londres un amigo era aquel con el que se tomaba un té o se jugaba a las cartas. Dudaba mucho que la señorita Gregory estuviese dispuesta a saltar de su caballo para lanzarse sobre un comanche que quisiera la cabellera de Rose.

—Debe parecerle todo demasiado hermoso para soportarlo, ¿no es así, señor Portrey? Después de haber vivido entre salvajes… No se preocupe por nada, aquí todo el mundo quiere ayudarle y estoy segura de que pronto lo considerarán una persona normal. Parece una persona normal —dijo esto último sonriendo con afabilidad—.

Le confieso que cuando supimos que Rose iba a estar en Blunt Manor con usted todas nos preocupamos muchísimo. Queremos mucho a Rose. —Otra vez esa sonrisa bobalicona—. Pero seguro que me entiende. Usted ha vivido con esos… indios. Y ya sabe lo que cuentan de ellos…

—No estoy seguro de a qué se refiere concretamente, señorita Gregory —dijo Andrew al borde del colapso.

—Pues a las cosas que les hacen a las mujeres.

El titonwan buscaba a Rose entre los invitados, pero estaba claro que seguía sin hacer acto de presencia. Frunció el ceño y se esforzó en prestar atención a sus palabras, aunque le estaba resultando verdaderamente difícil.

—Ya sabe, «esas cosas» —insistió Olivia—. Una dama no puede hablar de ello, pero usted ya me entiende. Y, claro, allí no iba a haber más que criados aparte de ustedes dos. —Movió la cabeza con expresión preocupada—. No pude dormir durante al menos dos noches dándole vueltas, ¿sabe? Pero eso es lo que hacen las amigas, se preocupan las unas por las otras.

—Ya veo. ¿Y de qué le serviría a Rose que usted no durmiese? En caso de que yo hubiese sido un salvaje y la hubiese atacado, claro.

—¡Oh! —Lo miró asustada—. No quiero ni pensar en ello, Dios Santo, habría sido espantoso. Rose habría quedado deshonrada para siempre y su familia… Oh, no puedo, no puedo ni pensar en ello.

Andrew sonrió con inocencia.

—Siento mucho provocarle esta zozobra, señorita Gregory, y perdone mi ignorancia, pero sigo sin comprender de qué le serviría a Rose que usted no durmiese. Quiero decir, una amiga debería poder hacer algo más para «salvar» a alguien a quien quiere tanto.

—¿Y qué iba a hacer yo? Solo soy una mujer. Las mujeres no se meten en esas cosas. Tan solo podía preocuparme por ella y rezar para que Dios la protegiese.

—Ya veo. No dejo de maravillarme de la forma de actuar de los… londinenses —se corrigió antes de decir *wasicun* y tener que explicarle el concepto de la palabra.

—Oh, no se preocupe. Hace muy poco que se ha instalado en Londres, necesita tiempo para acomodarse a nuestras costumbres. —Sonrió al tiempo que dejaba caer sus pestañas en una pose

estudiada—. Supongo que en cuanto recupere su herencia buscará esposa.

Icamani la miró con una sonrisa que no coincidía con la expresión de sus ojos.

—No tengo mucha información sobre ese tema. ¿Querría usted ilustrarme al respecto, señorita Gregory?

La joven sintió que el rubor teñía sus mejillas y dejó escapar una risita nerviosa y tonta.

—Señor Portrey, ¿cómo podría yo hablarle sobre eso? Soy del todo inexperta en el tema. Me muero de vergüenza solo de pensarlo.

Andrew buscó por enésima vez la figura de la única persona a la que le interesaba ver esa noche. ¿Dónde narices estaba? ¿Es que no iba a acudir al baile? Tenía ganas de conocer a su pretendiente y ver qué clase de hombre era. Sonrió sin darse cuenta, estaba seguro de que ella no iba a ponérselo nada fácil a ese Willis y eso lo llenaba de regocijo. Era una mujer demasiado inteligente y con una vida interior plagada de matices. El hombre que la conquistase debía ser merecedor de su espíritu. No podía ser cualquier hombre. Apretó los labios sin darse cuenta y Olivia lo miró con preocupación.

—¿He dicho algo que lo ha molestado? No pretendía aleccionarle, pero usted me ha pedido que…

—Disculpe, señorita Gregory, necesito un poco de aire fresco. —Se separó de ella y la dejó en medio de la pista.

La luna brillaba en lo alto del firmamento y las estrellas, únicas amigas a las que reconocía, lo miraban indiferentes. Icamani tiró del pañuelo de su cuello para aflojarlo y respiró hondo varias veces. Le habían presentado a mucha gente de la que no recordaba ni el nombre ni el rostro. Había sonreído y respondido con comentarios educados y amables a todo aquel que se interesó por conocerlo. Había bailado con aquellas jóvenes y se había esforzado en mantener una actitud amable y solícita con cada una de ellas. Pero cada minuto que pasaba se sentía más y más solo, más y más abrumado. Lo que había vivido en Blunt Manor no lo había preparado para aquella profusión de estímulos absurdos e incomprensibles. La cabeza le daba vueltas y no dejaba de preguntarse dónde estaba Rose. ¿Quizá su pretendiente la había llevado a otro lugar? ¿Querría estar a solas con ella? Apretó los

puños para contener su irritación. Ese Willis era un caballero. Llevarla a un lugar para estar a solas sería lo que haría un salvaje. Lo que haría él.

—*Hu ihpeya wicayapo* —masculló entre dientes la expresión lakota que manifiesta el deseo de derrotar a tu enemigo.

—Mamá, ¿no deberíamos irnos ya? —Rose se retorcía las manos nerviosa—. Andrew debería haber ido con nosotros. Es una situación difícil para él y está allí solo…

—No digas tonterías —se burló su madre—. La casa de los Crowley estará llena de gente, ¿cómo va a estar solo? No podemos irnos hasta que llegue tu acompañante, hija. Seguro que el joven Willis tiene algún motivo para llegar tarde.

—Papá…

Robert se encogió de hombros. Había prometido a su esposa no intervenir en ese asunto y no iba a fallar ante el primer obstáculo.

—Disculpen la tardanza —dijo David Willis entrando en el salón—. He sufrido un percance inesperado y eso me ha retrasado.

—No te preocupes, muchacho. —Lo tranquilizó Robert acercándose a saludarlo—. Las mujeres estaban un poco inquietas por si te había sucedido algo, pero ya vemos que estás perfectamente.

Willis sonrió agradecido e inmediatamente saludó a las damas con galantería.

—Ya podemos irnos —anunció Felicia caminando hacia la puerta.

Los caballeros las dejaron pasar delante. Subieron al carruaje y el joven inició enseguida una conversación con Robert.

—Me ha dicho mi padre que va usted a participar en el negocio del oro en territorio indio.

Rose lo miró confusa y luego posó sus ojos en el rostro de su padre con expresión interrogadora. Robert ignoró aquella mirada consciente de la velada crítica que se apreciaba en ella.

—Aún no le he dado una respuesta a lord Crowley. Tengo entendido que tu padre es su socio en esto.

—Así es —afirmó el joven—. Mi padre y lord Crowley comparten riesgos y beneficios en varias empresas y esta es una de ellas.

—Ya veo.

—Si me permite darle mi opinión, creo que no debería perder una oportunidad semejante. Aquella tierra es muy valiosa y está desaprovechada. El oro no significa nada para esos salvajes, no les interesa lo más mínimo, así que, ¿por qué no cogerlo? —Sonrió satisfecho—. Es una cuestión lógica, ¿no cree? Enormes beneficios con una mínima inversión. ¡Estaríamos locos si no nos aprovecháramos!

—Supongo que piensan pagar a sus legítimos dueños —dijo Rose sin poder contenerse.

David Willis la miró con una sonrisa condescendiente. Empezaba a conocer bien a Rose Balshaw y una de las cosas que más le atraían de ella era el reto que supondría llegar a dominarla.

—Por supuesto, Rose, nosotros no somos salvajes, no los mataremos para robarles como sí hacen ellos con sus congéneres. Por suerte las cosas que quieren a nosotros nos cuestan muy poco. Son poco menos que baratijas.

—Exceptuando las armas —siguió ella—. Tengo entendido que algunos hombres «civilizados» comercian con ellos vendiéndoles armas a cambio de pieles. ¿Qué pasará cuando se den cuenta de que el oro es muy valioso para nosotros? ¿No cree que querrán sacar partido de ello? Si consiguen armas dejarán de estar indefensos ante nuestros ataques y quizá ya no sea efectivo venderles mantas con sarampión para aniquilarlos.

—¿Indios indefensos? Señorita Balshaw, está claro que no lee usted los periódicos y no conoce el tema en profundidad. Los indios no han estado nunca indefensos. De hecho, se han dedicado a matar a gente inocente que lo único que querían era establecerse y vivir honradamente en una tierra que no era de nadie.

—Es cierto que los indios no consideran la tierra como una posesión. Al igual que el agua o el cielo, pero ellos llevaban siglos viviendo en ella, desde mucho antes de que a los hombres «civilizados» se les ocurriese la idea de construir allí sus casas. Quizá deberíamos haber actuado con mayor sutileza.

—Se les ha pagado por ello.

—¿Pagado? Oh, sí, les damos cuentas de colores y mantas infectadas de sarampión.

—Eso es una leyenda para asustar a jóvenes influenciables como usted —se burló—. Nadie en su sano juicio se creería que utilizaríamos un sistema tan ridículo para acabar con un pueblo zarrapastroso y sin civilizar. Somos muy superiores y podríamos eliminarlos si nos lo propusiéramos. Si siguen vivos es porque nosotros sí somos civilizados, señorita Balshaw, aunque usted repita la palabra una y otra vez con retintín.

—Habla usted como si fuese americano, señor Willis. Que yo sepa se libraron de nosotros hace tiempo.

A Willis le sorprendía que sus padres no interviniesen en aquella discusión y permitiesen que su hija hablase como lo hacía. Empezaba a entender por qué ella se comportaba de ese modo tan poco apropiado para una joven casadera y los comentarios que había oído al respecto.

—Siento haber tocado este tema —dijo mirando a Robert y Felicia—. Es evidente que la llegada de Andrew Portrey deber haberles provocado sentimientos encontrados al respecto. Me abstendré de hablar de ello en el futuro y les reitero mis disculpas por el espectáculo.

Rose respiró hondo por la nariz para tratar de calmarse. Estaba claro que pretendía ponerla en evidencia delante de sus padres y la mirada severa de su madre le decía que se había salido con la suya. Durante el resto del camino se limitó a mirar por la ventanilla sin decir nada más.

Capítulo 17

Habían sido los últimos en llegar. El salón abarrotado y las numerosas bandejas vacías en el comedor daban buena cuenta de ello.

—Siento haber sido tan desconsiderado al discutir con usted sobre un tema tan complejo —dijo David Willis cuando se quedaron a solas—. Espero que perdone mi falta de tacto al incomodarla delante de sus padres.

Rose tuvo que esforzarse en sonreír.

—No me haga mucho caso —pidió—. Seguro que ya había oído hablar de mi fuerte carácter.

Ya lo creo que sí y estoy deseando pulir esas astillas hasta dejarla suave como el terciopelo.

—No suelo prestar atención a las opiniones de los demás, prefiero escuchar las mías.

Rose aceptó que su respuesta había sido de lo más pertinente y se recordó a sí misma que tenía una deuda con su madre. Sonrió con sinceridad y le tendió la mano.

—¿No le apetece bailar?

—Lo estoy deseando —respondió Willis llevándola hacia el centro del salón junto al resto de bailarines.

Andrew se había ido alejando de la música dando la vuelta a la casa por el exterior. La luz que emergía de una de las ventanas lo atrajo. Se acercó sigiloso y escuchó a lord Crowley hablando con otra persona cuya voz también le resultó familiar. Con la espalda pegada a la pared puso atención a sus palabras para no perder detalle.

—… nos prometió su dinero.

—Todavía es pronto para captar al muchacho. Hay que darle tiempo para acostumbrarse a la vida en Londres.

Andrew frunció el ceño.

—¿Balshaw dirá que sí?

—Por supuesto, ¿por quién me tomas? Todo el mundo sabe que soy un hombre de negocios en el que se puede confiar. Robert también entrará, como lo hizo Willis.

—Necesitamos suficiente dinero para pagar a hombres armados que protejan a los mineros. Y hay que sacar el oro de allí, lo que tampoco será nada fácil. Ya se estropeó todo una vez y no queremos que vuelva a ocurrir lo que pasó por culpa de ese estúpido de Portrey. Le dijimos que no podía hablar con ellos, pero no nos hizo ningún caso.

—Quizá si le hubieseis contado que habíais asaltado el poblado sicangu cuando los hombres estaban de caza y que habíais matado a mujeres y niños sin compasión, Portrey no habría cometido el error de pisar sus tierras llevando a su familia con él.

—Esos sicangu también son estúpidos.

Icamani entornó los ojos y apretó los puños al reconocer a Dermot. Así que el otro debía de ser Rippin.

—Aquello ya no importa —dijo Crowley—. Ellos murieron y nosotros perdimos un gran negocio por vuestra culpa. Si no nos hubiésemos retirado, los americanos os habrían colgado por saltaros su tratado y a mí no me habrían permitido volver a hacer negocios allí. Me pongo furioso cada vez que me acuerdo, así que no deberíais sacar el tema si queréis seguir trabajando para mí.

—Enterramos los cadáveres y borramos todo rastro para que nadie pudiera localizar al muchacho. De ese modo, nadie podía tirar de la cuerda que llevaba a usted.

—¿Nadie? —La voz de Crowley denotaba su enorme enfado—. ¿Y qué me decís de Dawson? Ese maldito escritor estuvo a punto de echarlo todo a perder con su libro. Si la casualidad no hubiese hecho que yo me enterase del contenido, todo habría acabado descubriéndose por vuestra culpa, estúpido. Tuve que pagarle mucho dinero para que sacara al niño rubio de su manuscrito. ¡Mucho dinero!

—Han pasado muchos años desde entonces —intervino Rippin

con voz de preocupación—. Y nos libramos de ese escritor en cuanto nos lo ordenó.

—No me siento orgulloso de eso —dijo Crowley bajando el tono—. Pero no podía dejar ese cabo suelto. Dawson era escritor y les encanta hablar.

—No tiene sentido pensar en aquello ahora —dijo Dermot—. Le hemos traído al muchacho como usted ordenó. Pero ¿por qué lo dejó en manos de Balshaw? Su hija lo ha ralentizado todo llevándolo a Blunt Manor. El trato era…

—El trato es el que yo diga —lo cortó lord Crowley—. Para poder quedarnos con su dinero primero tiene que recuperarlo. Eso solo sucederá si Robert confía en él. Y esa muchacha se ha encargado de domesticarlo hasta convertirlo en su perrito faldero. Tendríais que verlo ahora, parece un corderito.

—Vaya, vaya con la *lady* —dijo Rippin burlándose—. Imagino lo que le ha dado para tenerlo tan bien atado.

—Ahora que lo pienso eso puede ser bueno para nosotros —dijo Dermot—. Si la cosa se tuerce podemos llevárnosla a la cabaña y usarla para obligar al indio a hacer lo que nosotros le digamos.

Icamani estaba pálido como la muerte y sus tensos músculos estaban preparados para atacar en cualquier momento. Aquellos hombres no saldrían vivos de esa casa.

—Ni se os ocurra tocarla sin mi permiso —dijo Crowley dando un golpe en la mesa—. ¡Ni se os ocurra! Limitaos a cumplir mis órdenes, que es para lo único que servís. Me habéis costado mucho dinero y quebraderos de cabeza.

—También le hemos resuelto muchos problemas que no podía afrontar usted mismo. —La voz de Dermot sonó poco amigable.

—Recibiréis vuestro dinero cuando llegue el momento. —Crowley suavizó el tono consciente de que estaba hablando con un asesino—. Ahora, marchaos. Tened cuidado para que Andrew no os vea.

Icamani respiraba agitado y permaneció pegado a la pared e inmóvil hasta escuchar que la puerta del despacho se cerraba por segunda vez. Se acercó a la ventana y saltó dentro del despacho. Le pareció un lugar asfixiante con tanta madera oscura. Olía a colonia y a cuero, pero también detectó el olor a sudor de los dos hombres que lo habían capturado y lo habían torturado durante semanas.

Tenía todos sus sentidos alerta y estudió cada detalle del mobiliario buscando algo que le sirviese. En realidad, no sabía lo que estaba buscando, ni siquiera sabía por qué había entrado allí. Era un guerrero titonwan que podía seguir un rastro durante largas distancias. Capaz de detectar el menor cambio en el paisaje. Pero allí en aquel lugar lleno de cosas que no significaban nada para él, sus capacidades se veían anuladas. Era como un niño sin experiencia al que le dieran un arco sin flechas. Tenía que hacer algo, debía proteger a Rose y no tenía armas para un mundo que no comprendía. Su instinto le había dicho que debía matarlos a los tres allí mismo, pero sabía que eso le costaría la vida y no volvería a ver a Mahtola. Debía serenarse y planear sus acciones con gran tino si quería seguir siendo libre.

—¿Te has vuelto loco? ¿Qué haces aquí?

Icamani la vio en la ventana mirándolo perpleja.

—¡Sal de ahí ahora mismo! —Se apartó indicándole el camino, como una madre que regaña a su hijo.

Icamani saltó la ventana como había hecho antes y recordó las palabras de Crowley.

«Esa muchacha se ha encargado de domesticarlo hasta convertirlo en su perrito faldero. Hace todo lo que ella le dice».

Y ahora está en peligro por mi culpa.

—Pero ¿cómo se te ocurre? —preguntó Rose ajena a sus pensamientos.

—¿Me has visto?

—¡Claro que te he visto! Y podría haberte visto cualquiera. ¿Te has vuelto loco?

—Estaba paseando…

—Ah, vale, estabas paseando y se te ocurrió saltar dentro del despacho de lord Crowley a través de una ventana.

—No pretendía robarle, si es lo que estás pensando.

—Ahora mismo no soy capaz de pensar. Casi se me sale el corazón por la boca cuando te he visto colarte. He corrido tanto que me he quedado sin aire. ¿Qué esperabas encontrar?

—No lo sé.

Rose empalideció. ¿Era su venganza otra vez? ¿Estaba planeando hacer daño a Crowley?

—No deberías mentirme. Creí que éramos amigos.

—Tenéis un sentido de la amistad que no consigo comprender.

Ella suspiró y se encogió de hombros. La noche le estaba resultando de lo más extraña y agotadora. Se fijó entonces en el pañuelo de su cuello, era el que ella le había regalado. Andrew llevó la mano hasta él y lo acarició de un modo que le erizó el vello de la nuca.

—Será mejor que regresemos al baile. Después de todo, lo han organizado en tu honor.

—No soporto estar entre esa gente. No soporto sus gritos y sus risas. Prefiero quedarme aquí.

—Pero no puedes, Andrew, no puedes hacer lo que te dé la gana igual que yo tampoco puedo. Debes actuar como ellos quieren. Has de hacerlo para conseguir lo que buscas. Si mi padre sospecha que no estás recuperado, no te traspasará la herencia y no podrás irte. Hemos trabajado mucho para que puedas regresar, no vas a estropearlo porque no te guste su risa.

Icamani sabía ya que era su aliada, que se preocupaba por él y pretendía ayudarlo. El tiempo en el que pensaba en Rose como la herramienta de su padre para dominarlo, como la tentación que el destino ponía ante él para vencerlo, ya había pasado. Ahora sabía la verdad. Desde el principio solo había querido ayudarlo. Primero a ser Andrew porque creía que eso era lo que necesitaba, pero en cuanto comprendió que nunca dejaría de ser Icamani su única intención fue conseguir que regresara con su hijo.

Por un segundo dudó si contarle la conversación que había escuchado, pero se dio cuenta de que eso la pondría en un mayor peligro. Crowley había dejado claro a Dermot y Rippin que no debían tocarla, la consideraba casi una aliada, pero si se sentía amenazado por ella no dudaría en actuar, igual que actuó contra *Pahaha*. No, ella no podía saber nada. Era demasiado peligrosa, no se quedaría de brazos cruzados. Mantenerla fuera de todo era la única manera de que estuviese a salvo y eso era lo único que le importaba en ese momento.

—Gracias, *wahcawin* —dijo sincero.

Rose frunció el ceño confusa.

—¿Por qué me das las gracias?

—Por ser como eres. Por querer ayudarme. Gracias de corazón. —Se puso la mano en el pecho y luego la llevó hasta su cabeza con

gran simbolismo.

Ella se ruborizó y apartó la mirada. *Cosas de indios*, escuchó la voz de Berry en su cabeza.

—Dejémonos de charla y volvamos a la fiesta. David Willis se debe estar preguntando dónde me he metido todo este rato.

Caminaron uno junto al otro.

—¿Qué tal está siendo tu acompañante?

—Aún no lo sé. Hemos discutido durante el trayecto y me ha parecido un estúpido y un presuntuoso, pero luego al llegar aquí me ha pedido disculpas y se ha comportado de un modo encantador. Creo que necesito más tiempo para saber quién es en realidad, aunque mi madre ya escucha campanas de boda.

Cuando llegaron a la terraza Willis salió a su encuentro.

—Creía que había perdido a mi pareja de baile —dijo sonriendo.

—He salido un momento a tomar el aire y me he encontrado con Andrew. Te presento al señor David Willis. Andrew Portrey.

Los dos hombres se estrecharon la mano y el titonwan recordó lo que Rose le contó la primera vez que le explicó ese ritual.

«En la antigüedad los hombres se estrechaban la mano como gesto de buena voluntad y para demostrar que no sostenían un arma. Y, una vez unidas las manos, las sacudían con firmeza arriba y abajo para asegurarse que tampoco llevaban un cuchillo escondido en la manga».

No necesito un cuchillo, se dijo el titonwan. *Si no eres bueno con Rose, me bastarán mis propias manos*.

—Me alegro de conocer por fin al famoso Andrew Portrey. Yo no tuve el gusto de conocer a sus padres, pero he oído hablar de ellos a menudo. Eran dos personas muy queridas en Londres.

—Gracias. —Volvió la mirada hacia Rose—. Me habías prometido un baile y creo que esas notas son de un vals. ¿Me equivoco?

—¿Le importa? —preguntó Rose mirando a Willis antes de aceptar.

—Adelante, la esperaré aquí. Hace una noche preciosa.

Rose cogió la mano que Andrew le ofrecía y entró con él al salón de baile. Willis se había dado la vuelta y contempló la oscuridad de la noche con expresión enfadada. Iba a ser más trabajo del que hubiera deseado, pero la victoria de verla humillada a sus pies bien merecería el esfuerzo.

—Por fin le he conocido —dijo Andrew con un deje burlón—. Parece todo un caballero. Te auguro noches excitantes jugando a las cartas.

—Es un joven distinguido y de muy buena familia —dijo ella dispuesta a aguantar el tipo—. Y es divertido jugar a las cartas.

—Oh, sí, ya lo creo. Casi tanto como caminar con piedras en los zapatos.

Rose lo miró con fijeza.

—¿Piensas boicotear a mis pretendientes?

—Solo a los que no me gusten.

—Pues lo siento por ti, pero la única opinión que importa es la mía.

—¿De verdad? Creía haberte oído decir que la única que importa es la de tu madre.

—Estás siendo antipático.

Sintió que apretaba la mano de su cintura y la acercaba peligrosamente a él.

—No hagas eso —dijo mirando a su alrededor de soslayo—. Todos están pendientes de tu comportamiento, haz el favor de no estropearlo tan pronto.

—Voy a tener que abstenerme de dar mis opiniones sobre el señor Willis o acabarás lanzándote en sus brazos solo por contrariarme.

—¿Por quién me tomas?

—No te enfades, *wahcawin*. Si ve el mal carácter que tienes huirá a toda velocidad y ni siquiera tu madre podrá alcanzarlo.

—Disfrutas burlándote de mí.

—Lo cierto es que sí —confirmó con mirada inteligente—. Me gusta cómo levantas la nariz cuando te enfadas. Y las llamaradas que lanzan tus ojos cuando desearías darme un puñetazo. —Bajó la voz—. Me conmueve tu expresividad y el modo en que aprietas los puños como si con ello pudieras detener la marea de tus palabras. Eres puro fuego, *wahcawin*, y no he conocido jamás a ninguna mujer como tú. No creo que haya un hombre en esta sala digno de poseerte. Exceptuándome a mí, claro.

Rose sintió que no podía respirar y su corazón latía tan rápido que casi podía escucharlo por encima de los músicos. Andrew se inclinó ligeramente.

—He sostenido el pañuelo que bordaste para mí durante muchas noches. Dejaste tu aroma impregnado en cada fibra y ahora se mezcla con el mío, tal y como querría que se mezclaran nuestros cuerpos.

Por suerte para ella, en ese momento acabó el vals y pudo alejarse sin llamar la atención de todos. Por un instante temió que su cuerpo estallara en llamas delante de todos.

—¿Se encuentra bien? —Willis la esperaba en la terraza, tal y como habían quedado, y no se le escapó el nerviosismo y el intenso rubor con el que ella acudió a su cita.

—Hace un calor sofocante ahí dentro —improvisó—. Necesitaba aire fresco.

—Pues aquí hay bastante de eso —sonrió—. ¿No le parece que la luna brilla de un modo especial esta noche? Tengo la impresión de que es por nosotros.

Rose se estremeció adelantándose a lo que iba a continuación.

—Señorita Balshaw, imagino que es usted consciente de cuáles son mis intenciones…

¡No! ¿Tan pronto?

—Debo decir, sin ánimo de sonar engreído, que mi buena posición económica es incuestionable. Además de que soy miembro de una distinguida familia que usted conoce perfectamente. Corríjame si me equivoco, pero me ha parecido notar que no le molesta mi compañía y ha accedido con agrado a todas las invitaciones que le he propuesto. Por todo ello, me he decidido a dar el paso y preguntarle si estaría de acuerdo en que hable con su padre sobre… nosotros.

Lo miró, miró sus propias manos que se retorcían nerviosas, volvió a mirarlo. Debía darle una respuesta y sabía que solo podía ser afirmativa. Su madre se sentiría terriblemente decepcionada si lo rechazaba. Además, ¿con qué motivo? De todos los jóvenes con

los que se había relacionado desde su regreso de Blunt Manor, David Willis era, sin duda, el mejor partido. Sin embargo, no sentía hacia él la más mínima atracción. La sola idea de que la rodease con sus brazos y la besase le producía un rechazo visceral agudo. Si decía que sí, ¿qué vendría después?

—¿Podría darme unos días? Querría hablar con mi madre antes. Ella es mi mejor consejera y no quisiera precipitarme en mi decisión.

Willis sonrió creyendo entender que estaba inclinada a aceptarlo y solo quería la confirmación de *lady* Felicia, cosa que estaba seguro de que obtendría. La madre de Rose había mostrado claramente sus simpatías hacia él.

—Por supuesto que sí —dijo sonriendo—. Aunque mi corazón late anhelante por tenerla entre mis brazos, contendré mis impulsos masculinos en aras de su tranquilidad. Hable con su madre y deme una respuesta a la mayor brevedad posible.

—Me comprometo a ello —dijo aliviada por haber ganado un poco de tiempo.

—¿No le parece que la casa de los Crowley está un poco anticuada? El damasco en las paredes ya no se estila. Espero que no quiera damasco en su casa, señorita Rose, me resultaría decepcionante.

—No tengo una opinión al respecto —dijo incómoda.

No te creo, pensó Andrew apostado bajo la balaustrada.

Había salido por otra de las puertas al jardín y se había quedado debajo de la terraza para asegurarse de que ese fantoche se comportaba como es debido.

No hay nada sobre lo que no tengas opinión. No es eso en lo que piensas. Estás huyendo de él, sorteando el momento crítico para conseguir tiempo. No quieres que hable con tu padre, no quieres la opinión de tu madre. La sola idea de ser suya te remueve las entrañas. Porque no soy yo. Lo he visto en tus ojos mientras te sostenía entre mis brazos durante el baile. Ya no hay velo entre tú y yo. He escuchado a tu corazón gritándole al mío que no te abandone. Lo he oído y lo he sentido en el pecho como una fuerza extraordinaria que te empujaba hacia mí. Juro por todos los espíritus que si esta noche estuviésemos en Blunt Manor te haría mía. Y sé que sería bien recibido aunque con mi simiente sembrase tu desgracia. Soy un peligro para ti, mi wahcawin.

Debo cruzar el ancho río y hundir mi barca sin mirar atrás o te arrastraré a tierra yerma porque no soy tan fuerte como creía. Yo, un guerrero titonwan, he sido vencido por una frágil mujer flor que se ha adueñado de mi espíritu.

Se alejó de allí sin hacer ruido mientras Rose fingía escuchar la interminable cháchara sobre los gustos decorativos de David Willis. Y pensaba en él.

—Andrew, llevo un rato buscándote. —Robert lo interceptó junto a la puerta del salón de baile—. Un segundo estabas bailando con Rose y al siguiente habías desaparecido. Estás pálido, ¿te sientes bien?

—Algo de lo que he comido me ha revuelto el estómago. He salido a ver si el aire me ayudaba a encontrarme mejor, pero creo que voy a marcharme a casa.

—Vaya, lamento escuchar eso. Yo siempre digo que hay que tener cuidado con lo que comemos en estas fiestas. Hace mucho calor y tanta comida… En fin. Quería hablar contigo, pero no es el mejor momento, está claro. ¿Por qué no vienes a verme al despacho? Te mostraré los nuevos materiales que han llegado y podrás darme tu opinión sobre algunas dudas que no sé cómo resolver.

—Iré a verlo cuando usted me diga.

—¿Qué te parece el jueves a las tres? Y luego puedes venir a cenar a casa. Felicia se alegrará de verte. Y Rose también, por supuesto.

—De acuerdo —aceptó nervioso. Tenía que salir de allí cuanto antes o le estallaría la cabeza.

—Vamos, ve a casa a descansar. Tienes muy mal aspecto.

—Buenas noches, señor.

—Buenas noches, hijo.

—Espero que te hayas divertido y que alguna jovencita haya

despertado tu interés. He visto que has bailado con todas las que están en edad casadera y siguen solteras. —Lord Crowley sonreía con complicidad mientras se despedía de él en el *hall*—. Cuando estés familiarizado con el negocio de tu padre pásate por aquí y hablaremos. Tengo alguna cosa que proponerte. Pero primero has de coger las riendas y sentirte cómodo con tu nueva vida. No dudes en pedirme cualquier cosa que necesites. Tu padre estaría muy orgulloso de ti, muchacho.

Andrew inclinó la cabeza a modo de saludo y se dirigió a su carruaje con paso decidido. Subió al vehículo y cuando se puso en marcha apoyó la cabeza en el respaldo y cerró los ojos con el corazón latiendo desbocado y un nudo en la garganta. Aquel hombre tenía todo lo que pudiese desear. Una familia, dinero y poder para hacer lo que quisiera. No tenía que preocuparse por la comida, ni porque llegase un enemigo a asaltar su campamento. Tan solo tenía que vivir y disfrutar de lo que su mundo le ofrecía. Y, sin embargo, allí estaba, de pie frente a la escalinata viendo alejarse su carruaje con una sonrisa mientras pensaba en robar al hijo del hombre al que hizo que mataran. Fueron Dermot y Rippin los culpables directos, pero eran sus esbirros y lo que hacían en su nombre era su responsabilidad. No habrían estado allí si Crowley no los hubiese enviado. Además, no hizo nada cuando lo supo, cuando le contaron lo que le habían hecho a la familia del que se empeñaba en decir que era su amigo. Cuando supo que los titonwan se lo habían llevado. Nada.

Algo se había quebrado en su interior. Lo sentía en los huesos y podía verlo en el temblor que agitaba su pierna dentro del coche. Al llegar a casa, en lugar de subir a su cuarto, se quedó en el salón. Se sentó en una butaca casi a oscuras. Como única luz los rayos de luna que se colaban entre las cortinas mal cerradas. Le pesaba el corazón y un sentimiento viscoso y mugriento fue cubriendo su ánimo y despojando su mente de la protección que durante años lo había mantenido a salvo de la locura.

Sabía de la masacre que Dermot y Rippin habían cometido en el poblado sicangu. Había oído hablar de ese día y de que habían muerto seis mujeres y cinco niños. Once miembros de una tribu compuesta por veintisiete. Los habían diezmado y destruido como grupo y se habían tenido que unir a otra tribu para no ser tan

vulnerables. Y esa fue la causa de que los sicangu atacaran la caravana en la que viajaban sus padres. En la que viajaba él. Andrew. El Andrew que ella ansiaba traer de vuelta. Cerró los ojos para impedir que las lágrimas escaparan de ellos y escuchó el grito de guerra antes de atacar. Los sicangu, lakotas como él. Sus hermanos.

Fueron sus hermanos los que mataron a sus padres después de torturarlos salvajemente. Solo él conocía las atrocidades que les hicieron para vengarse de Dermot y Rippin. Aquellas imágenes, tanto tiempo ocultas en un lugar oscuro y frío de su cerebro, se manifestaron en ese momento frente a él como si hubiese viajado en el tiempo. Escondido detrás de una piedra, aterrado y al borde de que su mente se rompiera para siempre, fue testigo del horror que sufría su padre al ver cómo abusaban de su esposa para después desmembrarla ante sus ojos. Los gritos del hombre suplicando compasión por ella y pidiendo que lo mataran. Cada corte del cuchillo, cada golpe del hacha resonó en aquel salón con gran estruendo. Un estruendo que solo él podía escuchar. El dolor corría por sus venas a una velocidad vertiginosa anegando su alma. Las lágrimas brotaban de sus ojos con inusitada fiereza cuando la culpa lo tiñó todo de rojo sangre.

Wiyaka lo había hecho olvidar. Sabía cómo hacerlo. Y gracias a eso se había convertido en un lakota, uno más de la tribu titón. Renunció a sus orígenes, a su historia, a sus vínculos afectivos, y siguió respirando. Y ellos lo acogieron, como antes habían acogido a otros en idénticas circunstancias, después de matar a sus familias o recogiéndolos tras una masacre de otra tribu. Dermot y Rippin mataban indios por el mero hecho de serlo. Debía enfrentarse a la certeza de que los sicangu no eran mejores que eso. Mataron a inocentes para vengarse de los crímenes que habían cometido otros. No los mataron por el oro, en eso tenían razón los que decían que no significaba nada para ellos. Los mataron porque eran blancos y ansiaban venganza.

Como él cuando llegó allí. Quería matarlos a todos. Romper, cortar y mutilar…

Como ellos.

Un salvaje.

Berry se paró frente a él y lo miró desde su altura. Icamani tenía los ojos rojos de tanto llorar y su rostro era el de la misma muerte. El criado no dijo nada, fue hasta el mueble bar y sirvió una generosa cantidad de *whisky* en un vaso, después se lo puso en la mano e hizo que bebiera.

—Yo no tengo una pipa que fumar, pero puedes hablar. No estás solo. Habla conmigo —dijo el mayordomo tuteándole como hacía antes. Se sentó en la alfombra y esperó.

Icamani se deslizó desde la butaca y cayó a plomo en el suelo. El pelo enmarañado de tanto sacudírselo con las manos se pegaba a su rostro mojado y le daba el aspecto de un demente. Comenzó a hablar sin darse cuenta y ya no pudo parar. Berry lo escuchó en silencio y lloró con él. Era padre y le dolió su sufrimiento como si fuera el de su propio hijo. Bebieron los dos y los encontró el amanecer sin que se hubiese movido de aquella alfombra.

—Gracias por escucharme —dijo ya más tranquilo—. Me sentía perdido y sin nada a lo que agarrarme.

—Tienes a tu hijo.

—¿Mi hijo? La mitad de su sangre es titón.

—¿Y eso qué importancia tiene? Uno es de donde le quieren. Si vas a buscarlo y lo traes aquí, crecerá como un niño cualquiera.

—Sabes mejor que yo que eso no es cierto. Nunca lo aceptarían y todos se encargarían de que tuviese muy claro que no pertenece a su mundo —negó con la cabeza—. No puedo traerlo.

—Y ahora tampoco te ves capaz de quedarte con él allí.

Andrew echó la cabeza hacia atrás y la apoyó en el asiento del sofá. Con la mano apoyada en su rodilla doblada y la camisa desabrochada, a Berry le pareció más joven aún de lo que era. Se le veía perdido y agotado.

—Habla con la señorita Rose, ella podrá ayudarte.

El otro respiró hondo y bajó la cabeza. El cabello le cubrió el rostro y permaneció oculto tras él durante unos minutos sin decir nada.

—¿Crees que soy un monstruo por quedarme con ellos, Berry? —preguntó mirándolo tras la maraña de pelo.

El mayordomo negó con la cabeza.

—Eras solo un niño, no podías hacer otra cosa. Tenías que sobrevivir.

—¿Cómo pude olvidarlo todo? Debería haberme vengado.

—Me has hablado de las pócimas de Sinaska y de las hierbas que utilizaba tu padre para su pipa. Seguramente te hicieron olvidar. De nada sirve tratar de retener el agua entre los dedos. Por más que te esfuerces acaba escapando. Lo mismo pasa con el pasado, debes dejarlo ir porque no hay modo de que puedas cambiarlo. No te tortures pensando cosas imposibles. Eras una criatura inocente que sufrió lo indecible aquel día. Has conseguido regresar a casa. La casa de tus padres. Puedes honrar su memoria quedándote.

—Mahtola…

—Él estará bien. Ellos lo cuidarán y crecerá escuchando historias sobre su padre, un valiente guerrero de pelo dorado llamado Icamani.

Por más que intentaba renegar de su vida entre los titonwan, no podía. No se sentía avergonzado por haber sido Icamani y seguía sintiendo afecto por aquellos con los que creció. Y era eso lo que lo estaba matando por dentro. Soltó el aire de golpe de sus pulmones y se puso de pie.

—Voy a regresar. Debo hacerlo por mi hijo. Y también por Wiyaka. Debo sentarme frente a él para que me explique la verdad.

—¿Te dejarán volver si decides hacerlo? —Berry se levantó también.

—Hay una palabra lakota, *tawamiciya*, que significa que uno solo se pertenece a sí mismo. Nadie obliga a un titonwan a quedarse donde no quiere estar.

—¿Estás seguro de que eso es lo que quieres? ¿Qué pasará con… esto? —señaló a su alrededor.

—No necesito nada de lo que hay en esta casa. Lo único que necesito no lo puedo tener. Encontraré el modo de vivir sin ella.

Berry lo vio salir del salón completamente derrotado. Estaba seguro de que se repondría igual que lo estaba de que Rose sentía lo mismo por él.

Capítulo 18

Felicia miraba a su hija con fijeza. De nuevo aquellas ojeras bajo sus ojos y se había mordido la piel de los labios. Estaba segura de que no había pegado ojo una noche más.

—¿Tú qué quieres, Rose? —preguntó directamente.

Su hija bajó la cabeza con resignación.

—Haré lo que tú digas. Me comprometí a ello y cumpliré mi promesa.

—No has contestado a mi pregunta. ¿Quieres casarte con David Willis?

Rose se resistía a responder porque sabía que eso era hacer trampas. Su madre la quería muchísimo y no podría obligarla a hacer algo que sabía que la haría desgraciada. Así que mantuvo su postura y su mutismo. Felicia suspiró y se puso de pie.

—No puedo tomar una decisión sin saber lo que tú deseas, hija. De nada sirve que ese joven sea un buen candidato si te desagrada.

—Mamá. Háblame de cómo conociste a papá. ¿Cómo supiste que era él?

Felicia miró a su hija con una sonrisa maternal y volvió a sentarse frente a ella. Cogió sus manos y las acarició con ternura.

—No sé por qué nunca hemos hablado de esto —musitó pensativa—. Nuestro matrimonio fue concertado. Yo apenas conocía a tu padre cuando me casé con él.

—Entonces… ¿no os amabais? —La sorpresa y el temor hicieron presa de su rostro.

—No, hija, no nos amábamos. Al principio, simplemente nos esforzamos por tratarnos bien. Ser amables y cuidadosos, ya sabes. La intimidad… Tranquila, no entraré en detalles. Pero eso no ayudó mucho, la verdad. Era algo demasiado… extraño para no afectarnos. Así que un día, tu padre, muy serio y comedido, ya le conoces, me llamó a su despacho y me dio una larga charla sobre la

amistad y los valores que hacían que los seres humanos nos diferenciásemos de los animales. Me dijo que no volveríamos a dormir en la misma cama hasta que nuestra relación se hubiese fortalecido. Me preguntó si yo estaba dispuesta a poner todo de mi parte para lograrlo y le dije que por supuesto. Me ofreció su mano, como haría con un hombre, y me la estrechó con firmeza. Dijo que aquello era un pacto entre caballeros y que como tal debíamos respetarlo.

Rose no pudo evitar sonreír a pesar de lo confusa que se sentía.

—Desde ese momento empezamos a conocernos. Hacíamos cosas juntos, hablábamos sin parar. Me hacía reír tanto que a veces tenía que salir de la habitación para poder respirar. —Rio al recordarlo—. Nos enamoramos perdidamente. Y poco después me quedé embarazada. Un día hablando con tu abuela le pregunté por qué lo había elegido para mí y me dijo que cuando yo tenía catorce años él estuvo en casa con sus padres y nos había visto charlando sentados en el alféizar de la ventana. Dijo que nunca me había visto reír con tantas ganas como aquel día.

Rose se vio a sí misma riendo sobre el caballo la primera vez que cabalgó como un hombre. Y el día que Icamani le hizo un columpio y ella trató de enseñarle a utilizarlo. Había tantos momentos en los que él la había hecho reír que le sería difícil escoger solo uno. Y no era solo eso. Le gustaba mirarlo en silencio y se estremecía cuando era él quien la miraba. Le gustaba el sabor de sus labios y lo que le hacía sentir su contacto. Quería consolarlo como a un niño cuando lo veía sufrir y que la tomara entre sus brazos cuando se sentía vulnerable.

—No quiero casarme con David Willis, mamá.

—¿Amas a otro?

Rose apartó la mirada. No podía decírselo porque eso la llevaría a un terreno peligroso. Sus padres la querían muchísimo y si su felicidad estaba con Andrew lo aceptarían como yerno. Entonces tendría que contarles que Andrew quería volver porque tenía un hijo y todo se descubriría. Su padre podría no querer devolverle su herencia, quizá pediría que lo declararan incapaz de cuidar de sí mismo.

—No es eso —dijo tratando de sonreír—. Es que no me gusta nada. Me aburre su conversación, es presuntuoso y nada caritativo.

Cuando estamos solos me mira de un modo que me pone los pelos de punta. Por favor, mamá, no me obligues a casarme con él. Sé que te lo prometí y quiero que sepas que estoy dispuesta a complacerte, puedes seguir proponiéndome…

—Tranquila, hija, no voy a obligarte a casarte con Willis. Si no es el adecuado, seguiremos buscando. Pero me ayudaría mucho que me contaras lo que sientes, si hay alguien que te gusta. Te conozco bien y sé qué tipo de persona es la adecuada, pero no es fácil encontrarla.

Rose la abrazó con fuerza.

—Te quiero tantísimo, mamá. Eres la mejor madre del mundo.

—Aduladora.

Apoyó la cabeza en su hombro como cuando era niña y respiró el aroma que desprendía. Olor a mami, decía cuando era pequeña.

—Nunca imaginé que vuestro matrimonio fuese de conveniencia —murmuró sin apartarse.

—Ya sabes que los caminos del Señor son inescrutables. Nunca sabes dónde te espera el amor verdadero. Yo lo encontré en el alféizar de una ventana.

Yo en los ojos de un titonwan.

—¿Qué opinas de Andrew, querido?

Robert levantó la vista del libro que leía y miró a su esposa confuso.

—¿Qué quieres decir? Ya sabes que le tengo mucho afecto.

—Ya, pero ¿crees que todo está bien con él? Quiero decir, si se encuentra a gusto entre nosotros.

—Pues claro que se encuentra a gusto. Después del calvario que ha vivido…

—No sé, no lo tengo tan claro. —Felicia se levantó de la butaca en la que cosía y fue a sentarse sobre las piernas de su marido, que la recibió gustoso—. ¿No te parece que pasa algo entre ellos?

—¿Entre quiénes? —preguntó temeroso.

—Entre Rose y Andrew. Me da la impresión… —Miró a su marido entornando los ojos—. ¡Tú sabes algo!

—Pero qué dices, mujer. —Se levantó y fue a servirse un poco de vino—. ¿Quieres un jerez?

Felicia asintió y comenzó a pasearse por el salón.

—Si tú te has dado cuenta, que no te enteras de nada, entonces es que realmente pasa algo entre ellos. Eso explicaría la conversación que he tenido con Rose. Algunas cosas que ha dicho me han dejado confundida.

—¿Lo dices porque ha rechazado a Willis? A mí tampoco me gusta.

—A ti no tiene que gustarte. Eres un hombre —dijo cogiendo la copa que le ofrecía.

—Ya sabes lo que quiero decir.

—Andrew es un buen partido. Obviando el hecho de que se ha pasado diecisiete años viviendo entre salvajes…

Robert la miró con velada crítica.

—Ya sabes lo que quiero decir. Aprecio a ese muchacho, Robert, pero ha visto cosas… incluso las ha hecho. No podemos saber cómo le afectará todo eso en el futuro.

—¿Temes que sea capaz de hacer daño a alguien? —Su marido negó con la cabeza mostrando su disconformidad—. Es un buen muchacho, de verdad, se nota que tiene buen corazón. Y tampoco estamos seguros de que él haya hecho esas cosas de las que hablan los periódicos. Son prejuicios. Nada más. Además, ¿de dónde sacas que pasa algo entre ellos? ¿Es que Rose te ha dicho algo?

—No, pero conozco a mi hija y sé que hay algo que no me cuenta.

—Si hubiera algo entre ellos nos lo diría —dijo con preocupación—. Rose no se guardaría algo así, es demasiado sincera.

Felicia no dijo nada más, había llegado hasta donde quería. Sabía que una vez inoculada la duda en el cerebro de su esposo él se encargaría de averiguar la verdad. Robert era un buen hombre, el hombre al que amaba, pero a veces se sorprendía de lo simple que era.

Rose caminaba entre la gente que abarrotaba Piccadilly Circus acompañada de Clarence, que tenía la expresión de alguien que temía que cayese el cielo sobre su cabeza en cualquier momento.

—No deberíamos estar aquí a estas horas, muchacha. Volvamos a casa de una vez.

Como si despertara de un sueño, Rose miró a su alrededor.

—¿Qué hacemos aquí?

—Eso digo yo. Regresemos, falta solo una hora para la cena. Ya hemos caminado bastante por hoy.

La joven se dejó llevar y volvió a su mutismo. Clarence suspiró con preocupación. Finalmente había sucedido lo que se temía y ahora se veía en la tesitura de no saber si hablar con Robert o con su esposa sería una solución o empeoraría el problema. Debería haberlo hecho en cuanto se encendieron las alarmas en su cabeza. Estaba claro que se estaba haciendo vieja porque su corazón se había ablandado tanto que le había nublado el entendimiento. No volvería a pasar, no dejaría que sus sentimientos pasaran por encima de la razón.

Dermot la observaba desde una prudencial distancia, la había estado siguiendo durante la última hora y había sonreído satisfecho al verla entrar en Piccadilly. Ese era su territorio y era una oportunidad magnífica para hacerse con ella. Los ricos se pensaban que su palabra era ley, ordenaban y exigían como si el mundo estuviese a sus pies y todos tuvieran que obedecerlos. Como si él no tuviese pensamientos propios. Desde el día que abandonó su casa a los catorce años no había dejado de pensar por sí mismo, y no iba a cambiar ni por Crowley ni por nadie. No le había dicho nada a Rippin porque era un bocazas y se iría de la lengua en cuanto tomase dos tragos, pero seguía creyendo que esa jovencita era el seguro que necesitaba para lograr su objetivo. Si no tenía cuidado, Crowley se quedaría con todo; la mina, la herencia del salvaje, todo. Y ellos cargarían con las culpas y las consecuencias de los actos de aquel maldito cabrón. Por eso había decidido que iba a pasar de la mina. No quería volver a territorio lakota. No hasta tener dinero suficiente como para acabar con quien quisiera entrometerse en sus asuntos. Quizá algún día sería él quien extraería el oro para sí, pero por ahora solo quería el dinero del salvaje y vivir a cuerpo de rey. Regresaría a Irlanda. Quizá hasta fuese a visitar a su padre para

tirarle algunos peniques a la cara. Sonrió al pensar en esa posibilidad.

Rose pasó junto a él en ese momento, pero ni siquiera lo miró. Iba enfrascada en sus pensamientos sin saber de la amenaza que la acechaba. Dermot respiró el aroma suave y afrutado que desprendía y sintió un inmediato deseo de poseerla. Nunca había estado con una dama y menos con una tan joven e inocente. Quizá conseguiría algo más que dinero, después de todo. La dejó seguir su camino.

—Volveremos a encontrarnos —musitó.

Rose se detuvo y giró la cabeza. Miró al hombre que se alejaba en dirección contraria y frunció el ceño desconcertada.

—¿Qué ocurre? —preguntó Clarence mirando en la misma dirección.

—Me ha parecido… He tenido la sensación de que alguien nos observaba, pero no es nada. Volvamos a casa, nana, creo que estoy demasiado cansada.

Andrew acudió a su cita del jueves y Robert le explicó las dudas que tenía referentes al último pedido de sedas que pensaba hacer a China. El joven escuchó con atención y revisó los documentos que habían generado sus dudas y que tenían que ver con los plazos y con el hecho de que fuese un nuevo proveedor con el que no había trabajado antes.

—Me has dado muy buenos consejos —dijo cuando terminaron de revisarlo todo—. Hay que reconocer que tienes la intuición natural de tu padre para los negocios. Anthony era así.

Sus ojos brillaron emocionados al recordar a su amigo y Andrew sintió por primera vez una conexión con él.

—Háblame de mi padre.

Aquella petición lo sorprendió y se frotó las manos nervioso. Había esperado mucho esa conversación y curiosamente no estaba preparado para ella. Se sentó frente a Andrew, al otro lado del escritorio, y organizó sus pensamientos antes de hablar.

—Anthony era… No sé por dónde empezar.

—Cuénteme cómo se conocieron.

—¿Tienes prisa, muchacho?

El joven sonrió.

—Mientras no lleguemos tarde a cenar, ninguna. No quiero que su esposa se enfade conmigo.

Robert sonrió.

—Yo tampoco, muchacho. Yo tampoco.

—Debes estar agotado —dijo Felicia sonriendo—. Cuando Robert empieza a hablar de esa época no puede parar.

—Ha sido muy gratificante escucharlo. Tiene una imagen admirable de mi padre.

—Era un hombre admirable —corroboró Robert—. Pero no hemos hablado solo de eso, también me ha estado ayudando con el próximo pedido a China.

—Esas sedas son magníficas —afirmó Felicia cogiendo su copa—. Estoy deseando hacerle un vestido a Rose con ellas.

—Mamá, tengo demasiados vestidos que no me pongo —intervino su hija—. Si quieres hacerme uno más que sea para montar a caballo.

—Si por ti fuera, solo tendrías ropa de diario y trajes de amazona.

Rose sonrió abiertamente satisfecha y su madre movió la cabeza fingiendo reprobarla.

—Por cierto, Robert —siguió Felicia—, le habrás hablado a Andrew de la excelente impresión que se llevaron todos en el baile. En especial las jovencitas.

Rose apretó el tenedor sin darse cuenta y el guisante de su plato rodó por el mantel.

—Hay un montón de tarjetas invitándome a tomar el té en la bandeja de la entrada. Berry las va dejando allí para que las revise, pero no sé muy bien qué hacer con ellas.

Felicia lo miró con simpatía.

—Debes aceptarlas todas, por supuesto. Cuantas más jóvenes conozcas menos te costará encontrar una que se adecúe a tu gusto y conveniencia.

—¿Me invitan a tomar el té para que haga una selección? —Frunció el ceño—. Qué costumbre más curiosa. ¿Y qué debo hacer? ¿Debo decir allí mismo si es de mi agrado o hay algún tipo de protocolo?

Rose oyó la risa de su madre sin apartar la mirada del plato.

—No hace falta que seas tan directo, por Dios —dijo la mujer entre risas—. Si una joven te gusta, la invitas a dar un paseo o te ofreces a ser su pareja en alguno de los eventos de este mes.

—Gracias por aclarármelo. Me sentía un poco abrumado al no saber cómo actuar.

—¿Alguna joven llamó tu atención en el baile de los Crowley?

Estaba claro que ni Robert ni su hija querían participar en aquella conversación a dos.

—Estás en familia —añadió Felicia—. Puedes hablar con total tranquilidad.

—Todas fueron encantadoras conmigo.

—Por supuesto, son muchachas de buena familia. Pero habría alguna que despertara tu interés de manera especial, supongo. Allí estaba lo mejorcito de Londres.

—Ninguna especialmente.

—Bailaste dos veces con Julia Nicolson.

Andrew la miró sonriendo.

—Es usted muy observadora. Es cierto, la señorita Nicolson me cayó especialmente bien. Es una conversadora inteligente y no mencionó la tela de su vestido en ningún momento.

Rose sonrió ligeramente, pero siguió sin levantar la mirada.

—No atosigues al muchacho —pidió Robert al fin—. Deja que sea él quien decida y tú limítate a tu hija. Casamentera.

Felicia miró a su marido con ternura y sonrió satisfecha.

—Es lo que haría su madre si estuviese aquí.

—Gracias, señora Balshaw.

—No hay de qué, Andrew. Espero que cuando tengas una favorita vengas a contármelo. Yo solo quiero que seas feliz. Igual que lo deseo para Rose. —Miró a su hija, pero ella siguió concentrada en contar los guisantes que aún quedaban en su plato.

Cuando terminaron de cenar pasaron al salón y Robert sirvió una copa de jerez para las damas y un *brandy* para los caballeros. Charlaron sobre la remodelación de la fachada del Palacio de

Buckingham y sobre los viajes de la reina a Francia. Andrew escuchaba las apasionadas opiniones de los padres de Rose mientras la observaba a ella desde detrás de su copa. No lo había mirado a los ojos ni una sola vez en toda la noche. Y sabía que era perfectamente consciente de su escrutinio. Lo había estado evitando. Desde el baile en casa de los Crowley no habían coincidido en ningún evento y estaba seguro de que no había sido por casualidad. Había pasado una semana desde su derrumbe emocional y volvía a sentirse fuerte y decidido. Aun así, su presencia tenía un poderoso efecto sobre él. La estructura sólidamente construida para la ejecución de sus planes se tambaleaba en ese instante de un modo altamente peligroso.

—Debo irme —dijo de pronto poniéndose de pie—. Ha sido una velada muy agradable, pero me levanto muy temprano.

—¡Oh, por supuesto! —Robert dejó su copa sobre una mesilla y se acercó—. Me ha gustado mucho que vinieras al despacho, espero que lo repitas a menudo. Te acompaño a la puerta, hay algo que quiero comentarte.

Andrew se despidió de las damas y los dos hombres salieron del salón.

—Quería decirte que ya he concertado una cita con los abogados para firmar los documentos de tu herencia. Será el lunes a las diez de la mañana. No hagas planes para entonces.

El joven lo miró agradecido.

—¿Está seguro?

—Completamente. Ese dinero es tuyo y la mitad de la empresa también. Es lo que tu padre habría querido, yo solo he sido un mero custodio mientras estuviste… lejos. —Le ofreció la mano y Andrew se la estrechó con firmeza—. Ya te lo he dicho otras veces, puedes contar conmigo para lo que sea. Si hay algo de lo que quieras hablarme siempre te escucharé con el corazón.

El joven sintió una punzada en el pecho sabiendo que era sincero. Ojalá pudiera…

—Gracias, señor. Siempre le estaré agradecido por lo que ha hecho por mí.

Robert asintió consciente de que no iba a abrirse con él y lo dejó marchar con un sentimiento agridulce. Había visto cómo miraba a Rose y también cómo su hija había evitado el contacto durante toda

la noche. Aunque su mujer creyese que no se daba cuenta de nada, en sus visitas a Blunt Manor ya vislumbró el sentimiento que crecía entre ellos. Y no le desagradaba la idea de ver a su hija casada con el hijo de su mejor amigo, ¿qué padre no desearía algo tan perfecto? Pero si había algo seguro en aquella situación es que era cualquier cosa menos perfecta. Andrew no era como debería haber sido. Su vida sufrió un descalabro imposible de obviar. ¿Cómo estar seguro de que sería un buen marido? Sus cicatrices, esas que cubrían su cuerpo y las que no podían verse, eran profundas y contaban una historia terrible. ¿Dejaría su mayor tesoro en sus manos?

Cuando se giró vio a su esposa que lo observaba en silencio. Negó con la cabeza y Felicia suspiró antes de caminar hasta él.

—Vayamos a la cama. Es tarde.

—¿Y Rose?

—Ha salido al jardín. Hace una noche magnífica.

Capítulo 19

—¿Cuándo nos casemos me enseñarás a montar a caballo? —Grace y Andrew estaban sentados en la escalinata de entrada a la casa.

Él la miró con ternura.

—Aprenderás mucho antes —dijo sonriendo.

La niña se agarró a su brazo y apoyó la cabeza en su hombro.

—¿Por qué estás triste? —preguntó.

—Echo de menos a alguien.

—¿A tu mamá?

Aquella pregunta en la voz de la niña hizo temblar su corazón.

—También.

Grace cambió de posición para poder mirarlo.

—¿Está en el cielo?

Andrew asintió.

—¿Con tu papá?

Volvió a asentir.

—No te preocupes. —Lo tranquilizó dándole un golpecito en el brazo—. El cielo es un lugar muy bonito. Nunca hace frío y se come muy bien.

—Ah, ¿sí?

La niña asintió repetidamente con la cabeza.

—Los niños no podemos ir porque primero tenemos que crecer y hacer cosas buenas. ¿Tú has hecho cosas buenas?

Y malas, pensó él.

—Seguro que has hecho cosas muy buenas, porque tú eres bueno. Si no lo fueses yo no querría casarme contigo. Papá es muy bueno, por eso mamá se casó con él. Solo deberían casarse las personas buenas. No como el padre de Willy que le pega cuando empina el codo. No me gusta.

Andrew le acarició la cabeza. A él tampoco le gustaba el padre

de Willy.

—Le he dicho a papá que me compre un perro, pero dice que no podemos tener uno porque esta no es nuestra casa. ¿A ti te gustan los perros?

Andrew tenía la mirada perdida. Su mente viajó hasta un cálido día de verano de muchos años atrás. *Toby* correteaba y saltaba a su alrededor mientras él lo torturaba impidiéndole coger la golosina que tenía en la mano.

—*Vamos,* Toby*, cógela. Perro tonto, no me mires así, ¿te crees que me das pena?*

Pero se agachó a darle su premio y acarició con cariño su cabeza tirándole de las orejas hacia atrás.

—*No dejes que te tomen el pelo. Voy a estar fuera mucho tiempo, semanas incluso. Rose cuidará de ti y ya sabes cómo es, le gusta hacerte rabiar y tirarte de las orejas así. —Tiró de ellas suavemente—. No quiero que te hagan daño, eres el perro más bueno del mundo. —Lo besó y se tumbó en el suelo dejando que el animal se le subiese encima—. Ja, ja, ja, perro tonto, me haces cosquillas.*

—Sí —afirmó con la voz ronca—, me gustan los perros.

Robert y Andrew visitaron a los abogados de los Balshaw y firmaron los papeles que le daban al hijo de Anthony Portrey plenos derechos sobre la fortuna familiar y sobre la empresa que compartía con su mejor amigo.

Lo primero que hizo, una vez cumplido el trámite de recuperar su herencia, fue contratar a un investigador privado para que indagase en los negocios de lord Crowley en América. Quería un informe detallado de todos sus movimientos de los últimos veinte años y no escatimó un penique en dicha tarea. A continuación, visitó a su abogado para pedirle que redactase su testamento y le indicó cómo debía repartirse su fortuna en caso de que a él le sucediese algo. Sabía que esos hombres no se andaban con miramientos y cuando supiesen lo que pretendía intentarían matarlo.

No podía dormir más de dos horas seguidas. Su cerebro era

presa de una actividad frenética y no lo dejaba apenas descansar. Se pasaba las noches sentado en la butaca del salón dando vueltas y más vueltas a sus recuerdos. Alimentando el insomnio con los detalles de una vida que ya no le pertenecía. Todos sus pilares se habían desmoronado y ya no quedaban más que montones de arena en un interminable desierto. No era Andrew y tampoco Icamani. Solo una sombra solitaria vagando bajo el ardiente sol y sin una gota de agua con la que mojar sus labios.

Sufrió de alucinaciones en las que se le aparecía Wiyaka y le hablaba del valor, la justicia y el destino. Sus palabras, que siempre le parecieron sabias, sonaban ahora vacías. Y el afecto que sentía por él hacía añicos su corazón cada vez que pensaba en el calvario que sufrieron sus padres. ¿Por qué no podía odiarlo? ¿Cómo hacerlo si él mismo había permitido que sus recuerdos desapareciesen para sobrevivir y había llamado hermanos a los sicangu? Era un hombre partido en dos y sangraba a borbotones por la herida. Hiciera lo que hiciera, no volvería a tener paz y su vida seguiría sin tener sentido.

Hacía días que había encontrado los diarios de viaje de su padre y noche tras noche los leía y releía imaginando aquellas anécdotas y vivencias como propias. Tantos lugares exóticos y diferentes hacían que su pequeño e insignificante mundo perdiese todo su valor. Pero lo más importante era que con esos cuadernos había recuperado al hombre que lo alzaba sobre sus hombros y jugaba con él en el jardín trasero. Al que lo empujó con sus fuertes manos gritándole que se salvara. El hombre que renunció a todo por el amor de Leslie MacDonald, a la que definía en una de esas páginas como «la mujer de su vida». Una página en la que había dibujado un retrato de ella que Andrew acariciaba con la yema de sus dedos como si de un objeto sagrado se tratase. Recordó la dulzura de su madre al mirarlo y la sonrisa con la que solía besarlo todas las mañanas.

Entonces pensó en Rose y una profunda calidez inundó su espíritu. Una sensación placentera que le hizo cerrar los ojos y apoyar la cabeza en el respaldo del sillón. La recordó sobre el caballo, cabalgando libre, con aquella centelleante risa que era una caricia para su corazón. Con el pelo suelto y las mejillas enrojecidas mientras la acariciaba con sus dedos. Aquel anhelo en su mirada que, desconocido y violento, retó a su voluntad a resistirse. La vio tumbada junto a él mirando las estrellas, con aquella curiosidad

innata que solo tenían los niños que querían saberlo todo. Sentirlo todo. Percibió el sabor de su boca en los labios y todo su cuerpo respondió al estímulo. Un quedo gemido escapó entre sus dientes y sus ojos se llenaron de lágrimas.

¿Cómo podía ser ella? Tan lejos. Tan distinta. ¿Cómo saberlo mientras esperaba en el poblado a que llegase el deseo irrefrenable por poseer a alguien? Por pertenecer a alguien. Y de repente allí estaba «la mujer de su vida». Mirándolo con sus enormes ojos azules y exigiéndole una entrega que ni siquiera entendía. Tan inocente y tan poderosa. Enseñándolo a hablar. A leer. A sentir… Daría lo que le quedase de vida por pasar una noche con ella. Por estar dentro de ella. Por sentirla temblar entre sus brazos y escucharla decir las palabras que él nunca había pronunciado.

—*Tacihila* —musitó—. Te amo.

Aquella mañana la pequeña Grace tuvo una gran sorpresa. Andrew llegó con un foxterrier de apenas un mes y medio que depositó en sus brazos.

—¿Es para mí? ¿Es para mí? ¡Papá! ¡Papá! —La niña lanzó un sonoro grito que asustó al cachorro.

—Lo matarás de un susto si gritas de esa manera —dijo Andrew con una enorme sonrisa—. Debes calmarte.

—Pobrecito, lo siento, pequeñín, no volveré a asustarte —dijo bajando el tono—. ¿Cómo se llama?

—Eso has de decidirlo tú —dijo Andrew poniéndose de pie.

—¿Cómo se llamaba tu perro? —preguntó la niña mirándolo con sus enormes y brillantes ojos.

—¿Cómo sabes…? No importa —dijo haciendo un gesto con la mano. Si algo había aprendido de Grace era que su inteligencia emocional superaba a la de cualquiera que hubiese conocido—. Se llamaba *Toby*.

—Entonces le llamaré *Toby*, así tu perro sabrá que no le has olvidado. Hola, *Toby*, bonito. ¿Tienes hambre? Vamos a ver a mamá y no te asustes si grita, no le gustan mucho los perros, pero a ti te querrá mu…

Andrew la vio desaparecer tras la puerta que llevaba a la cocina. Soltó el aire en un fuerte suspiro y se dirigió a su despacho sonriente. Hacía tiempo que no se sentía tan bien.

—¿Lo del perro ha sido idea tuya o te lo ha pedido ella? —preguntó Berry entrando en su despacho.

—Ha sido idea mía. Me gustan los perros y me apetecía tener a uno correteando por la casa sin tener que ocuparme de él. Tu hija se encargará del trabajo duro y yo disfrutaré de los frutos. —Sonrió.

—Ya.

—Berry —lo llamó antes de que saliera—. Siéntate un momento, quiero hablarte de algo.

El mayordomo hizo lo que le pedía.

—Estoy seguro de que a la señorita Rose no le gustaría nada ver cómo están siendo las cosas entre nosotros. Yo no debería tutearte y tú no deberías pedirme que me sentara. No es propio de un caballero.

Desde la noche del baile en casa de los Crowley, Andrew le prohibió volver a tratarlo de usted si no había nadie extraño presente.

—Los dos sabemos que nunca seré un caballero —sonrió—. Dejemos ese problema para cuando se produzca, ahora hay algo mucho más importante que quiero contarte. Eres la única persona en la que confío y a la que puedo explicárselo.

Berry frunció el ceño consciente de que, fuese lo que fuese, iba a traerle más de una preocupación. Andrew le relató lo sucedido en casa de lord Crowley la noche del baile. La conversación entre él y sus dos secuaces. El mayordomo escuchó con atención y sin mover un músculo aunque por dentro se le estuviesen retorciendo las entrañas.

—¿Y qué vas a hacer al respecto? Como hagan daño a la señorita Rose juro por Dios que yo mismo iré a romperle el cuello a ese lord.

—Tranquilo, no permitiré que eso suceda. Voy a poner mis cartas sobre la mesa y eso centrará toda su atención en mí. He hecho testamento.

Andrew acarició con los dedos la lustrosa madera de su escritorio. Su padre se había sentado en aquella misma silla y había tocado esa madera muchas veces antes que él.

—Lo enfrentaré y acabaré con él, pero es posible que no salga con vida de esto. —Berry lo miraba impertérrito, como siempre—. Pero si lo consigo regresaré a buscar a mi hijo.

El mayordomo asintió una vez, pero siguió esperando a que acabara su relato antes de dar su opinión.

—No voy a abandonarlo. Sé que si me marcho no podré volver aquí, vivir en esta casa, que me acepten de nuevo. Pero el mundo no termina en Londres. He leído los diarios de mi padre sobre sus viajes. Era un hombre increíble. Valiente y decidido. Quiero conocer los lugares que describe en esas páginas repletas de dibujos y anécdotas. Y me llevaré a mi hijo conmigo. Juntos aprenderemos una nueva forma de vivir.

Berry asintió despacio.

—¿Y la señorita Rose?

Andrew negó con la cabeza y su rostro se transformó en una máscara dura sin expresión.

—Ella pertenece a este mundo y aquí es donde debe estar. A mi lado solo tendría sufrimiento. Sé que muchos verán a mi hijo como un salvaje y tendré que darle todo mi amor para que pueda crecer como un hombre de honor. Pero el desprecio que ella tendría que sufrir por nosotros… No lo soportaría. Rose es… Pura luz. Su corazón, su inteligencia, lo que me… —No podía expresarlo con palabras.

—Por no hablar de su belleza —sonrió el mayordomo—. Y de su genio.

Andrew sonrió aliviado de poder escapar de la red que él mismo había tejido.

—Cierto, eso también.

—¿Cree que esos dos intentarán algo a pesar de lo que les dijo lord Crowley?

—No lo sé. Ya le ocultaron información una vez y podrían volver a hacerlo. No creo que intenten nada contra Rose, pero es mejor asegurarnos. Busca a alguien para que la proteja. Desde la distancia, no quiero asustarla. —Le dio un papel con un nombre y una dirección—. Ve ahí. Es gente experimentada en estos asuntos. Que averigüen en qué agujero se esconden esas dos ratas de Dermot y Rippin y asegúrate de que no salen de él sin que lo sepamos. Yo me encargo de lord Crowley. Está muy seguro de tenerme en el

bolsillo, pero se va a llevar una gran sorpresa.

—Mañana empezaré mis pesquisas. Tú, ten cuidado.

Andrew asintió.

—Lo mismo digo.

Ajena a los peligros que acechaban a su hija, Felicia entró esa noche en su habitación y la encontró leyendo entre las sábanas.

—No deberías leer tanto —dijo sentándose en el borde de la cama—. Mi madre te diría que se apagará el brillo de tus ojos.

—La abuela también dice que si sigo riéndome tanto seré una vieja arrugada. A lo que yo le digo que prefiero eso a ser una vieja amargada sin arrugas.

—Qué mala eres —rio su madre. Después le cogió las manos y la miró a los ojos con ternura—. ¿Qué vamos a hacer contigo, Rose?

—¿De qué hablas, mamá?

—¿Cuándo vas a sincerarte conmigo, hija?

Rose retiró las manos con suavidad y dejó el libro sobre la mesilla de noche. A continuación, arregló las sábanas y las planchó con las manos. Estaba claro que su madre se había dado cuenta, pero mientras pudiese aguantar sin reconocerlo no tendría que contarle nada.

—Estoy bien.

Felicia se cruzó de brazos y la miró severa.

—¿Organizo una reunión entonces? ¿Qué te parece John Edwards?

El labio de Rose tembló imperceptiblemente.

—Lo que tú decidas me parece bien, mamá. —La miró un instante—. Creía que estaba en la academia militar.

—Y lo está, pero viene todos los fines de semana y su madre estaría encantada de que lo recibieras. Ayer, sin ir más lejos, me la encontré en la sastrería cuando fui a buscar el chaleco de tu padre. Me preguntó por ti y me dijo lo encantadora que estabas en el baile. Se alegró mucho cuando le dije que David Willis ya no viene por aquí.

Rose fijó la mirada en los ojos de su madre y no pudo evitar

cierto reto en ella.

—Adelante, mamá, pondré todo de mi parte, te lo pro…

—No prometas cosas que no puedes cumplir, hija. —Felicia se puso de pie—. No haré perder el tiempo a esos pobres muchachos que lo único que quieren es encontrar la felicidad al lado de alguien que desee lo mismo que ellos. Sé que te pasa algo y sospecho lo que es, pero debes tener un motivo muy serio para no querer hablar de ello y no voy a atosigarte. Solo quiero que entiendas que eres mi hija y que sufro mucho por ti.

Rose se levantó de la cama y la abrazó con fuerza.

—¡Hija! No puedo respirar —rio su madre.

—Te quiero, mamá, te quiero con toda mi alma. Siento no ser la hija que mereces, pero a cambio te juro por lo más sagrado que siempre te voy a querer. Hasta el fin de mis días.

—Mira que eres tonta —dijo apartándola para verle la cara. Le cogió el rostro con ambas manos y la miró como solo una amorosa madre puede mirar—. Mi niña, mi preciosa y adorable niña, tu padre y yo no estaremos siempre aquí. Es ley de vida que un día tendremos que abandonar este mundo y me duele el corazón cuando pienso que te quedarás sola.

—Tengo diecinueve años, mamá, todavía hay tiempo de que aparezca alguien.

—Ay, hija, qué ingenua eres. El tiempo va tan deprisa que deja una estela a su paso. Cuando quieres darte cuenta eres vieja como yo.

—Tú no eres vieja. Qué tonterías dices. —La arrastró hasta el espejo y la abrazó por detrás, mirando por encima de su hombro—. Mírate, mamá, eres hermosa y joven. Papá está enamoradísimo de ti. Yo solo quiero… No sé lo que quiero.

Su madre se giró para abrazarla y la acunó con cariño como cuando era niña.

—Estoy aquí si me necesitas —musitó—. Puedes contármelo.

—No, mamá, aún no. Te lo contaré pronto, pero ahora no.

—Está bien. —Se limpió una lágrima y sonrió—. Será mejor que vuelva a la cama o tu padre vendrá a buscarme.

Rose la vio salir de su habitación y en lugar de meterse en la cama se acercó a la ventana y miró el cielo repleto de estrellas. Los momentos vividos en Blunt Manor volvieron de nuevo a ella y sintió

el corazón constreñido por una mano invisible que amenazaba con romperlo. Se agachó sentándose sobre sus pies y lloró como una niña, sin contención ni recato, a moco tendido. Era la manera de hacerle saber al destino que aceptaba sus designios.

Capítulo 20

Lord Crowley miraba a Andrew con fijeza y crispación.

—No sé de qué me hablas.

—Estamos solos, puede dejar esa pose digna conmigo. Sé que fue usted el culpable de la muerte de mis padres. También fue usted el que hizo que sus dos secuaces me trajesen aquí encadenado y me tratasen como a un animal. No hace falta que me diga que no les dio esas órdenes porque eso da igual. Han seguido trabajando para usted durante todo este tiempo, así que tienen su beneplácito. —Torció una sonrisa perversa—. Lo que sí les ordenó fue que mataran a Walter Dawson, el escritor que estuvo conviviendo con los titonwan y al que conocí siendo un niño.

La palidez en el rostro de Crowley respondió por él. Ya lo tenía donde quería.

—Los escuché hablar en su despacho la noche del baile. No es usted muy listo al arriesgarse tanto. Pero si algo he podido comprobar es que es usted un arrogante pretencioso y estúpido, así que no me sorprende.

—¡Cómo te atreves a hablarme así! —Golpeó la mesa furioso—. No eres más que un asqueroso salvaje.

—Gracias a usted —respondió sin inmutarse—. ¿Conocía a mi madre? Estoy seguro de que sí. Desde que llegué a Londres siendo Andrew he oído hablar de ella muchas veces. Todo el mundo dice que era una mujer extraordinaria. Generosa, compasiva y muy agradable. ¿Está de acuerdo, lord Crowley?

El hombre apretó los labios, pero sus ojos mostraron cierto pudor.

—¿Sabe lo que hicieron con ella los sicangu después de violarla? No creo que pudiera soportar la visión de una escena semejante. Es usted un cobarde que se limita a dar órdenes desde ese sillón, pero nunca se mancha las manos de sangre. Mi padre, en cambio, tuvo

que presenciar toda la escena antes de que lo mataran. Igual que yo. ¿Imagina lo que supone eso para un niño de seis años? —Sus ojos tenían el brillo combinado del acero y las llamas contenido en las partículas que flotaban en sus pupilas.

—Yo nunca quise…

—Ya, ya, ya. Usted habría preferido una muerte rápida, indolora incluso, para así no tener que renunciar a su conciencia y poder vivir creyendo que no es un monstruo.

—Nunca quise que murieran. Ni siquiera estaba de acuerdo en que hicieran ese viaje, pero su padre era un cabezota que no aceptaba otra opinión que no fuese la suya. Tanto Robert como yo intentamos que desistiera, pero fue inútil. Era un buen negocio y nos habría hecho ricos a todos.

—¿Eso le ayuda a dormir por las noches?

—Escúchame, muchacho. Esos dos hombres son muy peligrosos. Traté de librarme de ellos, pero no pude. Yo no sabía que habían provocado aquella masacre y tampoco que esos indios atacarían a personas inocentes solo porque estaban con ellos. Cuando supe lo que esos monstruos les habían hecho a tus padres me propuse rescatarte. Pero para eso los necesitaba, ¿no lo entiendes? Ellos conocen la zona y a esos malditos indios. Saben cómo tratar con ellos. Jamás habríamos podido traerte de vuelta sin su ayuda.

—¿De verdad se cree que puede engañarme con su palabrería vacía?

—Lo de Dawson fue inevitable —insistió el otro desesperado—. Lo sabía todo y tarde o temprano acabaría por contarlo. Aceptó mi dinero por borrar las partes en las que hablaba de ti. Consiguió que el hombre que te hacía de padre le contase lo ocurrido. No le costó mucho descubrir de quién le hablaban y eso era muy peligroso para mí y no te beneficiaba a ti en nada. Dijo que eras feliz, que te querían…

—Es usted un ser despreciable —escupió con repugnancia—. ¿Esa es la realidad en la que ha vivido toda su vida? Mentiras y más mentiras para no tener que aceptarse como realmente es.

—¿Le has hablado de esto a Balshaw? —preguntó temblando—. Si se lo cuentas a alguien…

—¿Qué va a hacer? ¿Ordenará que me maten? —Siguió sentado, pero Crowley empujó la silla hacia atrás como si lo tuviese a un

centímetro de su cara—. Lo sé todo de usted. He jugado con sus reglas, no como un salvaje. Ha estado enriqueciéndose comprando pieles a cambio de baratijas y se ha librado de aquellos que no se dejaban comprar. Tiene un testaferro en Estados Unidos que se encarga de vender tierras a incautos colonos a los que convence de que no hay ningún peligro en establecerse en territorio comanche. —Crowley no pudo disimular su sorpresa y Andrew sonrió satisfecho—. Sé lo del banco y también conozco a su amante, esa que tiene polla y lo espera todos los jueves en la casa que usted le compró. De día secretario y de noche *winkte* —dijo usando el nombre que daban los lakotas al hombre que se siente mujer.

—¿Cómo has…? —Le temblaba tanto la voz que no pudo terminar la frase.

—Ya le he dicho que lo sé todo y voy a hacer que los demás también lo sepan. Ya he contactado con algunas personas a las que les interesa toda esta información. Por lo que sé de ella, a la reina Victoria tampoco le gustará descubrir cuál es su verdadero rostro. Vaya preparándose para cambiar de vida. Tanto que se enorgullece usted de haber podido saludarla en una ocasión. Le aseguro que no volverá a darse tal circunstancia.

Lord Crowley se agarró con manos crispadas a su escritorio como si quisiera hacerlo pedazos.

—No saldrás vivo de esta, lo juro por Dios —masculló con los ojos tan abiertos que parecía que se le fuesen a salir de las cuencas.

Andrew dio la vuelta a la mesa y lo agarró por el cuello obligándolo a ponerse de pie. Lo empujó contra la pared y se acercó para hablarle en susurros.

—Ni se imagina lo que podría hacerle con ese abrecartas que tiene sobre la mesa. Podría sacarle el corazón y comérmelo mientras sus ojos aún pudiesen ver. ¿Sabe cuánto tiempo puede vivir un hombre con las tripas fuera? Yo podría mostrárselo aquí mismo. No sabe a quién está amenazando, señor Crowley. No temo a la muerte, viaja conmigo desde aquel aciago día en el que me robaron mi vida. ¿Y usted?

Lo soltó con la misma brusquedad con la que lo había empotrado contra la pared y Crowley perdió el equilibrio y cayó de rodillas. Se llevó una mano al cuello intentando coger aire con urgencia.

—Busque un agujero en el que esconderse porque el juego ha terminado para usted. —Caminó hacia la puerta y salió del despacho dando un portazo.

Crowley se dejó caer en la silla sin fuerzas para sostenerse. El corazón se le iba a salir por la boca y el terror corría por su sangre sin encontrar salida. Se tapó la cara con las manos y sollozó como un niño. Nunca había visto su muerte tan clara. Mejor la ignominia que ver cómo ese animal se comía su corazón.

Tardó casi una hora en calmarse y poder articular palabra de manera coherente. Y entonces comenzó a darle vueltas a un plan para librarse de una muerte segura. No estaba seguro de si funcionaría, pero mejor intentarlo a esperar cada noche a que ese salvaje apareciese en su alcoba para arrancarle el corazón de cuajo.

—¡Será desgraciado! —Rippin dio un puñetazo a la pared después de escuchar el relato de Dermot—. No podemos permitir que se salga con la suya. Con todo lo que hemos hecho por ese malnacido. ¿Quién se encargará ahora de sus negocios?

Dermot llenó su vaso de aguardiente y lo bebió de un trago. La conversación con Crowley no había ido como él esperaba. Por primera vez en mucho tiempo había perdido el control de sus emociones. Si no hubiese estado con él aquel tipo con aspecto de gorila, le habría rebanado el cuello con el cuchillo de su bota sin pestañear. Qué pronto se había buscado protección, el indio debía haberlo asustado de verdad. Volvió a llenar el vaso y de nuevo lo bebió de un trago mientras Rippin seguía despotricando.

—Debería haber ido contigo. Ya me olía mal que solo quisiera verte a ti. Ese hijo de la gran puta… ¿Se ha creído que vamos a cargar con sus mierdas? De eso nada, no pienso dejar que me cojan. Debemos irnos cuanto antes. Ahora mismo, antes de que ese hijo de la gran puta vaya a las autoridades con un cuento. Dejaremos un tiempo para que se calmen las cosas y volveremos para coger el dinero que nos pertenece y cargárnoslos a los dos. ¿Por qué no dices nada? ¡Dermot!

—Yo no me voy sin el dinero —dijo muy calmado—. No volveré

a casa con las manos vacías después de tantos años. Esa mina es mía y voy a ser rico.

—Querrás decir nuestra, ¿no? —Se rio Rippin enseñando sus sucios dientes.

Dermot lo miró con desprecio y sin mediar palabra sacó su revólver y le pegó un tiro en la frente. El otro se desplomó sin emitir sonido alguno.

—Ya te he aguantado bastante. Lo siento, pero no hay más que una plaza en este barco. Para lo que tengo que hacer me manejaré mejor solo.

Capítulo 21

Berry la recibió con una enorme sonrisa.

—Señorita Rose, qué alegría verla. Hacía mucho que no venía por aquí.

—He estado muy ocupada, Berry. ¿Cómo estáis todos? ¿Lena sigue haciendo esos pasteles tan deliciosos?

El mayordomo se tocó la barriga con una amplia sonrisa.

—Están todos encantados de estar aquí. Es mi hija la causante de su visita, ¿verdad?

—Así es. Ha enviado a Kevin a mi casa para pedirme que viniera urgentemente. Al parecer, sucede algo grave que requiere mi atención.

—Esta niña no tiene límites. Espero que no la moleste mucho haber venido.

—De ningún modo, Berry, me encanta tener la oportunidad de veros a todos.

—Venga, la acompañaré. Está en la habitación de juegos del último piso. Lleva dos días sin salir de allí. Ahora verá el motivo.

Subieron las escaleras hasta la última planta.

—Debo dejarla para atender un asunto urgente —dijo el mayordomo antes de entrar en el cuarto.

—Vaya tranquilo, ya me encargo.

Entró en el cuarto y se encontró con la pequeña Grace tumbada en el suelo junto a su pequeño foxterrier.

—¡Oh!

—Señorita Rose. —La niña se levantó para correr hacia ella y lloró desconsolada en sus brazos—. *Toby* está enfermito y no sé qué hacer. No come nada y tampoco quiere salir a pasear conmigo. ¿Se va a ir al cielo, señorita? ¿Es porque le llamé *Toby*? Creí que eso haría feliz al señorito Andrew.

—Veamos a este cachorrillo.

Llevó a la niña de la mano hasta el perrito y se arrodilló junto a él. Le cogió la cabeza para mirarlo a los ojos y luego le palpó la barriga. Frunció el ceño, no parecía haber nada mal. Se fijó entonces en su pata superior derecha, tenía una posición un poco extraña. Se la cogió con mucho cuidado y entonces vio cuál era el problema. Se la soltó con cuidado y se giró a mirar a la pequeña.

—Tiene el hombro dislocado. Hay que colocárselo, pero es mejor que lo haga un veterinario. Yo le podría decir al señor Jones que venga a verlo, ¿qué te parece?

La niña se limpió las lágrimas con expresión esperanzada.

—¿No se va a morir?

—No, Grace, claro que no se va a morir. Debió de caerse jugando y se hizo daño en el hombro. El señor Jones se lo colocará y después de un poco de reposo volverá a correr y a saltar como siempre.

—Es muy juguetón, ¿sabe? Nunca se está quieto. Seguro que se lo hizo al saltar la valla del parterre. O jugando con el cubo del agua. Es tremendo, señorita, no se imagina el trabajo que me da. —La niña suspiró y se apartó el pelo de la cara con expresión de cansancio.

Rose no pudo evitar reírse al verla imitar a su madre.

—Que no se mueva —aconsejó poniéndose de pie—. Y tápalo para que no se enfríe.

La niña asintió y rápidamente hizo lo que le decía.

—Lo cuidaré muy bien. Vaya, señorita, vaya a buscar al señor Jones. Que venga enseguida. Muy rápido, muy rápido.

Rose sonrió y salió del cuarto. Cuando bajaba las escaleras se encontró con Andrew que subía.

—Me ha dicho Berry que estabas aquí —dijo—. No sabía lo de *Toby*, he estado muy ocupado estos días.

—Tiene el hombro dislocado. A nuestro *Toby* también le pasaba.

Andrew asintió.

—Lo recuerdo.

Rose abrió los ojos sorprendida.

—¿Lo recuerdas?

Andrew asintió de nuevo.

—Pero…

—¿Cómo estás? —La interrumpió.

—Bien, bien. Pero ¿desde cuándo?

Andrew frunció el ceño y miró hacia la entrada.

—¿Has venido sola?

—La nota decía que era muy muy muy urgente. —Forzó una sonrisa—. He venido con Kevin, que ha esperado hasta saber mi respuesta.

—Vamos al salón, quiero hablarte de algo —ordenó muy serio.

Rose lo siguió y lo observó cuando cerró la puerta.

—¿Qué ocurre? Estás empezando a preocuparme.

—A partir de ahora no salgas sola de casa. Nunca.

Ella frunció el ceño desconcertada.

—¿Por qué?

—No puedo hablarte de ello aún, pero hazme caso, por favor.

—No pienso hacer tal cosa si no me explicas lo que pasa. ¿Qué ocurre, Icamani?

—¡No me llames así! —dijo furioso—. Nunca vuelvas a utilizar ese nombre.

—¿Qué ha pasado? —Dio un paso hacia él, pero su mirada la detuvo—. ¿Qué has hecho? Esos hombres… ¿Los has matado?

—No he matado a nadie de momento.

—¿De momento? Dime lo que ocurre.

—Te llevaré a tu casa y no saldrás de allí sin ir acompañada. Es lo único que necesitas saber.

—¿Por qué no quieres que te llame Icamani? No entiendo nada. —Entornó los ojos ignorando la mirada que le advertía de que estaba en terreno peligroso—. ¿Es por lo que has dicho de *Toby*? ¿Has recordado algo que…? Por Dios, Andrew, háblame.

Andrew respiraba con fuerza, como si el aire tuviese que atravesar un espeso velo. Ella se acercó ya sin prevención alguna y le cogió la cara con las manos para obligarlo a mirarla.

—Estoy aquí, puedes contármelo. ¿Qué ocurre? ¿Qué te atormenta?

—No, no, no, no —susurró cerrando los ojos—. No hagas esto, Rose.

Se separó de ella y comenzó a pasear a un lado y a otro del salón mientras hablaba en la lengua de los lakotas. Rose sentía la tensión que soportaba y quería ayudarlo, pero no sabía qué hacer. Hasta

que lo abrazó por detrás, enlazando sus manos para que no pudiera apartarla y apoyó la cabeza en su espalda.

—Habla conmigo. Déjame ayudarte.

—Mi wahcawin —susurró él sintiendo el calor que desprendía su cuerpo—. Mi dulce y preciosa flor. No me atormentes así…

Rose apretó su abrazo y cerró los ojos.

—Estoy aquí, contigo. No quiero que sufras, Andrew.

Como si manejase una pluma tiró de ella hasta tenerla delante. Acarició su rostro sin apartar la mirada de aquellos ojos que hablaban sin palabras. Rose se puso de puntillas y lo besó y cuando Andrew se apartó con un gemido volvió a besarlo.

—Te amo —musitó—. Nada podrá borrar estas palabras del libro del destino. Te amo, Icamani, Andrew o como quieras llamarte. Y eso no va a cambiar porque te vayas y me dejes. Te amaré en la distancia. Te amaré mientras viva y no necesito que me protejas. Solo necesito que me ames.

El corazón del hombre se inflamó de orgullo y el deseo lo derribó como una gigantesca ola capaz de arrasarlo todo. La silenció con su boca y la sujetó fuertemente amarrada a su propio cuerpo. Quizá fue demasiado brusco, demasiado primitivo. Rose lo agarró del pelo y él la arrastró hasta el sofá y se tumbó sobre ella sin separarse un milímetro. Ella sintió la erección dura y amenazadora que oprimía su vientre, pero estaba demasiado asustada por lo que pasaba en su propio cuerpo.

Icamani percibió su rendición, sintió cómo su cuerpo se amoldaba a él y buscaba inconsciente saciar su propia ansia. Sonrió experto sabiendo que la naturaleza jugaba a su favor. Rose se creyó valiente y buscó ávida su lengua, recorrió con los dedos la espalda masculina y gimió dentro de su boca. Quería saber qué venía a continuación, qué más tenía que darle. Icamani besó su rostro, la punta de la nariz, los ojos, la comisura de sus labios y de nuevo buceó en su boca. Hambriento, exhausto de tanto resistirse. Las palabras de Berry resonaron en su cabeza: si está prohibido sabe mejor.

—Señorita Rose, señorita Rose.

La voz de la pequeña Grace corriendo por el pasillo lo paralizó. Rose salió de su delirio como si emergiera de un mar embravecido que trataba de retenerla. Abrió los ojos mirándolo asustada, pero

Icamani no se movía.

—*Yuza* —dijo con mirada intensa.

—Grace va a entrar —suplicó ella.

—*Yuza* —repitió la palabra titón para tomar a una mujer.

—Andrew, por favor.

El titonwan emitió un gruñido animal y se echó a un lado para dejar que se levantase. Rose terminaba de arreglarse cuando la puerta se abrió y entró la niña con ojos llorosos.

—¿Por qué no ha ido a buscar al señor Jones? ¿Es que no le importa *Toby*, señorita Rose?

—Tenía que tratar un asunto con Andrew, cariño, pero ya me voy. Tranquila.

—Señor Andrew, venga a ver a *Toby*. —Grace lo agarró de la chaqueta.

—Espera un momento, Grace, tengo que acompañar a Rose a su casa.

La niña tiró de la manga de su chaqueta con insistencia tratando de arrastrarlo con ella.

—*Toby* está malito, ¿es que no le importa? —repitió de nuevo.

—Sí me importa, Grace, pero ahora…

—Ve con ella —animó Rose—. Yo puedo regresar sola.

—No.

Rose lo miró confusa. ¿Por qué ese empeño en que no fuese sola?

—Señor Andrew, por favor, por favor, venga conmigo…

—¡Basta, Grace!

Sacudió a la niña con tal violencia que la pequeña cayó al suelo como un fardo y comenzó a llorar desconsolada.

—Ven, cariño, vamos arriba a ver cómo está *Toby*. —Lo miró con severidad y sacó a la niña de allí.

Andrew apretó los puños, presa de una inquietud inexplicable. Necesitaba calmarse. Se sirvió un poco de *whisky* y apuró el vaso de un trago. ¿Qué le estaba pasando? Sentía la sangre corriendo por sus venas como un torrente violento, su corazón latía desbocado y el deseo había estado a punto de hacerle perder la cabeza. Respiró hondo varias veces y dejó que la bebida hiciese efecto en sus nervios.

Grace estaba de nuevo tumbada junto a *Toby* y Lena, su madre, le acariciaba el pelo con ternura.

—¿Dónde está Rose? —Andrew recorrió la habitación con la mirada.

—Se ha ido a casa —dijo Lena poniéndose de pie rápidamente—. ¿Necesita algo?

—¿Por qué ha dejado que se marche? ¡Maldita sea! ¿Cómo puede ser tan obstinada? —se preguntó saliendo del cuarto a grandes zancadas.

—Dijo que tenía prisa… —Lena elevó la voz y trató de seguirlo, pero iba demasiado rápido.

Andrew salió a la calle y miró a su alrededor buscándola, pero no reconoció su grácil figura ni el vestido rosa que llevaba puesto. Sabía que no era necesario, que Berry había contratado a alguien para que la vigilara, pero no se quedaría tranquilo hasta saber que había llegado a casa sana y salva.

El edificio de los Balshaw estaba a solo un kilómetro y sabía que caminaba mucho más rápido que ella, por eso sintió cierto desasosiego cuando llegó frente a la puerta sin haberla alcanzado. Esperó pacientemente a que el mayordomo abriese.

—Buenos días, señor Portrey. —Stevens se apartó para dejarlo pasar.

—¿Ha llegado la señorita Rose?

—No, señor. Dijo que iba a su casa con ese muchacho… Kevin.

Andrew empalideció y su garganta se contrajo.

—¿Podría comprobarlo, por favor? —Entró en el *hall* y se quedó allí mientras el criado hacía lo que le había pedido.

Stevens volvió al cabo de un momento.

—No ha vuelto, como le había dicho. ¿Quiere que avise a su madre?

—No, Stevens, gracias.

Salió de la casa.

—Stevens, ¿dónde vive Jones, el veterinario que atiende a los caballos del señor Balshaw? —preguntó antes de que el mayordomo cerrase la puerta.

—En el veintiséis de la calle Russell, señor.

Andrew frunció el ceño, eso estaba en la dirección opuesta. Echó a correr ante la mirada reprobadora de los transeúntes que no veían con buenos ojos que un caballero se desplazase de ese modo. Berry estaba frente a la puerta de su casa esperándolo.

—¿Ha pasado algo? —preguntó.

—No lo sé. Seguro que no. Pero Rose… No ha llegado a su casa y estoy… Tengo un mal presentimiento.

—Doyle la vigila.

—Lo sé. —Se puso las manos en la cintura y miró a su alrededor—. No me quedaré tranquilo hasta que sepa que está bien. Ya sé que es una estupidez, pero ¿me acompañas a casa del veterinario?

—Por supuesto.

Las calles estaban muy concurridas a esa hora y el tamaño de Berry dificultaba el adelantamiento en algunas zonas estrechas, pero finalmente se detuvieron frente al número veintiséis de Russell Street. Andrew llamó a la puerta con insistencia y una mujer les abrió vestida con un delantal y limpiándose las manos de algo que parecía a mermelada de fresa.

—Buenos días, ¿está el señor Jones en casa?

—Se ha marchado hace un cuarto de hora, más o menos. Una señorita ha venido a buscarlo y se han ido juntos. Al parecer, había algún problema con un perro.

—Gracias —dijo haciendo ademán de quitarse el sombrero.

—Debemos habernos cruzado —dijo Berry con expresión divertida.

—No se lo diremos. Pensará que soy estúpido.

—No tienes de qué preocuparte. Doyle cuidará de ella cuando salga de casa.

Andrew asintió y cruzaron la calzada.

—Los niños son así —explicaba el veterinario mientras esperaban que abrieran la puerta—. Adoran a sus animales más que a las personas.

Rose asintió.

—Yo tenía un perrito cuando era niña y es cierto que lo quería muchísimo. No puedo pensar en él sin que se me encoja el corazón.

—No será nada. No es la primera vez que me encuentro con ese problema en los foxterrier. Es una raza magnífica, pero sus hombros son propensos a dislocarse y hay que…

Rose había dejado de escucharlo y puso toda su atención en el hombre que los observaba desde el otro lado de la calzada. Apoyado contra una pared y con el sombrero bajo, la miraba con fijeza. Ya lo había visto antes, en Piccadilly Circus.

—… siempre que se pueda, claro. ¿No le parece, señorita Balshaw?

Rose lo miró confusa y sonrió antes de disculparse.

—Me he distraído un momento. No he entendido la pregunta.

La puerta de la casa se abrió y apareció Lena.

—Señorita Rose, el señor ha salido…

—Este es el señor Jones, el veterinario. Ha venido a ver a *Toby*. ¿Podría acompañarlo? Yo debo regresar a casa.

—Sí, sí, claro, no se preocupe. Adelante, señor Jones. Mi hija se alegrará mucho de verle.

—Que tenga un buen día, señorita Balshaw —dijo el veterinario al despedirse.

—Igualmente. Adiós, Lena.

—Adiós, señorita Rose.

Antes de iniciar el regreso buscó al hombre al que había visto en la otra acera, pero ya no estaba. Frunció el ceño malhumorada. ¿Quién era? ¿Y por qué la seguía? Apretó los labios y soltó el aire por la nariz. Si volvía a verlo le diría lo que pensaba.

Esa tarde Berry fue a verla y Rose lo recibió en el jardín. Quería terminar de arreglar el parterre y tenía las manos llenas de tierra, así que pidió al mayordomo que lo hiciese pasar.

—Siento recibirte aquí, Berry, pero ya ves que estoy enfrascada en una tarea ineludible —sonrió afable.

—Quería hablarle de una cosa, señorita Rose.

Ella percibió la seriedad en su tono y dejó las herramientas en el suelo para ponerse de pie. Se quitó los guantes y sacudió su vestido.

—¿Qué ocurre?

Berry miró a su alrededor como si quisiera asegurarse de que no había nadie escuchando.

—Verá, señorita, han pasado algunas cosas que nos tienen preocupados y An… el señor Portrey ha creído conveniente contratar a alguien para que la proteja.

—Querrás decir para que me vigile. —Se puso las manos en la cintura—. ¿Con qué permiso osa tomar esa decisión?

—Es por su bien.

Rose entornó los ojos y lo miró con fijeza.

—¿Tú tampoco me vas a contar qué ha pasado? ¿Por qué tiene miedo? ¿Y qué tiene eso que ver conmigo?

—No tiene nada que ver con usted, señorita, pero a veces, cuando alguien quiere hacernos daño puede que utilice un método… indirecto. Ya me entiende.

—Pues no, la verdad, no le entiendo en absoluto.

Berry se llevó la mano a la cabeza nervioso. Tenía órdenes directas de no explicarle nada de nada y no sabía cómo hacer para que lo entendiera sin entrar en detalles.

—Si alguien quisiera hacerme daño de verdad el mejor modo de conseguirlo sería hacérselo a uno de mis hijos. O a Lena. Si alguien quiere hacer daño al señor Andrew usted es su mejor arma.

El rubor subió por su cuello y llegó hasta la raíz del pelo. Rose carraspeó y se sacudió el vestido con brío. Berry contuvo una sonrisa, al parecer no se explicaba tan mal.

—Entonces creen que alguien quiere hacer daño a Andrew.

Berry asintió.

—¿Dermot y Rippin?

—No puedo contarle nada, señorita. Andrew me colgará de los pulgares si lo hago.

Ella se mordió el labio pensativa. Así que ese tipo tan perturbador que la seguía era alguien que debía protegerla. Pues jamás lo habría dicho, más bien parecía lo contrario.

—Está bien. Dile a Andrew que tendré cuidado y que no se preocupe por mí. ¿Tú cuidarás de él, Berry?

—No lo dude, señorita. No se preocupe por él, solo faltan unos

días para que reciba las noticias que espera antes de dar el paso definitivo. Una vez lo haga, todo habrá acabado y estará a salvo.

—Y entonces se marchará.

Berry respiró hondo y asintió.

—Ya lo sabe.

—Sí —respondió ella con la misma tristeza en la mirada.

—Es su hijo, señorita.

—Lo sé. Y lo entiendo, Berry. Pero… ayer no me dejó que lo llamase Icamani. —Frunció el ceño—. Y me parece extraño que siga pensando en volver con los titonwan si no soporta oír ese nombre.

—Ha hecho un viaje al pasado y los recuerdos han abierto heridas muy difíciles de curar.

Rose empalideció.

—¿Recuerda lo que ocurrió? ¿Lo que les pasó a sus padres?

Berry asintió y ella se tapó la boca para ahogar un gemido.

—No le pregunte, señorita —negó con la cabeza—. Cualquier cosa que imagine no se acercará ni remotamente a lo que pasó. Es demasiado horrible como para que pueda compartirlo con usted.

Los ojos de Rose se llenaron de lágrimas y apretó el puño contra sus labios para tratar de contener los sollozos. Era un niño de seis años…

—Su vida no ha sido fácil, los dos lo sabemos. Ahora está tratando de lidiar con lo que él considera una traición porque olvidó para sobrevivir y se convirtió en uno de ellos. Por eso no soporta oír ese nombre.

—Un nombre que llevaba con orgullo —musitó—. Su padre… Wiyaka… ¿Tuvo algo que ver?

—No.

Rose respiró aliviada. Juntó las manos como si quisiera orar y apoyó los labios en la punta de sus dedos. Después dejó escapar un largo suspiro y se limpió las lágrimas con resolución.

—Le ayudaremos a superarlo. No dejes que se preocupe por mí.

—Eso es imposible.

Rose sonrió con tristeza. Ella tampoco podría.

—¿*Toby* está bien? —preguntó antes de que Berry se marchara.

—Sí, señorita. Grace le está muy agradecida. Dice que el próximo perro que tenga se llamará Rose.

Capítulo 22

Dermot miró a través de la ventana. Todo estaba en silencio, pero sabía que no podía confiarse. Había entrado en muchas casas, pero era la primera vez que iba a hacerlo en la de un titonwan. Era distinto al aire libre, ahí podía manejarse como cualquiera de esos salvajes. De hecho, ellos le enseñaron a hacerlo.

Se había quedado sin opciones y de ningún modo iba a dejar que lo cogieran. Pero la muerte le parecía menos amarga si se podía llevar por delante al cabrón que lo había estropeado todo. Como su padre la otra vez. Se dio unos segundos para pensar en lo que podría haber sido su vida de haber podido sacar el oro, pero nunca había sido de recrearse. Ni de pensar, para qué se iba a engañar llegado ese punto de su vida cuando apenas le quedaba tiempo más que para cagarse en la puta madre que lo parió.

Alguien había dejado la ventana abierta del salón y saltó dentro todo lo sigiloso que fue capaz. Se pegó a la pared y barrió la estancia para situar los diferentes bultos que vislumbraba apenas y poder sortear así los muebles. Las habitaciones estaban en el primer piso y él se hallaba en el lado opuesto a la puerta.

Andrew estaba sentado en la butaca, como todas las noches. Los cuadernos de su padre extendidos en la mesa y una botella de *brandy* a su lado. Esa forma de moverse no era la de un blanco, ya lo pensó la otra vez. Entornó los ojos mientras sus oídos permanecían alerta. Ahora entendía el modo rastrero en que lo capturó.

—¿Te apetece una copa? —dijo cogiendo la botella.

Dermot dio un respingo y fijó la mirada en la butaca a la izquierda de donde él estaba.

—Si das la voz de alarma tendré que matarlos a todos.

—Te he ofrecido una copa, no me he puesto a gritar.

—Prefiero no beber, gracias.

Andrew vertió el líquido en su vaso y lo cogió.

—*Sintehla wicasa*. —Ese era el nombre con el que los titón llamaban a los comanches—. Ellos te enseñaron.

El intruso dio un paso hacia él, pero entonces el titonwan levantó la mano y la hoja de un flamante cuchillo brilló resplandeciente en medio de la oscuridad.

—¿Has venido a matarme o a morir?

—¿No es lo mismo?

El peor escenario, pensó Andrew.

—Creía que eras más listo —dijo—, pero está claro que no se me da bien catalogar a las personas.

—De eso no hay duda. ¿Te creíste de verdad que el que importaba en esto era Crowley?

—Supongo que te has cargado a Rippin. Siempre me pareció el más tonto de los dos.

Dermot sonrió y se atusó la barba en un gesto aprendido de tanto repetirlo.

—Tienes claro que no verás un penique y por eso has decidido morir matando, al estilo comanche.

—Esa fue una de las cosas que aprendí de ellos.

—¿Te capturaron?

—¿Vamos a compartir recuerdos? ¡Qué bonito!

—Solo trataba de ganar tiempo —dijo Andrew burlón.

—Entiendo que esto es una putada para ti —dijo el otro en el mismo tono—. Ahora que ya tienes la pasta vengo yo y te borro del mapa. Supongo que no te lo esperabas.

Andrew emitió un sonido onomatopéyico que Dermot no entendió.

—Verás, Crowley no es tan tonto como te piensas. Estaba convencido de que en cuanto te dijera que no ibas a ver tu dinero te volverías contra él. Por eso había aquel tipo con él cuando fuiste. Lo que no sabes es que yo también estaba allí y escuché todo lo que dijiste.

Dermot torció una sonrisa.

—Me esperabas.

Andrew se puso de pie y se giró para mirarlo en la oscuridad.

—Vuelve a sentarte. —Lo apuntó con el cuchillo.

—Sabes que no te va a resultar tan fácil matarme a mí como lo fue matar a tu compañero. Es muy probable que me claves ese cuchillo que llevas en la mano y también es posible que consigas lanzarme el otro que tienes escondido, pero yo no soy manco.

—Quizá muramos los dos o quizá no, ¿quién sabe? —dijo Dermot sonriendo. Realmente no esperaba diversión esa noche, tan solo un final justo. Pero la cosa mejoraba por momentos.

—¿No habría sido más inteligente huir?

—¿Huir adónde? ¿Para qué? Ya has visto que aquí sin pasta no eres nadie. Ya me he cansado de eso.

—Te entiendo.

—Deja de decir que me entiendes. Tú no entiendes una mierda. ¿Sabes por qué me ensañé contigo? ¿Por qué te torturaba una y otra vez mientras estuviste en mi poder? Porque me sacabas de quicio sin mover un músculo. Tu sola existencia me irrita.

—¿Gracias?

—Si salgo vivo de aquí —lo señaló con la punta del cuchillo—, ¿sabes adónde iré? A por esa zorra a la que te beneficiaste durante esos meses que estuviste en aquella casa. Espero que la hayas entrenado bien porque te juro por Dios que me la follaré hasta reventarla.

El rostro de Andrew se transformó en una máscara, sus músculos se endurecieron y su mente calculó cada uno de sus posibles movimientos.

—El día que atacaste a los sicangu, provocando que ellos mataran a mis padres, perdiste la oportunidad de hacerte rico. Siempre has tomado malas decisiones.

Dermot se llevó la mano a la barba y antes de que sus dedos la rozaran sintió la hoja del cuchillo deslizándose por su cuello. Con la misma rapidez lanzó la otra mano hacia atrás y clavó su puñal en la pierna del titonwan a la altura del muslo. Andrew ni se inmutó, siguió sujetándolo hasta que sintió que el intruso perdía las fuerzas. Entonces lo dejó caer al suelo.

—Debería… hab… traídoo… e… Colt.

—Habrías hecho mucho ruido —dijo Andrew apretando la herida de su pierna.

Estaba perdiendo mucha sangre. Miró hacia la puerta y sin dejar de apretar arrastró la pierna hacia allí.

—¿Por qué atacaste a los sicangu? —preguntó por curiosidad mientras avanzaba lentamente.

—Me… roba… ron el caballo.

—¿Lo recuperaste? —Andrew se detuvo junto a la puerta y apoyó la otra mano en el marco—. ¿Recuperaste… el caballo?

—Murió en… la… refriega.

—Qué… estú… pido.

Andrew gritó el nombre de Berry una vez y se desplomó en el suelo sin un gemido.

Abrió los ojos lentamente y dejó que la bruma se disipase un poco con cada parpadeo. El intenso dolor en la pierna lo hizo sonreír. Estaba vivo. Los sonidos a su izquierda desviaron su mirada hacia una figura femenina que trajinaba con algo en una mesa. Los rizos dorados que caían sobre su espalda dibujaron una sonrisa en sus labios.

—*Wahcawin* —murmuró.

Rose soltó lo que tenía en las manos y se acercó rápidamente a él.

—Andrew… —Sus ojos se llenaron de lágrimas—. ¿Te duele mucho?

—Apenas —mintió.

Trató de moverse y ella puso las manos en su pecho para impedírselo.

—Tienes que hacer reposo, el doctor Pellico dice que has perdido mucha sangre y estás muy débil. Necesitas fuerzas para que se cure tu herida. —Se sentó en la cama con mucho cuidado de no moverlo—. Andrew…

Él le cogió la mano y entrelazó sus dedos.

—Siento haberte preocupado tanto.

—Sabías que Dermot vendría a por ti, ¿verdad?

—Eso me dio algo de ventaja. —Jugueteó con sus dedos. Eran tan suaves.

Rose se llevó su mano a los labios y la besó con ternura dejando que las lágrimas mojaran su palma.

—¿Por qué no avisaste a Berry? Podría haberte…

—Si a Berry le ocurriese algo, Grace no querría casarse conmigo.

Rose sollozó entre risas.

—Lo siento —musitó él con el corazón tembloroso.

—Si hubieras muerto… —Enterró la cara en las sábanas que lo cubrían a la altura de su pecho.

Andrew acarició su pelo suavemente mientras cerraba los ojos para contener sus propias emociones.

—¿Dermot…? —preguntó cuando notó que se tranquilizaba.

Rose levantó la cabeza y se limpió las lágrimas.

—Está muerto. Berry te oyó llamarlo y te encontró en un charco de san… gre.

Los sollozos volvieron y Andrew tiró de ella y la abrazó apretando los dientes para soportar el dolor que aquel movimiento causó en su pierna. Le dolía desde el pie hasta la altura de las costillas y sentía como cada gesto de sus brazos o de cualquier parte de su cuerpo rebotaba en su muslo. Era como si aún tuviese el cuchillo clavado.

—¿Cuánto tiempo…?

—Has estado inconsciente tres días —lo cortó incorporándose. Le arregló las sábanas mientras hablaba—. Ibas y venías, pero hasta hoy no habías despertado del todo.

—¿Y tú has estado aquí todo el tiempo?

Rose asintió evitando su mirada. Se puso de pie y estiró las sábanas como si fuese muy importante que no tuvieran arrugas. Él volvió a tirar de su mano haciendo que cayera sobre él. No pudo disimular el dolor que ese impulso le produjo, pero cuando ella quiso apartarse no se lo permitió apresándola con sus brazos.

—*Tacihila* —musitó muy cerca de su boca.

—¿Qué significa?

—Tendrás que averiguarlo —sonrió burlón.

La puerta se abrió de golpe y entró Berry.

—Su madre está aquí, señorita Rose —la avisó—. Grace la entretendrá un par de minutos.

De un salto se apartó de la cama. Se estiró el vestido, se colocó el cabello y se aseguró de que no había rastro de lágrimas en su rostro. Cuando Felicia entró en la habitación la escena era de lo más aséptica.

—¿Estás bien en este cuartucho? —preguntó la mujer acercándose a la cama.

—Mamá, no puede subir escaleras. Es mejor que esté aquí aunque no sea una habitación muy grande.

—A mí no me importa —dijo él con una sonrisa.

—Me alegra ver que estás mejor —dijo Felicia y después se giró hacia su hija—. He venido para llevarte de vuelta a casa. Tus días de enfermera han terminado.

—No puedes quedarte aquí. —Su madre la miraba con expresión inflexible—. De ningún modo. No ahora que ya está consciente. Una cosa era mientras permanecía en ese estado delirante, pero ahora que ha despertado ya no es posible. De ningún modo —repitió.

—Mamá, está muy débil, necesita una enfermera y yo puedo…

—Tú no eres enfermera.

—Estás siendo irracional. ¿Qué crees que va a pasar?

—No importa lo que yo crea, lo que importa es lo que crean los demás. ¿Es que no lo entiendes? Ya se habla de ti por haber pasado esos meses en Blunt Manor con él. No puedes seguir alimentando la palabrería de esa gente.

—¿Qué importa lo que digan?

—¿Que qué importa? ¡Importa muchísimo! ¡Esas habladurías pueden destrozar tu futuro! —exclamó su madre elevando la voz.

—¿Qué futuro? ¿Qué futuro, mamá? No voy a casarme, acéptalo de una vez. No quiero hacerlo. No, si no es con Andrew.

Su madre quedó petrificada y Rose cerró los ojos un instante. No era así como debería habérselo dicho. Cogió a su madre de la mano y la llevó hasta el sofá.

—Sé que lo sabías. Me conoces demasiado bien como para que hiciera falta que te lo dijera.

Felicia asintió levemente.

—¿Vas a casarte con él? —preguntó.

Rose bajó la mirada y la posó en su falda. Necesitaba un momento para controlar sus emociones, lo último que quería era ponerse a llorar otra vez. Cuando estuvo lista levantó la cabeza con orgullo.

—No, mamá, no vamos a casarnos. Andrew volverá con los titonwan en cuanto se recupere. Tiene un hijo y… —Se detuvo—. ¿También lo sabías?

Felicia sonrió con tristeza y cogió las manos de su hija sin dejar de mirarla.

—Desde hace tiempo.

—La abuela.

Su madre asintió.

—Me dijo que tú lo amabas y que posiblemente él también, aunque no lo conocía lo bastante como para estar segura. También me contó lo del niño.

Rose se mordió el labio. Podía controlarlo.

—Entonces ya sabes que no va a casarse conmigo. Jamás abandonaría a Mahtola y yo no quiero que lo haga.

—¿Así se llama? ¿Mahtola?

—Significa osezno. —Rose asintió con una tierna sonrisa.

Felicia era consciente del sufrimiento de su hija, no necesitaba que ella lo expresara con palabras. Quería ayudarla, pero ¿cómo hacerlo?

—¿Crees que podrá volver a vivir con ellos después de haber estado aquí? ¿Sintiendo lo que siente por ti?

Los labios de Rose temblaron y desvió la mirada hacia la ventana.

—Su nombre titonwan es Icamani, que significa «el que camina a tu lado». Su padre, Wiyaka, se lo puso porque cuando lo rescató el niño no se separaba de él. Ellos lo cuidaron y lo convirtieron en uno más de su tribu. Ahora está dolido y sufre porque ha recordado lo que les ocurrió a Anthony y a Leslie y de algún modo se siente culpable por haber aceptado su destino. —Dejó que las lágrimas fluyeran, consciente de que era un esfuerzo absurdo detenerlas—. Pero cuando esté allí recordará lo que sentía por ellos y recuperará la paz que nosotros le quitamos. Yo quiero que sea feliz. No importa lo lejos que esté de mí, siempre lo llevaré en mi corazón.

Felicia abrazó a su hija y al hacerlo lo vio apoyado en la puerta del salón. Pálido como un muerto y con la desolación en la mirada. Él se dio la vuelta en silencio y se marchó arrastrando la pierna herida.

Una semana después Andrew ya podía caminar unos pasos apoyándose en un bastón, lo que le permitía poder desplazarse del dormitorio improvisado hasta el salón o la biblioteca. Rose continuaba en la casa y trataba de entretenerlo leyéndole el periódico y charlando de los temas sobre los que leían. Se comportaban como dos amigos y se limitaban a aquello que les permitía cierta tranquilidad.

Luego, cuando se quedaban solos, cada uno debía conjurar sus demonios y en eso la que lo llevaba mejor era Rose. Un día después de la charla con su madre habló consigo misma y se convenció de que no tenía sentido sentirse tan desgraciada. La vida era hermosa y estaba llena de pequeños milagros. No tenía por qué llorar por amar a Andrew, ese sentimiento era una bendición, no un castigo. Tomó una decisión trascendental con la que sabía que renunciaba a un futuro distinto al que se le planteaba. Pero curiosamente, eso le devolvió la paz que había perdido y pudo volver a sonreír.

Para Andrew resultaba más difícil. Tenía un boquete en el pecho que no conseguía cerrar. No había escenario en el que no perdiese y sabía que tampoco estaba en su mano decidir. No le había dicho a Rose que no se quedaría con los titonwan porque para eso tenía que hablar de ello y era demasiado doloroso. Solo Berry conocía sus verdaderas intenciones. Su buen amigo Berry, que había sido una bendición en su vida. Pensaba en ello mientras acariciaba a *Toby* que estaba a su lado en el sofá. Grace apareció en el salón con un cuenco en el que temblaba una gran porción de gelatina de menta.

—Toma —dijo dándosela a Andrew.

Él la cogió sonriente.

—Mmmm —dijo después de saborearla.

—Tengo que decirte algo.

Se sentó junto a *Toby* de manera que pudiese mirarlo a él de frente. A Andrew ya no le sorprendía que la niña lo tutease unas veces y otras no. Grace era demasiado complicada para intentar entenderla.

—He decidido que no debes esperar a que me haga mayor para casarte conmigo.

Él frunció el ceño y la cuchara regresó al cuenco con cierto nerviosismo. ¿Quería casarse ya?

—No podemos casarnos —dijo la niña con gran solemnidad—.

No te pongas triste, pero la señorita Rose no se movió de tu lado durante el tiempo que estuviste muerto. Su vestido quedó empapado de sangre y no se lo quitó en dos días porque no quería separarse de tu lado. Yo creo que eso merece que te cases con ella. Era un vestido muy bonito.

—No lo dudo —dijo anonadado y aliviado a partes iguales.

—Además, ha llorado mucho y se pone muy fea cuando llora. No encontrará marido siendo fea, así que creo que tú debes casarte con ella. —Apoyó las manos en su falda sin dejar de mirarlo con aquella expresión de sabionda—. No querrás que se quede soltera para toda la vida. Mi madre dice que las que se quedan solteras no son felices porque no tienen hijas como yo.

A Andrew dejó de parecerle una conversación divertida.

—La señorita Rose es muy buena y yo no quiero que esté triste. ¿Podrías hacerlo? ¿Te casarás con ella? Ya sé que yo soy mucho más guapa y que ella es vieja. —Se encogió de hombros—. Pero te hará gelatina de menta siempre que quieras y te cuidará cuando estés malito. Como ahora.

Andrew miró la gelatina con cara de bobo.

—¿La ha hecho ella?

Grace asintió.

—Ha hecho un montón. —Se rio—. Y mi mamá la regañó porque dijo que había gastado todo el azúcar y que había puesto la cocina patas arriba.

Le tembló la mano cuando rompió la textura sólida con la cuchara y después se la llevó a la boca. Cerró los ojos disfrutando del frescor que sintió en el paladar. La niña se relamió sin darse cuenta y de repente le entraron ganas de comerla. Se bajó del sofá y *Toby* saltó inmediatamente tras ella.

—Yo también quiero —dijo y sin más salió del salón dejándolo solo.

Andrew se recostó en el respaldo mirando aquella gelatina verde como si fuese el tesoro más preciado que hubiese poseído jamás.

Capítulo 23

Lord Crowley lo miraba conteniendo sus emociones. Se había librado de tener que soportar el peso de la ley. Gracias a sus muchos contactos la sentencia lo exoneraba de los delitos cometidos por Dermot y Rippin mientras estaban a su servicio. El juez dictaminó que aunque utilizaron su dinero para realizar sus fechorías, él era ajeno a dichas prácticas. Por supuesto, tuvo que olvidarse de seguir haciendo negocios en América. Que las autoridades inglesas lo eximiesen de pagar por lo que había ocurrido no significaba que el gobierno de Estados Unidos compartiese dicha decisión. Eso lo ponía en una situación precaria, tesitura que utilizó Andrew para conseguir algo que deseaba.

—Estará disfrutando de lo lindo —dijo Crowley, al que parecían haberle caído veinte años encima.

Empujó el contrato de venta firmado y Andrew pasó el secante por encima antes de doblarlo y metérselo al bolsillo.

—Debería estar aliviado —dijo poniéndose de pie y mirándolo desde su altura—. Sigue vivo y con las tripas en su sitio.

Crowley empalideció.

—Ha pagado por Blunt Manor mucho menos de lo que vale —dijo Crowley con voz temblorosa.

—Dé gracias que he pagado. Mi primera intención fue arrebatárselo todo. Si me he compadecido de usted es por su mujer y sus hijos, que no sabían la clase de hombre que era su padre.

—No se haga el generoso, sé que ha intentado por todos los medios encontrar pruebas que me incriminen en el asesinato de Walter Dawson y si no me ha acusado de ello es porque no las hay.

—Cierto. Y no crea que me habría temblado el pulso al hacerlo.

—Ese hombre lo vendió sin dudarlo. No crea que tuve que insistirle mucho.

Andrew se inclinó sobre la mesa y lo miró de cerca.

—No se interponga jamás en mi camino y aproveche esta segunda oportunidad de vivir como un hombre decente.

Crowley lo vio salir de su despacho con el corazón en un puño. Estaba seguro de que sería capaz de matarlo de la manera más atroz y él nunca fue un hombre valiente. Con el dinero que había cobrado por la propiedad de Blunt Manor su empresa seguiría funcionando y eso era todo lo que deseaba. La pesadilla había terminado y, como ese salvaje había dicho, «estaba vivo y con las tripas en su sitio».

Al salir de casa de los Crowley Andrew se dirigió a Portrey & Balshaw. Robert levantó la vista de los documentos que revisaba y sonrió al verlo.

—¡Muchacho! Me alegra verte totalmente recuperado —dijo levantándose para recibirlo.

—Aún tengo algunas molestias, pero nada importante —dijo golpeándose en la herida con el puño.

—Siéntate ahí —señaló la zona de estar—. Voy a pedirle a Preston que nos traiga un café.

—Por mí no lo haga, por favor, no quiero nada.

—Está bien. Como quieras. —Se sentó frente a él—. Adelante, habla sin miedo. Supongo que has venido a decirme que te marchas.

Andrew asintió.

—Mi barco zarpa en diez días. Por eso quería hablar con usted de algunas cosas.

Robert se recostó en el respaldo y juntó las manos dispuesto a escuchar lo que tuviera que decir.

—He comprado Blunt Manor. Es para Rose.

Balshaw frunció el ceño.

—No puedes…

—Déjeme hablar antes, por favor —pidió.

Robert suspiró y le hizo un gesto para que continuara.

—Rose es… —Le costaba decirle aquello precisamente a él, pero debía hacerlo—. La amo.

—Pero vas a volver con tu hijo.

Ahora fue Andrew el que asintió.

—Quiero que ella tenga algo mío. Algo que pueda ser un… refugio.

—¿Refugio? —Robert frunció el ceño. ¿Por qué iba a necesitar su hija un refugio?

—Señor Balshaw, su hija es la persona más maravillosa que he conocido, pero estará de acuerdo conmigo en que no encaja muy bien en la sociedad londinense.

—Es una cuestión de madurez. Estoy seguro de que las cosas cambiarán a partir de ahora.

Andrew lo miró esperando sinceridad por su parte.

—Rose no cambiará nunca. Y estoy seguro de que usted, igual que yo, no desea que cambie.

—La dejé acercarse a ti sin saber que no estabas siendo sincero conmigo, ahora me arrepiento. No digo que lo hicieras de mala fe, pero debiste pensar en ella y no lo hiciste.

Andrew bajó la cabeza. Se sentía mucho más culpable de lo que podía verbalizar sin confesarle cuáles eran sus verdaderas intenciones al principio. Pero sabía que contarle sus deseos de venganza no le haría ningún bien y sería un daño gratuito.

—Sabes que tanto Felicia como yo te aceptaríamos si quisieras casarte con ella. A pesar de que no sería fácil para ninguno de nosotros. Porque, seamos sinceros, nuestra sociedad es demasiado arcaica como para aceptar sin más que hayas convivido con esos titonwan durante años.

—¿Usted abandonaría a su hija?

—No es lo mismo. Y lo sabes.

Robert lo miró de frente. Sabía lo que estaba haciendo y no podía permitírselo.

—Quieres que te dé mi bendición para destruir la vida de mi hija y no puedo hacerlo. Esa casa será un recordatorio constante de lo que ha perdido y no puedes pretender que ella viva el resto de su vida con ese peso.

—¿No debería dejar que ella decidiese lo que quiere? Hay muchas cosas que no comprendo de la forma en que viven, pero la falta de libertad es la que más me cuesta aceptar. Rose podría tener una vida plena si la dejasen ser quién es, pero se empeñan en convertirla en una flor de invernadero, delicada y mustia, cuando, en realidad, es una flor salvaje, apasionada y capaz.

—¿Y tú vas a conseguir eso llevándola a Blunt Manor y marchándote después? ¿Crees que eso será suficiente para ella? ¿Que vivirá del recuerdo de unos pocos días el resto de su vida? —Robert se puso de pie y su rostro evidenciaba lo enfadado que estaba—. Quieres dejarla marcada para siempre y que nosotros veamos las consecuencias. Sé sincero, Andrew, dime toda la verdad.

Andrew se levantó también y con una mano en la cabeza se apartó el pelo que le caía sobre los ojos.

—¿Está seguro de que quiere sinceridad?

—Lo estoy.

—Cuando conocí a Rose mi intención era vengarme en ella —gritó furioso—. Quería hacerles daño a todos, a Crowley, a Dermot y Rippin, a usted… Quería usar a su hija para golpearlo de la manera más brutal por haberme traído aquí del modo en que lo hicieron. Por el sufrimiento que me causaron, pero sobre todo por el miedo. Porque ese miedo me hizo recordar al niño que llevaba encerrado y amordazado diecisiete años.

Robert empalideció.

—¿Ibas a destruir a Rose?

—Sí —confesó con el corazón latiendo desbocado y un dolor insoportable en el pecho—. Esa era mi intención. Estaba roto y necesitaba encontrar un modo de recomponerme. Pero ella… ella…

—Dios, Andrew. —Robert le dio la espalda.

—Sé que no lo entiende. Es normal, pero así era yo. Hasta que Rose me miró y su mirada me traspasó, revolvió mi espíritu, mis creencias… Y todo aquello que creía verdadero se esfumó como una nube de polvo. Simplemente, desapareció, y en su lugar me vi queriendo todo lo que ella quería. Me vi cuidando de Berry y su familia, adorando a esa niña que no sabe lo que son los límites y que le ha puesto *Toby* a su perrito para que yo sea feliz. Quería ser digno del afecto del mejor amigo de mi padre. El único que podía ser su recuerdo vivo. Y, sobre todo, quería que ella me mirara siempre con ese brillo intenso en sus ojos, con esa sonrisa que me derrite los huesos. Quería ser el que la hiciese feliz, el que la cuidase y protegiese el resto de su vida.

Robert lo agarró por la pechera y lo sacudió.

—¡Pues hazlo! ¡Hazlo, maldita sea!

—¡No puedo! —gritó desesperado—. Esta sociedad que usted

defiende no me lo permite. Tengo que abandonar a mi hijo o abandonarla a ella. Y le juro por mi vida que no quiero abandonarla. Pero mi hijo es un niño indefenso que crecerá en un mundo violento y cruel. Sé que Wiyaka lo querría como me quiso a mí y que cuidarían de él en la aldea, pero también sé que tendrá que demostrar su hombría y pasar por pruebas que a usted, un hombre adulto, lo harían temblar de miedo. Y tendrá que matar a personas y fingir que no siente nada cuando gritan y suplican.

Robert lo había soltado y lo miraba petrificado.

—¿Dejaría usted a su hijo sabiendo que va a sufrir de ese modo? ¿Que no tendrá a su padre para protegerlo? —Negó con la cabeza—. Estoy seguro de que no. No voy a dejarlo y tampoco voy a quedarme con ellos. No, después de recordar el sufrimiento de mis padres. Me lo llevaré de allí ahora que aún es muy pequeño y le daré la vida más pacífica que pueda conseguir para él. Y para eso necesito su ayuda.

Robert frunció el ceño.

—¿Mi ayuda?

—Cuando me marche sé que no podremos volver aquí y también sé que me quitarán mi herencia y todo lo que poseo. Mi hijo solo me tendrá a mí y quería pedirle que en caso de que algo me suced, no deje que…

Robert levantó una mano para hacerlo callar.

—Nadie va a quitarte lo que es tuyo. —Seguía enfadado, aunque agradecía su sinceridad—. Te quedes o te vayas, sigues siendo el hijo de Anthony Portrey.

Andrew sintió una profunda emoción. Hubiese querido abrazarlo, pero sabía que eso ya no era posible después de lo que le había contado.

—¿Me da permiso para llevar a Rose a Blunt Manor? —preguntó con voz profunda—. Me iré sin despedirme si me lo pide, pero le suplico que piense solo en ella por esta vez. Solo ella.

Robert sintió que se le llenaban los ojos de lágrimas. Sabía que su hija lo amaba y también sabía que nunca se casaría con otro.

—Si ella quiere ir, tienes mi permiso.

Andrew asintió una vez con la cabeza y mantuvo su mirada firme durante unos segundos antes de marcharse. Ojalá hubiese sabido la clase de persona que era desde la primera vez que lo vio.

Habría llorado en su hombro como en el de un padre.

—¿De verdad no te molesta nada la pierna? —preguntó Rose con cara de preocupación—. Me parece demasiado pronto para que puedas montar.

—Prometiste que no discutirías —dijo Andrew burlón—. Por supuesto, no te creí. Vamos, sube a tu caballo de una vez.

Ella obedeció, feliz de poder hacerlo a horcajadas, y echó a correr sin esperarlo.

—¡Hasta la vista! —gritó.

Andrew soltó una carcajada y le dejó ventaja consciente de que no tenía nada que hacer contra él. Cuando la rebasó escuchó su risa y el titonwan se sintió capaz de volar. Extendió los brazos en cruz y dejó que el caballo galopase sin guía mientras gritaba a pleno pulmón: ¡*Anheeeeeeeee*! Ella cerró los ojos un instante para guardar ese recuerdo en un apreciado lugar de su cerebro. Aminoraron el paso al acercarse al lago hasta detenerse. Ataron los caballos para dar un paseo a pie. Querían decirse muchas cosas, pero ninguno de los dos encontraba las palabras.

—Tu barco zarpa en dos días —dijo Rose rompiendo el silencio.

Andrew se detuvo con la cabeza baja y la mirada clavada en sus pies. De repente, había recordado sus suaves mocasines y casi pudo sentirlos al mover los dedos dentro de aquellas botas. Se miró las manos y percibió entre los dedos la brisa seca de las montañas rocosas y el olor de la tierra en la que creció. Escuchó los sonidos de los titonwan, las mujeres desmontando las tipis para levantar el campamento. Los hombres organizando el viaje y charlando sobre banalidades…

Se vio a sí mismo de pie en medio de todo aquel ajetreo y se sintió solo, profunda y dolorosamente solo. Contuvo sus emociones dentro de sus puños y levantó la cabeza para mirarla. Rose cogió aquella mirada y la guardó junto a sus otros recuerdos. Sonrió con ternura y lo cogió de la mano.

—No hace falta que digas nada. Tu nombre significa: el que camina a tu lado. Nunca reniegues de tu nombre, pues te lo

pusieron para que no olvidaras este momento. Camina conmigo, Icamani.

Tiró de ella y la besó. Suave y lento, exploró su boca como si quisiera memorizar cada detalle, cada sensación, en algún lugar secreto al que poder regresar siempre que se sintiera solo. Siempre. Ella se abrió a él sin reservas. Acarició sus labios con la lengua y arrancó un gemido desesperado de su garganta al rodearle el cuello con los brazos, anclándose a él como el eslabón de una cadena. Cuando se separaron permanecieron un rato mirándose, buceando en los ojos del otro, dejando una impronta perpetua en aquella mirada. Ella lo tomó de la mano y caminaron en silencio. ¿Cómo resumir en unas pocas palabras lo que dirías durante una vida entera?

—La señora Hartsell ha aprendido mucho desde la última vez que estuve aquí —dijo Andrew después de probar el pavo con salsa de peras—. Juraría que esta receta no es suya.

Rose sonrió cómplice.

—Clarence ha vuelto a tomar posesión de la cocina. Y, por lo que he visto, a la señora Hartsell le ha parecido estupendamente.

—Berry se quedará con vosotras hasta que tú decidas volver a Londres.

—Me iré cuando tú te vayas.

—No tienes por qué, la casa es tuya.

Rose bajó el tenedor lentamente hasta dejarlo en el plato.

—La he comprado para ti. Quiero que tengas tu propia casa.

—Andrew…

—Escúchame, Rose —pidió muy serio—. Sé que la gente hablará, sé que tu padre no quiere que te la quedes, sé todo eso, pero también sé que eres una mujer fuerte y valiente que no dejará que nada de eso la amilane. Vive tu propia vida, *wahcawin*, no dejes que nadie decida por ti.

—Hablaste con mi padre.

—Y le pareció una pésima idea.

—Porque sabe lo que pensarán todos. Pero tienes razón, no voy

a dejar que nadie decida por mí. Me la quedaré, incluso viviré aquí —dijo mirando alrededor con una extraña sonrisa—. Me gusta esta casa, siempre me ha gustado. Haré que arreglen el jardín y, si a ti te parece bien, le pediré a Berry y a su familia que vengan a vivir conmigo. Cambiaré las cortinas porque odio ese…

Andrew sintió una cálida sensación al escuchar sus planes. Sus ojos brillaban emocionados y había paz en su rostro. ¿Cómo podía ser tan fuerte? Él estaba hecho polvo y apenas podía soportar el dolor que lo embargaba, pero ella estaba allí, hablando y sonriendo como si nada fuese a cambiar.

—¿Te apetece una partida de cartas? —preguntó ella mientras él servía dos copas de oporto.

—Tanto como arrancarme los pelos de la cabeza uno a uno. —Le entregó su copa y se sentó junto a ella en el sofá.

—Sigo sin entender qué tienes contra las cartas. Es un juego divertido.

—Igual de divertido que clavarse una raíz en un pie.

—¿Te has clavado muchas raíces? —preguntó ella llevándose la copa a los labios.

—Algunas.

Rose lo miró con fijeza y Andrew se estremeció.

—¿Cuándo vas a contarme tus planes? —preguntó directa.

—No los tengo muy claros.

—Irás a buscar a Mahtola, ¿y después? ¿Regresarás a Londres o irás a otro lugar? Deberías cambiarle el nombre. Quiero decir, ponerle uno más…

—Anthony —dijo interrumpiéndola—. Le llamaré Anthony, como mi padre.

Rose asintió y volvió a beber de su copa.

—Creo que viviremos un tiempo en Italia —confesó él al fin—. Mi padre hablaba de un lugar en la Toscana, San Gimignano. En sus diarios escribió que si tuviese una segunda vida la viviría allí.

—Una vez estuve en Roma —dijo ella—. Tenía unos diez años, creo, y no disfruté mucho aquel viaje porque no me entendía nadie y no podía estar preguntándolo todo, todo el rato.

Andrew sonrió al imaginarlo.

—Era una niña insoportable —siguió Rose—. No sé de dónde sacaba tanta curiosidad.

—Sigues igual de curiosa. Al principio de estar aquí, cuando apenas entendía una centésima parte de lo que decías, no parabas de atosigarme para que te lo contara todo sobre mí.

—Me parecías fascinante.

—¿Te parecía?

Ella sonrió al tiempo que asentía.

—Ahora ya no hay misterio, compréndelo.

—Tú me sigues pareciendo igual de fascinante que el primer día que te vi.

Ella sintió el calor que la envolvía, pero ya no se esforzaba en disimular delante de él.

—Nunca me has contado tu sueño. Ese en el que aparecía yo.

Se recostó en la silla y la miró con fijeza al tiempo que recreaba en su mente aquel extraño y maravilloso presagio.

—Yo estoy corriendo. No puedo verme a mí mismo, pero siento una urgencia imparable que me empuja a buscarte. De repente, me detengo al verte. Estás en una especie de campo o jardín, no lo sé muy bien. Tienes los brazos elevados y extiendes una tela blanca mientras tarareas una canción. Llevas el cabello recogido, pero el viento acaba soltándolo y al ver tus rizos mi corazón se estremece. Me siento triste y alegre a la vez, es muy perturbador.

Rose esperó a que continuara, pero él siguió mirándola con aquella intensidad y sin decir palabra.

—¿Y? ¿Qué ocurre después?

—Me despierto.

—¡¿Qué?!

Andrew sonrió y se encogió de hombros.

—Es mucho peor para mí porque yo lo viví muchas veces y cuando despertaba sentía una soledad insoportable en mi corazón.

—¿Ya no lo sueñas?

—No. Desde que eres real no.

—Recuerdo tu expresión al verme la primera vez —dijo pensativa—. Era como si hubieses visto un fantasma. Vi la conmoción en tus ojos.

—Terror —confesó él—. Sentí verdadero terror. De repente, estabas ante mí. No del mismo modo que aparecías en mi sueño, pero eras tú. Pensé que los espíritus eran muy crueles al ponerte en mi camino siendo mi enemiga.

—Pero yo no era tu enemiga, solo quería ayudarte.

—Entonces no lo sabía.

—Prométeme una cosa —pidió ella—. Para compensarme por ser tan mal pensado, desde hoy me dirás que sí a cualquier cosa que te pida.

—Rose, no puedo que…

Ella le puso un dedo en los labios para enmudecerlo.

—No es eso lo que voy a pedirte —susurró—. Solo quiero que seas feliz. Que tengas una buena vida. Quiero saber que, estés donde estés, todo te va bien. Prométemelo.

—Te lo prometo —dijo él.

—Pero para que yo lo sepa tendrás que escribirme. —Rose se levantó y le tendió una mano que él cogió para seguirla—. Cada mes una carta durante el resto de nuestras vidas.

—¿Adónde me llevas?

—Quiero ver las estrellas.

Cogió la manta que había dejado en el sofá y salieron por la puerta de atrás de la casa. La luna creciente guio sus pasos hasta el claro que había junto al bosque de abedules. Allí extendió la manta y se tumbó sobre ella, después le hizo un gesto a Andrew para que la imitase y su mirada lo dijo todo por ella.

Y por primera vez él tuvo miedo, miedo de hacerle daño, de asustarla, de destruirla en el fuego que lo consumía por dentro. La deseaba con toda su alma y su cuerpo le gritaba que la tomara allí mismo. Él era suyo. Siempre sería suyo y de nadie más. Pero temía que aquella parte de su ser, salvaje y primitiva, arrasara todo lo bueno, dulce y puro que había en ella. Porque después se iría y la dejaría para siempre. Se quedó unos segundos de pie frente a ella sin hacer ni decir nada.

Rose suspiró suavemente dejando escapar la desilusión y la tristeza con su aliento. Había hecho tantos esfuerzos en mostrarse animada y feliz que ya no le quedaban fuerzas para seguir fingiendo. Se puso de pie y recogió la manta.

—Creía que me deseabas —musitó—. Volvamos a casa.

Él la detuvo abrazándola desde atrás.

—*Wahcawin* —susurró en su oído—. Mi mujer flor. Mi rosa fragante y dulce. Jamás pensé que podría sentir algo así. Me duelen los huesos y el alma de lo mucho que te deseo. Tú eres mi

verdadera *wakanka*, la que está por encima de todo. ¿De verdad crees que no quiero tomarte? No hay una sola fibra de mi ser que no esté gritando ahora mismo. Pero tú perteneces a este mundo y aquí hacerte mía sería un ultraje. Una vergüenza para ti y los tuyos. No puedo hacerlo. Ni siquiera yo soy tan salvaje.

Rose apoyó la cabeza en su pecho sin tratar de girarse. Dejó que la acunase entre sus brazos sintiéndose más unida a él que a nunca. Regresaron a casa sin hablar y se separaron con un triste «buenas noches».

Capítulo 24

Rose seguía despierta y lo oyó. Era un sonido apenas audible, con una cadencia suave y constante. Se levantó de la cama y se asomó a la ventana. Desde allí no podía verlo. Se puso la bata y las zapatillas y salió del cuarto. Bajó las escaleras y abandonó la casa siguiendo el sonido de su voz. Según se acercaba la canción era más clara y pudo detectar sus matices. Andrew había encendido un fuego y cantaba danzando a su alrededor. Se quedó paralizada ante aquella imagen poderosa y espiritual que erizó el vello de su nuca y aceleró los latidos de su corazón. Solo llevaba los pantalones puestos y en su torso sudoroso brillaban las llamas. Los movimientos eran a la vez pausados y vigorosos, saltaba en círculos o se balanceaba como si estuviera preso de una extraña posesión. Al final de aquella danza, cayó al suelo y quedó completamente inmóvil y en silencio.

Rose se acercó despacio, como si temiera despertarlo de un profundo sueño. Icamani se puso de pie y la miró desde el otro lado de la hoguera. Su corazón latía acelerado y un anhelo desgarrador inundó su pecho. Quiso gritarle que se alejase de él, pero su cuerpo tomó el control de sus movimientos y lo llevó hasta ella con paso firme y decidido. Rose no se movió, no huyó ni lo detuvo. Tomó una de sus manos y la colocó en su mejilla para luego besarla.

—Tómame. —No había súplica en su voz, tan solo una certeza absoluta.

La levantó del suelo y la llevó en brazos hasta la casa. Ella se deleitó contemplando su hermoso rostro con el corazón tembloroso y un temor extraño y desconocido alojado entre sus piernas. Icamani subió las escaleras sin prisa, como si quisiera disfrutar de cada segundo, deleitarse con la espera.

Entró en su habitación y cerró la puerta con el pie. La llevó hasta la cama y la depositó en ella con sumo cuidado, como si temiera que incluso las sábanas pudieran dañarla. Después se tumbó

a su lado, mirándola, con la cabeza apoyada en su brazo doblado. Rose se colocó de lado hacia él, imitándolo.

—¿Qué era eso que bailabas? —preguntó en susurros.

—La danza de la bestia. Habla de la lucha ancestral del hombre entre su parte espiritual y su parte carnal.

—¿Tiene una historia? —Las costumbres de los titonwan siempre la tenían.

Él asintió y con voz profunda comenzó a narrar.

—Un guerrero titón al que le han arrebatado a su esposa se pinta los colores de guerra y sale a caballo en busca de su enemigo para recuperarla. En el camino se encuentra con una anciana que le pide agua. La mujer le dice que ha iniciado su último viaje y que no llegará a su destino si le faltan las fuerzas. El guerrero no se apiada de ella y la abandona a su suerte. Antes de que se aleje, la anciana, que era una hechicera, exhala su último suspiro enviándole su aliento. El joven titón cae al suelo al desaparecer su caballo y cuando intenta ponerse de pie ve cómo su cuerpo se cubre de pelo y sus dedos se convierten en garras. Sin que pueda hacer nada se transforma en un oso y huye de aquel lugar en busca de los suyos para pedirles ayuda. Cuando llega hasta su campamento lo reciben con flechas y cuchillos y, por más que intenta decirles quién es y lo que le ha pasado, nadie lo entiende y siguen atacándolo. Sin querer da un zarpazo a su padre y lo mata. Aterrado por lo que ha hecho y temeroso de hacer daño a alguien más, huye de allí. Pasa días caminando en busca de su esposa. Está seguro de que ella lo reconocerá y podrá ayudarlo a sobrevivir. Pero cuando la encuentra no se atreve a acercarse a ella. Está prisionera en un campamento enemigo y la observa desde la distancia. No la tratan mal, la ve reír entre las mujeres y trabajar como ellas. Es la más hermosa de todas y el guerrero llora de tristeza. ¿Cómo podrá abrazarla sin desgarrar su carne? ¿Cómo yacer con ella sin destrozarla? La ama profundamente y la desea igual que antes, pero ya no podrá ser suya nunca más. Acepta su desgracia y decide irse de allí para protegerla. Pero entonces uno de los cazadores lo ve y da la voz de alarma. Los guerreros toman sus armas y van tras él. Saben que quien lo mate será el orgullo de su tribu y por eso rivalizan entre ellos para tratar de conseguir dicho honor. El guerrero titón es abatido por las flechas y agoniza en un charco de sangre. La joven

cautiva corre hacia él entre lágrimas gritando: *wicahca, wicahca*…

—Mi verdadero esposo —dijo Rose con voz suave y la carga de una revelación.

Icamani asintió una vez sintiendo la calidez de un abrazo.

—La mujer entonces se abraza al oso y, ante la sorprendida mirada de los guerreros que lo han abatido, el animal se transforma en un hombre y muere en los brazos de su amada.

—¡No! —exclamó Rose incorporándose—. ¡De ningún modo! La historia no puede terminar así.

Icamani no pudo evitar una sonrisa.

—¿Cómo debería acabar?

—Está claro —dijo ella volviendo a tumbarse—. Al reconocerlo su esposa, el guerrero se transforma y sus heridas desaparecen junto con el oso, que es al que habían atacado.

—Bonito final.

—Es el único posible. De ningún modo voy a permitir que ese guerrero titón muera de un modo tan cruel. Si no se detuvo a dar de beber a la anciana fue porque a su mujer la habían secuestrado sus enemigos. A saber qué peligros la acechaban. Y esa anciana debería haber sido más comprensiva con él. Si era su último viaje es que iba a morir de todos modos. ¿A qué viene ser tan rencorosa? ¿Ves cómo la venganza solo trae cosas malas?

—Tienes razón —musitó él apartándole el pelo de la cara con un gesto suave—. Hay otra versión de la misma historia. En ella el guerrero no puede resistirse a sus impulsos y, cuando el campamento duerme, entra en la tienda de su mujer y la mata al tratar de poseerla.

Ella cogió su mano de nuevo y se la llevó a los labios.

—Te amo —susurró.

—Márchate ahora —pidió él.

—No.

—Rose, por favor.

—No voy a irme.

—No soy tan fuerte.

—No quiero que lo seas.

Llevó hasta él una de sus manos y le tocó el pecho tímidamente. Lo sintió cálido y fuerte y quiso explorar esas sensaciones.

—Rose, no…

Ella hizo caso omiso y se acercó hasta sus labios.

—Quiero. —Afirmó rotunda.

—*Wankanl yanka* —masculló contenido que era un ser misterioso.

Rose estaba decidida y acarició sus labios con la lengua antes de besarlo. Él gimió impotente y cuando sintió su lengua moverse dentro de su boca se quedó sin aliento.

—Quiero ser tuya —dijo ella con la mirada en llamas—. No moriré intacta. Si no me tomas esta noche, te juro que me entregaré al primer…

La respiración de Andrew se volvió áspera y su mirada salvaje cuando la empujó sobre el colchón. Sin miramientos, rasgó su camisón de arriba abajo dejándola expuesta para él. Acarició sus senos deteniéndose en la protuberancia rosácea que había emergido demandando su atención. Besó su vientre mientras se deslizaba anhelante hasta aquel lugar prohibido en el mundo al que ella pertenecía. Se tumbó colocando las manos bajo sus nalgas y empujó hacia sí sus caderas para acoplarlas a su boca. Rose se agarró a las sábanas presa de una curiosidad insoportable y de un ansia desconocida. Lo sintió explorando sus más recónditos secretos, su aliento sobre la humedad de su propio cuerpo y su lengua jugando con aquella zona tan extremadamente sensible…

—¡Madre mía! —gimió sin poder contenerse, agradecida de que tanto Berry como Clarence durmieran en la planta de abajo.

Cuando la penetró con su lengua sufrió una explosión de sensaciones que la hicieron doblarse con tal flexibilidad que se sorprendió de sí misma. No podía resistirlo, era demasiado intenso, demasiado poderoso para no dejarse ir.

Andrew se apartó en el momento crítico y subió serpenteando sobre ella. Arrastrándose hasta que Rose pudo notar la dureza de su erección empujando en el lugar en el que hacía un instante tenía su lengua.

—Voy a entrar dentro de ti —anunció sin apartar la mirada de aquellos ojos brillantes y emocionados—. Te dolerá. Puedes arañarme, pero no grites. Solo será la primera vez. Cuando el dolor se haya calmado y estés lista te tomaré de nuevo y entonces solo te daré placer. Te prometo que me pedirás que no pare, porque tenerme dentro te resultará aún más placentero que lo que te he

hecho sentir con mi lengua. Agárrate a mis brazos y no te resistas. Déjame entrar, *wahcawin*.

Sintió la humedad que lo envolvía y se deslizó en su interior sin detenerse, suave pero implacable hasta quedar completamente encajado. Rose tenía los ojos muy abiertos y se agarraba a sus brazos tan fuertemente que dejó la marca de sus pequeños dedos. Dolía y quemaba, pero se mordió los labios para no quejarse. No quería que se apartara, aunque sí quería. Se sintió confusa y mareada. Mezcladas la alegría por saberse unida a él de un modo tan íntimo y la incomodidad de la abrupta invasión.

—¿Por qué duele? —Atinó a decir.

—El dolor quería protegerte, pero ahora ya eres mía y pronto te daré placer —dijo él con voz ronca—. Quédate quieta hasta que yo lo diga.

Estaba utilizando toda su resistencia para contenerse. Deseaba moverse y disfrutar de ese momento que tanto había esperado, pero no se permitió pensar en él y centró toda su atención en ella. En lugar de moverse allí abajo, se inclinó sobre sus senos y comenzó a dibujarlos con su lengua. Rose percibió el cambio que se producía en ellos, de nuevo erectos y sensibles. Cuando él capturó uno de aquellos botones no pudo estarse quieta y su cadera se elevó perceptiblemente. Icamani se alejó entonces para volver a ella con más ímpetu que antes. Ella se estremeció y elevó las caderas para sentirlo más profundamente. Era como si su cuerpo supiese lo que debía hacer, una danza ancestral como la de la bestia, transmitida sin palabras de madres a hijas.

—Deja que yo te guíe —pidió él con la voz áspera y contenida—. Deja que llegue a la sima más profunda antes de llevarte hasta el cielo. Ábrete del todo para mí, *wahcawin*. Debo poseer hasta el último rincón de tu cuerpo para hacerte totalmente mía.

—Tú ya eres mío —dijo desafiante.

Se agarró a las sábanas y sin pensar enlazó las piernas alrededor de sus nalgas. Una alegría salvaje la inundó y lo apretó con fuerza para sentirlo en toda su plenitud. Icamani gimió incontenible, se tensó dentro de ella y empujó ya sin ninguna contención. Respondiendo a su deseo. Acelerando el ritmo hasta verla explotar y rendirse.

—Ahora me toca a mí —dijo con una sonrisa perversa.

El pelo caía sobre su cara empapado en sudor y le daba un aspecto salvaje. Sus movimientos eran profundos e intensos, casi violentos, y ella gemía y se estremecía presa de una nueva subida a la cima. Icamani irguió el torso apoyado sobre las palmas de sus manos, tenso como la cuerda de un arco, hermoso como un dios griego. Entonces llegaron las sacudidas intensas y el titonwan exhaló un largo y contundente suspiro antes de derrumbarse exhausto y vencido.

—No quiero que el guerrero muera de ese modo.

Rose estaba entre sus brazos, con la cabeza apoyada en su pecho, trazando líneas invisibles con los dedos sobre su piel. Andrew estaba recostado sobre las almohadas y tenía los ojos cerrados mientras disfrutaba de esa extraña y desconocida sensación a la que todos llamaban felicidad.

—Y tampoco quiero que la mate a ella.

Él abrió los ojos y sonrió con dulzura.

—Pues a partir de ahora ni el guerrero ni su esposa morirán.

Ella se removió satisfecha y levantó la cabeza para mirarlo con una enorme sonrisa.

—Dejaremos que vuelva a su campamento con su esposa y entonces ella podrá poseerlo como yo te he poseído a ti.

Icamani asintió y sus ojos brillaron emocionados. Amaba a esa mujer con desesperación, ¿cómo iba a poder marcharse y dejarla atrás? Rose comprendió lo que aquellas nubes en sus ojos representaban y se incorporó poniéndose de rodillas ante él. Desnuda y desvergonzada.

—Iré contigo.

Por una milésima de segundo él quiso creer que eso era posible, pero el instante fue tan breve que ni siquiera sus ojos mostraron una chispa de alegría.

—No.

—No voy a separarme de ti.

Icamani se levantó de la cama, también desnudo, y Rose no

pudo evitar ruborizarse al verlo tan espléndido y perfecto.

—Sé que no tomarás más esposas —dijo ingenua, como si eso fuese lo que lo frenase—. Aprenderé a ser una titonwan.

—No tienes ni idea de lo que dices. —Se acercó a ella y la agarró por los hombros mirándola con dureza—. ¿Qué sería de ti si a mí me pasara algo?

Rose empalideció.

—Aquel es tu mundo y yo iré adonde tú vayas. Si mueres, moriré contigo.

Él la sacudió con firmeza.

—No digas eso. No vuelvas a decir algo así jamás. No me conoces, ¿me oyes? No sabes de lo que soy capaz —masculló temblando—. No sabes las cosas que he hecho…

Rose no tenía miedo. Sonrió con ternura y puso la palma de la mano en su mejilla.

—Te conozco mejor que tú mismo. Has matado. Yo también mataría para proteger a quienes amo, lo sé aunque no haya tenido que hacerlo.

Él negó con la cabeza.

—¿Qué harías si te captura un comanche? ¿Pedirle que no sea brusco cuando te viole? —Rose se estremeció—. ¿Mirarás para otro lado cuando coja a tu hijo recién nacido por los pies y le reviente la cabeza contra el suelo? ¿Eso harás? No sabes de lo que hablas, Rose, eres una niña mimada y protegida que ha vivido entre algodones toda su vida. Cuyo mayor peligro era que su madre la obligase a ir a un baile con un joven de conversación poco interesante. Esa eres tú, Rose, esa. No una guerrera, no una titonwan, una estúpida e ingenua niña mimada.

Aquello le dolió. De pronto se sentía vulnerable estando desnuda y tiró de la sábana para envolverse con ella. Él se la quitó bruscamente y agarró uno de sus pechos sin delicadeza.

—¿Es así como vas a defenderte? ¿Tapándote con una sábana?

—Basta, Andrew.

—¿Basta? ¿Basta? ¿Crees que una esposa titonwan puede decirle «basta» a su hombre? —La empujó sobre la cama y se tumbó sobre ella—. Si vinieras conmigo estarías a mi merced y solo me tendrías a mí, ¿lo entiendes? Nadie te ayudaría si pidieras auxilio porque eres una mujer y eres blanca, lo que te despoja de toda valía.

—Deja de hacer esto —pidió con voz temblorosa—. Lo he entendido.

Los ojos de Andrew estaban llenos de lágrimas, pero seguía furioso con ella. ¿Cómo se le ocurría decirle que iría con él? ¿Es que acaso no sabía el dolor tan insoportable que iba a provocarle dejarla? ¿Quería añadir más sufrimiento a su corazón maltrecho?

—No podrías soportarlo —musitó—. Y yo tampoco.

Se incorporó, fue hasta la butaca en la que había dejado sus pantalones y se los puso. Después cogió la bata de ella y se acercó para dársela, pero la vio encogida llorando en silencio y se detuvo.

—Rose… —susurró—. Por favor, no llores.

Ella se limpió la cara y se levantó de la cama sin mirarlo. Cogió la bata que seguía en sus manos y se la puso con manos temblorosas. Abrazó su cuerpo con ella y se quedó frente a él, con la cabeza baja y las lágrimas deslizándose por sus mejillas.

Andrew extendió la mano y atrapó una de aquellas lágrimas con la yema de su dedo.

—Perdóname —pidió sin mirarla.

Rose lo abrazó, apretando su cuerpo contra él.

—*Tacihila* —dijo quedamente, utilizando la palabra que usaban los titonwan para decir «te amo».

Icamani la rodeó con sus brazos y escondió la cabeza en su cuello. La sintió tan pequeña y frágil que se le estremeció el corazón.

—*Tacihila* —susurró él contra su pelo.

Rose se apartó ligeramente para mirarlo a los ojos con los suyos aún acuosos.

—Sé lo que querías enseñarme y lo he entendido. Es cierto que soy una estúpida niña mimada y que no tengo la más mínima idea de lo que ha sido tu vida. Por muchas cosas que me hayas contado sé que siempre has obviado aquellas que crees que no debo saber. Comprendo que si te acompañara convertiría tu vida en un infierno porque tendrías que estar constantemente protegiéndome y preocupándote por mí. Te pido perdón por no darme cuenta de que no he hecho más que aumentar el dolor que sientes por tener que dejarme.

Icamani lanzó un gruñido contenido entre sus dientes y la abrazó con fuerza, abrumado por su compasión.

—Estoy lista —murmuró ella contra su pecho.

Él se apartó lo bastante como para interrogarla con la mirada.

—Has dicho que cuando estuviese lista me darías placer en lugar de dolor. Estoy lista.

El rostro de Icamani mostró su enorme sorpresa. ¿De verdad le estaba pidiendo…? Ella se separó de él y dejó caer la bata al suelo, después desató el cordel de su pantalón y lo ayudó a quitárselo.

—Solo voy a tener dos noches de amor y quiero aprovecharlas bien —dijo sincera.

Icamani quería ver lo que venía a continuación, así que la dejó hacer. Rose cogió su mano y lo llevó hasta la cama. Se tumbó en ella y esperó. Él la miraba con curiosidad, su miembro erecto daba cumplida muestra de su buena disposición, pero no se movió.

—¿Hay algo que deba hacer? —preguntó ella confusa.

Icamani sonrió divertido por su ingenuidad y decidió que ya había jugado bastante con ella. Subió a la cama y se tumbó a su lado. Rose se sintió embriagada por su olor y excitada por su proximidad. Entonces él colocó una mano en su abdomen y lentamente la deslizó hacia abajo hasta detenerse entre sus piernas. Estaba mojada.

—Estás hecha para el amor, mi adorable *wahcawin*.

Rose se ruborizó haciendo que sus ojos brillaran con mayor intensidad.

—Cuando me miras así…

Se inclinó sobre ella y cubrió su boca con un profundo y sentido beso. Después comenzó a acariciarla con suma ternura, deteniéndose en cada porción de piel. Rose se vio arrastrada a una vorágine de sensaciones y descubrió la verdadera esencia de la unión entre un hombre y una mujer. Cuando todo es compartir y confiar. Hubo pasión extrema en aquella segunda vez, pero sobre todo, hubo una unión completa de cuerpos y almas. Y un compromiso de amor eterno que les ayudaría a soportar la espera hasta que volviesen a encontrarse. En otra vida o al otro lado.

Capítulo 25

Territorio lakota, 1951

A media mañana los exploradores titonwan descubrieron al wasicun que cabalgaba sin prisa hacia la zona en la que se asentaba la tribu. Su cabello rubio era un estandarte a pesar de llevarlo bajo un sombrero de ala ancha. Oglesa se puso de pie saliendo de su escondite y entrecerrando los párpados afinó su mirada para asegurarse.

—Icamani —murmuró—. ¡Es Icamani!

Al oír ese nombre los otros exploradores miraron con mayor atención al jinete solitario y también reconocieron al hermano que se habían llevado por la fuerza. Oglesa ya cabalgaba hacia él antes de que ninguno pudiese reaccionar.

Los dos amigos desmontaron y se fundieron en un sentido abrazo.

—Has regresado.

Icamani asintió una vez, como era su costumbre.

—¿Wiyaka está bien? —preguntó ansioso.

—Tu padre se recuperó de las heridas, aunque temimos por su vida.

—¿Y…?

—Mahtola también está bien. Es más listo que tú —se burló—. Vayamos al campamento, todos hemos esperado demasiado tiempo tu regreso.

Icamani se quitó el sombrero, la chaqueta y el chaleco y los tiró al suelo antes de volver a montar. Oglesa sonrió satisfecho y pusieron sus caballos al galope. Querían llegar cuanto antes.

Después del recibimiento, las danzas y los cánticos que celebraban el regreso de Icamani, por fin el joven titonwan pudo

disfrutar de la compañía de su hijo y de Wiyaka. Su padre lo miraba con fijeza. No había hablado apenas desde que vio a su hijo aparecer.

—Todos creían que habías muerto, pero yo sabía que no —dijo cuando estuvieron solos en la tipi.

La noche era apacible y cálida y fuera se escuchaban murmullos de los que seguían reunidos bajo las estrellas. Icamani acariciaba el cabello rubio de su hijo dormido. Había caído rendido después de tanta algarabía.

—Todo este tiempo he temido por tu vida —dijo el hijo, sincero—. No sabía si habías muerto en la refriega.

—Debieron pensar que me habían matado, pues les demostré que no iba a permitir que te llevaran sin luchar.

Icamani asintió y después miró a Mahtola.

—¿Ha estado bien?

—Es un niño feliz, si es lo que quieres saber. Todos lo quieren, como te querían a ti.

Icamani entornó los ojos con todos sus sentidos alerta. «Como te querían a ti». Hubo un silencio espeso que llenó la tipi de incertidumbre.

—¿Has vuelto para quedarte? ¿O vienes a llevártelo?

—¿Dejarías que me lo llevara?

El hombre miró al niño, que se había convertido en su razón para vivir, y después miró al que aún consideraba su hijo aunque ya no sintiese vibrar ese vínculo en su corazón.

—Has vuelto a ellos.

—He recordado.

Wiyaka asintió despacio.

—Y te preguntas por qué nunca te conté la verdad.

—Dejaste que los llamase hermanos.

—Eran tus hermanos. Hermanos del que nació a la edad de seis inviernos en este campamento.

—Siete —lo corrigió—. Tenía seis años cuando me capturasteis. Cuando me diste la ceremonia de nacimiento había cumplido los siete.

—¿Te capturamos? Creí que te había salvado y te había dado un hogar.

—Yo también lo creía.

Sabía que se estaba arriesgando mucho, que si se mostraba como enemigo no saldría vivo de allí, pero ver al que había considerado su padre, al que había amado y respetado tanto, removió sus entrañas de un modo insoportable.

—¿Por qué crees que te hice olvidar? —El titonwan parecía muy tranquilo y su mirada era amable y tierna, como siempre.

—Para que pudiese unirme a vosotros.

—¿Y por qué habría de querer yo que la cría de un *wasicun* se uniese a nosotros? —Negó con la cabeza—. Tú me lo pediste. Me suplicaste llorando que te matara. Lo dijiste en una lengua que todos podemos comprender. Cogiste mi cuchillo y lo pusiste en tu cuello, pero no fuiste capaz de hacerlo solo. Nunca olvidaré tus ojos. Me atravesaron y tocaron mi corazón.

Icamani detuvo su mano y se quedó unos segundos pensativo. Después se levantó para ir a sentarse frente a Wiyaka.

—Cuando recordé lo que los sicangu les hicieron a mis padres me volví loco.

—Lo comprendo.

—Recordé que tú estabas allí y me cogiste de la mano para llevarme contigo.

Wiyaka respiró varias veces antes de responder.

—Tus padres llevaban muertos dos lunas cuando te encontré. Seguías agazapado tras la misma piedra en la que te escondiste. Yo no estaba allí cuando los mataron, aunque siendo sinceros eso no habría cambiado nada. Los *wasicun* matan cheroquis, matan comanches y también matan lakotas. Son como la mala hierba, han sembrado su semilla y tenemos que arrancarla si no queremos que lo invadan todo. Los sicangu perdieron a mujeres y niños a manos de esos blancos y se estaban cobrando su venganza. Así es el mundo desde que es mundo y no podemos hacer otra cosa que aceptarlo.

—Mis padres no tuvieron nada que ver en lo que les pasó a los sicangu.

Wiyaka se encogió de hombros.

—¿Crees que la venganza se le cobra siempre al culpable? —negó con la cabeza—. La mayoría de las veces pagan unos por crímenes que cometieron otros.

Estuvo solo varios días antes de que Wiyaka lo encontrara. No se atrevió a salir de detrás de aquella roca para no tener que

enfrentarse a los cuerpos mutilados de sus padres. El alivio lo bañó como una cascada fresca y sanadora.

—Cuando te encontré estabas sediento y al borde de la inconsciencia. Delirabas y tu espíritu trataba de abandonar tu cuerpo. Aun así, fuiste capaz de coger mi cuchillo y ponértelo en el cuello suplicándome que te matara. En lugar de eso, te cogí de la mano, te subí a mi caballo y te traje a mi tipi.

—Y me convertiste en tu hijo.

—Eso sucedió muchas lunas después. Y de nuevo fuiste tú el que me eligió. Me señalaste y dijiste: *hunka*, convirtiéndome en tu único pariente. Y entonces decidí llamarte Icamani porque siempre caminabas a mi lado. Silencioso y meditabundo, aprendiendo de lo que veías y sin decir nada hasta que estuviste preparado para ello.

—Y olvidando lo que no soportaba recordar —musitó.

Wiyaka asintió una vez.

—El niño que fuiste murió aquel día, cuando sostenía mi cuchillo en su cuello. Olvidar es la muerte y era el único modo que tenías de sobrevivir. No debes culparte por ello. Fuiste un buen hijo de tus padres y también lo has sido mío. Has tenido dos vidas, no es motivo de sentirse avergonzado.

Lo miró en silencio durante un largo rato. Analizando los cambios que se habían producido al estar de nuevo en su otro mundo.

—Y ahora, responde a mi pregunta. ¿Has venido a quedarte o a llevarte a tu hijo?

—Aún no lo he decidido —dijo y al escucharse sintió un mordisco en el corazón.

Icamani se agachó junto a Pesla que miraba el pellejo con el recuento de inviernos de la tribu. Señaló el lugar en el que estaba dibujado su nacimiento. El poseedor de la memoria fue señalando con el dedo los lugares en los que había dejado constancia de algún hecho importante relacionado con él. Así Icamani volvió a sentir el orgullo de su primer día de caza. La tensión de su primera batalla y la pasión de la primera vez que tomó a una mujer. Pesla, debía

marcar el día de su regreso, pero Icamani detuvo su mano y le pidió que esperara, pues aún no sabía si había regresado.

—No importa si vas a quedarte. —Le respondió el guardián de la memoria—. Ahora estás aquí y debo reflejarlo en nuestra historia.

Oglesa se acercó a ellos y tocó en su hombro para llamar la atención de su amigo.

—Ven —dijo, y sin esperar inició el camino alejándose del campamento.

—He visto a tu hijo —comentó Icamani—. Tiene fuertes pulmones.

Oglesa asintió y sacó pecho con orgullo.

—Será un magnífico guerrero. Yo me encargaré de ello. —Se detuvo creyendo que ya estaban lo bastante lejos—. Ya has oído lo del tratado. De eso quiero que hablemos. Ahora que has convivido con los *wasicun*, ¿qué opinas de ellos? ¿Crees que su palabra vale algo?

—No confiaría en ello. Son demasiados los que tendrán que cumplirlo y no todos tienen honor.

El titonwan bufó con evidente malhumor.

—Van a firmarlo —afirmó rotundo—. Los cheyenne, los arapahoes, los cuervo… Todos se creen las mentiras de los wasicun.

—También los lakotas —añadió Icamani. Su padre le había explicado en qué consistía el Tratado de Horse Creek, que decía asegurarles a los suyos la propiedad de Colinas Negras.

—A cambio de Colinas Negras quieren que dejemos en paz a sus colonos. Que les permitamos pasar libremente. ¿Y qué harán cuando hayan ocupado el territorio que les corresponde? ¿Crees que se conformarán? —Oglesa negó visiblemente enfadado—. Querrán más y vendrán a quitarnos lo nuestro. Nadie me escucha, los ancianos insisten en que es mejor firmar la paz que estar abiertamente en guerra con ellos. Pero yo digo que al final tendremos que luchar igual y entonces ya estarán instalados aquí y será mucho más difícil echarlos.

—Los nuestros tampoco respetarán ese tratado, Oglesa. Sé honesto. ¿Crees que los lakota y los cuervo pueden ponerse de acuerdo y mantener una alianza como esa?

Su amigo apretó los dientes enfadado, pero en el fondo sabía que Icamani tenía razón. No sabía quién faltaría antes a su palabra,

pero no podía asegurar que no fuesen ellos mismos.

—Quieren el oro —dijo Icamani—. El oro los atraerá a cientos. A miles. Tienen muchas cosas, más de las que podrías siquiera imaginar. Pero nunca sienten que sea suficiente. El oro les proporciona riqueza y con esa riqueza obtienen más y más cosas.

Oglesa lo miraba confuso. Entendía las palabras, pero no su significado. Para un lakota el concepto de «propiedad» era relativo. No necesitaban dos tipis, ni un baúl lleno de ropa. No necesitaban seis sillas alrededor de una mesa. Ni una cama con dosel. Les bastaba con poder ver las nubes y las estrellas. Calentarse frente al fuego mientras charlaban de lo que había ocurrido ese día. Comer la carne del animal que habían cazado y disfrutar de una mujer antes de dormirse.

—No podéis luchar contra ellos, no estáis en igualdad de condiciones —dijo Icamani—. Sus armas son muy poderosas. Deberíais encontrar el modo de sacar partido de lo que ellos quieren. No ceder las tierras sin más, aceptando que ellos decidan en qué lugar os quedáis. Los jefes deberían planificar una estrategia, ceder algo a cambio de algo.

—¿Qué quieres decir? —Oglesa lo miraba con dureza—. ¿Por qué hablas como si tú no fueses uno de los nuestros?

—No sé si voy a quedarme —confesó sincero.

Oglesa apretó los labios, visiblemente decepcionado. Tardó unos segundos en recuperarse.

—Habla con Tatanka de esto —dijo con voz áspera—. Quizá te escuche.

Icamani asintió, aunque no tenía mucha fe en que sirviese de algo.

—El tratado no es la solución —decía Tatanka después de escucharlo—. Nosotros no estuvimos de acuerdo porque no nos fiamos de esos *wasicun*, pero otras tribus de la nación lakota sí y firmarán en nombre de todos.

Icamani comprendió que no había nada que decirle a Tatanka sobre el tratado, ya que el jefe titón estaba de acuerdo con él. Así

que pasó a hablarle del enorme interés del hombre blanco por el oro y que ese interés atraería a muchos hombres, tantos como hierba crece en la tierra. Tatanka lo escuchó con atención y después de que terminase de hablar se quedó un rato pensativo.

—Encontraremos el modo de comerciar con ellos. Háblame del hombre blanco. Tú has estado en su mundo y has convivido con ellos una larga temporada. Cuéntame cómo piensan y cómo viven para que pueda entenderlo un poco mejor.

Icamani asintió y comenzó a hablar de lo que había visto y lo que había aprendido. En especial al estudiar los documentos de la empresa de su padre. Tatanka lo miraba asombrado y de vez en cuando lo interrumpía para hacerle una pregunta. El joven titonwan intentó explicarle la forma de pensar de los blancos, el hecho de que su máxima era el mayor beneficio en el menor tiempo posible y su insaciable deseo de conseguir más y más posesiones. Pero el jefe lakota no lo entendió y acabó cansándose de una charla tan poco edificante.

Antes de salir de su tipi Icamani se detuvo dudoso y, finalmente, volvió a sentarse para añadir algo más.

—El único modo de ganar una guerra al hombre blanco es luchando como una sola tribu.

Tatanka lo miró confuso.

—¿Te refieres a todos los lakotas juntos?

Icamani negó con la cabeza.

—Me refiero a lakotas, apaches, cheyenes, arapahoes, cheroquis, pies negros, cuervos, arikara, comanches, kiowa… Todas las tribus juntas.

Tatanka lo miró como si estuviese loco.

—¿Luchar juntos? Estás loco. No haría falta el hombre blanco para vencernos, lo haríamos entre nosotros.

—Si no sois capaces de uniros para vencer a vuestro enemigo común, os aniquilarán.

El pequeño Mahtola no se separaba de su lado y su padre se dijo que el nombre de Icamani le hubiera ido tan bien como a él mismo.

Wiyaka observaba la afinidad natural que se produjo entre ellos y dejó que las cosas sucedieran como el destino tuviese fijado. Una noche, un mes después del regreso de su hijo al campamento, cogió la pipa y el fardo de hojas de fumar y salieron juntos como hacían siempre que tenían que hablar de algo importante. Se alejaron lo bastante para tener intimidad y se sentaron bajo las estrellas con la luna como la luz más brillante. Wiyaka cogió la cazoleta de la pipa, la llenó con las hojas y la prendió de manera ceremonial.

—He estado pensando mucho en todo lo que nos has contado —empezó el titonwan—. Reconozco que me cuesta imaginar la mayoría de las cosas de las que hablas, pero he podido darme cuenta de que piensas que la amenaza que se cierne sobre nosotros es real.

Icamani asintió una vez.

—Has regresado muy cambiado. —Le ofreció la pipa después de dar una profunda bocanada—. Y he sentido el dolor que pesa en tu corazón.

Su hijo apartó la mirada y aspiró de la boquilla con fruición antes de devolvérsela. Esperaba que su padre hubiese elegido alguna hierba capaz de calmar ese dolor, pero no una que lo hiciese olvidar. Sus recuerdos eran los que lo mantenían cuerdo.

—¿Tan mal te trataron?

Icamani negó con la cabeza.

—Los hombres que me capturaron sí me torturaron. De hecho, se ensañaron conmigo. En especial uno de ellos que utilizó prácticas propias de comanches.

Su padre asintió una vez y volvió a pasarle la pipa.

—Pero ese no es el dolor con el que cargas.

Aspiró profundamente sintiendo el humo penetrar en sus pulmones.

—Encontré a la que está por encima de todo, padre. La única en mi corazón.

Desde su regreso aquella fue la primera vez que lo escuchó llamarlo por ese nombre y el espíritu de Wiyaka se conmovió al oírlo.

—La amo profundamente. —Sus ojos brillaron a través del humo.

—¿Por eso has venido a llevarte a Mahtola? Has decidido vivir

en su mundo con ella.

Icamani negó con la cabeza.

—Su mundo está plagado de prohibiciones y trampas. No puede amar a quien quiera. Vive bajo unas incomprensibles reglas morales que dictan lo que puede y no puede sentir.

—¿Ella te quiere como verdadero esposo?

Icamani asintió.

—Entonces nada de eso importa —sentenció su padre.

—No lo entiendes, Wiyaka, sí importa. Importa mucho. Si regreso con Mahtola y me caso con ella, todo el mundo nos repudiará. No nos invitarán a visitar sus casas, no seremos bienvenidos en ninguno de los lugares que han formado parte de la vida de Rose hasta hoy. Incluso sus padres serán despreciados por mi causa.

—¿Tan pequeño es su mundo que no podéis encontrar un lugar en el que vivir en paz? Si no os aceptan en sus casas, ¿por qué permanecer allí? —Lo miró fijamente y le pasó la pipa una última vez—. Buscad el modo de estar juntos. Después solo queda el río de la muerte en el firmamento.

Icamani aspiró el fragante humo y cerró los ojos sintiéndose el hombre más solo de la tierra.

—¿Por qué no la traes aquí?

Su hijo abrió los ojos lentamente y después de unos segundos lo miró con tristeza. Hubiese deseado no tener que contestar a esa pregunta.

—Esta vida no es para ella —dijo sincero.

—¿Qué tiene de malo nuestra vida? Ha sido la tuya durante muchos inviernos.

—Y no reniego de ello, padre, pero he visto otro mundo en el que la violencia no es necesaria. Un mundo gigantesco repleto de nuevas experiencias y distintas formas de pensar. No quiero esto para ella. Ni para Mahtola.

—Aquí podrías tenerla.

Icamani negó con la cabeza. Sentía mucha tristeza al hablarle así, sabía que sentiría que despreciaba su vida. Una vida que él amaba profundamente.

—No quiero que sufra. Antes prefiero no volver a verla.

—¿Crees que no sufre ahora?

—Es fuerte —dijo convencido—. Lo superará.

—Tú también —afirmó Wiyaka.

Icamani miró las estrellas y deseó que ella también las estuviese mirando en ese justo instante porque eso hacía que la sintiese cerca.

—Realmente la amas. —Su padre dejó la pipa sobre la cazoleta y reflexionó un momento antes de seguir hablando—. Si ese mundo es tan grande como dices, debe haber algún lugar en el que podáis estar los tres juntos sin que nadie os desprecie.

—No sé si existe un lugar así.

—Si no estás dispuesto a buscarlo, entonces deberías dejar a Mahtola aquí.

Icamani se quedó pensativo. ¿Y si Wiyaka tenía razón? ¿Y si buscaba…?

—Crees que nos vencerán, ¿no es así? —Su padre interrumpió sus pensamientos—. Has visto su fortaleza y has creído que nos echarán de nuestra tierra. La tierra en la que hemos vivido durante tiempo inmemorial. La tierra de nuestros antepasados y de nuestros hijos. Una tierra que no se puede poseer, como no puede poseerse el agua del río o las estrellas del cielo. Has visto lo que un guerrero titonwan es capaz de hacer. Tú mismo has hecho cosas imposibles y has vencido a enemigos más poderosos que tú. Si crees que vencerán, temo que tengas razón.

—Ya ha ocurrido antes, padre —dijo recordando los libros que Rose le había leído sobre romanos o egipcios—. La vida es un río imparable y nosotros no somos más que guijarros en su lecho.

Los dos hombres permanecieron en silencio durante mucho rato. Su conversación había despertado visiones de un mundo agonizante que ninguno de los dos quería verbalizar. Esa noche Wiyaka tuvo un sueño. En su sueño se veía a los titonwan en una larga caravana de hombres, mujeres y niños hambrientos y desfallecidos que caminaban por un sendero cubierto de lágrimas.

Icamani miraba a Wanapin con ternura. Hubo un tiempo en el que creyó que ella era la mujer que el destino le tenía reservada. Que el deseo que sentía por ella era ese sentimiento profundo y auténtico

del que le habló su padre una vez. Ahora sabía lo equivocado que estaba. Al pensar en Rose su corazón tembló de un modo doloroso y dulce al mismo tiempo. Se estaba acostumbrando a esa mezcla de sufrimiento y alivio que lo invadía cada vez que pensaba en ella. Las dos noches que pasaron juntos bien valían una vida entera. Y los meses compartiendo los paseos a caballo, las comidas, la lectura y esas conversaciones con las que disfrutaban tanto…

Habían visto las estrellas tumbados en la manta y habían hecho el amor como si no hubiese nadie más en el mundo. Ella quería ser suya un millón de veces antes de quedarse sola. Una garra afilada le traspasó las entrañas retorciéndose en su interior sin compasión. La había dejado sola en un mundo que no la comprendía. Sola y rodeada de gente. Como él en ese momento, en medio del trajín del campamento. Se alejó de allí sin destino, caminando hacia las montañas. ¿Qué estaría haciendo en ese momento? ¿Pensaría en él? ¿Lo odiaría ya o todavía creería que le bastaba con haber amado?

—*Wahcawin* —musitó para escuchar su propia voz nombrarla—. Mi adorada Rose.

Alguien se agarró a su pierna y lo frenó. Icamani bajó la vista y se encontró con los enormes y sonrientes ojos de Mahtola. Hizo que lo soltara y se agachó delante de él.

—Yo con papá.

—¿Quieres venir conmigo?

El niño asintió una vez con firmeza.

Rose se paseaba arriba y abajo de su cuarto, retorciéndose las manos y con la cabeza bullendo como una olla. Clarence la miraba con enorme preocupación.

—Ay, mi niña, ¿qué vamos a hacer?

De repente, se detuvo y miró a su nana con una determinación que estaba lejos de sentir.

—Ya está hecho y no me arrepiento.

—Rose…

—Ahora toca encontrar una solución y para ello tengo que hablar con mis padres. No tiene sentido seguir ocultándoselo.

Pronto lo sabrá todo el mundo.

—Les vas a dar un gran disgusto.

—Lo sé y eso es lo que más me duele, pero de nada sirve lamentarse. Vamos, ya deben estar en el comedor.

Rose entró en la habitación con paso decidido y sujetándose las manos para que no viesen que estaba temblando.

—Papá, mamá, debo hablaros un momento. ¿Podemos ir al salón?

Sus padres, que ya estaban sentados a la mesa, la miraron preocupados.

—¿Ocurre algo malo, hija?

—Por favor —pidió sin responder.

Su padre fue el primero en levantarse y su madre los siguió inmediatamente.

—¿Que estás qué? —Robert la miraba como si hubiese utilizado unas palabras incomprensibles.

—Embarazada —repitió. Lo diría tantas veces como fuese necesario—. He tenido dos faltas, es seguro.

Su madre buscó asiento sin decir una palabra y miró a Clarence con una mirada de reproche. Estaba claro que su nana lo sabía y se lo había ocultado.

—Andrew… ¡Maldita sea! —exclamó Robert.

—No le culpes a él. Fui yo la que propició que ocurriera. Lo amo y he aceptado quedarme soltera el resto de mi vida, pero no quería dejar de… —No pudo terminar la frase ante la severa advertencia en los ojos de su padre—. Si tienes que odiar a alguien, ódiame a mí porque no me arrepiento de lo que hice.

Robert le dio la espalda para evitar decir algo de lo que luego seguro se arrepentiría. Rose sintió aquel desprecio como una bofetada, pero lo aceptó sabiendo que lo merecía.

—¿Cómo lo vamos a explicar? —se lamentó Felicia—. Dios mío, esto va a ser tu ruina, hija.

—Solo hay una cosa que puedo hacer —dijo Rose con voz firme, aunque su corazón temblaba como el de un niño asustado—. Tengo que marcharme de Londres. Al extranjero. Me iré lejos y viviré sola con mi hijo, pero necesito vuestra ayuda. Sé que podría vender Blunt Manor, Andrew la puso a mi nombre y me pertenece solo a mí, pero preferiría no hacerlo si me lo permitís. No tiene que ser

nada costoso, me conformo con una pequeña casita en algún lugar tranquilo donde no nos conozca nadie.

—¿Y dónde es eso? —preguntó su madre angustiada y con los ojos llenos de lágrimas.

—Podría ir a Escocia —dijo Robert dándose la vuelta—. No estaría demasiado lejos, pero sí lo bastante para que nuestros conocidos no tuviesen la tentación de molestarla. No es necesario que te marches al extranjero.

—San Gimignano —dijo Rose—. Es un precioso pueblecito de la Toscana. Quiero vivir allí.

Robert frunció el ceño.

—Recuerdo que Anthony estuvo allí cuando éramos muy jóvenes y regresó enamorado de ese lugar, no hablaba de otra cosa. ¿Cómo lo has escogido?

Rose se limpió una lágrima que escapó impertinente por la comisura de su ojo.

—Lo vi en un libro —mintió.

—Hija… —Su madre se levantó a abrazarla y la llevó hasta el sofá para que se sentara—. Andrew no va a volver. No deberías torturarte con esperanzas vanas. Italia está muy lejos.

Felicia tenía el sexto sentido de las madres y podía leer en su hija como en un libro abierto. Rose miró a sus padres alternativamente con la súplica en sus ojos.

—Quiero vivir allí, de verdad. No os costará mucho dinero y estaremos bien. Clarence vendrá conmigo. ¿Verdad, Clarence?

La mujer asintió sin dudarlo. Iría hasta el fin del mundo por esa muchacha.

Felicia dejó escapar el aire de sus pulmones y miró a su marido interrogadora.

—Haré algunas averiguaciones y ya os diré algo —dijo él sin comprometerse.

Su abuela la miraba severa. Había escuchado todo lo que su nieta tenía que decir y no parecía dispuesta a ponérselo fácil. Rose estaba preparada para todo y no se movió ante su escrutinio. Con la

mirada baja en señal de respeto, pero sin humillarse.

—Has sido una estúpida —dijo de pronto—. Quedarte embarazada… Jamás imaginé que precisamente tú caerías tan bajo.

Isobel abría y cerraba la mano que sujetaba el bastón con gesto nervioso.

—¿Qué va a ser de tus padres? ¿Has pensado en ellos? Su nombre arrastrado por el fango. Todo el mundo los señalará con el dedo por no haber sabido educarte. ¿Y todos esos jóvenes de buena familia a los que rechazaste? Ahora se frotarán las manos aliviados de haberse librado de una mujerzuela como tú.

Rose sintió que las lágrimas afloraban sin remedio y no hizo nada para detenerlas. Su abuela siguió mirándola con severidad unos segundos más y de pronto su gesto se suavizó y dio un golpe con el bastón en el suelo.

—Ya has oído todo lo que tenías que oír. A partir de ahora no dejes que nadie te humille ni te avergüence. —Sonrió con ternura—. Niña tonta, ven aquí a mi lado.

Rose se levantó de la butaca en la que la había hecho sentarse y se acercó. Su abuela le cogió una mano y se la apretó con cariño.

—Así que vas a marcharte de Inglaterra. Como una apestada.

—Es lo mejor, abuela.

—¿Y cuándo podré verte? No pretenderás que vaya hasta Italia a visitarte. Estoy demasiado vieja para eso.

Las lágrimas caían de los ojos de Rose a borbotones.

—Anda, ven aquí —dijo Isobel abriendo los brazos. Rose se apresuró a obedecer y lloró con verdadero sentimiento haciendo que su abuela se emocionase—. Pequeña, llora todo lo que quieras. La vida es dura para las mujeres. Ellos creen que somos hermosos jarrones que colocar en sus estanterías para lucirnos como premios a su hombría. No nos dejan tener inquietudes, anhelos ni deseos. No podemos amar sin medida, ni entregarnos a ese sentimiento. A las que no cumplen con sus reglas las expulsan sin compasión.

La apartó para mirarla a los ojos con una sonrisa.

—Pero a algunas eso nos ha hecho más astutas y siempre hemos encontrado el modo de escabullirnos de sus jaulas. Levanta la cabeza, endereza la espalda y plántales cara. Ve a donde quieras, pero vayas a donde vayas, que nadie te amilane. No olvides que eres la nieta de Isobel Ross —sonrió—. Hagamos como si eso

significara algo.

Su nieta sonrió y se limpió las lágrimas. Para ella lo significaba.

Capítulo 26

San Gimignano, 1855

—¡Camille! Hija, ¿dónde estás? Berry, ¿has visto a Camille?

—Grace está enseñándole a plantar geranios —respondió Berry—. Están en el jardín de atrás, por eso no la han oído llamarla.

—Ese limonero queda perfecto en el rincón, Berry —dijo bordeando la casa—. Una idea magnífica, como siempre.

—Buenos días, señora Rose —saludó Kevin al cruzarse con ella—. ¿Quiere algo del pueblo?

—¿Vas a ver a tus amigos? —preguntó aminorando el paso, pero sin detenerse—. A la vuelta trae unas rosquillas de anís de las que vende la madre de Giancarlo, las merendaremos esta tarde. ¿Qué te parece?

—Estupendo, señora, me encantan esas rosquillas.

—Y a mí —sonrió.

Las dos niñas estaban de rodillas en medio de un montón de tierra y Grace le daba instrucciones a Camille sobre cómo plantar los geranios.

—Mamá, voy a tener mi propio jardín —dijo la pequeña entusiasmada—. Grace sabe mucho.

—Va a quedar precioso —afirmó la otra niña con una gran sonrisa—. Tengo pensado hacerle un caminito y rodearlo de setos bajos para que Camille pueda pasear por él sin pisar las flores.

—Tendréis que vigilar a *Toby*, le encanta pisotear mis lilas.

Grace asintió pensativa.

—Quizá los setos no deberían ser tan bajos…

—Eso creo yo. —Miró a su hija y colocó un mechón rebelde en su lugar—. ¿No habíamos quedado tú y yo que esta mañana iríamos a casa de la señora Teresa? Ya ha terminado tu ropa y querías darle

las gracias por hacerte cosas tan bonitas.

—Pero es que mi jardín es más importante que unos vestidos, mamá. Sabes que las flores son seres vivos y los vestidos no, ¿verdad? No puedo ir contigo, lo siento, tendrás que arreglártelas sin mí.

Rose sonrió. Era muy divertido oír hablar a Camille como si fuese una anciana de ochenta años.

—Podemos seguir luego —dijo Grace poniendo una mano en su hombro—. El jardín no se va a ir a ninguna parte.

—De ninguna manera —dijo la pequeña con mirada resuelta y negando con la cabeza—. Mamá puede ir a ver a la señora Teresa sola, no le va a pasar nada.

Rose miró el vestido de la niña manchado de tierra y después de darle un beso en el pelo se puso de pie.

—No os preocupéis. —Se colocó las manos en la cintura y contempló el cielo despejado—. No estéis mucho rato al sol.

—Tranquila —dijo Grace—. Tendremos cuidado.

Rose sonrió a la pequeña de los Berry y se alejó hacia la casa dispuesta a dar un largo y agradable paseo hasta el centro. Cogió un sombrero de ala ancha para proteger su rostro del sol y un bolsito con el dinero que le debía a la señora Teresa. Hacía un día espléndido, como siempre. Una de las cosas que más le gustaba de vivir en San Gimignano era el sol. Nada que ver con el clima de Londres.

—Buenos días, señora Rose —la saludó uno de los braceros que trabajaban en el campo del señor Matías—. ¿A dar un paseo?

—Sí, Luigi. Voy al pueblo a buscar unos vestidos para Camille.

—Esa niña es un tesoro, señora, mi mujer siempre lo dice.

—Gracias, Luigi. Dile a tu mujer que se cuide, ya queda muy poco para el parto.

—Lo haré, señora. Gracias. Que tenga un buen día.

Siguió caminando hasta pasar frente a la fachada de la masía del señor Matías. La casa en la que vivían también le pertenecía y estaba dentro de sus tierras, una enorme extensión de olivos. Era un hombre gruñón, siempre preocupado por mil posibles problemas que al final nunca se producían. Su esposa inválida, en cambio, era el optimismo personificado. Estaba claro que se complementaban a la perfección, solo hacía falta verlos juntos para saber lo mucho que

se querían.

—Buenos días, Francesca —saludó desde la pequeña verja de la entrada—. Voy al pueblo, ¿quiere que le traiga algo?

La mujer estaba sentada en la terraza tomando el desayuno.

—Buenos días, Rose. No te preocupes, no necesito nada. —Levantó su tostada con aceite de oliva y se la mostró—. Manjar de dioses, ¿verdad?

—Así es. Clarence no desayuna otra cosa desde que lo descubrió.

—¿Vas a por los vestidos de Camille? Seguro que han quedado preciosos, Teresa tiene manos de ángel.

Rose asintió. Estaba totalmente de acuerdo.

—¿Cuándo llegan tus padres? Estoy deseando darle las gracias a tu padre por esta maravillosa silla con ruedas que me mandó. Es una maravilla. Ahora puedo moverme por la casa con mayor facilidad, aunque sigo necesitando ayuda, claro.

—Estarán aquí mañana. Seguro que vendrán a verla en cuanto lleguen. Me marcho ya. Que tenga un buen día.

—Y tú, cielo —dijo despidiéndola con la mano.

La gente de San Gimignano era muy cariñosa. Se abrazaban y besaban a menudo y siempre le hablaban con cariño. Al principio le resultó muy extraño, acostumbrada a la flema y al carácter distante de los ingleses, pero al nacer Camille todo cambió. Ahora disfrutaba de las muestras de afecto y era mucho más extrovertida que antes. Lo cierto era que se sentía más integrada entre aquellas personas de lo que se había sentido nunca en Londres.

Llevaba cuatro años viviendo en aquel precioso lugar y su vida había mejorado cada día desde el nacimiento de Camille. Los primeros meses, con el embarazo y la tristeza por la ausencia de Andrew, fueron muy duros para ella. Estar lejos de casa y de su padre no le resultó nada fácil. Su madre se pasó la mayor parte del tiempo en San Gimignano durante el embarazo, pero después regresó a Londres con él.

Cuando su hija nació el mundo se convirtió en un lugar mágico y toda su tristeza se evaporó en un suspiro. En cuanto la tuvo en sus brazos y la recién nacida la agarró con sus diminutos dedos, el corazón le explotó de felicidad. ¿Cómo se puede amar tanto a alguien tan increíblemente pequeño al que acabas de conocer? Definitivamente, aquello era pura magia. Tenía muchos motivos

para sentirse feliz y agradecida y era algo que se repetía, después de abrir los ojos en su solitaria cama, todos los días. La llegada de sus padres era uno de ellos. La visitaban tres veces al año, un mes entero en verano, y a Rose le gustaba tanto tenerlos allí como se entristecía al verlos marchar. Sonrió acelerando el paso con alegría, ya se pondría triste entonces, ahora quería disfrutar de su pronta llegada.

Entró en el pueblo y sonrió ante el bullicio de sus calles. Era agradable escuchar aquellas voces hablando en un idioma que ya no le resultaba extraño y que hablaba con bastante fluidez y buen acento.

—Señora Balshaw, acaban de llegarme unas fresas deliciosas —le dijo el frutero al verla cruzar la calle—. ¿Quiere que le lleve una caja?

Rose se acercó a olerlas y puso los ojos en blanco.

—Mándame dos, Pietro, a los niños les encantan cuando las preparo con nata. Se las comerán de una sentada. —Le pagó lo convenido y siguió avanzando por la calle principal.

Cuando doblaba la esquina que llevaba a la iglesia se detuvo en seco. Su corazón se aceleró al reconocerlo. A pesar de llevar el pelo corto y estar de espaldas supo que era él. Hablaba con un niño que parecía muy interesado en algo que había visto en el escaparte de una sombrerería. Rose se acercó a ellos sin pensarlo y se detuvo a menos de un metro de distancia.

—Papá, una señora te está mirando —dijo el muchacho en inglés.

El hombre se giró y su rostro perdió el color convirtiéndose en piedra. No encontraba las palabras y sus manos parecían haber perdido la fuerza, pues cayeron de golpe a ambos lados de su cuerpo.

—Rose…

Ella sonrió haciendo que su rostro se iluminase.

—¡Andrew! —exclamó.

—¿Qué…? ¿Cómo…? —Miró a su alrededor como si creyera que podía encontrar la explicación a esas preguntas que no podía formular, mirando a las personas que caminaban por la calle.

—¿Cuándo has llegado? —preguntó ella, que se había recuperado con mayor rapidez.

—Hoy. Ahora.

Rose asintió y miró entonces al pequeño Mahtola.

—Tú debes ser…

—Anthony —la interrumpió su padre—. Es mi hijo, Anthony.

Ella lo miró con los ojos ligeramente entornados y después volvió a fijarse en el niño. Su cabello era rubio y el color de su piel, aunque un poco más oscuro que el de su padre, no evidenciaba su origen. Comprendió y miró al niño con simpatía, extendiendo la mano para saludarlo.

—Encantada de conocerte, Anthony. Yo soy Rose.

El niño miró a su padre.

—Papá, se llama Rose.

—Sí, hijo.

—Como la mujer del cuento.

Andrew se ruborizó y Rose los miró a ambos con curiosidad.

—¿Has venido de vacaciones? —preguntó él desviando el tema.

—Vivo aquí —dijo sin pensar.

Andrew frunció el ceño.

—¿Vives aquí?

Ella asintió.

—No en el pueblo, he venido a buscar unos vestidos para mi hija. Vivimos en una finca de olivos a un par de kilómetros.

A Andrew se le cortó la respiración al oírla. La pregunta le quemaba en los labios, pero por más que lo intentó no fue capaz de hacerla.

—Venid a visitarnos, te daré la dirección. Esperad. —Se apresuró a ir hasta el frutero para pedirle papel y lápiz.

Andrew la observaba perplejo. El latido en su cuello evidenciaba el ritmo acelerado de su corazón.

—Berry y su familia viven con nosotras —dijo después de entregarle la hoja—. Y Clarence. Todos se alegrarán de verte. Y de conocer a Anthony. Además, mis padres llegan mañana. Vienen a pasar el verano todos los años. Será una bonita reunión.

—Tienes una hija.

Rose sonrió al tiempo que asentía.

—Se llama Camille —dijo con un brillo de orgullo en la mirada—. Te lo habría contado, pero no escribiste.

—¿Iremos, papá? —preguntó Anthony interesado—. Nunca

visitamos a nadie.

Rose le sonrió con simpatía.

—Pues ya no podrás decir eso nunca más. Tu padre tiene a muchos amigos aquí. Y todos se alegrarán de conocer a su maravilloso hijo.

El niño sonrió al tiempo que asentía.

—¿Es usted la Rose del cuento?

Ella frunció el ceño interrogadora.

—El cuento del guerrero que se convierte en oso. Su mujer se llama Rose y lo salva de morir cuando es abatido por las flechas de sus enemigos.

Sintió un estremecimiento en el corazón y tuvo que tragar antes de poder responder.

—Cuando vengas a casa me cuentas esa historia y yo te diré si soy yo o no —dijo enigmática. Después miró a Andrew muy seria—. Por favor.

Él asintió sin decir nada y se guardó la dirección en el bolsillo de la chaqueta.

—Hasta mañana, entonces. Me alegro de haberte conocido, Anthony.

Se alejó de ellos con una sonrisa capaz de eclipsar al sol.

Andrew trataba de no cortarse con la navaja de afeitar y le estaba resultando realmente difícil. Se miró en el espejo y se rio de sí mismo. Se había enfrentado a guerreros de la tribu cuervo, atravesado con los pies descalzos ascuas ardiendo, sufrido las torturas comanches del maldito Dermot y allí estaba, frente al espejo, tratando de afeitarse con un temblor en las manos propio de un niño estúpido y asustado.

Ni en sus mejores sueños o quizá en sus peores pesadillas soñó que podría encontrársela de ese modo. No había vuelto a pisar Londres. Ni siquiera se había acercado a Inglaterra desde que Anthony y él dejaron a los titonwan. Había estado en Nueva York, París, Barcelona, el Peloponeso, Pompeya… Siempre evitó Inglaterra por temor a cruzarse en su camino. Y ahora sabía que

había hecho bien aunque saberlo a ciencia cierta le provocase un dolor insufrible. Soltó la cuchilla de afeitar y se agarró al mueble que sostenía la palangana. Apretó tan fuerte que los nudillos se pusieron blancos. ¿No era eso lo que él quería? ¿Que rehiciese su vida? Si se había casado, su marido tenía que ser una buena persona. Ella no se conformaría con menos. Además, estaba lo de su virginidad. De pronto se dio cuenta de que quería conocer a ese hombre. Quería verlo y asegurarse de que merecía la pena. De que haberse mantenido alejado había sido una buena idea.

—¿Y qué harás si descubres que no es así, imbécil? —murmuró al espejo con evidente desprecio—. ¿Quién eres tú para meterte en su vida?

—¿Has dicho algo, papá? —Anthony se acercó a la puerta abierta y asomó la cabeza.

—No, hijo, no he dicho nada.

—Te has afeitado media barba —se rio el crío—. Estás muy gracioso.

—¿No te gusta? Es una nueva moda y creo que voy a quedarme así. —Se quitó los restos de jabón con la toalla y se paseó por el baño pavoneándose—. ¿No crees que estoy muy elegante? Además, mira que útil, por aquí puedo ser un señor barbudo y respetable y por aquí un hombre joven y apuesto.

El niño se reía a carcajadas.

—¿De qué te ríes? ¿Me estás faltando al respeto? Voy a tener que castigarte, muchachito.

Corrió tras él y tras darle alcance comenzó a hacerle cosquillas hasta que los dos acabaron tumbados en el suelo sin parar de reír. Después se quedaron allí, mirando al techo y con las manos juntas en el abdomen.

—Papá, ¿quién es Berry? La señora Rose ha mencionado a un Berry y a su familia. ¿De qué los conoces? ¿Y de qué conoces a la señora del cuento? ¿Y por qué nunca me habías hablado de ella?

—Son amigos. Amigos que hace años que no veo.

Su hijo giró la cabeza y lo miró con curiosidad.

—¿Por qué ahora no tenemos amigos? Nunca vemos a nadie.

Su padre lo miró también.

—Es difícil hacer amigos si no te quedas en un sitio. Nosotros estamos siempre viajando.

El niño asintió como si eso lo explicara todo.

—¿Algún día nos quedaremos en un sitio? —preguntó curioso.

—¿Te gustaría?

—No lo sé. Pensaré en ello.

—Muy bien. Cuando tengas la respuesta me la dices.

El niño asintió una vez.

—¿Cómo se te ocurre invitarlo? —Clarence la miraba secretamente asustada—. ¿Te has vuelto loca? En cuanto vea a Camille sabrá…

—Quiero que lo sepa. Nunca he querido ocultárselo. Si aún no se lo había dicho es porque no sabía cómo ponerme en contacto con él.

—Sin duda, te has vuelto loca. ¿Qué crees que va a pasar? ¿Que se va a quedar con vosotras y vais a ser una familia feliz? ¡Rose! ¡Despierta, criatura! No se ha interesado por saber de ti en años y todavía piensas que merece la pena.

Su niña la miró con ternura.

—Tú no lo entiendes, nana. No importan los años que hayan pasado, ni lo que parezca ni lo que piense nadie, yo sé quién es Andrew. Lo conozco bien, mejor de lo que se conoce él mismo. Se apartó de mí porque creía que así me protegía. Es un estúpido y un tonto por pensar eso, pero sé que lo hizo por amor. Si vieras cómo me ha mirado al encontrarnos, su corazón se ha detenido por un momento y he visto en sus ojos el dolor de la ausencia. El mismo dolor que veo en los míos cuando me lo permito.

—Tonterías de niña cursi.

Rose abrazó a su nana consciente de que temía por ella. ¿Por qué todos temían por ella? ¿Es que no se daban cuenta de que con ese temor le hacían más daño que bien?

—¿Y qué harás si te equivocas? ¿Eh? ¿Qué harás entonces? Ese cuento de hadas que te has contado desde la primera vez que lo viste debe terminar para siempre. —Clarence la miró suplicante—. Piensa en esa niña. Camille es feliz tal y como están las cosas, si le dices que él es su padre y la niña descubre que no la quiere…

—Jamás haré nada que dañe a mi hija —la cortó poniéndose

seria—. No vuelvas a ponerlo en duda, nana, ni siquiera a ti te lo consiento. Mi hija lo es todo para mí y no permitiré que nadie le haga daño mientras yo viva.

—Está bien, no diré nada más, pero por favor, te lo suplico, piénsatelo bien. No actúes precipitadamente y no vuelvas a darle tu corazón para que lo haga trizas.

La mujer salió del salón y la dejó sola con sus pensamientos. Rose trató de sonreír, pero sus esfuerzos fueron vanos. ¿Y si nana tenía razón? ¿Y si había vivido todos esos años engañada? Al principio, cuando no tuvo noticias suyas, pensó tantas cosas horribles… Si habría muerto, si estaría cautivo. Después se autoconvenció de que si fuese así ella lo sabría, lo sentiría en el corazón. Entonces se preguntó por qué no le escribía tal y como ella le pidió y el dolor se hizo más hondo, más profundo. Entonces su madre le dijo que si amaba a la criatura que llevaba en el vientre, no podía estar triste pensando todo el tiempo cosas que amargaran su espíritu porque esa amargura podría hacerle daño a su hijo.

—Esa vida que crece dentro de ti es tu responsabilidad, hija, y debes procurar su felicidad por encima de la tuya propia. Ella no te pidió que la trajeras al mundo, fuiste tú con tus actos la que lo propiciaste. Deja de llorar, deja de pensar en él y céntrate en cuidar tu salud y la de tu bebé. Cuando nazca verás que todo eso que te angustia desaparece para siempre.

Sonrió al pensar en su hija y en lo contenta que estaba con su jardín. Todo el mundo quería a Camille, era imposible no quererla. Su alegría contagiosa curaba cualquier pena y su entusiasmo te hacía trabajar aunque estuvieses agotado. Esa niña era un tesoro, como había dicho la mujer de Luigi, y no necesitaba nada más para ser feliz. No importaba nada de lo que había dicho Clarence. Si estaba equivocada, Andrew se marcharía tal y como había llegado y ella lo dejaría ir para siempre.

—Pero no me equivoco —musitó testaruda.

Capítulo 27

—Camille, estos son Andrew Portrey y su hijo Anthony.

La niña hizo una reverencia un poco exagerada y esperó a que ellos respondieran del mismo modo. Anthony se dobló por la cintura, también un poco exagerado.

—Encantada de conoceros. Bienvenidos a nuestra casa —dijo la niña—. Tenemos rosquillas de anís. ¿Tenéis hambre?

Andrew sonrió, pero fue Anthony el que respondió.

—Yo sí.

—Ven conmigo —dijo tendiéndole la mano—. Tenemos muchas cosas ricas. Clarence cocina muy bien. Tú no sabes quién es Clarence, te la presentaré y le podrás pedir que te prepare un chocolate. Hace el…

Los niños entraron en la casa y sus voces se alejaron. Andrew y Rose se quedaron solos y ninguno de los dos supo cómo iniciar la conversación.

—¿Tus padres no han llegado aún? —preguntó él al fin.

—Sí, llegaron esta mañana. Hace un rato se fueron a saludar al señor Matías y a Francesca, su esposa. Esta casa es suya.

Andrew miraba a su alrededor con disimulo. No quería preguntar por su esposo, pero sería menos angustioso si se lo hubiese presentado ya.

—¿Quieres dar un paseo? Te puedo enseñar la propiedad. Es muy extensa y tiene rincones muy bellos. Así podrás contarme qué has hecho todos estos años.

Andrew asintió y la acompañó caminando a su lado en silencio.

—Anthony es un niño encantador. Lo estás educando bien.

—No sé quién de los dos educa a quién —sonrió con orgullo—. A veces me parece que es él quién me está enseñando las cosas verdaderamente importantes de la vida.

—¿Habéis viajado mucho?

—Sí. Pasé unos meses con los titonwan para que se acostumbrara a mí. No quería llevármelo a la fuerza y que sintiera que lo alejaba de todo lo que amaba. Pero lo cierto es que en cuanto me vio me adoptó —dijo sonriendo con ternura.

—¿Tu padre estuvo de acuerdo? ¿No fue una marcha traumática como temías?

Andrew negó una vez y suspiró.

—Un destacamento de soldados estadounidenses atacó a otra tribu lakota. Podrían haber elegido la nuestra, estábamos solo a medio día a caballo. Mataron a cien titones entre hombres, mujeres y niños. —Rose lo miró asustada—. Al día siguiente Wiyaka dijo que debíamos marcharnos.

—Es terrible, lo siento mucho. Sé que las cosas no están bien para ellos. Firman tratados que nadie cumple.

—Es imposible. Muchas de las tribus que firman esos tratados son enemigas acérrimas. En cuanto surge el menor contratiempo vuelven a guerrear entre ellas. Y los estadounidenses tampoco ponen demasiado interés en que los colonos no crucen las líneas que ellos mismos han marcado. Es un sinsentido.

—Sé que sonará egoísta, pero me alegro de que salierais de allí.

—Anthony apenas recuerda nada de aquello. Hemos viajado tanto que los pocos recuerdos que conserva los ha guardado como parte de esos viajes. No pretendo robarle su historia y algún día, cuando sea lo bastante mayor para entenderlo, le contaré quién fue su madre y todo lo que ocurrió. Ahora dejo que crea que siempre ha estado conmigo y que es tan inglés como yo.

—Haces bien.

Siguieron caminando entre olivos el uno cerca del otro.

—¿Y tú? —preguntó él—. Cuéntame qué ha sido de tu vida.

—Ya lo has visto. Camille es toda mi vida.

Andrew frunció el ceño. ¿Por qué se empeñaba en no mencionar a su esposo? ¿Acaso lo hacía para no hacerle daño? ¿Tan débil lo sabía?

Rose se detuvo de pronto y con las manos en la cintura lo encaró decidida.

—¿Por qué no me escribiste?

Andrew no se esperaba aquella intervención tan directa y la miró confuso.

—No hubiera sido buena idea. Pasé casi un año con los titonwan y después iniciamos un largo viaje que aún no ha acabado.

Rose negó con la cabeza sin dar crédito.

—¿Pensaste que para mí sería mejor no saber si estabas vivo o muerto? ¿Es eso? ¿A ti no te importaba saber si yo seguía respirando?

—Sabía que estabas bien.

Rose frunció el ceño desconcertada.

—¿Cómo que sabías que estaba bien?

—Escribí a Clarence desde París y me dijo que estabas muy bien, que tenías una vida excelente y que no te molestase.

Rose empalideció.

—¿Escribiste a Clarence?

Andrew asintió una vez y Rose lanzó un gruñido entre dientes al tiempo que se movía nerviosa.

—¿Cómo ha podido? ¡No se lo perdonaré nunca!

—No querría que volvieras a pensar en…

No terminó la frase y Rose lo miró incrédula.

—¿No volver a pensar en ti? ¿No volver…? ¡Oh, claro! —Se rio con cinismo.

—Rose, yo me alegro de que hayas rehecho tu vida. Puedes presentarme a tu marido, no soy ningún pusilánime. Podré con ello.

Ella lo miró como si le acabasen de salir dos brazos más.

—¿Presentarte a mi marido? —Al ver que asentía no supo si reír o llorar—. ¿De verdad has venido para que te presente a mi marido?

—Creía que era lo que querías…

Rose negó con la cabeza. Había visto a Camille, había visto su rostro, sus ojos y ese pelo rubio y lacio que en nada se parecía al de ella.

—Volvamos —dijo dándose la vuelta.

Andrew percibía una gran tensión y no captaba los mensajes que le enviaba. Eso lo puso más nervioso aún. La cogió del brazo y la obligó a detenerse.

—¿Qué es lo que pasa aquí, Rose? Háblame claro.

Piensa en esa niña. Camille es feliz tal y como están las cosas, si le dices que él es su padre y no la quiere…

La voz de Clarence resonó en su cabeza y la paralizó.

—No pasa nada. Volvamos con los niños. Mi hija tiene mucha imaginación y es posible que Anthony no esté preparado para enfrentarse a ella.

Clarence estaba en la cocina con Lena. Cuando Rose entró la sonrisa de la esposa de Berry se congeló en sus labios al ver cómo miraba a su nana.

—¿Puedes dejarnos solas un momento, Lena?

—Por supuesto. Avísame cuando hayas terminado.

—No te preocupes por la ropa —dijo Rose mirándola cuando pasaba a su lado—. Yo la tenderé cuando acabe lo que he venido a hablar con Clarence.

Lena salió de la cocina y las dos mujeres se quedaron solas frente a frente.

—Ya lo sabes —dijo la mujer que la había cuidado desde que nació. Se limpió las manos en el trapo y después volvió a pasarlas varias veces por el delantal—. Hice lo que creí mejor para ti.

—¿Mejor para mí? Cómo puedes ser tan cruel. Me viste sufrir y no dijiste nada. ¡Llegué a pensar que había muerto!

Clarence la miró desafiante.

—Hubiese sido lo mejor. Que creyeras que había muerto te habría permitido continuar con tu vida.

—¡Clarence!

—Es lo que pienso. Desde que le conociste no has hecho más que sufrir. No trajo nada bueno a tu vida.

La mirada de Rose la traspasó.

—Quería decir… Rose, sabes lo mucho que quiero a Camille. No hablaba de ella.

—Me has hecho mucho daño, nana, no sabes cuánto. —Se dio la vuelta para salir de la cocina.

—¡Tuve miedo! —exclamó Clarence deteniéndola—. Me aterraba la idea de que volvieras a hundirte. Camille te necesitaba y tú estabas feliz con ella. ¿Cómo iba a reabrir esa herida?

—¿Y después? —Rose dejó caer sus lágrimas. De nuevo aquellas viejas lágrimas que le quemaban la piel y la garganta—. ¿Por qué

no me lo dijiste después? ¿Sabes el alivio que habría sido para mí saber que estaba bien? No entiendo cómo pudiste hacerme eso.

—Esperé porque creí que volvería y cuando pasó el tiempo sin más noticias pensé que no te merecía.

—Le dijiste que no me molestara.

—¡Y me hizo caso! ¿Tú me habrías hecho caso?

—Andrew no es como yo —dijo dolida—. ¿No puedes reconocer por una vez en tu vida que te equivocaste? No importa si lo hiciste por nuestro bien o por el motivo que sea. ¡Te equivocaste, nana!

—Podría haberte escrito a ti, pero no lo hizo.

Aquel fue un golpe inesperado que la dejó sin aliento. Era cierto, fue él quien no le dio siquiera la oportunidad de decidir. Escribió a Clarence, no a Berry. Berry se lo habría dicho y Andrew sabía que Clarence no. No quería que ella supiese de él, prefería que pensara que había muerto o que se había olvidado de ella. Se limpió las lágrimas, no tenía sentido crear tanto alboroto por algo que ya no tenía sentido. Quizá ella estaba equivocada después de todo. Quizá él no la había amado tanto como creía. Cerró los ojos un instante y las imágenes de aquellos dos últimos días volvieron a ella como un ciclón arrasando con todas sus dudas.

—Lo siento —dijo Clarence de pronto—. Lo siento, mi niña. Tienes razón, me equivoqué. Debería habértelo contado. Si sirve para que me perdones, piensa que no sé lo que es el amor entre un hombre y una mujer.

Rose lo agradeció. No necesitaba nada más. Se acercó a su nana y la abrazó con cariño. Después se separó y la miró a los ojos.

—Sé que siempre te ha movido tu preocupación por mí y ahora eres igual con Camille. No cometeremos los mismos errores con ella. Siempre dejaremos que decida cómo quiere que sea su vida en cada momento. La ayudaremos y la acompañaremos en su camino, pero no le ocultaremos las cosas ni decidiremos por ella.

—¿Le vas a contar que Andrew es su padre?

Rose asintió.

—Antes de que se marche se lo diré a los dos. Es lo que debo hacer y sé que él no le hará daño. —Miró a su nana con interés—. Nana, ¿por qué no te casaste?

La mujer se mostró un poco turbada por la pregunta.

—Nunca tuve un pretendiente.

—Creía que el señor Nicolson…

—Eso eran cosas de tu madre, que veía flores donde solo había cardos. El señor Nicolson estaba interesado en una modistilla con la que finalmente se casó. Por eso dejó la casa de tus padres y se marcharon juntos a Gloucester. Nunca se sintió atraído hacia mí. Al menos no que yo supiera. Hablábamos mucho, es cierto, y quizá yo sí tuve un sentimiento especial hacia él, pero no creo que fuese amor porque lo olvidé rápido —sonrió—. No se está mal sola. Nadie me dice lo que tengo que hacer.

Rose asintió pensativa. Ciertamente, era agradable para una mujer ser su propia dueña, no tener que esperar a que un hombre le dijese qué debía hacer o cómo debía comportarse. También resultaba gratificante tomar todas tus decisiones y no necesitar la aprobación de tu marido para realizar cualquier gestión referente a la casa o al dinero. Aunque para ello su padre tuviera que otorgarle plenos poderes dos años atrás.

—Si lo pienso, he tenido una buena vida —dijo Clarence reflexiva.

Rose la miró satisfecha y sonrió de nuevo con buen humor.

—Estás igual que siempre —dijo Andrew después de saludar a Berry con gran alegría.

—Aquí se vive muy bien. Lena y los niños no habían sido nunca tan felices. —Lo miraba con verdadero afecto—. Conocerte a ti fue una bendición para mí. Quería darte las gracias por haberte dejado atrapar por aquellos dos malditos.

Andrew lo miró burlón sacudiéndolo con firmeza y Berry soltó una carcajada.

—Anda, vamos a tomarnos un vino. ¿Has probado los *Castello di Querceto*? ¡Oh!, es bebida de dioses, te lo aseguro.

—Veo que te mueves por la casa como si fuese tuya —sonrió.

—La señorita Rose nos trata como si fuésemos su familia, no sus empleados.

Andrew asintió.

—Es una mujer extraordinaria —siguió Berry—. Aunque eso ya

lo sabes.

Lo miró de un modo especial, como si le reprochara algo, pero no dijo nada.

—Nunca imaginé encontraros así, de una manera tan… extraña.

—El destino tienes sus propios planes. Y hablando de ese muchacho tuyo, parece que se ha aclimatado bien a su nueva vida.

Andrew asintió una vez y Berry sonrió. De pronto recordó la primera vez que lo vio. Sentado en el suelo con las piernas cruzadas, erguido y orgulloso, mirando al vacío e ignorándolo por completo. Un titonwan impresionante, con su melena rubia y sus fuertes músculos que se empeñaba en mostrar sin pudor. Berry nunca se había topado con alguien como Icamani.

—¿Cómo has dicho que se llama este vino?

—*Castello di Querceto* —repitió el criado—. Es el preferido de la señorita Rose y como has podido comprobar, tiene muy buen paladar.

—Sigues llamándola señorita Rose.

Berry asintió y después bebió de su copa. Andrew frunció el ceño y desvió la mirada hacia la ventana. Los visillos se movían mecidos por una suave brisa. Repasó la conversación que había mantenido con ella paseando entre los olivos. Volvió a verla en el pueblo el día anterior. Su sonrisa sincera, su mirada emocionada al verlo. Miró a Berry con el corazón en los ojos y manos temblorosas.

—No se ha casado.

Berry negó con la cabeza y Andrew se puso de pie de golpe. Dejó la copa sobre una mesa y miró a su amigo, aterrado.

—Esa niña… ¿Cuántos años tiene?

—Es tuya.

Andrew apretó los puños y todo su cuerpo se tensó.

—Yo… Rose…

—Por eso vivimos aquí. Tuvo que marcharse para no perjudicar a sus padres. —Berry se había puesto de pie también y lo miraba sin acritud—. Tranquilo, ahora es feliz. Esa niña es todo su mundo.

—Pero…

—¿Por qué no escribiste, Andrew? A mí, al menos. Yo te lo habría contado.

¿Por qué no escribiste? Aquella pregunta se repitió una y otra vez en su cabeza cuando salió de la habitación y corrió en busca de

Rose. Y siguió escuchándola hasta que se topó con Anthony y Camille frente a una porción de tierra removida.

—Mira, papá, Camille está construyendo un jardín para ella sola.

—Voy a plantar muchos geranios. Es mi flor preferida —dijo la niña con una enorme sonrisa—. ¿Tú tienes una flor preferida?

—La rosa —dijo Andrew sin pensar.

—Pues plantaré un rosal también —afirmó Camille asintiendo una vez.

Andrew se acercó a la niña con el corazón estremecido. Ahora veía el parecido.

—Mi segunda flor favorita es la camelia. ¿Querrás plantar alguna también?

La niña sonrió sintiéndose especial.

—Yo soy una camelia —dijo entusiasmada—. Mamá me llama *wahcawin*, que significa mujer flor.

Andrew sintió que una garra le estrujaba el corazón. Miró a los dos niños y vio el gran parecido que había también entre ellos. Anthony sostenía la pequeña mano de su hermana y ella parecía muy a gusto con él.

—¿Sabéis dónde está Rose?

Camille frunció el ceño con actitud reflexiva.

—Ha dicho que iba a tender las sábanas —señaló hacia el lateral de la casa—. Por allí.

Andrew echó a correr y frenó en seco cuando llegó hasta ella. Tenía los brazos elevados extendiendo la blanca tela mientras tarareaba una canción. El cabello despeinado se movía con la brisa escapando de su ligero recogido. Repasó su figura y sintió una opresión en el pecho al recordarla en su sueño. Allí estaba el destino mostrando sus cartas. Qué estúpido había sido creyendo que podía vivir sin ella. No había pasado un solo día en el que no hubiese algo que se la recordase. Un sonido, un aroma, un estremecimiento… El corazón le latía acelerado y bombeaba sangre con tal fuerza que la sentía fluir por todo su cuerpo.

Rose percibió su sombra y se giró sobresaltada. Había olvidado lo sigiloso que podía llegar a ser.

—Andrew, ¿qué?

—*Wahcawin* —murmuró—. La llamas *wahcawin*.

Rose sonrió ligeramente y sin que él dijese nada más soltó la

prenda que tenía en las manos y rodeó su cuello con los brazos.

—Sabía que volverías a mí.

Andrew se inclinó y la besó con tal ternura que hizo desaparecer toda la tristeza y la soledad de sus corazones. Como si jamás hubiese existido.

—¿Vais a casaros? —Felicia miraba a su hija sin saber si emocionarse o asustarse.

—Sí, mamá. Cuanto antes.

—Pero…

No pudo encontrar nada que decir en contra de esa decisión. Los dos eran adultos, tenían hijos a los que criar y vivir lejos de Londres les facilitaba mucho la vida. No creía que a los habitantes de San Gimignano les importase nada dónde había estado Andrew todo ese tiempo. Una enorme sonrisa se fue dibujando en su rostro a medida que las nubes de tormenta se disipaban en su cabeza.

—Casaros es… ¡Claro! ¡Es una idea excelente! ¿Se lo has dicho a Camille?

—Se lo va a contar Andrew. A los dos.

—Entonces, tú eres mi papá. —La niña lo miraba con el ceño fruncido—. Y él es mi hermano.

Anthony también se estaba enterando en ese momento.

—Pero Rose no es mi madre —dijo el muchacho sin esconder su decepción.

—No, pero lo será a partir de ahora.

Camille miró al muchacho sensible a su tristeza.

—No te preocupes, Anthony, aquí tendrás muchas madres y abuelas. Lena, Clarence, la señora Francesca… Y ahora también está la abuela Felicia. Mamá puede ser muy pesada dando besos, a veces parece que no va a parar nunca, pero te acostumbrarás. Yo te ayudaré. Si quieres puedo dejarte plantar algo en mi jardín. Y podrás pasear por él siempre que quieras. ¿No te gusta ser mi

hermano? Yo soy muy buena y no voy a molestarte mucho. Prometo no enfadarme más de una vez al mes. —Levantó la mano derecha mientras ponía la izquierda en su pecho, tal como le había enseñado a hacer Kevin.

Anthony había suavizado un poco su expresión, aunque la tristeza no había desaparecido del todo. Rose observaba la escena desde la puerta sin que ninguno de ellos se hubiese percatado de su presencia y decidió que era el momento de intervenir.

—Anthony, ¿querrías venir conmigo un momento? Creo que aún no has visto los caballos. Camille, ¿podrías quedarte con Andrew un ratito más? —pidió al ver que la niña hacía ademán de levantarse también—. Tu padre querrá que le cuentes todo lo que has aprendido en estos años que él no ha estado con nosotras.

La niña miró al hombre de ojos azules como los suyos y asintió una vez. Andrew sonrió con ternura y después miró a Rose para agradecérselo con la mirada, pero ella y Anthony ya salían del salón.

—¿Te gusta montar, Anthony?

El niño acariciaba un caballo bayo que aceptó paciente sus caricias.

—No he montado nunca —dijo él.

Rose no disimuló su sorpresa. Que Andrew hubiese renunciado a montar le pareció lo más asombroso de todo lo que había descubierto en los últimos días.

—Ven, vayamos a sentarnos a aquel banco de allí —señaló fuera de las caballerizas, un rincón rodeado de olivos.

El niño aceptó como si no tuviera más opciones y se acomodó a su lado en silencio.

—Antes me has preguntado si yo era la Rose del cuento del guerrero que se convierte en oso. —Había que ponerle un título a ese cuento, se dijo—. Sí, yo soy esa Rose. Conocí a Ic… a Andrew hace años, cuando tú eras un bebé. Y te voy a contar una historia increíble para que sepas quién es de verdad tu padre y porque tenerlo a él es algo tan maravilloso.

Con voz suave y templada Rose comenzó su relato narrando las historias que Andrew le contó sobre su vida antes de conocerla. Le habló de los titonwan, de Tatewin, su mujer del viento… Le contó lo que le ocurrió a su madre y cómo su padre lo cuidó y lo quiso

hasta que lo secuestraron y se lo llevaron de allí. Lo mucho que luchó por volver y todo lo que sufrió hasta conseguirlo. También le habló de ella y de cómo se enamoraron. El niño la miraba con ojos brillantes y emocionados. Se había sentado con las piernas cruzadas sobre el asiento, al estilo indio, colocándose de frente a ella.

—¿Y te dejó para ir a buscarme?

Rose asintió.

—Eres un niño muy afortunado, Anthony. Nunca te sientas triste por no tener a tu madre, porque tienes un padre que te quiere por los dos. —Le revolvió el pelo con ternura sin dejar de mirarlo a los ojos—. Y quiero que sepas que hay hueco para ti en mi corazón. Un espacio cálido y dulce junto al de Camille. Yo seré tu madre, si me dejas.

El niño asintió una vez y cuando ella le abrió los brazos no dudó en encerrarse en ellos.

—Aquí serás muy feliz, te lo prometo.

Anthony sonrió. Por fin iba a tener un hogar.

Epílogo

El verano se despedía en la Toscana. Los días eran más cortos y la luz cambiaba la perspectiva del paisaje avivando los colores y resaltando sus diferencias. Los padres de Rose se habían marchado hacía dos días y la casa había retomado el pulso natural de su rutina. Con la excepción de sus nuevos habitantes.

Observaba a los niños desde la ventana de su habitación. Con el corazón pletórico de amor, los veía como el mayor logro que alguien pueda conseguir. Anthony se había integrado con tanta facilidad que parecía que siempre hubiese vivido allí. La paz reinaba por doquier y estaba segura de que parte del éxito era de San Gimignano.

—¿Me estabas esperando?

La voz de Andrew la hizo volverse. Su marido se libró de la camisa y la lanzó sobre una silla.

—¿Qué haces? —dijo ella riendo al verlo acercarse—. Los niños están ahí abajo y podrían…

—Estoy sudado —la interrumpió, rodeándola con sus brazos—. He ayudado al señor Matías a mover unos muebles y voy a darme un baño. Pero podrías acompañarme…

Ella lo empujó sin dejar de reír, pero no tenía nada que hacer si él no la soltaba.

—¿Qué pasa, señora Portrey? ¿Ya se ha cansado de su esposo?

—Jamás. —Respondió a su beso con deleite, recreándose en la caricia de su lengua.

—Será mejor que salgas de este cuarto y te vayas muy lejos o no podré contenerme —dijo él con voz ronca sin que sus labios dejaran de rozarse.

Rose se apartó y caminó hacia la puerta.

—Esta noche tendremos una fiesta de aniversario —dijo Andrew haciendo que se detuviera.

Rose se volvió a mirarlo con tal intensidad que lo dejó paralizado. Su primera vez… Asintió como solía hacer él y se marchó, dejándolo sin aliento.

Esperaron a que todos estuvieran dormidos. Salieron de la casa con una manta bajo el brazo, una botella de *Castello di Querceto* y dos copas y se alejaron entre los olivos. La luna menguante los miraba desde el cielo, pero Rose podría caminar por aquellos senderos con los ojos cerrados.

Extendieron la manta en el lugar escogido y se sentaron uno junto al otro. Querían saborear aquel momento único y nada mejor para ello que el delicioso vino. Andrew sirvió las copas y brindaron por sus recuerdos.

—Todos los años hacía esto —explicó él—. Buscaba un lugar en el que poder mirar las estrellas y pensaba en aquellos dos días que pasamos siendo el uno del otro.

—Yo también —dijo ella—. Venía exactamente aquí e imaginaba que estabas viajando por lugares exóticos y viviendo experiencias maravillosas. Eso aliviaba mi corazón.

La miró y un velo de tristeza cubrió sus ojos.

—Hice todo lo que podía hacerse mal —musitó él—. No tendré años suficientes para resarcirte por ello.

Rose sonrió feliz, vació su copa y la dejó apoyada en el tronco de uno de aquellos olivos que los rodeaban. Después se giró hacia él y tomó su rostro entre las manos.

—No tienes nada de lo que resarcirme, soy tan feliz que me duele el corazón.

Andrew la tumbó con suavidad y luego hizo lo mismo colocándose a su lado.

—Mirábamos las mismas estrellas —musitó.

Rose asintió y durante unos minutos permanecieron así, en silencio, recordando cada uno su soledad y disfrutando de saberse juntos. Ella giró la cabeza para observarlo complacida. Ya no había un ápice de tristeza en su corazón. Nunca había reído tanto como durante ese verano. Los niños, la boda, despertarse a su lado cada

mañana… Ni un ápice.

Andrew la miró con ojos encendidos y se incorporó para quitarle los zapatos. Estaba dispuesto a deshacerse de su ropa interior, pero descubrió gratamente sorprendido que no llevaba nada debajo del vestido.

—Vengo muy bien preparada —dijo ella con absurda timidez.

—Ya lo creo que sí —respondió sonriendo.

Acarició sus piernas subiendo desde los tobillos y deteniéndose en la parte interna de sus muslos.

—Eres tan dulce. Tan suave…

La tocó ligeramente y notó lo húmeda que estaba.

—Mi *wahcawin* —dijo con voz ronca antes de cubrir su boca con un beso dulce y suave.

—¿Alguna vez soñaste con esto? —preguntó ella—. ¿Imaginaste formar una familia conmigo?

Las caricias se detuvieron y la miró sorprendido.

—¿Alguna vez? ¡Cada noche!

Rose sonrió satisfecha.

—¿No hubo ninguna titonwan que despertara tu instinto mientras estuviste allí? No hace falta que me mientas, sé que eres un hombre fogoso y…

Andrew la miró muy serio.

—Jamás nadie después de ti —dijo muy despacio.

Ella lo miró con sus enormes ojos de niña curiosa.

—¿Ni una sola vez?

Él cogió una de sus manos y la hizo descender hasta introducirla dentro de su pantalón.

—¿Crees que dejaría que alguien me tocara así después de haber tenido a la mujer más maravillosa de todos los mundos posibles? No estoy loco.

—Icamani… —Se mordió el labio emocionada.

Él no necesitó más, utilizó sus manos y sus labios para responder a su llamada. Rose sintió cómo se embotaban sus sentidos ante tantos estímulos, pero aun así, consiguió desabrochar los botones de su pantalón y liberar el poder que escondía.

La tomó despacio. Quería sentir cada roce, escuchar cada gemido de placer con sus sentidos alerta. Era suya para siempre y disfrutaría de esa dulce agonía todos los días de su vida. Rose se

moldeó a su juego y cuando notó que sus movimientos se aceleraban peligrosamente lo empujó para colocarse encima. Sin pausa volvió a introducirlo en su interior, pero se quedó casi inmóvil mientras se quitaba la ropa. Andrew la miraba con ojos extraviados y la amenaza de una explosión descontrolada si no se calmaba.

—Amor mío… —gruñó tenso—. Me estás matando.

Quedó expuesta ante él, con la luz de la luna bañando su cuerpo y sus enhiestos pezones retándolo atrevidos. Andrew tomó uno de sus senos con su mano y lo apretó con mirada perversa. Después utilizó su dedo pulgar para acariciarle el pezón y jugar con su parte más sensible. Rose se arqueó hacia atrás y entonces él lo pellizcó con firmeza durante un segundo.

—¡Oh! —exclamó Rose sintiendo una conexión directa entre ese punto y el lugar que él llenaba con su sexo.

Aquel momento les pertenecía solo a ellos, libres de cualquier convencionalismo o tradición absurda que les impidiese mostrar lo que verdaderamente sentían. Un guerrero titonwan y una joven inglesa unidos por un sentimiento capaz de mover montañas y transformar a bestias en hombres. O viceversa.

Eran uno solo y la felicidad les impuso una única regla que deberían cumplir sin excusas.

Amarse hasta el fin de los tiempos.

Nota de la autora

Gracias por leer la historia de Icamani y Rose, espero que te haya gustado tanto como a mí escribirla. Si es así, te agradecería que dejaras tu comentario en Amazon.

Si me has descubierto con esta novela, te animo a buscarme en tu Kindle o en Amazon directamente. Solo tienes que escribir mi nombre, Jana Westwood, en el buscador y verás que hay muchas novelas románticas más, tanto históricas como contemporáneas. Te dejo el primer capítulo de otra de mis novelas al final de este libro.

Puedes encontrarme en Facebook e Instagram y estar así al día de las novedades, además de poder contactar conmigo directamente.

Y a mis queridas y fieles lectoras, gracias por estar siempre ahí. Gracias por acompañarme en esta aventura y por vuestro apoyo con cada nueva novela. Gracias por compartir vuestras impresiones y por recomendarlas siempre. Me siento muy afortunada por teneros y sois mi motivación a la hora de escribir.

Este año pienso contaros muchas historias, entre ellas una de piratas que estoy segura os dejará sin aliento. También habrá la testigo de un asesinato, un *broker*, alguna que otra infidelidad y muchas sorpresas. Mi cabeza bulle de historias y estoy deseando compartirlas con vosotras.

Sois increíbles. Un abrazo enorme.

Jana

Índice de contenido

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Epílogo

Nota de la autora

Sobre la autora

JANA WESTWOOD (Tarragona, España, 1992). Empezó a escribir cuando era una niña, aunque hasta ahora no se había atrevido a dar el salto de publicar.

Es una apasionada de la novela romántica, a la que no considera un género menor.

Actualmente, vive en un pueblecito de la costa catalana donde trabaja en su siguiente novela.